

PORTUGALIA

NOVA SÉRIE, VOLUME XL



DEPARTAMENTO DE CIÊNCIAS E TÉCNICAS DO PATRIMÓNIO
FACULDADE DE LETRAS DA UNIVERSIDADE DO PORTO

2019

PORTVGALIA

REVISTA DO DEPARTAMENTO DE CIÊNCIAS E TÉCNICAS DO PATRIMÓNIO
FACULDADE DE LETRAS DA UNIVERSIDADE DO PORTO

2019

DIRECTOR/EDITOR: Mário Jorge BARROCA

COMISSÃO EDITORIAL/EDITORIAL BOARD: Andreia AREZES – Mário Jorge BARROCA – Rui MORAIS – Sérgio Emanuel Monteiro RODRIGUES
– Maria de Jesus SANCHES – Teresa SOEIRO

COMISSÃO CIENTÍFICA/SCIENTIFIC BOARD:

Jorge de ALARCÃO (Universidade de Coimbra)
Martin ALMAGRO (Real Academia de la Historia, Madrid)
Joaquim Pais de BRITO (Museu de Etnologia, Lisboa)
Luis CABALLERO ZOREDA (CCHS-CSIC, Madrid)
Domingos de Jesus da CRUZ (Universidade de Coimbra)
João Pedro CUNHA-RIBEIRO (Universidade de Lisboa)
Germán DELIBES DE CASTRO (Universidad de Valladolid)
Carlos FABIÃO (Universidade de Lisboa)
Maria Paz GARCÍA-BELLIDO (CEH-CSIC, Madrid)
Francisco GRACIA ALONSO (Universidad de Barcelona)
José Avelino GUTIERREZ GONZALEZ (Universidad de Oviedo)
Sónia GUTIERREZ LLORET (Universidad de Alicante)
Wenceslas KRUTA (Université de Paris 4 – Sorbonne)
Patrick LE ROUX (Université de Paris 13 – UFR LSHS)
José Maria Amado MENDES (Universidade de Coimbra)
Ángel MORILLO CERDÁN (Universidad Complutense de Madrid).

TÍTULO/TITLE: Portvgalia

Revista de Arqueologia do Departamento de Ciências e Técnicas do Património da Faculdade de Letras da Universidade do Porto
Journal of Archaeology of the Department of Heritage Studies, Oporto University – Faculty of Arts

LOCAL: Porto

EDITOR: Departamento de Ciências e Técnicas – Faculdade de Letras da Universidade do Porto

ISSN: 0871-4290

DOI da revista: <https://doi.org/10.21747/09714290/port/>

ISSN DIGITAL: 2183-3516

DOI do volume: <https://doi.org/10.21747/09714290/port40>

DEPÓSITO LEGAL: 189069/02

PAGINAÇÃO, IMPRESSÃO E ACABAMENTO: Sersilito-Empresa Gráfica, Lda.

ENDEREÇO/ADDRESS:

PORTVGALIA
A/C Mário Jorge BARROCA
Via Panorâmica, s/nº
4150-564 PORTO

INTERCÂMBIO/EXCHANGE:

PORTVGALIA
Biblioteca Central da Faculdade de Letras da Universidade do Porto
Via Panorâmica, s/nº
4150-564 PORTO

Revista com Arbitragem Científica / Journal with Peer Review
A PORTVGALIA está registada no Latindex, no ERIH, no DOAJ e na DIALNET /
PORTVGALIA is registered in Latindex, ERIH, DOAJ and DIALNET

Solicita-se permuta – We would like exchange – On prie bien de vouloir établir l'échange
Sollicitiamo scambio – Tauschverkerhr erwünscht

PORTVGALIA

PORTUGALIA

NOVA SÉRIE, VOLUME XL



DEPARTAMENTO DE CIÊNCIAS E TÉCNICAS DO PATRIMÓNIO
FACULDADE DE LETRAS DA UNIVERSIDADE DO PORTO
2019

A PROPÓSITO DE LAS PRIMERAS ARQUITECTURAS CASTREÑAS EN EL SECTOR OCCIDENTAL DE ASTURIAS

Sergio Ríos González

Arqueólogo

sergioj.rios@gmail.com

ABSTRACT

This paper deals with the analysis of the architectural evidence linked to the earliest defined occupation phases in western asturian hillforts. We realise that there is no known parallelisms to the period's most representative archaeological structures, and are equally aware of the difficulty to assign the whole recovered evidence to the 9th-8th centuries BC. Therefore, and waiting for future new data which would help to solve the question, we propose to locate the emergence of the hillforts settlement in this area within a more expanded and later time, between the 8th and the 5th centuries BC.

Keywords: Castro Culture, Atlantic Bronze Age III, Iron Age, Asturias, Northwestern of Iberian Peninsula.

RESUMEN

En este trabajo se aborda el análisis de las arquitecturas asociadas a las fases de ocupación más tempranas detectadas en castros del occidente de Asturias. Se constata la falta de paralelos para las estructuras tenidas por las más representativas del periodo y la dificultad de constreñir la integridad de este registro a los siglos IX-VIII. En consecuencia, y en espera de nuevos datos que precisen la cuestión, se propone adscribir el surgimiento de lo castreño en el área de estudio a un arco temporal más amplio, comprendido entre los siglos VIII-V a.C.

Palabras Clave: Cultura Castreña, Bronce Final Atlántico III, Edad del Hierro, Asturias, NW de la Península Ibérica

INTRODUCCIÓN

A comienzos de este siglo comenzó a difundirse en la bibliografía arqueológica que el origen de los castros del occidente de Asturias se inscribía en un preciso arco temporal, a caballo entre el final del s. IX y el inicio del s. VIII a.C. La hipótesis, formulada en primera instancia por A. Villa, se apoyaba en la interpretación propuesta por este investigador del primer horizonte de ocupación registrado en el castro de Chao Samartín (Grandas de Salime) (VILLA 2002: 162-164), a la que se agregaron con rapidez referentes extraídos de otros tres castros más: El Picón (Tapia de Casariego), Os Castros (Taramundi) y San Chuis (Allande) (VILLA 2007b: 27-30) (Fig. 1). Mención aparte merece El Cortín dos Mouros (Santa Eulalia de Oscos), que también se ha relacionado con esta etapa (VILLA 2007b: 30-31; 2007c: 194-196). Sin embargo, tanto el emplazamiento como el aparato defensivo-delimitador de este recinto nada tienen en común con los patrones asociados a los asentamientos

comúnmente calificados de castros (Figs. 2 y 3)¹; a lo que se suman la ausencia de construcciones domésticas –como muestra la roca desnuda que aflora en la práctica totalidad de la superficie interior- y la falta cualquier otro dato objetivo que justifique la cronología propuesta. Su inclusión en el grupo de asentamientos tempranos resulta así especulativa, por lo que debe descartarse en tanto no se aporten pruebas que la avalen.

De estos cuatro asentamientos solo Os Castros de Taramundi ha proporcionado un horizonte de ocupación de carácter doméstico, integrado por un conjunto de fondos de cabañas en material perecedero, el más notable, por número y calidad, de todos los exhumados hasta el momento en el occidente astur (Fig 4). Constituye el referente arqueológico más antiguo registrado en el occidente astur con unas características que pueden calificarse con propiedad de castreñas, equiparables a las de otros ejemplos domésticos del ámbito galaico portugués. El contexto arqueológico en el que se inscriben no autoriza, sin embargo, a remontar con plena seguridad su cronología al intervalo entre los s. IX y VIII a.C, sino tan solo a fijar un *terminus ante quem* para la misma en el inicio del siglo IV a.C. (MENÉNDEZ *et alii* 2013: 192; RÍOS e.p.).

Los horizontes fundacionales de los otros tres asentamientos no han ofrecido hasta el momento construcciones de carácter doméstico. La trama construida asociada a esta fase se compone de estructuras poliorcéticas, foso y murallas, a las que se suman una construcción a la que se atribuye una función ritual y estructuras en negativo relacionadas con superestructuras de madera, ambas de una notable singularidad. El objeto de este artículo es el análisis pormenorizado de este registro, al objeto de valorar su transcendencia y el alcance de los argumentos esgrimidos para determinar su cronología.

EL REGISTRO

El Picón de la Coroza (Tapia de Casariego)

Se localiza en el sector más meridional de la rasa costera, la franja de terreno relativamente llana de 4-4,5 km de anchura media que se interpone entre la línea de costa, al N, y las primeras estribaciones montañosas, al S. El asentamiento ocupa un cerro de casi 80 m de altura, que por su carácter aislado adquiere un protagonismo en el paisaje bastante significativo (Fig. 5.1). Este aislamiento y la altitud relativa con respecto a la planitud del entorno circundante facilita además un gran dominio visual.

En el año 2001 se abrieron en él siete sondeos valorativos de reducidas dimensiones (Fig. 5.2), de los que tan solo dos de los tres emplazados en la corona superior proporcionaron secuencias de relevancia arqueológica (VILLA 2007a). En el primero de ellos (S-1), con una superficie total de 10,5 m², se excavaron varios niveles asociados a la presencia de materiales cerámicos de producción indígena y la ausencia total de materiales clásicos, que llevaron a sus excavadores a fecharlos en un momento indeterminado de la segunda Edad del Hierro. No se documentaron estructuras asociadas a este horizonte, aunque sí hoyos de poste (VILLA 2007a: 280).

1 Se trata de un recinto definido por una potente muralla de varios metros de anchura erigida con grandes y heterogéneos bloques sin desbastar. Su ubicación, en torno a 675 m de altura, parece relacionarse en exclusiva con una función estratégica: la interceptación de los tránsitos por la loma cimera de la Sierra de Piedra Tiñosa. Este cordal servía de enlace entre la Sierra de Fallobal, al S, y el Alto de la Garganta, al N, y su utilidad como corredor natural de comunicación parece avalada por la presencia de varias necrópolis tumulares jalonando su recorrido (VILLA 1992: 224-225). No se tiene noticia del hallazgo de materiales, lo que sumado a la ausencia casi absoluta de sedimentación en su interior parece que imposibilita, al menos a priori, la datación arqueológica del enclave. No obstante, su tipología y situación parece que remiten a una datación plenamente histórica, que podría retrasarse hasta la Alta Edad Media o incluso a un momento posterior.

Estos niveles se superponían sobre la traza arrasada de un tramo de la muralla que se cree que delimitaba la corona superior del asentamiento y de la que se afirma que estaba elaborada con “bloques irregulares de granito [sic]” (VILLA 2002: 178). Bajo el derrumbe de su paramento interno, “en niveles asociados a la fundación y periodo de vigencia de la muralla”, se pudo recuperar el muñón de fundición de un hacha de talón que denuncia su relación con una aleación plomada (VILLA 2009: 126-127). En el segundo sondeo (S.2), de apenas 1 m², se documentaron dos horizontes de ocupación con sendos hoyos de poste que no han podido ser situados cronológicamente.

En suma, la datación del asentamiento en torno al siglo VIII a.C. se apoya en exclusiva en la recuperación de una pieza que remite a la tradición metalúrgica del Bronce Final Atlántico (VILLA 2002: 178; 2007a:280), pese a que se han expresado reservas en contra de considerar a estos materiales aislados como referentes seguros de una ocupación castreña temprana (CARROCERA 1990: 127-128; PARCERO 2000: 86; GONZÁLEZ RUIBAL 2006-07:78-79). Por otra parte, la situación del castro parece relacionarlo con la conquista del valle, que por lo común se admite que no tuvo lugar hasta el perfeccionamiento de las técnicas agrícolas y la capacidad de trabajar suelos potentes y evolucionados, ya en la Segunda Edad del Hierro (PARCERO 2000: 87-88).

El Castro de San Chuis (Allande)

Es este uno de los castros clásicos de la historiografía arqueológica asturiana (JORDÁ PARDO *et alii*, 2014: 136-152). Fue excavado por Francisco Jordá Cerdá en dos fases (1962-1963 y 1979-1987), en las que concentró su investigación en la franja más nororiental del recinto, abarcando unos 976 m², que vienen a suponer aproximadamente algo más del 16% del total de su superficie. Esta área se divide en dos sectores, el septentrional o Barrio Bajo y el meridional o Barrio Alto, marcadas por la presencia de una dispar trama constructiva. En el primero predominan las construcciones de planta circular y en el segundo las de planta cuadrangular, en las que se aprecian tanto divisiones interiores como superposiciones sobre construcciones circulares de época anterior (Fig. 6).

El emplazamiento, que se eleva hasta 781 m sobre el nivel del mar, parece ajustarse a los patrones característicos de los castros de fundación temprana, al aunar un amplísimo dominio visual con una destacada presencia en el paisaje, a lo que se suma una relación de intervisibilidad con otros asentamientos castreños (Fig. 7).

Aunque Jordá Cerdá adscribió lo excavado a una etapa altoimperial, comprendida entre mediados del siglo I y el siglo II d.C., dejó entrever la posible existencia de horizontes prerromanos, atendiendo, sobre todo, a la diacronía que se derivaba de las superposiciones entre fábricas que pudo sacar a la luz (JORDÁ CERDÁ 1985). La idea sería defendida por Maya a partir de su estudio de los materiales, pese a los problemas que tuvo que afrontar a la hora de adscribirlos a contextos stratigráficos específicos (1988: 60), y también por Jordá Pardo (1990: 124-125), que tomó como referencia el estudio del material cerámico realizado por Manzano (1986-1987). Años después la idea fue retomada con un nuevo argumento: cinco dataciones absolutas extraídas de muestras localizadas del fondo de materiales recuperados en las campañas de excavaciones de la década de los ochenta del pasado siglo, tres provenientes del Barrio Bajo (UBAR 216, UBAR 217 y UBAR 218) y las dos restantes del Barrio Alto (UBAR 350 y UBAR 351) (CUESTA *et alii.*, 1996: 228-237) (Fig. 8). Con este registro radiométrico se sostuvo que la ocupación del castro podría remontarse a finales del siglo IX o principios del siglo VIII, estando ya claramente identificada en el siglo VI a.C. y prolongándose hasta la época romana (CUESTA *et alii* 1996: 236; JORDÁ PARDO y GARCÍA 2007: 145). La crítica que en su día hicimos de esta interpretación no cuestionaba la validez de las fechas

isotópicas, al centrarse en exclusiva en las incoherencias derivadas del intento de ubicarlas en un registro excavado varios años atrás (RÍOS y GARCÍA DE CASTRO 2001: 95-99).

En el año 2001 Jordá Pardo y sus colaboradores insistieron en esta misma línea de investigación, aportando dos nuevas fechas radiocarbónicas, UBAR-681 y UBAR-682, en este caso extraídas de tres muestras de tierra carbonosa recuperadas ese mismo año (SC.1.1. SC. 1.2 y SC. 1.3)². Su lugar de procedencia es un perfil estratigráfico del mismo sector que las muestras UBAR-350 y UBAR-351, en el Barrio Alto, cuadros C-21 y D-21, dentro de una cabaña cuadrangular de cronología altoimperial que se superpone a otra circular para la que se estima una cronología prerromana (CUESTA *et alii* 1996: 230-231, 233-234; JORDÁ PARDO *et alii*, 2002: 20-27; JORDÁ PARDO y GARCÍA 2007: 144-145). Las dos nuevas muestras se asignaron a SC.1/VI, nivel del que supuestamente provenía UBAR-351, pero también UBAR-218, recuperada del Barrio Bajo (JORDÁ PARDO *et alii* 2002: 26, tabla 6). En virtud de estas nuevas fechas se asigna al estrato una horquilla temporal comprendida entre el siglo IX y el comienzo del siglo I a.C. (JORDÁ PARDO *et alii* 2002: 35).

En 1996 se definía SC.1/VI de la siguiente manera (CUESTA *et alii* 1996: 230):

De naturaleza arcillosa, muy rico en materia orgánica (carbones, semillas, cenizas, aparece asociado a los fondos de estructuras circulares y correspondería a la ocupación más antigua del castro.

Se considera, por lo tanto, que este estrato, de escasos centímetros de espesor, integra todo el registro sedimentario relacionable con la ocupación prerromana, abarcando un arco temporal de casi nueve siglos. Esta interpretación sería refrendada años después (JORDÁ *et alii* 2002: 32), rechazando nuestro escepticismo a la hora de aceptar que la ocupación prerromana quedara reducida a un único estrato uniforme, que se expande tanto por los dos sectores excavados como por el interior y exterior de las construcciones visibles (RÍOS y GARCÍA DE CASTRO 2001: 96). Con ello se viene a asumir que SC.1/VI agrupa toda la serie de unidades y relaciones estratigráficas representativa -cabe suponer, dada la larga cronología que se defiende para la fase prerromana- de múltiples fases de construcción, ocupación y abandono. La consecuencia inmediata que cabe extraer entonces en el plano sedimentario es que no cabe otorgar a SC.1/VI otro estatus que el de un mero revuelto -de cronología prerromana si se quiere, pero revuelto en definitiva-, lo cual lastra drásticamente los intentos de establecer cualquier relación entre este estrato y la trama construida.

Esta limitación, sin embargo, no ha sido tenida en cuenta, como bien prueba el intento de establecer relaciones entre SC.1/VI y la cabaña circular del Barrio Alto sobre la que se superpone una construcción de época altoimperial. En un primer momento se consideró que el estrato se correspondía con el horizonte de ocupación de esta cabaña circular, con la que se relacionaron también varios agujeros de poste excavados en la roca. En consecuencia, se interpretaba que las muestras UBAR-351, UBAR-681 y UBAR-682 fechaban la ocupación de la estructura (JORDÁ *et alii* 2002: 20-21, 31-34). Ello implicaba asumir, por una parte, que la petrificación de la arquitectura doméstica del poblado se produjo en una época muy temprana, y por otra, que la cabaña mantuvo una extraordinaria vigencia, cercana a los ocho siglos. Con posterioridad, se expresaron dudas acerca de esta relación entre SC.1/VI y la cabaña circular, apuntando la posibilidad de que UBAR-351 pudiera asociarse con una construcción previa en material perecedero (VILLA 2002: 163-164). La hipótesis fue asumida por Marín y Jordá Pardo, que articularon una división *ad hoc* del viejo SC.1/VI en dos subniveles: el VIa, con el que relacionaron tanto las dataciones UBAR-350, UBAR-681 y UBAR-682

2 El material datable de SC.1.2 y SC.1.3 fue agrupado, razón que explica que solo se obtuvieran dos fechas absolutas.

como el muro perimetral de la cabaña circular de piedra; y el VIb, al que vincularon la fecha UBAR-351 y “los agujeros de poste de una posible estructura vegetal” (JORDÁ PARDO y MARÍN 2007: 140-141; MARÍN 2007: 151-152). Este último subnivel fue asociado además a un contexto de grandes cabañas y metalurgia heredera del Bronce Final (JORDA PARDO *et alii* 2014: 153), apreciación que, dado lo paupérrimo del registro disponible, solo cabe calificar de desiderátum.

Respecto a UBAR-351 matizan también su procedencia, al indicar que el nivel VIb rellenaba los agujeros de poste³. En este sentido es preciso tener presente que la datación no fue extraída de restos de madera del primitivo poste sino de semillas carbonizadas, por lo que parece evidente que no cabe relacionar VIb con la fase de uso de esta hipotética cabaña en materiales perecederos.

Otro problema es el que atañe a la trama defensiva del poblado, sobre la cual recientes excavaciones han proporcionado novedades (VILLA y MENÉNDEZ 2009). En el año 2006 se abrieron tres sondeos en el Barrio Bajo, que sumaron una superficie total de 17,84 m². En ellos se pudo observar como debajo del tramo estudiado de la muralla de módulos subyace otro lienzo continuo de factura más tosca y anchura aparentemente más reducida, que a su vez se apoya en un paleosuelo de supuesto origen no antrópico que también sirvió de lecho de deposición a los estratos generados durante el periodo en el que esta primera cerca estuvo en uso. En las imágenes publicadas puede verse como a la altura del sondeo 3 este muro sirve de apoyo a la muralla de módulos, mientras que en el sondeo 1 ambos discurren paralelos, mostrando la presunta muralla primitiva una clara disimetría en la configuración de sus paramentos, evidente el interior y apenas perceptible el exterior, posiblemente por haber sido cortado por la trinchera de fundación ligada a la construcción de la muralla suprayacente (Fig. 9). Tras su amortización, tanto los restos de este muro como los niveles asociados fueron sepultados “por aportes de tierra y cascote menudo”, sobre los que se excavaría posteriormente la trinchera de fundación relacionada con la construcción de la muralla de módulos hoy visible. La secuencia remata con otro nivel adosado contra su paramento interno, que sirvió de apoyo a una de las cabañas de planta circular del Barrio Bajo (C-11) (VILLA y MENÉNDEZ 2009: 166-170). Los excavadores no hacen referencia al repertorio de materiales asociado, pese a que la secuencia estratigráfica excavada se acercó, o incluso superó en algunos puntos, el metro de potencia. Cabe suponer, por lo tanto, que no se recuperó resto alguno, o bien que su número y entidad resultó poco determinante a la hora de establecer una filiación cronocultural.

Para datar este registro se aportaron cuatro fechas radiocarbónicas, extraídas de muestras de materia orgánica sin especificar (VILLA y MENÉNDEZ 2009: 170-176) (Fig 8). Los excavadores consideran que las dos dataciones obtenidas de los depósitos adosados al interior y exterior de la primera muralla prueban que la fundación del castro tuvo lugar a finales de la Edad del Bronce (Beta 222460 y Beta 222459), pese a que la amplia horquilla temporal definida por ambas abarca desde fines del siglo IX a finales del siglo V a.C. La tercera muestra fue recogida del “paleosuelo sobre el cual se instalaría la primera de las murallas” (VILLA y MENÉNDEZ 2009: 172) (Beta 222461), proporcionando una horquilla de fechas calibradas a caballo entre el tercer y segundo milenio a.C., por lo que media un hiato de más de dos milenios entre este supuesto paleosuelo y la primera muralla que requiere de una explicación. La cuarta fecha proviene de una muestra recuperada del depósito formado con posterioridad a la construcción de la muralla de módulos (Beta 222458), por lo que se considera que fija la cronología de esta estructura. La horquilla abarcada por la misma va de finales del siglo V a finales del siglo III a.C.

³ “La muestra procede de un depósito de semillas ubicado en la base del nivel VI (que hemos denominado nivel VI-b), dentro de un pequeño agujero limitado por la roca del sustrato y lajas de pizarra (...), unos 55 cm por debajo del arranque de los muros de la estructura circular” (JORDÁ PARDO 2009: 55). “Dicho muro circular [se refiere al de la cabaña circular superpuesta] se encuentra sobre el nivel VI-b, que es el relleno de algunos agujeros de postes realizados sobre la roca madre, y que contenían algunas semillas carbonizadas, de las que se tomó la muestra UBAR-352 y algunas cerámicas” (JORDÁ PARDO *et alii* 2014: 153).

El Chao Samartín (Grandas de Salime)

La primera ocupación de este castro se tiene por el referente más importante y significativo del horizonte castreño más temprano del occidente de Asturias (VILLA 2007b: 27-31). Se asienta sobre un escarpe con una altura máxima de 675 m, que por el flanco oeste conforma el borde de una abrupta vertiente, de casi 300 m de desnivel, que cae hasta el río Cabalos; mientras que por el flanco este da paso a una amplia penillanura – denominadas *chaos* en la toponimia local-, que ofrece condiciones adecuadas para los aprovechamientos agrícolas gracias a su planitud y la presencia de suelos profundos. De esta posición de transición entre dos ámbitos topográficos tan dispares se deriva que el asentamiento resulte inaccesible desde el oeste, aumentando de forma paulatina la vulnerabilidad a medida que se contornean los laterales norte y sur, hasta llegar al flanco oriental, en el que esta alcanza su mayor grado. Otra consecuencia derivada de esta situación es el reducido campo visual hacia los flancos norte, sur y este, limitado a los terrenos cultivables más inmediatos. La panorámica se amplía considerablemente en sentido oeste, abarcando la casi totalidad de la cuenca del Cabalos, dominada en buena parte por terrenos improductivos y de elevada pendiente. La presencia del asentamiento en el paisaje tampoco es especialmente relevante; debido, por un lado -el flanco oriental-, a una posición deprimida con respecto al entorno circundante, y por otro -el flanco occidental-, a su situación sobre un crestón que no destaca entre la serie de afloramientos rocosos que conforman el remate de la vertiente derecha de la cuenca del Cabalos (Fig. 10).

Su situación, por lo tanto, no parece ajustarse a los patrones de preeminencia, visibilización y buenas condiciones defensivas que por lo común parecen caracterizar las ubicaciones de los primeros poblados fortificados en otros ámbitos del noroeste peninsular (GONZÁLEZ 2006-07: 102-103; LEMOS 2009:127-131). Sí se sitúa, por el contrario, en las cercanías de un corredor natural de comunicación, factor que también se ha señalado a la hora de analizar estos asentamientos tempranos (LEMOS 2009: 128), que tras el cambio de era sería aprovechado por la traza de la vía *Lucus Asturum-Lucus Augusti*.

Los elementos representativos de esta fase inicial se concentran en la parte superior del poblado (VILLA y CABO 2003), denominada “acrópolis” por sus excavadores. Se trata de un área de unos 30x80 m, ceñida por una muralla por los lados sur y este, a la que antecede un foso por este último flanco. Contaba, cuando menos, con una entrada abierta a mediodía, frente a la cual fue localizada, enterrada, una cista hecha con lajas de pizarra que contenía una calota craneal humana (VILLA 2005: 110-111). En tres de los sectores abiertos al interior (suroccidental -denominado A-II por los excavadores-, noroccidental, y suroriental), quedaron al descubierto series de orificios excavados en la roca dispuestos en líneas paralelas; mientras que en un cuarto, abierto en la zona central (A-I), se exhumaron los restos de una gran cabaña de contorno cuadrangular con las esquinas redondeadas (Fig. 11).

Este registro sirvió de base para formular una propuesta de restitución conjunta y sincrónica de todas las estructuras constructivas supuestamente ligadas a esta fase fundacional del castro, que se condensa en una imagen que, por haber sido publicada en múltiples ocasiones, ha logrado alcanzar una gran difusión (VILLA y CABO 2003: 147, Fig. 3; VILLA 2005: 33; 2007b: 30, lám 3; 2007d: 124, fig. 2) (Fig. 12). Hace unos años avanzamos sucintamente algunas de las incoherencias que a nuestro juicio lastraban esta reconstrucción (RÍOS y GARCÍA DE CASTRO 2001: 98-99), sobre las que ahora abundaremos.

La empalizada

No ofrece ninguna duda la relación de los agujeros de poste excavados en la roca con el anclaje de una superestructura de madera. En opinión de su excavador estos huecos sirvieron para fijar una empalizada consistente en “dos líneas de postes pareados”. La supuesta coetaneidad de este elemento y la muralla que ciñe el recinto superior por los flancos este y sur se explica mediante la reducción de esta última a una simple “plataforma de nivelación”, justificada por la falta de paramento interno (VILLA 2002: 177, lám VI). No se contempla, por lo tanto, la posibilidad de que esta carencia pudiera obedecer al elevado arrasamiento que presenta la estructura, más acentuado en las zonas más elevadas, que, como es lógico, vienen a corresponderse con el espacio intramuros. No obstante, el desnivel existente es muy reducido, insuficiente a todas luces para generar una muralla ataludada similar a la documentada en alguno de los castros más tempranos del ámbito galaico, como Peñalba o Torroso (CARBALLO 1996: 319). La ilustración antes referida muestra además a la doble empalizada sirviendo de contenedor a un relleno de tierra y piedras y como en su lateral oriental la armadura de madera se combina con un paramento pétreo. Se propone así un tipo de defensa que solo cabe calificar de *unicum* en la poliorcética de la prehistoria reciente del noroeste peninsular⁴.

Esta restitución asume de facto que las alineaciones de agujeros de poste localizadas en los tres sectores estuvieron estructuralmente vinculadas, descartando así la presencia de discontinuidades en las amplias superficies sin excavar que median entre las zonas sondeadas. Sin embargo, esta hipotética unicidad no se ve avalada por la disparidad en la morfología y tamaño de los agujeros, ni tampoco por las separaciones entre agujeros y líneas. Sobre el particular se precisó que los puntos de apoyo de los postes se disponían pareados, a intervalos de 5-5,5 m (VILLA 1999: 116); pero lo cierto es que la separación real entre los centros de los orificios de los dos sondeos abiertos en el lateral occidental del recinto oscila en torno a 2,70 m, tanto entre líneas como entre los orificios de la misma línea, valor que se reduce a 1,30-1,45 m en la separación de los agujeros y a 1,90 m en el intervalo entre las dos alineaciones del sondeo suroccidental. Además, con anterioridad se había representado una tercera línea de apoyos por el lado exterior del sector suroccidental, que luego sería ignorada en esta restitución. Se describía como formada, no por agujeros, sino por “asientos de piedra para la estructura de madera” (VILLA 1999-2000: 393, 419, lám XI). Por el otro lado, en el sector suroccidental, de las dos líneas de potentes agujeros cuadrangulares visibles solo se integró la interior, ya que la exterior, como hemos avanzado y puede verse claramente en la restitución, fue reemplazada por un paramento pétreo.

En el interior de varios agujeros de los sondeos suroccidental y noroccidental permanecen aún visibles las cuñas pétreas que sirvieron para anclar los pies derechos (Fig. 13). Estas lajas sobresalen ostensiblemente con respecto a la superficie de la roca, lo que debió de impedir la fijación de postes o tablas en horizontal al ras del substrato rocoso. La ausencia de cajeados sobre la superficie del roquedo abunda también en contra de esta posibilidad.

Por último, hay que hacer referencia a la evidencia, estimo que concluyente, que proporciona el registro sedimentario. Con acuerdo a la interpretación expuesta cabría esperar la presencia sobre los agujeros de poste y su entorno de los restos de un derrumbe a modo de parapeto, producto del desmoronamiento del relleno de tierra y piedras que presuntamente contenía la doble empalizada. Sin embargo, no se aprecian indicios de su existencia (Fig. 14), y no cabe apelar a la acción de la

4 Esta restitución nada tiene que ver con lo que comúnmente se entiende por una empalizada de delimitación o cierre, como, por ejemplo la documentada en el poblado do Pego (Braga), que se fecha por radiocarbono entre los siglos VIII y VI a.C. (SAMPAIO *et alii* 2008: 228-230). El empleo de cercas de madera para delimitar espacios diferenciados también se ha identificado en el área comprendida entre el *enclos* y la construcción anular del enigmático conjunto de Ventosíños (Coeses, Lugo) (PIAY *et alii*, 2015: 64-65), fechado entre los ss. XI-IX a.C. y que a través de sólidos indicios ha sido puesto en relación con ceremoniales de carácter funerario (*Ibidem*, 72 y ss.).

erosión para explicar esta carencia, dado que esta resulta incompatible con la supervivencia de un potente nivel de cenizas que se pone en relación con el incendio de la estructura (VILLA 2005: 108-109; 2007d: 124). Paradójicamente se destaca también, y así parecen confirmarlo las fotos tomadas tras la excavación, como este incendio dejó su huella sobre la roca en forma de grandes enrojecimientos entre las líneas de postes (VILLA 1999-2000: 393); dato que prueba que la roca estaba al descubierto en el momento que se ocasionó el fuego, lo que entra en franca contradicción con la preexistencia de una masa de relleno entre las dos presuntas empalizadas.

La gran cabaña

La otra estructura representativa de esta fase inicial del castro ofrece también grandes singularidades para este marco temporal temprano. Se la ha relacionado con las llamadas *longhouses* (CAMINO 2016: 87), pero sus características, al margen del tamaño, tienen poco en común con estas grandes cabañas, cuyo inventario para contextos cronoculturales peninsulares de final de la Edad del Bronce y los inicios de la Edad del Hierro es muy escaso por el momento y se ciñe a la zona central de la meseta, con una única excepción, aunque notable, en el noroeste peninsular (MORENO 2014). Se trata del castro de Punta de Muros⁵, una factoría especializada en la metalurgia del bronce cuya cronología abarca un periodo que se inicia en la transición entre los siglos del siglo X-IX a.C. y alcanza su plenitud en los siglos VIII-VII a.C. (CANO 2010:198-200; CANO y GÓMEZ 2010: 30-31). En este poblado se documentaron los fondos de 37 grandes cabañas, que presentaban plantas oblongas con extremos generalmente redondeados y accesos abiertos al sudeste. Su perímetro estaba definido por muretes de factura tosca, levantados con piedras sin carear, lo que se traducía en secciones de notable irregularidad. Estos zócalos servían de base a unas paredes en las que se combinaban postes con entramados vegetales recubiertos con barro (CANO 2010:201-204; CANO y GÓMEZ 2010: 31-34).

Aunque el arrasamiento de la cabaña de Chao Samartín es casi absoluto, los escasos restos conservados muestran una calidad de ejecución muy superior. El contorno puede determinarse con precisión gracias a la trinchera de cimentación tallada sobre la roca que sirvió de asiento a la pared perimetral, con excepción del lateral occidental, donde lo deprimido del substrato rocoso obligó a la colocación de grandes bloques a modo de zapata de cimentación. Su planta era cuadrangular, con las esquinas redondeadas y unas medidas interiores de 12,50 m en sentido S-N y 4,50 m en sentido E-O. En línea con el eje mayor se vislumbran los apoyos de dos pies derechos: dos cajas talladas sobre la roca en las que permanecen aún las cuñas de piedra destinadas a garantizar la fijación de los postes. Los regulares perfiles de los entalles de la caja de asiento del muro aún se perciben con claridad en el extremo septentrional, pese a la erosión generada por la permanente exposición a los agentes atmosféricos desde el año 2002 (VILLA y CABO 2003: 147, lám V; VILLA 2005: 102). A través de ellos se puede determinar su relación con una pared de unos 90-93 cm de anchura media (Fig 15)⁶. Sobre su composición se ha indicado que combinaba madera y piedra, con postes dispuestos a intervalos de 1,25-1,35 m. –valor determinado a través de las mortajas talla-

5 En el ámbito del noroeste se ha relacionado también con una *longhouse* una serie de agujeros de poste excavados sobre un afloramiento granítico en Pena Fita (Monte Aday, Lugo) (VÁZQUEZ *et alii* 2015). Sin entrar a discutir la pertinencia de esta interpretación formal, meramente hipotética, dada la falta de registro sedimentario asociado, la cronología que se propone para su fundación, 2ª mitad del II milenio a.C., descartaría en principio toda relación con la estructura de Chao Samartín. Es cierto que los investigadores que la han estudiado defienden también la existencia de una fase posterior que se inscribiría en la 1ª mitad del primer milenio, pero a ella solo se le asignan ciertos agregados (piletas, canalizaciones y rebajes) que no alteraron la estructura preexistente (*Ibidem*, 27). Esta diacronía ha sido establecida a partir de referentes indirectos –básicamente, el repertorio cerámico recogido en superficie en las inmediaciones, para la primera fase, y las cronologías atribuidas a los petroglifos localizados en el entorno, para la segunda-, lo que obliga a tomarla con reservas, máxime cuando de la misma se infiere una inaudita vigencia –entre 500 y 1000 años- para la superestructura de material perecedero asociada.

6 Entendemos que la atribución de 1,80 m de anchura a esta pared es fruto de un error (VILLA 2007d: 124).

das sobre la roca- que iban embutidos en paredes de mampostería (VILLA 2007d: 124). Camino apunta a propósito de la importante sección de estos pies derechos que solo puede explicarse en el plano estructural por una relación con el apeo directo de la cubierta, por lo que la obra de mampostería, de la que apenas se conservan unos modestos testigos de cuidada factura, no recibiría carga y no tendría otra función que la de cierre. Aduce por ello que el alzado de esta fábrica debió reducirse al de un simple zócalo -solución que vendría confirmada por la total ausencia de restos de derrumbe-, y que las paredes perimetrales fueron levantados con madera y barro (CAMINO 2016: 87). La hipótesis resulta interesante y la solución propuesta resulta a todas luces más coherente en el plano constructivo y más conforme con el contexto cronológico que se atribuye a la obra, pero tiene en su contra la completa ausencia en el registro excavado de restos de manteado, cuya presencia cabría esperar si se tiene presente que la construcción fue supuestamente destruida por el fuego.

Con este incendio se asocia también la presencia de un potente nivel de cenizas superpuesto al piso de la cabaña. En cambio no se conservan restos de otros elementos como el hogar o el umbral de acceso. Sobre este último se ha propuesto su ubicación en el lateral oeste (VILLA 2007d: 124), orientación que en el norte peninsular resulta inusual en construcciones aisladas, por ser la que recibe los vientos dominantes.

Entre los materiales recuperados se menciona la presencia de fragmentos cerámicos “elaborados sin la utilización del torno” y abundantes restos metálicos (VILLA 2002:162-163;VILLA y CABO 2003:145-146), entre los que se incluyen fragmentos de láminas de bronce con remaches (VILLA 2009: 128-129) y fragmentos pertenecientes a un enigmático objeto, identificado primero con un escudo (VILLA 1999-2000: 392) y más tarde con un disco relacionado con “una significación alegórica de carácter astral, tal vez con intención calendaria, orientada al rito y la ceremonia” (VILLA 2009: 142), y cuya restauración, estudio y catalogación están aún pendientes de ser completados. Por último, se recuperó también un aplique de asa de recipiente metálico (VILLA 2009: 130-131; VILLA y CABO 2003: 146), que si bien parece pertenecer a un caldero con remaches, ofrece unas características que no se ajustan a los morfotipos de calderos remachados del Bronce Final Atlántico (GERLOFF 1986: 88 y ss; ARMADA y VILACA 2016: 129-132). La morfología y disposición del enganche del asa ofrece en cambio una mayor afinidad formal con modelos de sítulas más tardíos relacionados con asas con extremo vuelto, como los ejemplares del castro de A Peneda, en los que el bronce se combina con el hierro y que se adscriben a un contexto castreño tardío (ARMADA 2003), pese a las reticencias expresadas sobre el particular por Coffyn (1985: 57).

Por último, hay que señalar también que el fondo que se custodia en el museo del castro incluye un significativo lote de materiales procedente del entorno de esta construcción que incluye abundantes restos bronceos emparentables con los hallados en su interior.

Cronología y función

La cronología propuesta para esta etapa fundacional se ha establecido a partir de la combinación de nueve dataciones radiocarbónicas (Fig 16), extraídas de muestras de concentrados y consideradas “estadísticamente iguales” (VILLA y CABO 2003: 148, 150). Ello no ha sido óbice para proponer una fecha de fundación, en los intervalos 801-778 a.C. o bien el 799-764 a.C., y de amortización, entre el 761 y el 679 a.C. (VILLA y CABO 2003: 149-151), forzando hasta lo inasumible el análisis conjunto de unas fechas de procedencias dispares, cuya conexión y coetaneidad se presupone pero no se demuestra arqueológicamente y que además proporcionan dataciones calibradas con grandes mesetas, que en algún caso llegan incluso a alcanzar el inicio del s. IV a.C.

A ello hay que sumar las graves incoherencias que lastran esta periodización. Así, y sí se da por buena la consideración como depósito fundacional de la cista que contenía la calota craneal, en buena lógica habría que tomar como *terminus post quem* para fundación la fecha obtenida del paleosuelo en el que fue inserta dicha cista (CSIC 1784), que paradójicamente es idéntica a la recuperada de los sedimentos que la sellaron (CSIC 1785), pese a que los excavadores los ponen en relación con la fase de ruina de la muralla que circundaba el recinto superior (VILLA y CABO 2003: 144). Debería relacionarse también con el horizonte fundacional, y no con el de amortización como se pretende, la muestra extraída del nivel de cenizas de la vertiente occidental (CSIC 1544), al menos si se asume su relación con el incendio de la doble empalizada; al igual que la muestra de “concentrado de madera” extraída de uno de los agujeros de poste (CSIC 1786). Por el contrario, debería vincularse con la amortización, y no con la fundación, la extraída de las cenizas relacionadas con la pira que supuestamente ardía al pie del crestón que los excavadores estiman que presidía el recinto (CSIC 1545) (VILLA y CABO 2003: 147). Por último, pide también explicación la fecha proveniente del foso (CSIC 1475), ya que a que el contexto estratigráfico asignado, “los sedimentos que rellenaron el tramo superior” (VILLA y CABO 2003: 148), lleva a concluir que esta zanja defensiva estaba completamente colmatada con el recinto aún vigente, o cuando menos en un momento inmediato a su amortización.

La gran cabaña merece un análisis específico, dado que carece de paralelos en todo el ámbito del noroeste. Por el momento, y para la etapa previa al siglo IV a.C., solo se han localizado construcciones domésticas en piedra en la franja costera comprendida, *grosso modo*, entre los ríos Ulla y Duero (GONZÁLEZ 2006-07: 195-198). Ninguna se aproxima, siquiera remotamente, a la calidad y dimensiones del ejemplo de El Chao Samartín, ni tampoco ofrecen soluciones técnicas equiparables. El ejemplo más destacado, por la antigüedad que se le atribuyó en un inicio, es el de Coto da Pena, donde Silva fechó una de las cabañas pétreas exhumadas en el intervalo 900-700 a.C., considerando probable la pertenencia al mismo arco temporal de otras construcciones, o al menos de parte de las mismas (1986: 34-35), aunque otros autores prefieren datarla no antes del siglo VII a.C. (CARBALLO y GONZÁLEZ RUIBAL 2003: 41). La cabaña en cuestión presenta una planta oblonga y unas dimensiones comunes en la arquitectura castreña del noroeste. Su cronología se estableció a partir de dos referentes. El primero es una hoz de bronce de botón de tipo Rocanes recuperada del interior de la construcción (SILVA 1986: Est. LXXXVI. 1), que Silva fechó en torno a mediados del S. IX a.C. a partir de la datación propuesta por Coffyn para las hoces de bronce de los tipos Rocanes y Castropol (1978: 366). El hallazgo de un fragmento de molde en el taller metalúrgico de Peña Negra muestra, sin embargo, que el tipo Rocanes perduró hasta mediados del VIII a.C., cuando menos, al provenir de un horizonte de ocupación fechado entre el 780 y el 740 a.C. (GONZÁLEZ PRATS 1992: 249). Por su parte González Ruibal propone como paralelo más tardío la hoz de tipo Castropol recuperada del castro de Camoca (2006-07: 96), que proviene de un horizonte a caballo entre los siglos VIII y VI a.C. (CAMINO 1999: 158). El segundo referente esgrimido por Silva proviene del exterior. Se trata de una datación radiocarbónica extraída de una muestra recogida de un conchero superpuesto a un suelo que adosaba contra el muro perimetral de la cabaña. La fecha absoluta que proporciona es muy anterior a la cronología defendida por Silva para la cabaña, además de adolecer de una enorme desviación estándar que obliga a considerarla inválida⁷.

Torroso es otro castro que ofrece un conjunto notable de construcciones en piedra de esta fase temprana, que en los momentos iniciales coexiste con estructuras levantadas en materiales perecederos, aunque ni la planta ni la técnica constructiva de ninguna de ellas ofrece afinidades con

⁷ Extraída de un conjunto de simientes de vicia faba. UGRA 220: 2930+100 B.P. (SILVA 1986: 34, nota 177). La calibración con el programa OxCal v4.3.3 proporciona la siguiente fecha: 1408-902 a.C. (95,4%).

las de la cabaña de Chao Samartín. Por sus dimensiones, destaca un gran recinto de planta mixta –generada por la combinación de planta cuadrangular y circular- adscrito a la fase Sexta, para el que se ha sugerido una posible función comunitaria a partir exclusivamente de su tamaño (los hallazgos de su interior son juzgados irrelevantes) (PEÑA 1992: 19-20, fig. 24, láms 24-25; ARMADA 2011: 170; ARMADA y VILACA 2016: 138), aunque también se han llegado a expresar serias dudas de que corresponda a un espacio cubierto (PEÑA 1992: 20). Las sucesivas fases de ocupación de este poblado se asocian a fechas radiocarbónicas equiparables en antigüedad a las proporcionadas por el recinto superior del castro de Chao Samartín, pero en este caso el responsable de la excavación opta por la prudencia a la hora de fijar su cronología, situándola torno a finales del S. VII e inicios del VI a.C. (PEÑA 1992: 21-22)⁸.

Respecto a la funcionalidad de la cabaña de Chao Samartín se ha sugerido un carácter ritual, atendiendo a la falta de ajuar doméstico y la preponderancia del material bronceo sobre el cerámico (VILLA 2007d: 124-125). Desconocemos las razones por las que cabe atribuir al material bronceo un mayor sesgo ritual que al cerámico, cuya presencia en contextos sagrados está de hecho bien contrastada, y máxime cuando la identificación y catalogación de este conjunto material aún no ha sido completada. Sería deseable asimismo que se precisara la relación entre los materiales provenientes del exterior e interior del recinto y el contexto estratigráfico asociado a ambos.

Tampoco se ha avanzado nada sobre el carácter de esta ritualidad. En ese sentido ya señalamos en otra ocasión que la supuesta vinculación trascendente entre el complejo construido del recinto superior y el crestón rocoso situado al oeste del mismo (situado, por lo tanto, fuera de él) carece de argumentos contrastables que la avalen (RÍOS 2017: 232-233)⁹.

VALORACIÓN

Lo abrupto del relieve y la marginalidad con relación a los principales corredores naturales de comunicación explican que el occidente de Asturias fuera en gran medida ajeno a las transformaciones socioeconómicas, ligadas a los contactos de larga distancia, que afectaron al noroeste peninsular en el periodo comprendido entre los siglos X y VIII a.C. Cabe prever por lo tanto, y en contra de lo que apuntara Maya (1989: 11-15), que el proceso de formación del paisaje dominado por los poblados fortificados en el oeste astur se ajustó un ritmo particular, a todas luces más lento y tardío que el documentado en otros ámbitos menos periféricos del noroeste peninsular.

El registro arqueológico refleja con claridad esta disparidad (GONZÁLEZ RUIBAL 2006-07: 90-95). La pobreza del que alberga el oeste asturiano -donde los asentamientos al exterior inmediatamente anteriores a la aparición de los poblados fortificados resultan aún invisibles- no permite precisar, al menos por ahora, su diacronía, por lo que la afinidad con el acontecido en el sector galaico portugués se limita a una presunta y relativa simultaneidad, sustentada casi en exclusiva por una serie de dataciones radiocarbónicas, de las que buena parte siquiera tienen vinculación directa con hitos arqueológicos específicos (fundación o amortización de estructuras, hogares, horizontes de uso, etc...) y muchas han sido extraídas de concentrados de tierra carbonosa, material que ofrece el menor grado de certeza en la relación de sincronía con el contexto arqueológico a datar (RUBINOS

⁸ Antonio de la Peña juzga que sus elevados intervalos las convierten prácticamente en inservibles, hasta el punto “de haber dejado de ser un sistema de tipo *absoluto* para derivar a *relativo*”, prefiere por ello tomar como referencia para fijar la cronología del poblado el valor Godwin (PEÑA 1992: 44-45).

⁹ Dista de constituir una novedad la pretensión de vincular con rocas de morfología singular los impulsos religiosos de las poblaciones de la prehistoria reciente y protohistoria, y en particular, la castreña. Hace casi cincuenta años que Labandera propuso conexiones de este tipo entre una peña existente en la playa de la Paloma y los moradores de El Castelo de Esteiro (1970: 117).

2009: 339). Casi todas se ven además afectadas por el problema de la curva de calibración conocido como “catástrofe del Hierro”, del que se derivan horquillas de gran amplitud.

La aparición de los castros es el reflejo material más evidente de unas transformaciones socioeconómicas que no se desarrollaron de igual manera en los distintos ámbitos del noroeste. Es sabido que no existió una nítida línea de separación temporal entre el final de la Edad del Bronce y lo que vino después, sino una paulatina transformación de las estructuras sociales y económicas en la que el surgir de los poblados fortificados representa el arranque del definitivo proceso de fijación de las comunidades al territorio, que no debió de ser repentino -aunque pudiera llevarse a efecto en un plazo relativamente corto-, ni tampoco simultáneo. El principal, y posiblemente el único, factor desencadenante de la aparición del poblamiento estable en el occidente astur tuvo que ser el incremento del papel de la agricultura en las estrategias de subsistencia, cuya importancia en el surgir del fenómeno castreño en el noroeste peninsular se viene destacando desde hace décadas (CALO y SIERRA 1983:43-48). Los estudios polínicos, antropológicos y carpológicos realizados en relación con castros tempranos del norte de Portugal y del sur de Galicia muestran esta mayor sofisticación de las estrategias agrarias (aparición de cereales de verano e invierno, leguminosas y mijo), que refleja una intensa y continua explotación de los entornos que requiere de una sedentarización avanzada (PEÑA 1992: 42-44; AIRA y RAMIL 1995; BETTENCOURT 2013: 162; TERESO *et alii* 2016: 48 y ss.). En esta etapa inicial parece que se mantuvo la tradición heredada de la Edad del Bronce de laboreos extensivos de ciclo largo, en espera de las innovaciones tecnológicas que en siglos posteriores permitiría colonizar las tierras de los valles (PARCERO 2000: 86).

No disponemos por el momento de datos relacionables con los poblados del occidente astur, pero parece razonable prever una evolución similar. Asimismo, parece lícito contemplar, al menos en calidad de hipótesis, la futura aparición de horizontes de ocupación en alto y sin fortificar como antecedentes inmediatos de algunos castros tempranos, equiparables, por ejemplo, a la fase Ib de Sao Juliao (BETTENCOURT 2000: 105-107); pero que también han sido reconocidos en castros de fundación mucho más tardía de territorios alejados de la franja costera atlántica, y que por ello se presumen menos dinámicos. La fase I de Crastoeiro, fechable ya en el siglo IV, representa un buen ejemplo en este sentido (DINIS 2001: 106-108, 121-123).

La aparición de las primeras estructuras defensivo-delimitadoras constituye la primera muestra expresa de la voluntad de permanencia. A través de ellas las comunidades castreñas proyectan al exterior su pretensión de vincularse con el territorio circundante. La cerca más antigua localizada hasta el momento es la que subyace a la muralla de módulos de San Chuis. Su datación se apoya en dos fechas radiocarbónicas, de las que si bien una de ellas proporciona una cronología absoluta a caballo entre los siglos IX-VIII a.C., la calibración de la segunda genera una amplia meseta comprendida entre el primer tercio del siglo VIII y finales del siglo V a.C., amplitud que no autoriza a restringir la construcción de este muro a finales del siglo IX o principios del VIII a.C.

La muralla y foso que circundan el recinto superior del Chao Samartín se asocian sin duda con la primera fase de ocupación del asentamiento, pero los problemas derivados de los contextos de procedencia de algunas muestras datadas por radiocarbono y las amplias mesetas proporcionadas por casi todas las dataciones no permiten tampoco constreñir su origen a un periodo tan limitado como el propuesto, a caballo de nuevo entre los siglos IX-VIII a.C. En cuento a los agujeros de poste de este recinto nada avala su relación con una finalidad poliorcética. Lo más probable, de hecho, es que sirvieran de anclaje a estructuras sobre elevadas, cuyo número, dimensiones, función, y cronología relativa con relación al resto de estructuras localizadas en el recinto superior deberá ser determinado a través de nuevas excavaciones.

La información que disponemos de los espacios domésticos de esta etapa inicial es por el momento muy imprecisa y reducida. En este marco temporal cabe esperar su relación con construcciones en material perecedero y todo apunta a que los agujeros de poste excavados sobre la roca que han sido localizados en el Barrio Alto de San Chuis se vinculan con estructuras de este tipo. El pobre repertorio ergológico asociado a esta fase fundacional (MARÍN 2007: 152 y ss) podría reflejar además un poblamiento poco denso, que acaso pudo tener un carácter estacional. Tratar de avanzar en el conocimiento de esta etapa inicial solo a través del análisis del registro recuperado de las antiguas excavaciones dirigidas por Francisco Jordá constituye un ejercicio abocado a continuas relecturas y reinterpretaciones, por lo que el progreso en la investigación pasa necesariamente por acometer nuevas excavaciones en extensión que permitan identificar arqueológicamente los horizontes que integran la secuencia de ocupación del asentamiento y su cronología relativa, con el correspondiente registro de estructuras y depósitos sedimentarios asociados; además de servir para extraer lecturas de orden social, que es una de las grandes tareas pendientes de la arqueología castreña asturiana desde hace décadas (RÍOS y GARCÍA DE CASTRO 2001: 91).

Otros dos castros para los que se defiende una fundación temprana también han proporcionado construcciones domésticas en material perecedero. Al inicio de este artículo hemos expuesto brevemente el caso de Os Castros de Taramundi, cuyo conjunto de cabañas de su fase inicial no puede circunscribirse a ese reducido marco –ss IX-VIII a.C.– en el que se insiste en situar el origen para la generalidad de los castros asturianos. En Chao Samartín se pudo constatar también la existencia de zanjas perimetrales relacionadas con cabañas de este tipo, para las que se fijó el siglo IV a.C. como referente *ante quem* (VILLA 2007c: 198). Se ha especulado también con su relación con “depósitos contemporáneos del recinto superior” (VILLA 2007b: 29), aunque nada se ha avanzado por el momento al respecto.

En suma, la información de la que disponemos sobre la aparición de los primeros poblados fortificados del occidente astur nos muestra a esta etapa aún rodeada de sombras. Parece oportuno en consecuencia situar este proceso formativo a un arco temporal bastante más amplio que el barajado hasta ahora, quizá a caballo entre los ss. VIII y V a.C., en tanto no dispongamos de nuevos datos que ayuden a precisar la cuestión; y máxime si se tiene en cuenta que, al igual que ha podido constatarse en el resto de los ámbitos del noroeste peninsular, el surgimiento de los poblados más tempranos no tuvo necesariamente que ser sincrónico en todos los biotopos que integra el territorio occidental asturiano. Se trata, en definitiva, de asociar la aparición del poblamiento castreño con las transformaciones paulatinas que tuvieron lugar en el periodo comprendido, *grosso modo*, entre los momentos finales del Bronce Atlántico en su acepción más tradicional y la difusión de manufacturas de hierro locales, que en el norte de Portugal no acontece hasta el siglo V a.C. (SILVA 1986: 170-171) y que en Asturias se retrasa hasta el siglo IV a.C. (FANJUL y MARÍN 2006; CAMINO y VILLA 2014)¹⁰. Como es sabido, esta tardía aparición de las manufacturas del hierro ha

¹⁰ Un puñal de antenas recuperado de Os Castros de Taramundi constituye la (aparente) excepción a esta cronología (VILLA 2009: 106-107). Su hoja de hierro apareció cubierta por una vaina con restos de materia orgánica que fueron sometidos a datación radiocarbónica. La fecha obtenida es aberrante (UA 17646: 2900±120 BP. Fecha calibrada a dos sigmas: 1387-833 BC.; VILLA *et alii* 2007: 276), resultando además incoherente con el contexto arqueológico del que proviene la pieza, que fue calificada de “deposición intencionada” ligada a la fundación de una cabaña perteneciente al primer horizonte construido en piedra del castro, para el que se propone una fecha *post quem* en los siglos V-IV a.C. (MENÉNDEZ *et alii* 2013: 192). De esta cabaña (C-3), se ha destacado además su “inequívoca vinculación con periodos en los que el caserío de la Edad del Hierro experimentó profundas reformas” (VILLA *et alii* 2007: 269). Pese a todo ello, en fechas recientes se ha juzgado el puñal como una muestra de la metalurgia del hierro “anterior al siglo V” (CAMINO y VILLA 2014: 61), impreciso periodo a caballo entre la fecha radiométrica y la deducida a partir del análisis del contexto estratigráfico. El planteamiento constituye una muestra palmaria de la distorsión que se introduce en el registro arqueológico cuando la radiometría adquiere entidad autónoma y se valora con independencia del contexto estratigráfico del que provienen las muestras sometidas a datación (GARCÍA DE CASTRO 2016: 17; RÍOS 2017: 29). Fanjul y Marín, por su parte, prefieren poner el énfasis en los paralelos formales, tanto del propio puñal (Santa Trega, Lebosandaus y San Cibrán de Las), como de la contera de la vaina (Borneiro, Viladonga, Fozara), que remiten a fechas posteriores al S IV a.C., coherentes por lo tanto con el contexto arqueológico asociado a la pieza de Taramundi (FANJUL y MARÍN 2006: 114).

llevado a muchos investigadores portugueses a negar incluso la existencia de la I Edad del Hierro en el norte de Portugal. En ese sentido, Martins propone prolongar la Edad del Bronce hasta el s. VI a.C. (1990:110-111); mientras que Bettencourt reivindica la existencia de un amplio periodo de transición desde el siglo VII hasta el siglo IV a.C., en el cual se produciría una evolución de carácter endógeno, aunque muy marcada por influencias alóctonas, y en el que seguirían estando presentes materiales característicos del Bronce Final, como las hachas de talón y dos anillas o los calderos de remaches (2005:27), lo que obliga a relativizar el hallazgo de estos materiales en castros como indicadores de su origen en el Bronce Final. Una pieza recuperada del castro de Chao Samartín confirma la perduración de estos anacronismos tipológicos en el occidente asturiano, llevándola incluso hasta una etapa avanzada de la Edad del Hierro, cuando menos. Se trata de una hacha de talón y dos anillas recuperada entre el sedimento que se interponía entre dos losas de pizarra que sirvieron de sucesivas bases al hogar de una cabaña, para la que se postula una fundación posterior al siglo IV a.C. y que estuvo en uso hasta el s. II d.C. El estrato asociado proporcionó dos dataciones radiocarbónicas¹¹, cuyas fechas calibradas definen una horquilla temporal comprendida entre mediados del siglo II a.C. y la segunda década del siglo I d.C. (BLAS y VILLA 2007: 283-286). A la vista de este contexto parece más razonable ver en esta pieza una prueba de esta perduración tipológica que considerar que su fabricación pudo producirse en el marco del Bronce Final Atlántico II (BLAS y VILLA 2007: 284-286; VILLA 2009: 124-125), asumiendo con ello que su vigencia se prolongó durante casi un milenio. Todo ello con independencia de la veracidad o falsedad del carácter ritual que se atribuye al hallazgo, que solo se apoya en conjeturas –en propia definición de los defensores de la hipótesis- (BLAS y VILLA 2007: 286-288), y que no parecen avalar ni las evidentes huellas de uso que presenta el instrumento ni el contexto del que proviene.

BIBLIOGRAFÍA

- AIRA RODRÍGUEZ, María Jesús; RAMIL REGO, Pablo (1995), Datos paleobotánicos del norte de Portugal (Baixo Minho) estudio polínico y paleocarpológico, *Lagasalia*, 18(1), Sevilla, Universidad de Sevilla/Departamento de Botánica, pp. 25-38.
- ARMADA PITA, Xosé Lois (2003), Los calderos del castro de A Peneda (Redondela, Pontevedra), *Gallaecia*, 22, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, pp. 103-142.
- ARMADA PITA, Xosé-Lois (2011), Feasting metals and the ideology of power in the late Bronze Age of atlantic Iberia, en ARANDA JIMÉNEZ, Gonzalo; MONTÓN SUBÍAS, Sandra y SÁNCHEZ ROMERO, Margarita (eds), *Guess who's coming to dinner. Feasting ritual in the prehistoric societies of Europe and the near east*, Oxford, Oxbow Books, pp. 158-183.
- ARMADA PITA, Xosé Lois y VILAÇA, Raquel (2016), Rituales de comensalidad en el Bronce Final de la Iberia atlántica: artefactos metálicos, contextos e interpretación, en VILAÇA, Raquel y SERRA, Miguel (eds), *Matar a fome, alimentar a alma, criar sociabilidades. Alimentação e comensalidade nas sociedades pré e proto-históricas*, Coimbra, Instituto de Arqueologia, pp. 127-157.
- BETTENCOURT, Ana M.S. (2000), *O povoado de São Julião, Vila Verde, norte de Portugal, nos finais da Idade do Bronce e na transição para a Idade do Ferro*, Braga, Universidade do Minho.
- BETTENCOURT, Ana M.S. (2005), O que aconteceu às populações do Bronce Final do noroeste de Portugal, no segundo quartel do I milénio A.C. e quando começou, afinal, a Idade do Ferro?, *Cadernos do Museo de Penafiel*, 11, Penafiel, Museu Municipal, pp. 25-40.

¹¹ CSIC 1778: 2051 +32 BP, Cal BC, 166-127 (11,5%)/cal BC. 122-Cal AD 24 (83,9%). CSIC 1781: 2053.37, Cal BC 168-Cal AD 24 (95,4%). (BLAS y VILLA 2007: 283).

- BETTENCOURT, Ana M.S. (2013), O Bronze Final no noroeste português. Uma rede complexa de lugares, memórias e ações, *Estudios arqueológicos de Oeiras*, 20, Barcarena, Câmara Municipal de Oeiras, pp. 157-172.
- BLAS CORTINA, Miguel Ángel de y VILLA VALDÉS, Ángel (2007), La presencia no accidental de un hacha de talón en un fondo de hogar en el castro de Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias), en CELIS SÁNCHEZ, Jesús (coord), *El hallazgo leonés de Valdevimbre y los depósitos del Bronce Final Atlántico en la península ibérica*, León, Junta de Castilla y León/Diputación de León, pp. 280-289
- CALO LOURIDO, Francisco y SIERRA RODRÍGUEZ, Xosé Carlos (1983), As orixenes do castrexo no Bronce Final, en PEREIRA MENAUT, Gerardo (ed), *Estudos de Cultura Castrexa e de Historia Antiga de Galicia*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, pp. 19-85.
- CAMINO MAYOR, Jorge (1999), Excavaciones arqueológicas en los castros de la ría de Villaviciosa. Precisiones cronológicas, *Excavaciones arqueológicas en Asturias*, 4 (1995-1998), Oviedo, Principado de Asturias, pp. 151-161.
- CAMINO MAYOR, Jorge (2016), La arquitectura doméstica de la Edad del Hierro en Asturias. Algunos ejemplos singulares, *ARPI*, 5, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, pp. 79-95.
- CAMINO MAYOR, Jorge y VILLA VALDÉS, Ángel (2014), El hierro en el registro arqueológico de la protohistoria cantábrica, *Kobie-Serie Anejo*, 13, Bilbao, Diputación Foral, pp. 59-74.
- CANO PAN, Juan Antonio (2010), Arquitectura y sociedad en un poblado de la Primera Edad del Hierro en el noroeste de la península ibérica, en BUENO, Primitiva; GILMAN, Antonio; MARTÍN MORALES, Concha y SÁNCHEZ PALENCIA, Francisco Javier (eds), *Arqueología, sociedad, territorio y paisaje. Estudios sobre prehistoria reciente, protohistoria y transición al mundo romano en homenaje a M^a Dolores Fernández Posse*, Madrid, CSIC, pp. 195-210.
- CANO PAN, Juan Antonio y GÓMEZ FILGUEIRAS DE BRAGE, Fernán (2010), El yacimiento de Punta de Muros: un poblado de producción metalúrgica en el NO de la península ibérica, *Anuario Brigantino*, 33, Betanzos, Concello de Betanzos, pp. 27-56.
- CARBALLO ARCEO, Xulio (1996), Os castros galegos: espacios e arquitectura, *Gallaecia*, 14-15, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, pp. 309-357.
- CARBALLO ARCEO, Xulio y GONZÁLEZ RUIBAL, Alfredo (2003), A Cultura Castrexa do NW da Península Ibérica en Galicia, *Boletín Auriense*, 33, Ourense, Museo Arqueolóxico Provincial, pp. 37-75.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, Elías (1990), La cultura castreña en Asturias, *Historia de Asturias I, Prehistoria-Historia Antigua*, Oviedo, Prensa Asturiana, pp. 121-136.
- COFFYN, André (1978), Une faucille de l'Âge du Bronze à Conimbriga, *Revista de Guimarães*, 88, Guimarães, Casa de Sarmiento, pp. 365-370.
- COFFYN, André (1985), *Le Bronze Final Atlantique dans la péninsule ibérique*, París, De Boccard.
- CUESTA TORIBIO, Francisco; JORDÁ PARDO, Jesús F.; MAYA GONZÁLEZ, José Luis y MESTRES GABARRO, Joan (1996), Radiocarbono y cronología de los castros asturianos. *Zephyrus*, 49, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 225-270.
- DINIS, Antonio Pereira (2001), *O povoado da Idade do Ferro do Crastoeiro (Mondim de Basto, norte de Portugal)*, Braga, Universidade do Minho.
- FANJUL PARAZA, Alfonso y MARÍN SUÁREZ, Carlos (2006), La metalurgia del hierro en la Asturias castreña, *Trabajos de Prehistoria*, 63(1), Madrid, CSIC, pp. 113-131.

- GARCÍA DE CASTRO VALDÉS, César (2016), Arqueología: destrucción vs conocimiento, en GIRALDEZ FERNÁNDEZ, Pilar y VENDRELL SAZ, Màrius (eds), *Transformació, destrucció i restauració dels espais medievals*, Barcelona, Patrimoni 2.0 Consultors, pp. 9-28.
- GERLOFF, Sabine (1986), Bronze Age Class A cauldrons: typology, origins and chronology, *Journal of The Royal Society of Antiquaries of Ireland*, 116, Dublín, Royal Society of Antiquaries of Ireland, pp. 84-115.
- GONZÁLEZ PRATS, Alfredo (1992), Una vivienda metalúrgica en la Peña Negra (Crevillente-Alicante). Aportación al conocimiento del Bronce Atlántico en la península ibérica, *Trabajos de Prehistoria*, 49, Madrid, CSIC, pp. 243-257.
- GONZÁLEZ RUIBAL, Alfredo (2006-2007), *Galaicos. Poder y comunidad en el noroeste de la península ibérica (1200 a.C. -50 d.C.)*, La Coruña, Museo arqueológico e histórico Castelo de San Antón.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco (1985), Allande: castro de San Chuis, *Arqueología* 83, Madrid, Ministerio de Cultura, p. 80.
- JORDÁ PARDO, Jesús (1990), El medio geológico y su explotación en el castro de San Chuis (Allande, Asturias), *Boletín geológico y minero*, 101(5), Madrid, Instituto Geológico y Minero, pp. 780-791.
- JORDÁ PARDO, Jesús (2009), Descubriendo el castro de San Chuis (Allande, Asturias): Nuevas aportaciones al conocimiento de la cronología radiocarbónica de los castros asturianos, *Entemu*, 16, Gijón, UNED, pp. 47-63.
- JORDÁ PARDO, Jesús y GARCÍA MARTÍNEZ, Mercedes (2007), Investigaciones arqueológicas en el castro de San Chuis (Allande, Asturias): últimos trabajos y memoria final, *Excavaciones arqueológicas en Asturias*, 5 (1999-2002), Oviedo, Principado de Asturias, pp. 141-148.
- JORDÁ PARDO Jesús y MARÍN SUÁREZ, Carlos (2007), Las cerámicas indígenas del castro de San Lluís (Allande, Asturias), en FANJUL PARAZA, Alfonso (coord), *Estudios varios de arqueología castreña*, Santander, España: I.E.P.A, pp. 135-152.
- JORDÁ PARDO, Jesús; MARÍN SUÁREZ, Carlos y MOLINA SALIDO, Juana (2014), El castro de San Chuis (San Martín de Beduledo, Allande, Asturias): cincuenta y dos años de investigación arqueológica, *Anejos de Nailos*, 2, Oviedo, APIAA, pp. 135-175.
- JORDÁ PARDO, Jesús; MESTRES TORRES, Joan y GARCÍA MARTÍNEZ, Mercedes (2002), Arqueología castreña y método científico: nuevas dataciones radiocarbónicas del castro de San Chuis (Allande, Asturias), *Croa*, 12, Villadonga, Museo de Villadonga, pp. 17-36.
- LABANDERA CAMPOAMOR, José Antonio (1970), La cultura de los castros. *BIDEA*, 69, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, pp. 105-124.
- LEMONS, Francisco SANDE (2009), A Cultura Castreja no Minho. Espaço nuclear dos grandes povoados proto-históricos do Noroeste Peninsular, *Minho, traços de Identidade*, Braga, Universidade do Minho, pp. 122-213
- MANZANO HERNÁNDEZ, María Paz (1986-1987), Avance sobre la cerámica común del castro de San Chuis. Pola de Allande, *Zephyrus*, 39-40, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 397-410.
- MARÍN SUÁREZ, Carlos (2007), Los materiales del castro de San L.uis (Allande, Asturias), *Complutum*, 18, Madrid, Universidad Complutense, pp. 131-160
- MARTINS, M. Manuela (1990), *O povoamento proto-histórico e a romanização da bacia do curso médio do Cávado*, Braga, Universidade do Minho.

- MAYA GONZÁLEZ, José Luis (1988), *La cultura material de los castros asturianos. Estudios de la Antigüedad 4/5*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona.
- MENÉNDEZ GRANDA, Alfonso; MARTÍN HERNÁNDEZ, Esperanza y VILLA VALDÉS, Ángel (2013), La exploración de áreas inéditas en el poblado fortificado de Os Castros de Taramundi, *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 7 (2007-2012)*, Oviedo, Principado de Asturias, pp. 189-196.
- MORENO RASO, Iciar (2014), *Longhouses del Bronce Final-Hierro I en la península ibérica, Arqueología y territorio, 14*, Granada, Universidad de Granada, pp. 25-37.
- PARCERO OUBIÑA, César (2000), Tres para dos. Las formas de poblamiento en la Edad del Hierro del noroeste ibérico, *Trabajos de Prehistoria, 57(1)*, pp. 75-95.
- PEÑA SANTOS, Antonio de la (1992), *Castro de Torroso (Mos, Pontevedra). Síntesis de las memorias de las campañas de excavaciones 1984-1990*, La Coruña, Xunta de Galicia.
- PIAY AUGUSTO, Diego; CANO PAN, Juan A.; NAVEIRO LÓPEZ, Juan (2015), La construcción anular y el enclos de Ventosiños (Coeses, Lugo). Estudio preliminar de un conjunto del Bronce Final, *Zephyrus, 76*, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 57-76.
- RÍOS GONZÁLEZ, Sergio (2017), *Los baños castreños del noroeste de la península ibérica*, Pola de Siero, Ménsula ediciones.
- RÍOS GONZÁLEZ, Sergio (e.p), En la periferia del noroeste peninsular. Particularidades del hábitat doméstico castreño del oeste de Asturias, *Congresso Internacional Cultura Castrexa. Identidade e transições (Santa María da Feira. Museo Convento dos Lóios. 15-17 de noviembre de 2018)*.
- RÍOS GONZÁLEZ, Sergio y GARCÍA DE CASTRO VALDÉS, César (2001), Observaciones en torno al poblamiento castreño de la Edad del Hierro en Asturias, *Trabajos de Prehistoria, 58(2)*, Madrid, CSIC, pp. 89-107.
- RUBINOS PÉREZ, Antonio (2009), Límites de la geocronología en el estudio de yacimientos de época histórica, *Munibe, 60*, San Sebastián, Aranzadi, pp. 331-347.
- SAMPAIO, Hugo ALUAI; BETTENCOURT A. M.S.; BARBOSA, Rui.; DINIS, Antonio y CRUZ, Carlos SIMÕES (2008), A importância do povoado do Pego no Bronce Final do noroeste de Portugal, *Férvedes, 5*, Villalba, Museo de Prehistoria e Arqueoloxía de Villalba, pp. 227-233.
- SILVA, Armando COELHO FERREIRA da (1986), *A Cultura castrexa no noroeste de Portugal*, Paços de Ferreira, Museu Arqueológico da Citânia de Sanfins.
- TERESO, Joao Pedro; BETTENCOURT ANA M.S.; RAMIL REGO, Pablo; TEIRA BRIÓN, Andrés; LÓPEZ DÓRIGA, Inés; LIMA, António y ALMEIDA, Rubim (2016), Agriculture in NW Iberia during the Bronze Age: a review of archaeobotanical data, *Journal of Archaeological Science: Reports, 10*, Amsterdam, ELSEVIER, pp. 44-58.
- VÁZQUEZ LIZ, Pablo; PRIETO MARTÍNEZ, María Pilar y NÚÑEZ JATO, Juan Francisco (2015), El pasado olvidado: el sitio del II y I milenio B.C. de Pena Fita (Adai, Lugo) en el contexto de las “longhouses” del NW peninsular, *Gallaecia, 34*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, pp. 9-56.
- VILLA VALDÉS, Ángel (1992), Breve resumen de los inventarios arqueológicos Grandas de Salime, S. Martín de Oscos, Sta. Eulalia de Oscos y Villanueva de Oscos, *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 2 (1987-1990)*, Oviedo, Principado de Asturias, pp. 223-225.
- VILLA VALDÉS, Ángel (1999-2000), Descripción de estructuras defensivas e trazado urbano no castro do Chao de San Martín (Grandas de Salime, Asturias), *Boletín do Museo Provincial de Lugo, 9*, Lugo, Museo Provincial de Lugo, pp. 367-419.

- VILLA VALDÉS, Ángel (2002), Periodización y registro arqueológico en los castros del occidente de Asturias, en BLAS CORTINA, Miguel Ángel y VILLA VALDÉS, Ángel (eds), *Los poblados fortificados del Noroeste de la península ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña*, Navia, Ayuntamiento de Navia, pp. 159-188.
- VILLA VALDÉS, Ángel (2005), *El castro de Chao Samartín*, Grandas de Salime, Sociedad Arqueológica Profesional.
- VILLA VALDÉS, Ángel (2007a), El castro de El Picón (La Coroza, Tapia de Casariego): un poblado de la Edad del Bronce en la marina occidental asturiana, *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 5 (1999-2002)*, Oviedo, Principado de Asturias, pp. 277-282.
- VILLA VALDÉS, Ángel (2007b), Mil años de poblados fortificados en Asturias (siglos IX a.C.-II d.C.), en FERNÁNDEZ TRESGUERRES (Coord), *Astures y romanos: nuevas perspectivas*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, pp. 27-60.
- VILLA VALDÉS, Ángel (2007c), El Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias) y el paisaje fortificado en la Asturias protohistórica, en BERROCAL RANGEL, Luis y MORET, Pierre (eds), *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*, Madrid, Real Academia de la Historia/Casa de Velázquez, pp. 191-212.
- VILLA VALDÉS, Ángel (2007d), La excavación arqueológica del Chao Samartín en el periodo 1999-2002. Precisiones sobre su origen y pervivencia, *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 5 (1999-2002)*, Oviedo, Principado de Asturias, pp. 123-134.
- VILLA VALDÉS, Ángel (2009), *Castro de Chao Samartín. Catálogo*, Oviedo, Gobierno del Principado de Asturias.
- VILLA VALDÉS, Ángel y CABO PÉREZ, Luís (2003), Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del Bronce en el castro de Chao Samartín: argumentos para su datación, *Trabajos de Prehistoria, 60(2)*, Madrid, CSIC, pp. 143-151.
- VILLA VALDÉS, Ángel y MENÉNDEZ GRANDA, Alfonso (2009), Estudio cronoestratigráfico de las murallas del castro de San Chuis, en San Martín de Beduledo (Allande, Asturias), *BRIDEA*, 173-174, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, pp. 159-179.
- VILLA VALDÉS, Ángel; MENÉNDEZ GRANDA, Alfonso y FANJUL MOSTEIRÍN, Juan Antonio (2007), Excavaciones arqueológicas en el poblado fortificado de Os Castros, *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 5 (1999-2002)*, Oviedo, Principado de Asturias, pp. 267-275.

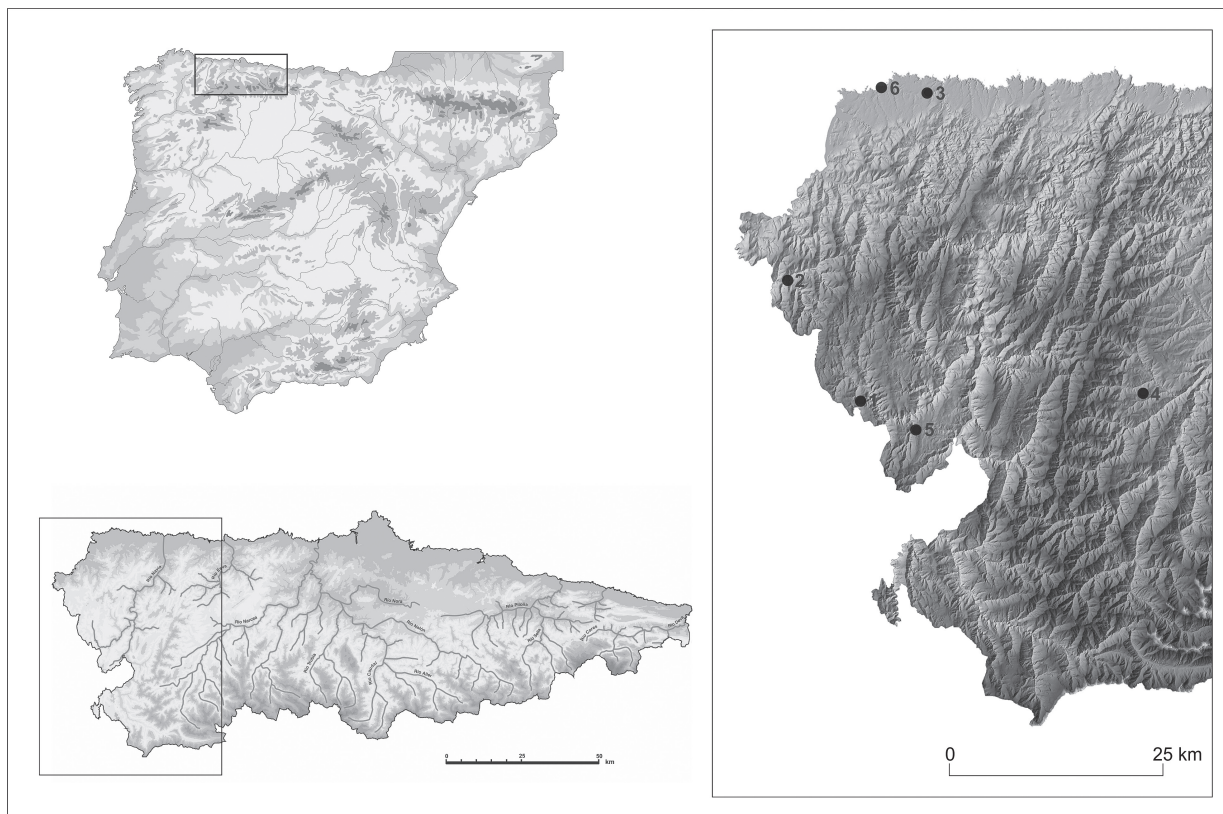


Fig. 1: Situación de los castros y otros asentamientos citados en el texto. 1: Cortín dos Mouros (Santa Eulalia de Oscos); 2: Os Castros (Taramundi); 3: El Picón de la Coroza (Tapia de Casariego); 4: Castro de San Chuis (Allande); 5: Chao Samartín (Grandas de Salime); 6: Castelo del Esteiro (Tapia de Casariego).



Fig. 2: Vista de la Sierra de Peña Tiñosa y situación del Cortín dos Mouros, desde el oeste.

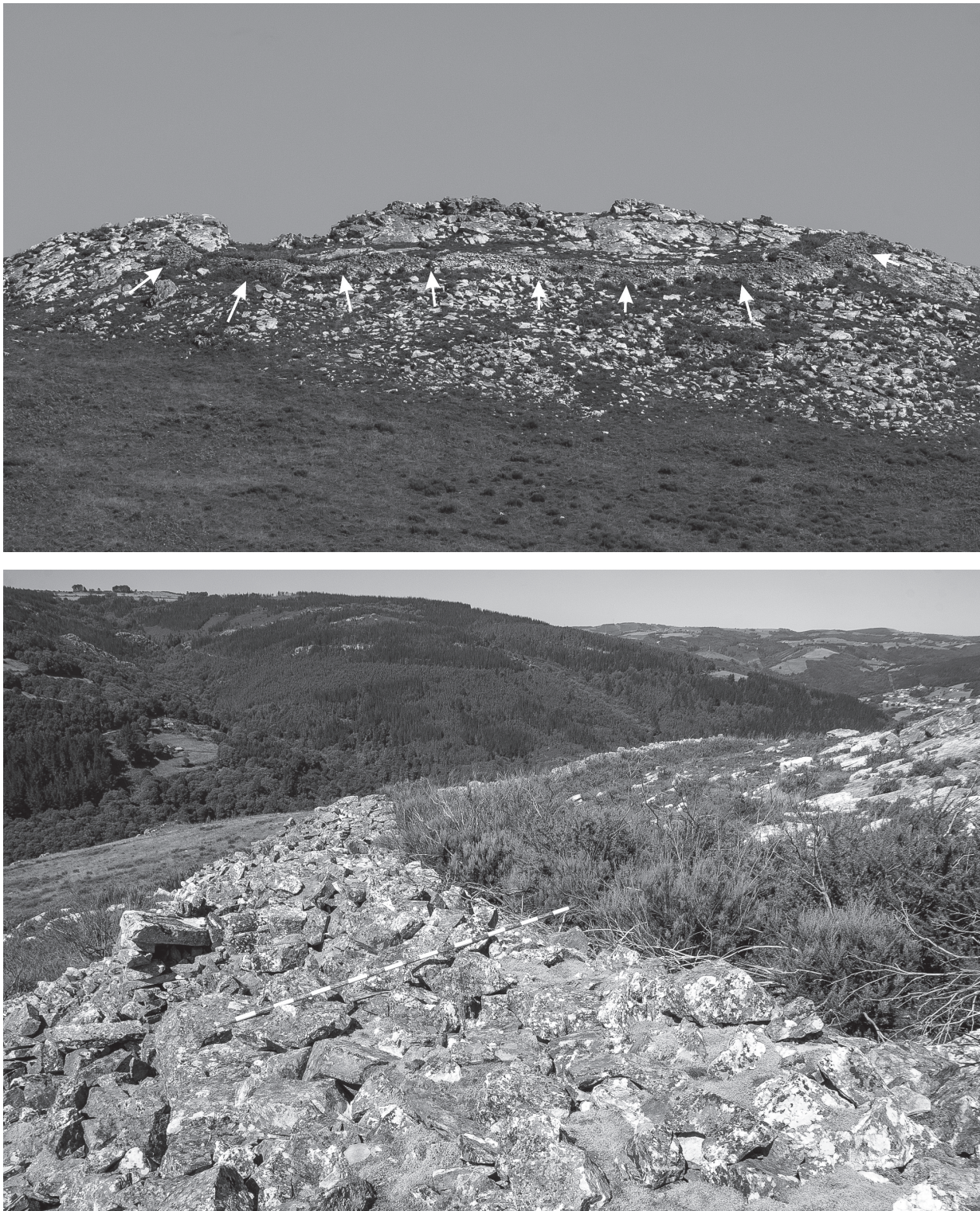


Fig. 3: 1. Vista del Cortín dos Mouros desde el oeste. Las flechas marcan la situación de la muralla. 2. Vista de detalle de la muralla, desde el sur.

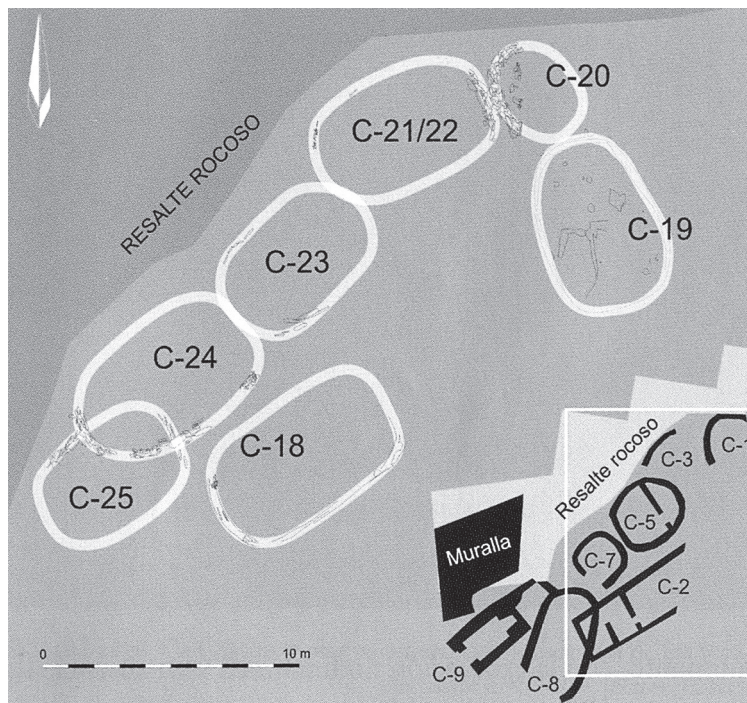


Fig. 4: Planta del grupo de cabañas en material perecedero de la fase 1 exhumadas en el sector norte de Os Castros de Taramundi. Abajo y a la derecha se representan las estructuras superpuestas de la fase 2, prerromana, y de la fase 3, altoimperial, según MENÉNDEZ *et alii* 2013.

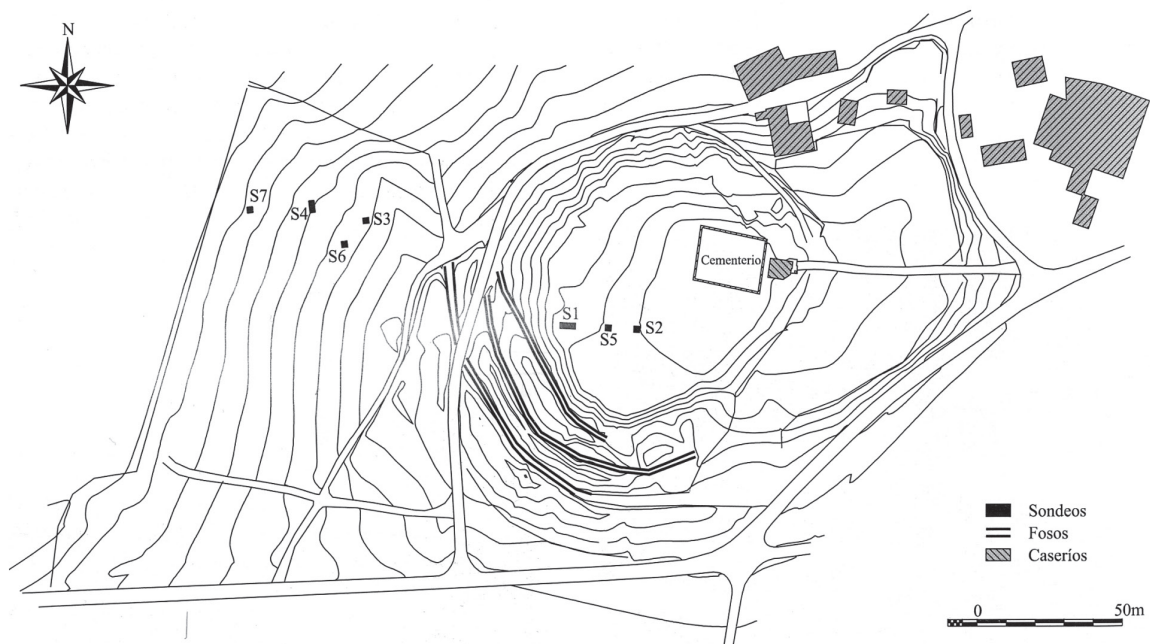


Fig. 5: 1. Picón de la Corroza. Vista del asentamiento desde el oeste; 2. Picón de la Corroza. Planta del asentamiento y localización de los sondeos, según VILLA 2007a.

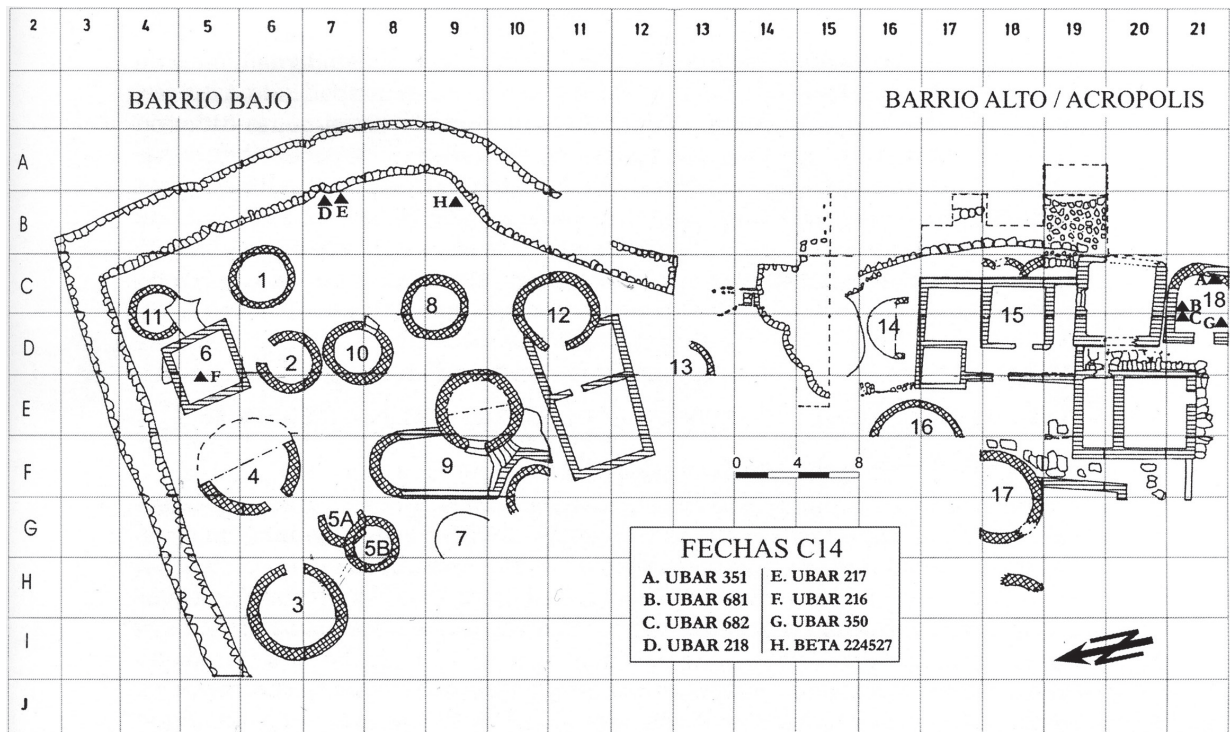


Fig. 6: Planta de las áreas excavadas del castro de San Chuis, con indicación de los lugares de extracción de varias de las muestras sometidas a datación radiocarbónica, Según JORDÁ PARDO *et alii* 2014.

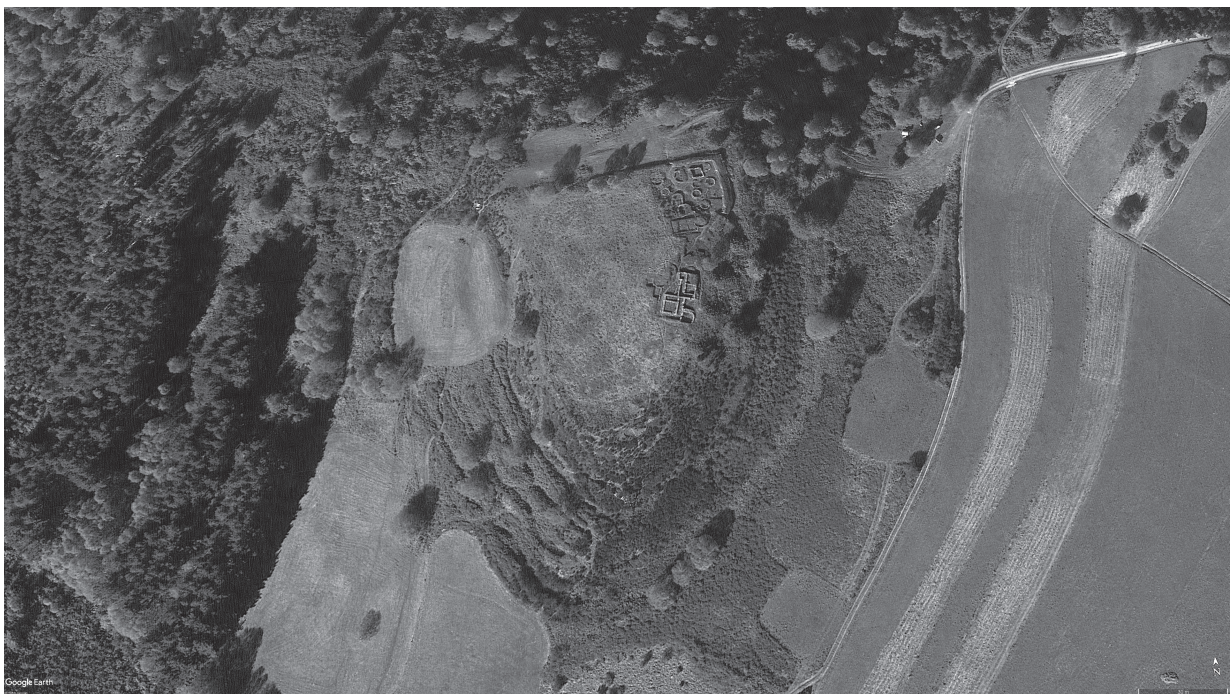


Fig. 7: Vista aérea de San Chuis (Fuente: Google Earth).

| | CONTEXTO | MATERIAL | FECHA RADIOCARBÓNICA | CALIBRACIÓN A DOS σ | BIBLIOGRAFÍA |
|-------------|---|--|----------------------|--|---------------------------------|
| UBAR-216 | Cuadro D-5. Nivel de materia orgánica carbonizada (nivel arqueológico IV). En estructura cuadrangular sobre estructura circular | Tierra carbonosa | 2050 \pm 50 BP | 170 BC-68 AC (95,4%) | CUESTA <i>et alii</i> 1996 |
| UBAR-217 | Cuadro B-7. Contacto entre los niveles arqueológicos III (nivel de derrumbe, SC.5) y II (nivel de reocupación del poblado, SC.6) | Tierra carbonosa | 1800 \pm 140 BP | 70 BC-590 AC (95,4%) | CUESTA <i>et alii</i> 1996 |
| UBAR-218 | Cuadro B-7, proximidades de la muralla. Nivel basal de naturaleza arcilloso-carbonosa dispuesto sobre la alteración del sustrato pizarroso (SC.1- Nivel VI) | Carbones selectos, junto con tierra carbonosa | 2360 \pm 60 BP | 760-670 BC (13,4%) 670-630 BC (2,9%) 595-580 BC (1,0%) 565-350 BC (65,8%) 315-205 BC (12,4%) | CUESTA <i>et alii</i> 1996 |
| UBAR-350 | Cuadro C-21, interior de una estructura cuadrangular que descansa sobre otra circular antigua. Segundo nivel de ocupación (SC.3-Nivel IV) | Fragmento de carbón | 2150 \pm 60 BP | 365-49 BC (95,4%) | CUESTA <i>et alii</i> 1996 |
| UBAR-351 | Cuadro C-21. Interior de una estructura circular antigua. Nivel basal de la secuencia estratigráfica (SC.1-Nivel VI) | Semillas junto con pequeños fragmentos de carbón | 2600 \pm 60 BP | 825-760 BC (46,4%) 670-665 BC (2%) 630-590 BC (13,0%) 585-560 BC (6,1%) | CUESTA <i>et alii</i> 1996 |
| UBAR-681 | S.C.2001- C-21/D-21. Norte. S.C.1. Tomada de la parte más alta del nivel S.C.1 | Tierra carbonosa | 2200 \pm 60 BP | 360-200 BC (65,1%) 190-180 BC. (3,2%) 395-95 BC. (95,4%) | JORDÁ PARDO <i>et alii</i> 2002 |
| UBAR-682 | S.C.2001.C-21/D-21. Tomada de la "parte media" del nivel SC.1 | Tierra carbonosa | 2.355 \pm 50 BP | 715-682 BC (4,8%) 663-642 BC (1,6%) 588-581 BC (0,4%) 544-356 BC (84,5%) 288-233 BC (4,1%) | JORDÁ PARDO <i>et alii</i> 2002 |
| Beta-222458 | Sondeo 3. Horizonte sedimentario generado al pie de la muralla modular | Sin especificar | 2300 \pm 50 BP | 410-350 BC 310-210 BC | VILLA y MENÉNDEZ 2009 |
| Beta 222459 | Sondeo 3. Sedimentos acumulados contra el paramento externo de la primitiva muralla | Sin especificar | 2480 \pm 50 BP | 790-410 BC | VILLA y MENÉNDEZ 2009 |
| Beta 222460 | Sondeo 1. Depósitos acumulados contra el paramento interno de la primitiva muralla | Sin especificar | 2590 \pm 40 BP | 820-770 BC | VILLA y MENÉNDEZ 2009 |
| Beta 222461 | Sondeo 1. Proveniente del paleosuelo que sirvió de asiento a la primitiva muralla | Sin especificar | 4400 \pm 50 BP | 3320/3220- 3120/2900 BC | VILLA y MENÉNDEZ 2009 |

Fig. 8: Dataciones radiocarbónicas procedentes de San Chuis.



Fig. 9: San Chuis. Muro infrayacente a la muralla de módulos a la altura del sondeo 1 (Foto: VILLA y MENÉNDEZ 2011).



Fig. 10: Chao Samartín. Vista del castro desde el oeste.

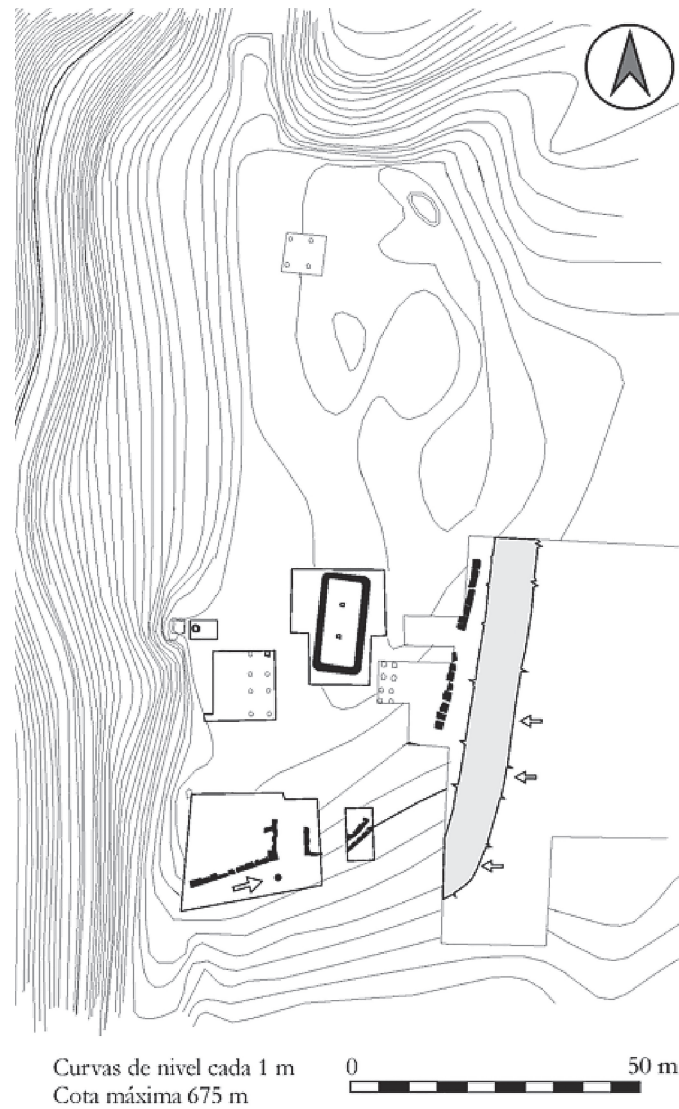


Fig. 11: Chao Samartín. Planta de las estructuras asociadas a su fase más temprana en el recinto superior. La flechas señala el lugar en el que fue hallada la cista con la calota craneal humana, según VILLA y CABO 2003.

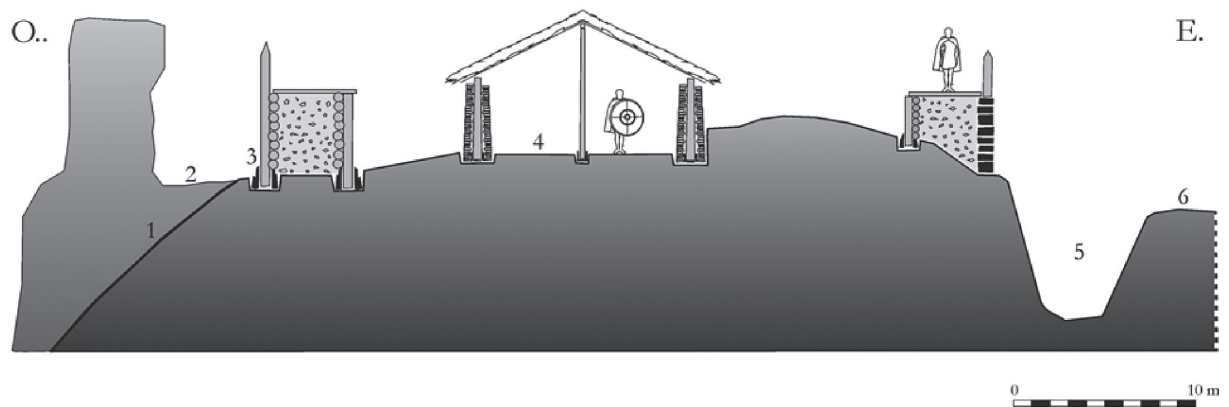


Fig. 12: Chao Samartín. Propuesta de restitución de las estructuras de la fase más temprana, según VILLA y CABO 2003.



Fig. 13: Chao Samartín, particular de uno de los orificios localizados en el sondeo del sector suroccidental.



Fig. 14: Chao Samartín. Sondeo del sector suroccidental. El perfil del fondo muestra la falta de evidencias de un relleno entre las dos líneas de postes.



Fig. 15: Chao Samartín. Caja de cimentación del lateral norte de la gran cabaña del recinto superior.

| PROCEDENCIA | REFERENCIA | CONTEXTO | MATERIAL | EDAD RADIOCARBÓNICA | CALIBRACIÓN A DOS σ |
|---|------------|---|-------------------------|---------------------|---|
| CISTA | CSIC-1784 | paleosuelo cortado por la cista | Concentrado de Carbones | 2545 \pm 35 BP | 802-754 BC (33,20%) 720-540 BC (62,20%) |
| | CSIC-1785 | derrubios cubrientes | Concentrado de Carbones | 2546 \pm 39 BP | 803-735 BC (32,00%) 726-528 BC (63,45%) |
| EXTERIOR DE LA "ACRÓPOLIS", AL E DEL FOSO | CSIC-1474 | Paleosuelo sobre la roca | Concentrado de Carbones | 2639 \pm 28 BP | 835-788 BC |
| GRAN CABAÑA | CSIC-1539 | Nivel de incendio | Concentrado de carbones | 2605 \pm 34 BP | 833-594 BC |
| | CSIC-1541 | Nivel de incendio | Concentrado de Carbones | 2548 \pm 31 BP | 801-543 BC |
| FOSO | CSIC 1475 | Tramo superior del relleno del foso | Concentrado de carbones | 2591 \pm 27 BP | 819-669 BC |
| EMPALIZADA | CSIC 1786 | Agujero del sector noroccidental | Concentrado de madera | 2587 \pm 34 BP | 828-758 BC (75,80%) 684-664 BC (7,60%) 636-589 BC (8,40%) 579-554 BC (3,70%) |
| ACRÓPOLIS | CSIC 1545 | Hoguera situada al pie de un crestón cuarcítico | Concentrado de carbón | 2481 \pm 39 BP | 774-415 BC |
| | CSIC 1544 | Nivel de cenizas resultante del incendio de la empalizada | Concentrado de carbón | 2402 \pm 39 BP | 761-393 BC |

Fuente: VILLA y CABO 2003

Fig. 16: Dataciones radiocarbónicas ligadas a la ocupación más temprana del Chao Samartín.

CONTRIBUTOS PARA A IMAGÉTICA DECORATIVA DOS RECIPIENTES CERÂMICOS DA IDADE DO FERRO DE TRÁS-OS-MONTES: ENTRE A MESETA E O LITORAL PORTUGUÊS. O CASO DO CRASTO DE PALHEIROS

Dulcineia Pinto

Arqueóloga

dcbpinto@sapo.pt

ABSTRACT

The Iron Age containers' representation includes all aspects related to containers; shapes, pastes, general aspect – surface treatments and color – and decoration. We intend here to make known, in a succinct way, the images and decorative aspect of the containers of the Crasto de Palheiros from the 9th century BC to the 2nd century AD. The decoration integrates the techniques and decorative organizations, the ways of making and the final results. We present the various decorative current that include comb and stamp decorated containers as well as other ways of decorating originated in local traditions.

Keywords: Iron Age, Material culture, stamped, combed

RESUMO

A imagética dos recipientes da Idade do Ferro engloba todos os aspetos relacionados com os vasos, incluindo formas, pastas, aspeto geral – tratamentos de superfície e cor – e decoração. Pretendemos aqui dar a conhecer, de um modo sucinto, a imagética dos recipientes do Crasto de Palheiros entre os séculos IX AC ao II DC, fixando-nos no seu aspeto decorativo. A decoração integra as técnicas e organizações decorativas, os modos de fazer e os resultados finais. Apresentamos as diversas correntes decorativas que englobam recipientes decorados a pente e a estampilha, bem como outros modos de decorar enraizados nas tradições locais.

Palavras chave: Cultura Material; Cerâmicas estampilhadas, Cerâmicas penteadas.

1. INTRODUÇÃO

Este trabalho constituiu-se como uma aproximação à imagética decorativa dos conjuntos cerâmicos da Idade do Ferro de Trás-os-Montes não pretendendo ser exaustivo pois apoia-se, exclusivamente, no conjunto cerâmico do Crasto de Palheiros, localizado em Murça. No entanto, urge uma síntese que permita uma primeira visão de conjunto, lançando hipóteses interpretativas, modos de compreensão e formas de entendimento sobre as decorações presentes nos inúmeros recipientes encontrados na ocupação do Crasto de Palheiros entre o início do I.º milénio a. C. e o início do Iº milénio d. C.

Nem sempre é tarefa fácil caracterizar a imagética decorativa para além da catalogação das organizações decorativas pois compreender a imagética exige a identificação de correntes estilísticas que agrupam essas mesmas organizações em conjuntos mais vastos de inspiração ou influência. Através da compreensão das correntes imagéticas (estilísticas) podemos perceber a importância das tradições nas comunidades ou peso conferido às inovações.

Esperamos que a nossa visão traga alguma clareza no entendimento do conjunto cerâmico do Crasto de Palheiros, tão vasto na sua totalidade que, com certeza, se configura como um indicador importante da realidade deste período em Trás-os-Montes.

2. RESENHA CRONOLÓGICA DO CRASTO DE PALHEIROS – FASEAMENTO

O Crasto de Palheiros está localizado em Murça, no distrito de Vila Real (fig. 1, n.º 1), tem vindo a ser estudado desde 1995 e alvo de várias publicações (Sanches 2008; Pinto 2012). A investigação arqueológica aponta duas fases de ocupação: I e II-III. A fase I ocupa, aproximadamente, o III.º e o II.º milénio a. C. e corresponde à monumentalização do morro (Sanches: 2016). Segue-se uma interrupção na ocupação do local até 900/800 a. C. e por volta do início do I.º milénio a.C. o sítio volta a ser ocupado.

A ocupação correspondente à Idade do Bronze (fase II) deixou poucos vestígios estratigráficos, tal facto deve-se a dois fatores. Em primeiro lugar a ocupação posterior, que se iniciou por volta de 500 a. C. pode ter alterado, de modo significativo, os níveis que estariam relacionados com a ocupação do Bronze Final. De seguida, inferimos que a própria ocupação da Idade do Bronze se caracteriza pela impermanência devido a indicadores específicos do estado de conservação dos estratos (Pinto: 2012). Deste modo, os poucos vestígios desta ocupação devem-se tanto às destruições que sofreram posteriormente como ao modo de ocupação / vivência dos espaços que ocorreu nesta primeira fase inicial.

Foram identificados vestígios na área leste, nomeadamente na plataforma inferior leste (PIL) e na área norte, plataforma inferior norte (PIN) e talude externo norte (TEN) (fig. 1, n.º 2). A ocupação na PIL, caracteriza-se pela dispersão pois os estratos conotados com esta primeira ocupação encontram-se um pouco por toda a plataforma e sobre os níveis correspondentes à fase I (calcolítica). Aqui são identificados materiais arqueológicos de várias cronologias, nomeadamente calcolíticos e da Idade do Ferro. Ainda que a mistura de materiais seja uma permanência em quase todos os estratos (à exceção de alguns da fase I), na ocupação da Idade do Bronze torna-se problemática pois impede uma leitura clara do conjunto cerâmico que queremos melhor caracterizar.

A descrição aturada dos contextos foi realizada (Pinto: 2012) e podemos afirmar que os níveis ocupacionais correspondem quer a terras carbonizadas dissociadas de outras estruturas e, por vezes, estas terras de coloração escura confundem-se – misturando-se –, com terras argilosas de coloração vermelha. Por outro lado, foi identificado um murete pétreo que se relaciona com uma terra de cor negra com alguns carvões, bem como uma concentração dos mesmos, entendida como uma possível lareira. São, deste modo, resquícios de ocupação – lareiras, pisos, estratos de acumulação – que perderam parte daquilo que os caracterizava sendo entendidos, genericamente, como corrompidos (Pinto: 2012).

Na área norte (fig. 1, n.º 2), a ocupação ocorre no talude exterior e na plataforma inferior. Também aqui a ocupação se dispersa pelo talude externo (TEN), talude este revolvido na sua estrutura para albergar algumas, parcas, habitações. Tal como já referimos, a frugalidade dos estratos aponta para uma inconstância na ocupação que se refletirá diretamente nos conjuntos cerâmicos deste período. Na PIN foram identificados estratos melhor conservados localizados numa zona de acesso

a partir da entrada calcolítica do talude externo, zona esta que permanece ocupada intensamente durante a Idade do Ferro.

A ocupação da Idade do Ferro começa no séc. VI/V a. C. e foi identificada em quase todas as zonas escavadas – à exceção da plataforma superior – PEL – onde a unidade habitacional identificada se integra na fase de ocupação III-2. A ocupação da Idade do Ferro define-se, essencialmente, como doméstica. Na PIL a ocupação caracterizada por algumas unidades habitacionais definidas por anteparos pétreos subcirculares, pisos de argila e lareiras, estende-se por toda a plataforma, cobrindo a quebra do talude e integrando o próprio talude. O TEL sofre transformações pois a ocupação da Idade do Ferro exigiu a construção de uma zona aplanada (plataforma artificial) construída através da retirada de pedras e solos calcolíticos. Essa zona aplanada é sustentada por um muro simples – tipo anteparo pétreo – que irá conter os solos de ocupação do Talude. A ocupação é iniciada através de um rito que envolve a deposição de 3 recipientes de pasta e forma diferente (Pinto: 2012). Após esta deposição é iniciada a ocupação doméstica que se define pela provável construção de várias unidades habitacionais. Na área norte, a área habitacional estende-se desde a plataforma inferior norte – PIN – à plataforma integrada no talude exterior norte – TEN. Também aqui o alteamento do talude calcolítico é anulado pois as unidades habitacionais dissimularam a sua presença já que algumas se lhe encostaram e outras estenderam-se quer pelo talude quer pela plataforma. A zona da plataforma possui várias áreas, umas mais recuadas e outras mais próximas do início do talude sendo que defendemos uma ocupação espacial contínua.

Por volta de 300/200 AC (fase III-2) dão-se algumas transformações arquitetónicas, na PIL (fig. 1, n.º 2) a construção de um muro de pequenas dimensões que segue o alinhamento da muralha calcolítica e na área norte, expande-se a ocupação à zona leste, atrás de um grande penedo e, por último, na plataforma superior – PEL – encontra-se também uma unidade habitacional. O muro na PIL divide e restringe o espaço criando um recinto intramuros e uma área externa extramuros. As duas áreas comunicam entre si através de uma entrada em pedra seca. No interior do recinto encontram-se várias unidades habitacionais, uma estrutura circular de planta em hélice e uma área habitacional diversificada, e no exterior não podemos afirmar a existência de unidades habitacionais pois tal área não foi ainda objeto de intervenções. Na zona norte foram igualmente identificadas várias unidades habitacionais.

Um incêndio ocorrido em cerca de 80 DC destruiu as unidades habitacionais de todas as zonas escavadas – PSL, PIL, TEL, PIN e TEN (fig. 1, n.º 2). Após o incêndio os espaços são remodelados através da reestruturação das muralhas. Contudo a ocupação ocorrida após o incêndio é de curta duração e deixa poucos ou nenhuns vestígios, para além das muralhas reconstruídas. Assim, entre 80 e 120 DC (fase III-3) as muralhas na PIL e PIN foram alteadas e espessadas. As zonas habitacionais viram-se reduzidas às áreas intramuros, pois tanto no TEL como no TEN não existem vestígios de ocupação e ambos os taludes mostram sinais de terem sido reconstruídos – pedras foram recolocadas para que estes se articulassem com as muralhas. As unidades habitacionais a existirem – pois não foram identificadas – são semelhantes àquelas construídas durante toda a ocupação da Idade do Ferro pois não existe petrificação das cabanas.

Concluindo, a ocupação da Idade do Ferro termina com um abandono do local após se terem remodelado as muralhas e reduzido drasticamente o espaço habitado. Os conjuntos cerâmicos desta última fase ocupacional revelam degradação e disrupção fruto dos contextos degradados e próximos do solo humoso. Os milénios de erosão que lhe seguiram destruíram, com certeza, parte dos vestígios e dificultam hoje a leitura dos conjuntos cerâmicos.

3. O COMPORTAMENTO DAS DECORAÇÕES. VISÃO GERAL.

3.1. Fase II

A ocupação do Crasto de Palheiros, correspondente à Idade do Ferro fixa-se, com a ajuda de datas de C14, entre os séc. VI/V AC e o II DC, tal como descrito na bibliografia já publicada (Sanchez: 2008). Contudo, defendemos existir uma ocupação anterior, cujo início pode ter ocorrido entre o séc. X/IX AC e que denominamos de Bronze Final (Pinto: 2012; vol. 1, pp. 505). Esta designação prende-se com a falta de caracterização de ocupações dos primeiros séculos do I.º milénio AC na região do nordeste transmontano, assim como no Crasto de Palheiros.

Este sítio pode configurar-se como um exemplo ocupacional ocorrido entre 900/800-500 AC, que é identificado pelo seu carácter espacial e temporalmente descontínuo, disperso e de difícil caracterização na cultura material (Pinto: 2012; vol. 1, pp. 505).

Na área norte os vestígios distribuem-se pela plataforma e talude. No talude a ocupação regista-se de forma pontuada e dispersa através de intrusões ou perfurações nos níveis prévios, apresentando-se ainda, e por sua vez revolvida por ocupações posteriores. Na plataforma inferior norte, os níveis de ocupação apresentam-se mais perenes e revelam alguma continuidade com a ocupação da Idade do Ferro.

Na área leste (plataforma e talude), não se identificaram níveis de ocupação da Idade do Bronze. Contudo os estratos que se sobrepõem diretamente à ocupação calcolítica integram alguns recipientes que conotamos com este período. A figura 2 é maioritariamente composta por fragmentos cerâmicos presentes num estrato conotado com a Idade do Bronze (Pinto: 2012) ainda que não datado por C14 (fig. 2, n.º 1, 3-9). Os restantes fragmentos pertencem a estratos de revolvimentos no talude externo norte (fig. 2, n.º 10-12), plataforma inferior norte (fig. 2, n.º 13) e na plataforma inferior leste (fig. 2, n.º 2) cuja cronologia não podemos determinar.

Com base neste conjunto de materiais cerâmicos, enumeramos de seguida as principais características decorativas desta fase que atribuímos à Idade do Bronze.

– Uma apetência pela *decoreção incisa no colo de recipientes de perfil em “S”* – traços simples perpendiculares ao bordo realizados por incisão simples / rasgada (fig. 2, n.º 3), brunida (fig. 2, n.º 2) ou espatulada – que se perpetuará na ocupação da Idade do Ferro com esta mesma técnica (fig. 3, n.º 3) ou outras, como o cepilhado (fig. 3, n.º 2); no caso do recipiente de decoração brunida presente na PIL, num contexto de inicial da Idade do Ferro (Lx. 107) (fig. 2, n.º 2), o instrumento de incisão de ponta arredondada foi utilizado em vai-vem criando um traço de profundidade média, com brilho (brunido); a simplicidade do bordo, a depuração da pasta, a sua cor vermelho-clara e a decoração brunida, levaram-nos a incluir este fragmento numa ocupação anterior à da Idade do Ferro.

– Uma preferência por *decoreções incisadas / rasgadas em forma de espiga* que vão ser aplicadas em diversos tipos de recipientes; podemos observar este tipo de motivo decorativo num recipiente bicónico (fig. 2, n.º 1) – onde a espiga é desenhada na carena e fazendo corpo com a asa –, e em recipientes globulares¹, no topo do bordo / lábio (fig. 2, n.º 5), ou na parede do mesmo (fig. 2, n.º 11); este motivo decorativo permanece na Idade do Ferro (fig. 3, n.º 6 e fig. 4, n.º 7) ligeiramente modificado no traçado e na conjugação com outras técnicas, como o estampilhado, (fig. 7, n.º 6 e 7); contudo não corre no mesmo tipo de recipientes (recipientes bicónicos e globulares) e não tem, aparentemente, o mesmo peso relativo; clarificando, num conjunto de cerca de 1000 de fragmentos

¹ Recipientes globulares de bordo de bordo reto e esvasado são comuns na Meseta Norte e denominados por forma 1 e 3 por Esparza Arroyo (Arroyo: 1986; 298)

cerâmicos que incluímos na Idade do Bronze, encontram-se somente três com decoração em espiga e, nos trinta mil fragmentos da Idade do Ferro, ocorrem igualmente três; deste modo, este motivo é relevante durante a Idade do Bronze e, ainda que perdure durante a Idade do Ferro, a sua frequência é relativizada pela presença de outras decorações com maior visibilidade (estatística e impacto visual).

– Presença de *decorações plásticas com cordões e mamilos de formas muito bem definidas*, ou seja, cordões de secção aproximadamente triangular (fig. 2, n.º 6) e mamilos de forma piramidal (fig. 2, n.º 9); as decorações plásticas, nomeadamente cordões e mamilos, embora ocorram também na Idade do Ferro, o seu desenho é diferente – mamilos ovais e alongados (fig. 3, n.º 4), cordões de secção circular (fig. 5, n.º 1) – e encontram-se conjugados com outras técnicas decorativas, como a incisão (fig. 5, n.º 1) e a estampilha (fig. 7, n.º 2); a fila de mamilos piramidais (fig. 2, n.º 9) revela semelhanças formais com os rebites metálicos dos caldeiros metálicos também presentes em Crasto de Palheiros na Idade do Ferro; os caldeiros metálicos remetem para o mundo da Idade do Bronze, donde são originários, prolongando-se a sua utilização durante a Idade do Ferro (Pinto: 2008); cremos que a mimetização dos rebites em recipientes cerâmicos revela, por um lado, a familiaridade com caldeiros metálicos e/ou este tipo de rebites noutros artefactos já desde a Idade do Bronze; por outro, a efetiva transformação de um objeto funcional (rebite) em metal num motivo decorativo em cerâmica. A transferência de motivos decorativos dos objetos metálicos para objetos cerâmicos é relativamente usual na Idade do Ferro, como podemos observar nos recipientes estampilhados, contudo aqui encontra-se também uma transmutação entre um “objeto funcional” – rebite metálico – num rebite falso meramente decorativo.

– Presença de *linhas espatuladas paralelas ao bordo* (mais ou menos próximas deste) conjugadas, ou não, com outros motivos decorativos (fig. 2, n.º 4 e 8); muito embora esta decoração não seja exclusiva de ocupações da Idade do Bronze, encontra-se representada nos contextos mais seguros da área norte e integra-se perfeitamente na imagética dos recipientes decorados da Idade do Bronze de outros locais, tais como o povoado de Bouça do Frade (Oliveira Jorge: 1988), Cimalha (Almeida & Fernandes: 2008) e Castro de Torroso – Pontevedra (Peña Santos: 1987-88, 34); estas decorações espatuladas de motivos metopados, presentes no colo e pança dos recipientes (fig. 3, n.º 1), é aceite na Idade do Ferro como fazendo parte da imagética global deste período cronológico-cultural e que defendemos possuir relevância; como poderemos ver, mais tarde, na fundação de uma nova área habitacional, na plataforma do talude leste, é usado precisamente um recipiente carregando forte imagética da Idade do Bronze na forma, na decoração e na pasta utilizada (fig. 3, n.º 1; fig.8, n.º 1) (Pinto: 2012; vol. 1, pp. 513); deste modo, podemos depreender que alguma da imagética da Idade do Bronze permanece claramente durante a Idade do Ferro, a par de outras decorações de carácter inovador.

– O gosto por decorações cepilhadas que surgem na Idade do Bronze e perduram sob diversas organizações decorativas na Idade do Ferro; o reduzido número de fragmentos com decoração cepilhada não permite uma perceção correta deste tipo de decorações, no entanto é importante referir a utilização de pentes de muitas puas que são utilizados em diversas fases de secagem do recipiente; assim, para a obtenção de cepilhados, os pentes são utilizados com a pasta relativamente mole e para a obtenção de grafitados (fig. 2, n.º 12), os pentes são utilizados com a pasta seca; defendemos que este tipo de decoração se encontra bastante enraizado porque a técnica em si é utilizada de diversas formas e isso revela uma boa compreensão das suas possibilidades técnicas nas diferentes cadeias operatórias mencionadas;

– Uma preferência por organizações decorativas que incluam filas de triângulos que, por sua vez, podem formar ziguezagues ou losangos; este tipo de padrão decorativo ocorre noutros sítios com ocupações da Idade do Bronze, sendo conhecido como o “tipo Baiões”. A sua presença revela um gosto por este tipo de organização, que tenderá a perder-se, nesta forma específica, durante a Idade do Ferro e a transformar-se em algo diferente (fig. 4, n.º 18); Devemos acrescentar que o recipiente decorado com triângulos, e semelhante ao “tipo Baiões” (fig. 2, n.º 12 e fig. 8, n.º 3), se destaca (i) em termos formais – pois os triângulos criam uma fila coesa em que alguns estão mesmo colados omitindo um dos vértices (fig. 2, n.º 12), e, (ii) em termos técnicos – já que os mesmos triângulos são desenhados (delimitados) por linha incisa realizada com a pasta mole, ou em ponto de couro, e o seu interior é cepilhado já com a pasta seca; a presença de diversas fases de elaboração de uma organização decorativa revela um investimento acrescido nessa mesma decoração, ou seja, expressa planeamento, mais tempo despendido, compreensão das fases de secagem e da antevisão do resultado final; no Crasto de Palheiros, nesta primeira fase de ocupação, é revelado um investimento nos recipientes decorados que se declara na sua delicadeza (bordos decorados ou dentados, fig. 2, n.º 5 e 10).

– Por último, a presença de um recipiente com decoração de tipo Cogotas (fig. 2, n.º 13; fig. 8, n.º 2), embora num contexto da Idade do Ferro, poderá relacionar-se com a ocupação da Idade do Bronze da área norte (onde se identificaram vários outros recipientes conotados com a Idade do Bronze), e/ou apontar para uma manipulação tardia de alguns destes vasos.

– Uma preferência por decorações que ocorrem no bordo / lábio (fig. 2, n.º 5 e 10), no colo (fig. 2, n.º 2, 3 e 12) e na linha da carena ou no diâmetro máximo da pança (fig. 2, n.º 1 e 9), e dando, nas formas, já uma certa primazia aos recipientes de perfil em “S”.

3.2. Fase III-1

A fase de ocupação do Crasto de Palheiros denominada de III-1 corresponde ao período cronológico compreendido entre os séc. VI/V e o IV/III AC, já descrito (Pinto: 2012). As decorações presentes em níveis ocupacionais da fase III-1 encontram-se nas figuras 3, 6 e 7 sendo que nestas últimas revelam-se as decorações penteadas e estampilhadas, respetivamente.

Com base no conjunto de materiais cerâmicos estudados (Pinto: 2012) defendemos a presença de três correntes principais que norteiam a imagética decorativa da Idade do Ferro e que permanecem em toda a ocupação.

Uma tradição imagética que vem da Idade do Bronze que se divide sob vários aspetos que passamos a argumentar.

Um gosto estético por *recipientes com decorações no colo* (fig. 3, n.º 1, 2 e 3) realizadas através de diferentes técnicas decorativas – inciso profundo e largo (fig. 3, n.º 1), cepilhado (fig.3, n.º 2) e espatulado (fig. 3, n.º 3) – excluindo sempre a estampilha.

Os vasos de perfil em “S” decorados com estampilhas não apresentam, em nenhuma fase de ocupação, decoração no colo. Deste modo, a opção por recipientes de perfil em “S” decorados no colo alia-se sempre a técnicas decorativas como a incisão (mais ou menos profunda) e o cepilhado.

Sustentamos que, este gosto estético relaciona-se com o mundo da Idade do Bronze, onde as decorações, no colo dos recipientes, se encontram muito presentes, nomeadamente através de padrões metopados (fig.3, n.º 1).

Este tipo de decoração apropria-se da forma do recipiente, realçando o colo e outros elementos como asas (fig. 3, n.º 1 – é de notar a decoração realizada em volta da asa). A combinação da deco-

ração com a forma, encontra-se também presente nos artefactos metálicos revelando-se aí como uma característica da Idade do Ferro regional (Pinto: 2008). Assim, este modo unitário de olhar os objetos (forma e decoração) é interpretado por nós, como um gosto cultural da Idade do Ferro transversal a toda a cultura material.

A imagética tradicional é igualmente reforçada por decorações incisas que apresentam vários motivos isolados ou padrões decorativos que se relacionam com a pré-história: *i*) espigas (fig. 3, n.º 5 e 6); *ii*) linhas paralelas ao bordo (fig. 3, n.º 10); *iii*) bandas de reticulado oblíquo. Estes motivos ocorrem nos bordos (fig. 3, n.º 5) e na pança de recipientes, sendo alguns globulares (fig. 3, n.º 6, 9 e 10). A presença de bordos dentados (fig. 3, n.º 7), decorações cepilhadas (fig. 3, n.º 8) e decorações plásticas (fig. 3, n.º 4) não se constituí como uma novidade ainda que formalmente as decorações apresentem variantes em relação às anteriores que conotamos com a Idade do Bronze. Assim, as decorações incisas, plásticas e cepilhadas mantêm um padrão decorativo que interpretamos como tradicional.

Na estética decorativa dos recipientes cerâmicos da Idade do Ferro, a grande inovação é a decoração estampilhada que marca este período. No Crasto de Palheiros, esta corrente estética convive com outras e em determinadas zonas do povoado é subalternizada, como é o caso da área norte. Podemos constatar, nesta fase de ocupação, uma presença importante de recipientes estampilhados na plataforma inferior leste (50 % dos recipientes decorados) e no talude externo leste (27 %), ainda que na área norte não ocorram. A área leste do povoado (PIL e TEL), quiçá devido a uma melhor exposição solar revela um maior acondicionamento de cereais sendo interpretada esta como privilegiada socialmente (Sanches: 2016) em relação à área norte. Esta afirmação coincide com um conjunto cerâmico mais exuberante onde a quantidade de recipientes estampilhados é maior, bem como certos tipos formais² (Pinto: 2012). Assim, os recipientes estampilhados marcam, pelo seu carácter de inovação, o conjunto cerâmico e destacam-se (estatisticamente) em áreas do povoado que, defendemos, de maior importância.

Por último, o conjunto cerâmico é marcado pelos recipientes decorados a pente que configuram uma característica importante da cultura material dos povos da Idade do Ferro, do norte peninsular. Podemos afirmar que se dá uma presença por todo o povoado de recipientes decorados penteados (ocupam na PIL, 17 % dos recipientes decorados; 7 % no TEL e 26 % na área norte), ainda que seja de menor visibilidade que os recipientes estampilhados (fig. 6, n.º 1 a 5). A área norte é a zona do povoado com maior expressão dos recipientes penteados, apresentando um conjunto cerâmico mais arcaico ao nível das formas, pastas e decorações (Pinto: 2012).

Os recipientes penteados da Idade do Ferro são um elemento identitário das comunidades do norte da Meseta, no entanto, esta imagem surge, no Crasto de Palheiros na ocupação calcolítica. A decoração não deve ser considerada uma inovação porque as comunidades da Idade do Ferro conhecem os gostos estéticos do seu Passado.

A comunidade da Idade do Ferro que funda o povoado no Crasto de Palheiros entra em contacto com uma realidade fragmentária do passado, onde as cerâmicas penteadas se encontram. Esta comunidade conhece e reconhece os recipientes penteados como algo identitário que confirma e reafirma o seu Passado e por isso estes incluem-se na sua tradição estética.

Deste modo, a presença de decorações penteadas reforça uma imagética tradicional, de cariz pré-histórico, que é visível, de modo mais notório na área norte, na proporcionalidade das pastas

2 Recipientes de pequeno tamanho de forma 8b, que cremos serem servidos para o consumo individual de bebidas.

(predominância das pastas I, III, VII e X – Pinto: 2012, vol. 2, 94-131) e nos tipos formais (presença de formas globulares, troncocônicas, perfis em “S” altas e carenadas).

3.3. Fase III-2

A fase de ocupação do Crasto de Palheiros, denominada de III-2, diz respeito ao período cronológico compreendido entre os séc. IV/III AC a I BC, correspondendo ao período de maior pujança do povoado. Esta força, é visível através de níveis estratigráficos mais potentes que se sobrepõem aos mais antigos, mais finos, pior conservados e parcialmente corrompidos. O conjunto cerâmico da fase III-2 é aquele que revela maior número de fragmentos, distinguindo-se quer da fase anterior quer da posterior (*i.e* na plataforma inferior leste, na fase III-1 contabilizam-se 1167 fragmentos, na fase III-2, 3929 e na fase III-3, 2054). Esta diferença numérica, entre o conjunto cerâmico da fase III-1 e o da III-2, influencia, diretamente, a nossa perceção da imagética do conjunto cerâmico. Significa que, os conjuntos cerâmicos da fase III-1 e da fase III-3 parecerão sempre mais “pobres”, do que aquele da fase III-2 já que o número de recipientes decorados é muito inferior. Contudo, reconhecida esta vicissitude do conjunto cerâmico da Idade do Ferro do Crasto de Palheiros – que é também aquela que encontramos quando comparado o conjunto da Idade do Bronze com o da Idade do Ferro – propomos as seguintes hipóteses interpretativas, relativamente à imagética decorativa desta fase.

Durante a fase III-2, observamos maior diversidade decorativa expressando-se em esquemas decorativos que utilizam um número superior de instrumentos na decoração de um recipiente. Na Plataforma inferior leste, o número de instrumentos decorativos duplica, face à fase III-1 e no talude externo leste dá-se, igualmente, o mesmo fenómeno – surgem 4 tipos de pentes, um instrumento de incisão diferente e 3 carimbos distintos de círculos concêntricos – mas sem que ocorra um aumento significativo do número de decorações presentes (15 na fase III-1 e 19 na fase III-2)³. Cada zona, apresenta particularidades que podem estar relacionadas com a área reduzida de escavação (*i.e.* no talude externo leste) ou com a perda geral de materiais cerâmicos, ao longo de dois milénios de vivência / erosão do povoado. A ausência do pente de tipo 3 (Pinto: 2012, vol. 2, 66) no TEL (o dos cepilhados) ou a ausência de decorações brunidas e excisas na PIL durante a fase III-2, apenas nos remetem para uma ausência geográfica dentro do povoado, pois estas técnicas ocorrem na área norte durante a fase III-2 e desse modo fazem parte do corpo técnico da Idade do Ferro. Neste trabalho apresentamos sobretudo as linhas gerais da imagética pois as particularidades foram tratadas na nossa tese de doutoramento (Pinto: 2012). Deste modo, podemos dizer que na fase III-2 regista-se um aumento nas técnicas (instrumentos) decorativas que são utilizadas em maior número em cada um dos recipientes decorados. Igualmente, as decorações espatuladas ganham maior visibilidade (fig. 4, n.º 6, 12, 14, 15 e 18)⁴ – incisões realizadas com um instrumento de tipo 2 (Pinto:2012, vol. 2, 65), de ponta redonda que produz uma incisão suave – quer porque ocorrem em maior número, quer porque ocorrem em diversas organizações decorativas. É possível intuir, um apuramento dos instrumentos decorativos que se revela na presença de inúmeros carimbos artificiais utilizados nas decorações estampilhadas, em instrumentos de incisão de ponta cuidada e redonda e em pentes do mesmo género. Tais instrumentos exigiriam uma manufatura cuidada e pensada para a utilização final.

3 O talude externo leste é uma zona privilegiada para o entendimento estatístico do conjunto cerâmico pois o número de fragmentos apenas duplica da fase III-1 para a III-2 (1599 fragmentos na fase III-1 e 3072 na fase III-2) e o número de recipientes decorados é semelhante. Deste modo, as comparações entre os conjuntos são mais seguras ainda que a área de escavação tenha sido francamente mais reduzida do que nas restantes zonas do povoado.

4 Algumas decorações podem ser consideradas acaneladas como as da fig. 4, n.º 12 e 14. A canelura é uma forma mais expressiva do espatulado pois este pode ser mais suave e indelével.

Em relação às organizações decorativas, podemos dizer que durante a fase III-2 ocorre uma maior diversidade na plataforma inferior leste e na área norte ainda que no talude exterior leste. Neste ocorre uma diminuição significativa das organizações decorativas, ou seja, algumas das organizações, até usuais, que se identificaram na fase III-1 – cepilhados, reticulado oblíquo, espigas e decorações plásticas – não foram identificadas na III-2. No entanto, estas organizações continuam a ocorrer nas outras zonas do povoado e por isso continuam a fazer parte da imagética geral.

É importante compreender o processo evolutivo das três correntes imagéticas do conjunto cerâmico da Idade Ferro. Em primeiro lugar, podemos observar que os recipientes penteados e estampilhados (fig. 8, n.º 5 e 6, do TEL), ocupam cerca de 40 % do total dos recipientes decorados. O TEL é a zona com maior quantidade de recipientes estampilhados – 21 % – seguida da PIL – 19 % – e da área norte – 9 %. Em todas as zonas as quantidades de recipientes decorados penteados é semelhante, 19 % na PIL, 21 % no TEL e 17 % na área norte (Pinto: 2012; vol.1, 526). Os restantes 60 % de recipientes decorados integram-se na corrente imagética tradicional, com uma origem na Idade do Bronze e Pré-história regional onde as incisões quer simples quer espatuladas são a maioria.

Nesta corrente tradicional encontram-se: *i*) linhas incisivas retas paralelas ao bordo – I – (fig. 4, n.º 13) que ocorrem no bordo, no colo, na linha colo/pança e na pança dos recipientes; *ii*) linhas espatuladas (fig. 4, n.º 15) ou brunidas (fig. 4, n.º 9) de localização específica no colo; *iii*) banda de triângulos horizontal (ou losangos) que pode apresentar-se evoluída com uma delimitação a linha incisiva e um preenchimento a penteado (fig. 4, n.º 3); *iv*) cepilhados sem padrão identificado quer em zonas concavas quer convexas do recipiente (fig. 4, n.º 19 e 20); *v*) motivo de espiga realizado por excisão no interior do recipiente e no bordo (fig. 4, n.º 7); *vi*) linhas espatuladas (por vezes acaneladas) que sobressaem na linha colo / pança (fig. 4, n.º 12 e 14); *vii*) decorações plásticas como mamilos e cordões simples (fig. 4, n.º 11); *viii*) bordos dentados (fig. 4, n.º 16) e *ix*) bandas de traços oblíquos (fig. 4, n.º 5).

Dentro desta tradição, surgem organizações decorativas novas, como é o caso de um recipiente na PIL, que apresenta uma decoração complexa (Pinto: 2012: vol. 2, 88; organização decorativa XIII) agregando motivos conhecidos – um reticulado oblíquo e triângulos preenchidos com linhas convergentes – que quando usados separadamente integram outras organizações decorativas, V e XXIX, respetivamente (fig. 4, n.º 18). O recipiente mais semelhante a este que conhecemos encontra-se em Castromao (Rey Castiñeira: 2014) onde se pode observar um colo estrangulado decorado com linhas espatuladas verticais, seguidas de uma banda de reticulado oblíquo na linha colo pança à qual se segue um conjunto de triângulos. A grande particularidade decorativa destes recipientes encontra-se nestes triângulos que se desfazem até quase se converterem em bandas (Rey Castiñeira: 2014, 296), característica estética que pode ter origem numa banda de triângulos de proporções normais que a seu tempo se transformaram, alongando-se e assemelhando-se a bandas.

Ou ainda, o caso de recipientes na plataforma inferior norte (fig. 4, n.º 6 e 10), que apresentam uma faixa espatulada abaixo da linha colo / pança (algo muito pouco usual) ou que conjugam uma forma troncocónica com uma decoração no bordo. Este último, acreditamos revelar um afastamento das decorações da Idade do Bronze, de cariz mais tradicional (por exemplo Cimalha), devido à conjugação do tipo de bordo, localização e extensão da decoração, pasta e forma do recipiente.

Como já tivemos oportunidade de referir (Sanchez & Pinto: 2018) as pastas VI e VIII marcam uma inovação tecnológica da Idade do Ferro, relativamente à manufatura de pastas cerâmicas, contudo, não existe uma associação evidente entre estes tipos de pastas e decorações específicas da Idade do Ferro, como é o caso das estampilhadas. Observamos, no TEL, que as organizações

decorativas presentes nas pastas VI e VIII são faixas de linhas incisas (Pinto: 2012; organização decorativa I) ou oblíquas (IV) paralelas ao bordo e estampilhadas (XXXIV) sendo a primeira, claramente maioritária. Nas outras zonas do povoado esta dissociação também ocorre, pois, as pastas tradicionais (pastas I e III) são as, maioritariamente, escolhidas para a manufatura de recipientes decorados.

Deste modo, podemos concluir que a corrente imagética tradicional possui um peso importante, no conjunto cerâmico do Crasto de Palheiros durante toda a ocupação da Idade do Ferro, destacando-se também nesta fase de maior pujança do povoado.

3.4. Fase III-3

A fase de ocupação do Crasto de Palheiros denominada de III-3 diz respeito ao período cronológico compreendido entre os séc. I a II BC e corresponde a uma curta ocupação, de níveis estratigráficos muito finos ou muito corrompidos pelos processivos erosivos. Deste modo, o conjunto cerâmico revela um reduzido número de fragmentos, cerca de 6 mil fragmentos no total da área escavada. Como já referimos, estas diferenças numéricas, influenciam a nossa perceção da imagética do conjunto cerâmico pois fazem oscilar de um modo aleatório a variedade das decorações presentes. Contudo, novamente, reconhecida esta vicissitude do conjunto cerâmico da Idade do Ferro, do Crasto de Palheiros propomos as seguintes hipóteses interpretativas relativamente à imagética decorativa desta fase.

Em primeiro lugar devemos referir que a utilização do torno na manufatura de recipientes foi residual, em todas as fases de ocupação, ainda que tornetes tenham sido utilizados para a concretização de linhas incisas que se destacam pela sua uniformidade. Este tipo de técnica decorativa (incisão a torno) foi utilizado na fase III-3, em conjugação com outras técnicas, como a decoração plástica (fig. 5, n.º 1) e a incisão simples (fig. 5, n.º 13). Na PIL, nesta fase, foram identificadas 4 técnicas decorativas: incisão simples e a torno, penteado e decoração plástica. No TEL, ocorrem penteados e incisões simples e na área norte está presente uma maior diversidade de técnicas decorativas bem como de organizações (incisão simples e a torno, penteado e impressão da ponta do pente, estampilhado simples – fig. 5, n.º 4 – e rolado – fig. 5, n.º 2 –, decoração plástica e excisão).

Seguidamente, em relação às organizações decorativas é visível uma menor diversidade, (fig. 5) com uma forte presença, das decorações incisas que se integram genericamente numa tradição local. Podemos observar linhas incisas no colo, da superfície externa (fig. 5, n.º 5) e interna (fig. 5, n.º 6), na linha colo/pança (fig. 5, n.º 13) e na pança (fig. 5, n.º 7). Podemos ver conjugações de linhas incisas mais complexas (fig. 5, n.º 3), linha incisa seguida de uma banda de penteado (fig. 5, n.º 9) ou mesmo um padrão que imita genericamente uma banda penteada (fig. 5, n.º 12). As imitações de bandas penteadas, desenhadas através de incisões não são incomuns e ocorrem a par dos penteados, não se configuram como uma sucessão dos penteados mas sim como uma forma alternativa de construir bandas decorativas.

Concluimos que, nesta última fase, continuam visíveis as 3 correntes da imagética dos recipientes cerâmicos da Idade do Ferro, com a predominância da tradição local onde as incisões e as decorações plásticas possuem maior relevância. É de notar que um dos recipientes (fig. 5, n.º 13) apresenta uma composição tradicional – uma banda de linhas incisas seguida de um reticulado oblíquo – contudo, a sua execução revela uma manufatura tardia. O recipiente foi realizado a torno, a decoração foi executada com dois instrumentos de incisão; *i*) um instrumento de ponta redonda que desenhava as linhas paralelas ao bordo auxiliado pela rotação do torno e *ii*) um instrumento de ponta fina e afiada que desenhava o reticulado oblíquo. Apesar da organização decorativa ser sobejamente

conhecida, o recipiente revela um estilo diferente dos até agora analisados. Defendemos que este recipiente se integra num mundo de transição onde a influência romana se faz sentir, sendo provavelmente um vaso fruto de intercâmbio.

Por outro lado, continuam presentes recipientes penteados, de fundo reto (fig. 6, n.º 23 e 24), revelando uma adaptação desta técnica decorativa a recipientes de perfil em “S” e fundo plano e uma perduração até ao final da ocupação. Continuamos a observar a utilização da impressão da ponta do pente, desta vez, presente num esquema bastante barroco (fig. 5, n.º 8) incomum na imagética do conjunto cerâmico da Idade do Ferro. É possível que o aumento do conhecimento técnico, bem como das potencialidades imagéticas das organizações decorativas tenha conduzido a propostas mais barroquizantes, no final da ocupação. Tal pode ser observado nos poucos fragmentos estampilhados (fig. 7, n.º 14 e 16) que revelam complexidade decorativa quer no número de motivos, quer na sua conjugação. No entanto, o número reduzido de recipientes decorados, bem como o menor tamanho do conjunto cerâmico relativamente à fase III-2 não permitem uma conclusão derradeira sobre tal hipótese interpretativa.

3.5. Penteados

O penteado, como técnica decorativa é a ação de riscar a superfície de modo contínuo usando um “pente” que apresenta quer um número variável de puas quer uma forma variável das mesmas. O pente pode ser construído, em diversos materiais onde se incluem fibras vegetais, madeira ou osso. A forma e o material de que é feito define o desenho do penteado, contudo o momento de secagem do recipiente também interfere no resultado final.

No Crasto de Palheiros, na possível ocupação da Idade do Bronze Final foi identificado um tipo de pente (o pente 3 – Pinto: 2012; vol. 2, 66) e na ocupação da Idade do Ferro foram identificados 9 tipos de pente, que por sua vez, variam no material, forma e número de puas. O pente 3, identificado desde o início da fase ocupacional mais tardia do Crasto de Palheiros correspondente a uma possível ocupação da Idade do Bronze (fig. 2, n.º 7), foi utilizado maioritariamente em cepilhados e é uma espécie de pequena “vassoura”. As pontas do pente são afiadas e cortantes, variando no tamanho, espessura e comprimento criando sulcos de profundidade incerta consoante o grau de secagem do recipiente e a força aplicada no pente. Geralmente, o número de puas do pente 3 não é quantificável, no entanto alguns exemplares revelam um número de puas reduzido de 4 a 9. Não podemos precisar que organizações decorativas ocorrem neste período, contudo cremos que este tipo de pente era utilizado maioritariamente em organizações decorativas algo caóticas que caracterizam, no geral, os recipientes cepilhados de todas as subfases de ocupação.

Na Idade do Ferro (fase III-1), de 600/500 a 300/200 AC, damos conta da presença de dois tipos de pente (1 e 2 – Pinto: 2012, vol. 2, 66) que vão perdurar até ao final da ocupação, a par do tipo de pente 3, já identificado na ocupação anterior. Os tipos de pente 1 e 2 foram identificados, igualmente, em povoados da Idade do Ferro da Meseta Espanhola, nomeadamente “Los Castillejos de Sanchorreja” tendo sido designados de penteados duros e suaves, respetivamente (González-Tablas Sastre & Domínguez Calvo: 2002, 121). Para González-Tablas Sastre e Domínguez Calvo (2002, 121), os penteados constituem-se como duros, quando riscam em profundidade a superfície do recipiente, e suaves, quando criam sulcos quase indeléveis na superfície do recipiente.

A variabilidade dos pentes presentes no Crasto de Palheiros, sobretudo na fase III-2, levou a que não optássemos por uma subdivisão tão categórica (entre penteados duros e suaves) no entanto, genericamente, o pente 1 corresponde ao penteado duro (fig. 8, n.º 4), pois as pontas são afiadas e cortam a pasta e o pente 2 (fig. 6, n.º 5) corresponde ao penteado suave pois as pontas do

pente são arredondadas e criam sulcos suaves. Os restantes tipos de pente apresentam penteados duros e suaves como veremos mais à frente.

Os pentes de tipo 1 criam penteados de aspeto descuidado e caótico, alguns confundem-se facilmente com os modelos calcolíticos, ainda que estes revelem maior uniformidade no desenho. A semelhança com os modelos calcolíticos, ocorre quer no tipo de penteado quer no tipo de pasta (fig. 6, n.º 10), pois a maioria dos recipientes penteados da Idade do Ferro apresentam pastas I, seguidas da pasta III e IV (Pinto: 2012 e fig. 6, n.º 16). Deste modo, é evidente uma similitude com os modelos calcolíticos que relacionamos com uma tradição de manufatura que provém da Pré-História local. Podemos ver alguns exemplos destes penteados na figura 6 (n.º 3, 4, 7, 8, 10, 16, 17, 22 e 24). Destacamos os exemplares 7, 8 e 22 (fig. 6) pois revelam bandas longitudinais paralelas ao bordo, contínuas ou onduladas que remetem, igualmente, para uma tradição estética pré-histórica. É de notar o exemplar 22 (fig. 6) proveniente da Plataforma Inferior Norte que revela claramente a cadeia operatória de alguns dos penteados ondulados da Idade do Ferro. Neste fragmento (bem como no n.º 25, fig. 6) podemos observar como é desenhado este tipo de linha ondulada. Podemos perceber que não ocorre um movimento fluído da mão, o penteado apresenta quebras na curvatura que se inicia e termina em pontos de flexão específicos. Esta técnica, encontra-se especificamente na Idade do Ferro, revelando um controlo absoluto da banda ondulada que pode ser menos larga (fig. 6, n.º 22) ou mais larga (fig. 6, n.º 25).

Contrariamente aos penteados “tradicionais” surge, na Idade do Ferro, um tipo de penteado realizado com os *pentas de tipo 2* que cria penteados singelos, cuidados e uniformizados. Estes revelam um cuidado particular na realização do penteado destacando-se, claramente, dos penteados calcolíticos. É visível uma necessidade cultural, durante a Idade do Ferro, de algum afastamento da estética pré-histórica que se revela no surgimento deste tipo de penteados.

Na fase III-1 encontramos no Talude Exterior Leste (fig. 6, n.º 2) e na Plataforma Inferior Norte (fig. 6, n.º 5) bons exemplares do tipo de *pente 2* realizados em recipientes de pasta I. O exemplar da área norte revela um cuidado extraordinário, quer na pasta do recipiente, quer no tipo de pente bem como na organização decorativa. Aqui, observamos uma organização decorativa complexa que incluiu um motivo decorativo a par das bandas penteadas (circulo concavo) e que remete para a complexidade dos recipientes penteados da Meseta presentes, por exemplo, na necrópole de Las Ruedas em Valladolid (Sanz Mínguez: 1998).

Na fase III-2, destaca-se a utilização da técnica em recipientes de fundo plano (fig. 6, n.º 6), a conjugação da técnica com uma geometrização das organizações decorativas (fig. 6, n.º 11) e a utilização da técnica quer em pastas depuradas – pasta I (fig. 6, n.º 6, 11, 12 e 19), muito depuradas – pasta II (fig. 6, n.º 20) e mais raramente, em pastas de cariz pré-histórico/ calcolítico – pasta X (fig. 6, n.º 9). É de salientar o uso do penteado em recipientes de fundo plano perdurando até ao final da ocupação (fig. 6, n.º 23 e 24) com bandas perpendiculares (fig. 6, n.º 6 e 23) ou oblíquas ao fundo /bordo (fig. 6, n.º 24).

É também na fase III-2 que ocorrem todos os outros tipos de pente, à exceção do tipo 8 conotado com a ocupação calcolítica (Pinto: 2012, vol.2, pp.67). Como já referimos, o pente 3 encontra-se relacionado, na generalidade, com os recipientes cepilhados contudo alguns fragmentos penteados/cepilhados possuem bandas de penteado muito irregular, quer na largura, quer na profundidade do sulco, revelando pontas de pente com variação no comprimento e espessura semelhantes aos pentes 3 específicos do cepilhado. É exemplo, deste tipo de pente o fragmento 21 (fig.6) de um recipiente de pasta III, com uma decoração de bandas onduladas paralelas ao bordo, realizadas com um pente 3 de 4 puas, presente na Plataforma Inferior Norte. A diferença entre um pente de tipo 1

e um pente de tipo 3, é que este é um “tufo” irregular de pequenas hastes assemelhando-se a uma vassoura, e o pente de tipo 1 é mais aproximado à forma de pente em que as puas se encontram colocadas paralelamente tendo o mesmo comprimento e a mesma forma nas pontas. Por sua vez, o pente 4 (fig. 6, n.º 18) desenha uma banda penteada de sulcos irregulares e largos, de profundidade variável. As pontas do pente, encontram-se muito espaçadas e irregulares tanto na espessura como no comprimento. Existem 3 fragmentos que revelam a utilização deste tipo de pente com 5, 6 e 7 puas, os dois primeiros de contextos pouco seguros para a caracterização da Idade do Ferro e o último encontrado na Plataforma Inferior Norte (fig. 6, n.º 7), de um recipiente de pasta I.

Podemos afirmar que os pentes de tipo 1, 3, 4, 5 e 7 são, provavelmente, construídos no mesmo material, ou seja, são tufos vegetais amarrados uns aos outros e a variação ocorre consoante a grossura dos tufos e a forma como estão ordenados. Os pentes 1 e 7 (Pinto: 2012, vol. 2, pp. 67) são os mais cuidados, com fios vegetais mais finos e ordenados. O pente 7 identifica-se facilmente, pois as puas encontram-se muito juntas e criam um sulco muito singular (fig. 6, n.º 14). O pente 3 é um tufo de muitos fios vegetais, de espessura fina, produzindo os cepilhados. Os pentes 4 e 5 (Pinto: 2012, vol. 2, pp. 67) são tufos de fios vegetais mais espessos, de espaçamento irregular entre eles, mas cuja a amarração é semelhante à dos pentes 1 e 7.

Podemos também perceber que os pentes 2 e 6 são muito semelhantes entre si, são provavelmente construídos em madeira ou osso, pois as suas pontas são muito regulares e de perfil em “U”. O pente 6 (fig. 6, n.º 15) é mais irregular que os exemplares de pente 2, no entanto, estes dois pentes agrupam-se num mesmo conjunto.

Por último, o pente 9 devido às suas características peculiares não se agrupa facilmente com os outros. Neste caso, o pente 9 (fig. 6, n.º 13) apresenta, em semelhança aos pentes 1 e 3, puas de pontas estreitas, pontiagudas que rasgam a superfície do recipiente de forma marcante. Contudo as duas puas exteriores são mais compridas do que as interiores, provocando sulcos de profundidade diferentes. O penteado provocado por este pente, é muito singular porque as linhas externas que limitam a banda penteada são mais profundas que as interiores. Este desenho de uma banda que é delimitada por sulcos mais profundos, que aqueles que se encontram no interior, é algo que ocorre também nas bandas desenhadas por incisão. A forma de esboçar a decoração começa por se delimitar o desenho com um sulco relativamente profundo e posteriormente preenche-se esse com incisões ou penteados de sulcos menos profundos. Esta forma execução remete-nos às decorações do Bronze Final como podemos observar na fig. 2, n.º 12, onde os triângulos são preenchidos por um leve cepilhado, sendo delimitados com um instrumento de incisão que produz um traço “mais forte”. Este tipo de desenho permanece até ao final a ocupação da Idade do Ferro e podemos observá-lo na conjugação de linha incisa com penteado no interior (fig. 4, n.º 3), nas linhas incisivas de perfil em “U” conjugadas com pente de tipo 2 (fig. 6, n.º 11) e na linha incisa seguido de penteado (fig. 5, n.º 9). A conjugação de diferentes técnicas terá o seu expoente máximo nos recipientes estampilhados que podem combinar a utilização até 6 instrumentos diferentes (fig. 7, n.º 8).

Em relação aos penteados presentes na fase III-3 apontamos a presença dos pentes de tipo 1 (fig. 6, n.º 24 e 25) e 2 (fig. 6, n.º 23 e 26) que são os mais presentes em todas as fases de ocupação. Há uma retração em relação à fase III-2 na variedade de pentes presentes contudo há uma continuidade dos pentes mais relevantes (pentos 1 e 2) e de organizações decorativas semelhantes às das fases de ocupação anteriores (bandas de penteados paralelas ao bordo/fundo ou bandas perpendiculares ao fundo).

Por último, podemos observar bandas penteadas muito cuidadas (fig. 7, n.º 9) que se conjugam com estampilhas específicas da Idade do Ferro, (i. e. círculos concêntricos), bem como impres-

sões da ponta do pente conjugadas ou não com outros carimbos de impressão (fig. 7, n.º 12). Esta utilização do pente é visualmente subalternizada perante a decoração estampilhada (de círculos concêntricos) pois esta evidencia-se devido à sua importância cronológica, como fóssil-diretor. Contudo, as impressões da ponta do pente extravasam a região Transmontana, encontrando-se nos castros galegos do Minho e Rias Baixas, durante a 2.ª Idade do Ferro (Rey Castiñeira: 2014, 299 – fig. 8 11). Aqui “sobrevive” a impressão da ponta do pente mas não toda a técnica do penteado. Não deixa de ser interessante como as bandas de penteado evoluem tornando-se numa técnica muito bem executada (algumas vezes a torno) fazendo corpo com outros elementos decorativos inovadores. A par de recipientes penteados que remetem para uma tradição decorativa pré-histórica, surgem recipientes decorados que utilizam o penteado conjugado com elementos inovadores próprios da Idade do Ferro.

3.6. Decoração Estampilhada

As decorações estampilhadas denominadas de organização decorativa XXXIV (Pinto: 2012) ocorrem, no Crasto de Palheiros, desde o séc. VI/V AC com maior predominância na área leste do povoado.

Algumas características norteiam a imagética das decorações estampilhadas do conjunto cerâmico do Crasto de Palheiros em todas as fases de ocupação.

Primeiramente, observamos uma relação entre os recipientes de perfil em “S” e a decoração estampilhada, ou seja, no Crasto de Palheiros as decorações estampilhadas ocorrem em recipientes de perfil em “S”. Esta hipótese interpretativa deriva dos seguintes fatores: *i*) todos os fragmentos cerâmicos que permitiram a reconstituição do recipiente revelam formas de perfil em “S”; *ii*) o conjunto cerâmico da Idade do Ferro integra formas simples – globulares e troncocónicas – que surgem associadas a outras decorações (Pinto: 2012; tabela de formas), nomeadamente padrões incisos e *iii*) muitas decorações estampilhadas, ocorrem na linha colo/pança e na zona inferior do recipiente, logo exigem uma demarcação formal entre o colo e a pança e a presença inequívoca destes elementos.

De seguida, o motivo mais recorrente e facilmente identificável é o círculo concêntrico, que apresenta um número variável de círculos (2 a 4). Este motivo ocorre em todas as fases de ocupação e encontra-se tanto isolado como conjugado com outros, ou seja, o/os círculo/s concêntrico/s podem ocorrer na pança espalhados (Pinto: 2012) ou agrupados mas sem outros motivos (fig. 7, n.º 13) ou ocorrerem combinados com outros motivos (fig.7, todos os fragmentos à exceção do 9, 13, 15 e 16). Na combinação com outros elementos são evidentes, as linhas incisivas ou penteadas paralelas ao bordo que demarcam a linha colo/pança bem como a impressão, sob diversas formas, da ponta de pentes de várias puas (fig. 7, n.º 8 e 11). A impressão da ponta do pente (fig. 7, n.º 8, 11, 12 e 15) ou a utilização do pente para penteados (fig. 7, n.º 8, 9, 11 e 14) em conjugação com outras estampilhas, no caso círculos concêntricos, parece-nos algo muito específico do conjunto cerâmico da Idade do Ferro do Crasto de Palheiros. Esta especificidade, em parte, deve-se à ausência de paralelos na região, contudo avançamos algumas hipóteses interpretativas.

Em primeiro lugar, cremos que a impressão da ponta de pente é compreendida dentro do conjunto de estampilhas da Idade do Ferro do Crasto de Palheiros. Aqui a impressão da ponta do pente ocorre, na fase III-1, associada a círculos concêntricos, triângulos e ondulações (fig.7, n.º1), na fase III-2, associada a faixas penteadas, linhas incisivas e círculos concêntricos (fig. 7, n.º 8, 11 e 12) e na fase III-3, a linhas incisivas (fig. 7, n.º 15). A impressão da ponta do pente, surge sempre combinada

com outros motivos⁵ e por isso é integrado dentro da organização decorativa das estampilhadas (Pinto: 2012). É de realçar que noutras regiões, como Valladolid – Olivares del Duero (Seco: 1993; 216) a decoração penteada ocorre combinada com a impressão da ponta do pente. No Crasto de Palheiros tal não foi identificado e por isso a organização decorativa dos “penteados” (organização decorativa X – Pinto: 2012) não inclui qualquer tipo de impressão. É evidente que a impressão da ponta do pente tem origem no pente em si e por isso relaciona-se com as populações da Idade do Ferro da Meseta Norte Central onde os recipientes penteados combinam faixas e impressões. Contudo, parece-nos que as populações da Idade do Ferro do nordeste de Portugal, onde incluímos o Crasto de Palheiros, descolam a impressão da ponta do pente da faixa penteada e integram-na no conjunto dos motivos de estampilha. Deste modo, a impressão da ponta do pente pode ser entendida, como um elemento que surge na corrente imagética dos penteados e que transita, transformando-se em algo novo, para a corrente imagética dos estampilhados. É certo que esta transição pode ser entendida como uma continuidade da tradição dos penteados dentro da corrente nova dos estampilhados, no entanto, na nossa opinião, os estampilhados são visualmente tão possantes que excluem, à partida, qualquer apropriação imagética. Concluimos que as correntes imagéticas dos penteados e estampilhados são autoexcludentes.

A última característica geral das decorações estampilhadas, prende-se com o desenho particular das bandas paralelas ao bordo cujo interior é preenchido por traços oblíquos incisos (fig. 7, n.º 2 e 14) ou por impressões oblíquas de pontas de pente (fig. 7, n.º 8, 11, 12 e 15). O design da faixa que desenha uma espiga ou um ziguezague (quando integra 3 ou mais linhas), traçada a incisão, é comum na cultura castreja, encontrando-se na cidade de Âncora (Coelho:1986; est. XLVI, n.º 9), citânia de Sanfins (Coelho: 1986; est. LXVI) entre outros sítios (Coelho:1986; ver quadro decorativo). Assim, é patente uma relação com o litoral que se observa num certo ar de família, ainda que a ausência de certos motivos (i.e os “SS”, flores, triângulos e ondulados) ou suas conjugações não permita uma total identificação com os conjuntos do litoral.

Deste modo, observamos uma certa autonomia na imagética dos estampilhados da Idade do Ferro do Crasto de Palheiros que provém do uso da impressão da ponta do pente em esquemas ou padrões decorativos próprios dos recipientes estampilhados. Não consideramos que se trate de uma novidade, nas organizações decorativas as faixas paralelas ao bordo que ocupam a pança do recipiente a partir da linha colo /pança e que apresentam sucessão vertical (fig. 7, n.º 1 e 2) ou padrão metopado de sucessão horizontal após uma linha de sucessão vertical (fig. 7, n.º 8, 11 e 14), são relativamente usuais nas cerâmicas do litoral. Contudo a conjugação destes padrões com a impressão da ponta do pente e a utilização recorrente de círculos concêntricos, confere alguma unidade e quiçá novidade à imagética dos estampilhados aqui presentes.

Por último, a observação dos recipientes estampilhados presentes em cada fase de ocupação é marcada pela monotonia e continuidade, ou seja, não observamos ruturas na imagética dos recipientes estampilhados. Desde a fase III-1, ocorrem recipientes realizados nas pastas I; II, VI e VIII com predominância nas pastas I e II mais depuradas e passíveis de serem utilizadas num torno. As pastas VI e VIII relacionam-se com a inovação técnica ao nível das pastas, na Idade do Ferro, no entanto a maioria dos recipientes são realizados em pasta I, mais tradicional (Sanches & Pinto:2018).

⁵ A impressão isolada da ponta do pente surge como uma faixa, num nível calcolítico na plataforma inferior norte (Pinto: 2012; vol 2, estampa XXX, n.º 4)

4. CONCLUSÕES

“É como se estivesse a contar a história do Capuchinho sem ter a certeza se o lobo era grande ou pequeno, se tinha pelo cinzento ou branco, se a menina era encantadoramente ingênua ou estupidamente teimosa e se a avozinha já tinha desistido de viver ou se foi apenas apanhada desprevenida. No fundo, olho o espelho da Bruxa Má e pergunto: Espelho meu, espelho meu, o que vejo eu? – e espero que ele responda que me vejo como deveria... o olho direito à direita.”⁶

Outubro de 2011

Traçar uma visão integradora do conjunto cerâmico da Idade do Ferro Transmontana, tendo como base o conjunto do Crasto de Palheiros, não se configura como uma tarefa fácil. Contudo, acreditamos na premência de uma visão que integre hipóteses interpretativas mesmo reconhecendo a falibilidade das mesmas. Novos dados trarão com certeza novas oportunidades de interpretação, até lá cuidamos que a nossa visão permita um melhor entendimento da região.

Tal como anteriormente exposto, o conjunto cerâmico do Crasto de Palheiros na Idade do Ferro revela três grandes correntes imagéticas ao nível da decoração dos recipientes. Uma, enraizada na Pré-história local terá um desenvolvimento particular em cada região e em cada comunidade (Douro Litoral, Nordeste Transmontano, Beira Interior, etc) . Usa temas recorrentes quer do Calcolítico, quer da Idade do Bronze, abrangendo técnicas específicas (incisão, cepilhado e decoração plástica) e temas particulares – bandas paralelas ao bordo, de linhas, reticulados, triângulos entre outros; cordões (fig. 8, n.º 9), mamilos (fig. 3, n.º 4) e grafitados e bem como outras decorações no colo dos recipientes.

Outra, fixada numa tradição local particular do norte e centro peninsular tendo como técnica específica, o penteado (fig. 8, n.º 4 e 7). Aqui, encontramos uma tradição que embora arreigada no passado mais ou menos remoto (Calcolítico ou Idade do Bronze, dependendo dos investigadores), tem como área de influência a meseta norte / central peninsular, abrangendo a região Transmontana.

Por último, encontramos as cerâmicas estampilhadas, uma corrente que abrange o Norte Litoral Português, bem como outras regiões europeias e portuguesas (Gamito: 1996) e que apresenta características particulares em cada região constituindo-se sempre como uma inovação da Idade do Ferro.

Apesar da presença destas correntes, os recipientes cerâmicos caracterizam-se por uma carência de padrões comportamentais fixos, ou seja, as decorações, ainda que seguindo determinada corrente imagética, não se repetem. A ausência de repetição de decorações mais complexas – pois as linhas incisivas paralelas ao bordo são sempre uma constante – conduz a variedade e indica, porventura, que a produção não possui diretivas fixas. Significa que, apesar das fortes tradições locais que integram recipientes incisos, cepilhados, penteados e com decoração plástica e de inovações que surgem como as estampilhadas, o conjunto cerâmico revela, sobretudo, pouca uniformidade decorativa, dispersão e aleatoriedade.

A observação de todos os recipientes decorados de determinada fase (independentemente de qual seja) revela que estes não seguem um mesmo padrão decorativo, mas sim as várias vias de tradição estilística. A integração de várias correntes estilísticas nas comunidades da Idade do Ferro não é incomum. No Castro de Montealegre – Pontevedra ocorrem a par cerâmicas de tradição local

⁶ Pinto: 2012, vol. 1. Introdução ao capítulo 8.

(denominadas de indígenas), cerâmicas de importação púnicas, cerâmicas pintadas e de tipo Vigo (Aboal Fernández & Castro Hierro: 2006): Na Meseta, em Valladolid, ocorrem cerâmicas penteadas, cerâmicas pintadas entre outras (Sanz Mínguez: 1998) em grupos bastante estanques.

No Crasto de Palheiros, os recipientes integrados em cada corrente imagética não possuem um “ar de família” tão manifesto como os recipientes integrados em correntes estilísticas das outras comunidades da Idade do Ferro quer do Litoral quer da Meseta. Aqui, como já referimos, as decorações não se repetem e por isso a corrente imagética configura-se como uma influência, uma inspiração e não uma regra a ser cumprida. A liberdade, a simplicidade, a diversidade, fazem parte da imagética decorativa do conjunto cerâmico da Idade do Ferro do Crasto de Palheiros.

Curiosamente, os adornos metálicos da Idade do Ferro de Trás-os-Montes e conseqüentemente do Crasto de Palheiros, possuem uma forte identidade que os distingue dos de outras regiões (Pinto: 2008). O conjunto cerâmico permanece simples, a singeleza e casualidade das decorações são, talvez, a sua característica mais profunda.

Ainda assim, no silêncio desta cultura material tão particular da Idade do Ferro, os recipientes de perfil em “S” que se integram na corrente de tradição local originária na Idade do Bronze revelam decorações no colo – linhas espatuladas, triângulos incisos e cepilhados entre outros – que remetem para o pescoço humano, quem sabe tatuado, num antropomorfismo das formas cerâmicas, contentores de vida e para a vida.

Por sua vez, os recipientes de perfil em “S” que se integram na corrente imagética de inovação onde as estampilhadas detêm um lugar central, revelam decorações na linha colo/pança e pança, remetendo novamente para o corpo humano, desta vez adornado por colares, cintos e brincos metálicos que se destacam do corpo / contentor. Não podemos esquecer que muitos motivos estampilhados ocorrem em recipientes cerâmicos e adornos metálicos cuja impressão é sempre uma adição, tal como quando colocamos um colar em nós próprios.

Por último, os recipientes penteados quer globulares quer de fundo reto, revelam padrões de bandas onduladas cuja fluidez sobressai, tornando-se a sua principal característica. Remete para o seu passado, cujas narrativas não conhecemos, mas que vemos desenhadas nos recipientes cerâmicos ao longo de gerações.

BIBLIOGRAFIA

- ABOAL FERNÁNDEZ, Roberto & CASTRO HIERRO, Virginia (2006), *O castro de Montealegre, Moaña, Pontevedra*. A Coruña: Editorial Toxosoutos, serie Keltia.
- ALMEIDA, C. A. B., ALMEIDA, P. B., & FERNANDES, F. (2008), Povoado do Bronze Final da Cimalha: relatório da interpretação arqueológica. *Felgueiras: Câmara Municipal*.
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J. (2010), La cerámica con decoración a peine: de “fósil guía” a indicador de etnicidad. En C. Sanz y F. Romero, (eds.) *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Vaccea Monografías, 4, Universidad de Valladolid: 293-318, 201
- ARROYO, Angel (1986), *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*. Instituto de estudios zamoranos Florian de Ocampo, Diputación de Zamora.
- COELHO, A. (1986), A Cultura Castreja no Noroeste de Portugal. *Museo Arqueológico da Citania de Sanfins. Paços de Ferreira*.
- GAMITO, Teresa J. (1996), A cerâmica estampilhada. *De Ulisses a Viriato*. Lisboa: Instituto Português de Museus/Museu Nacional de Arqueologia, 112-117.

- GARCÍA ROLLÁN, M. (1971), Memoria de la excavación arqueológica de Castromao (Caeliobriga), *Archivo Español de Arqueología* 44 (123-124), 175-211.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, E. J. & DOMÍNGUEZ CALVO, A. (2002), *Los Castillejos de Sanchorreja – Campañas de 1981, 1982 y 1985*. Salamanca: Ediciones Universidad Salamanca.
- OLIVEIRA JORGE, S. (1988), O povoado da Bouça do Frade (Baião) no quadro do Bronze final do norte de Portugal. *Monografias arqueológicas*.
- PEÑA SANTOS, Antonio (1987-88), Excavaciones en el castro de Torroso, *Pontevedra Arqueologica III*, Publicación del Grupo de Arqueología Alfredo García Alén.
- PINTO, Dulcineia B. (2008), Os artefactos metálicos da Idade do Ferro do Crasto de Palheiros-Murça, Norte de Portugal. Breve introdução à gramática decorativa dos adornos metálicos do Nordeste de Portugal. *Douro, Vinho, história e património*, 289-332.
- PINTO, Dulcineia B. (2012), *O Crasto de Palheiros na Idade do Ferro. Contributo da aplicação de uma nova metodologia no estudo da cerâmica* (Tese de doutoramento). Repositório científico da UC: <http://hdl.handle.net/10316/19994>
- REY CASTIÑEIRA J. (2014), A olaria castreja de tradição Minho. In Rui Morais, A. Fernández e M. J. Sousa (ed). *As produções cerâmicas de imitação na Hispania*, pp. 289-302. Faculdade de Letras.
- SANCHES, M. J. (2008), O Crasto de Palheiros (Fragada do Crasto, Murça–Portugal). *Braga: Município de Murça*.
- SANCHES, M. J. (2016), Animal bones, seeds and fruits recovered from Crasto de Palheiros. A contribution to the study of diet and commensality in the recent Pre-History and Iron Age of Northern Portugal”. *To feed the body, to nourish the soul, to create sociability. Food and commensality in pre and protohistoric societies. CEPBA&IAFLUC&Palimpsesto*, 79-119.
- SANCHES, M. J. & PINTO, Dulcineia (2018), Crasto de Palheiros. Noura e Palheiros, Murça, Portugal, Poster em “Cultura Castreja”: identidade e transições.
- SANZ MÍNGUEZ, Carlos (1998), *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero: La necrópolis de Las Ruedas – Padilla de Duero (Valladolid)*. Salamanca, Junta de Castilla Y León, Consejería de Educación y Cultura.
- SECO, M. y TRECEÑO, F.J. (1993), “La temprana iberización de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de La Mota, Medina del Campo (Valladolid)”. En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 133-171

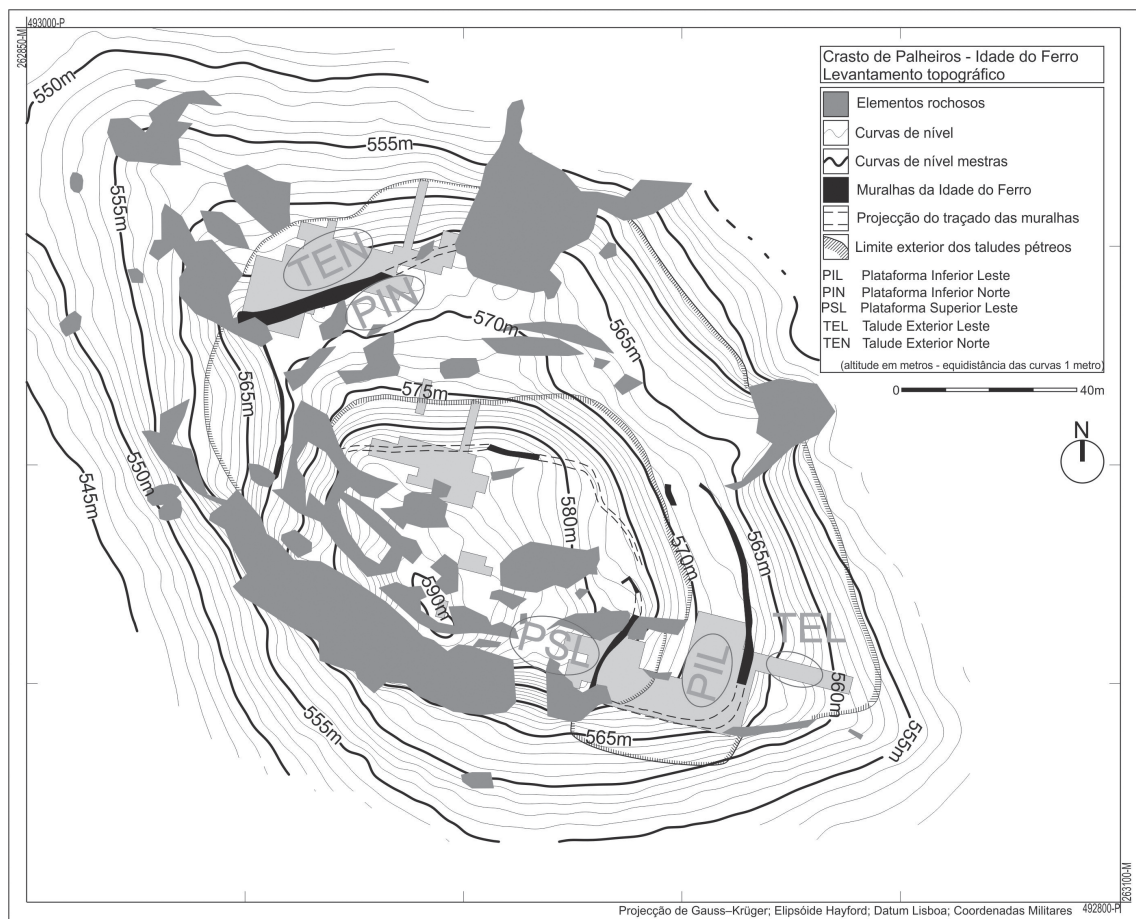


Fig. 1: 1: Localização do crasto de Palheiros no Norte de Portugal; 2: Planta topográfica do Crasto de Palheiros com a localização das áreas de escavação.

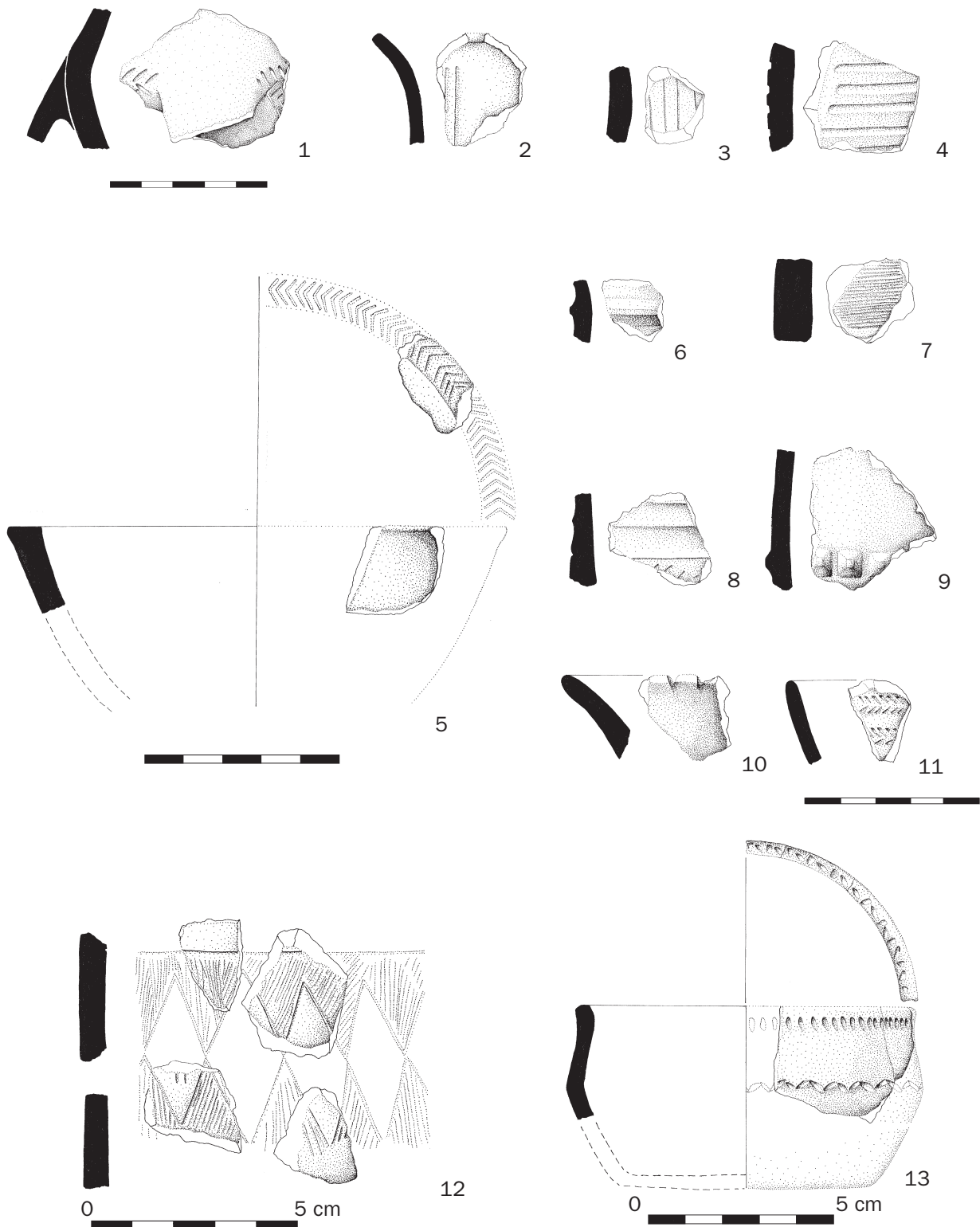


Fig. 2: Fragmentos cerâmicos decorados integrados na fase II, na área norte: Plataforma Inferior Norte – 1, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 13 e Talude Exterior Norte – 9, 10, 11, 12 e na área leste: Plataforma Inferior Leste – 2.

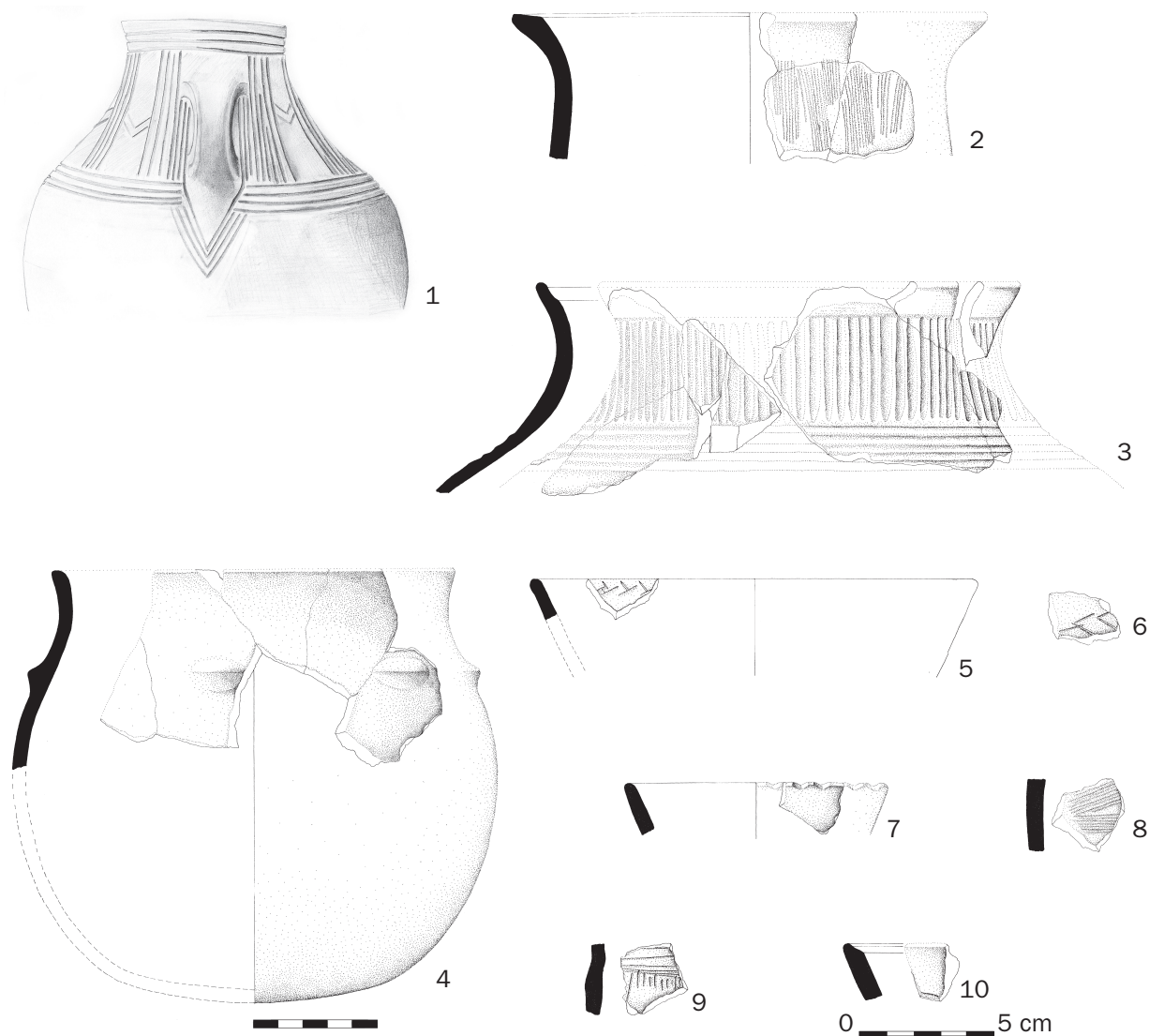


Fig. 3: Fragmentos cerâmicos decorados provenientes de contextos da Idade do Ferro (fase III-1) – do séc. VI ao III AC – no talude Exterior Leste (1, 2, 3, 4 e 5) e na Plataforma Inferior Norte (6, 7, 8, 9 e 10).

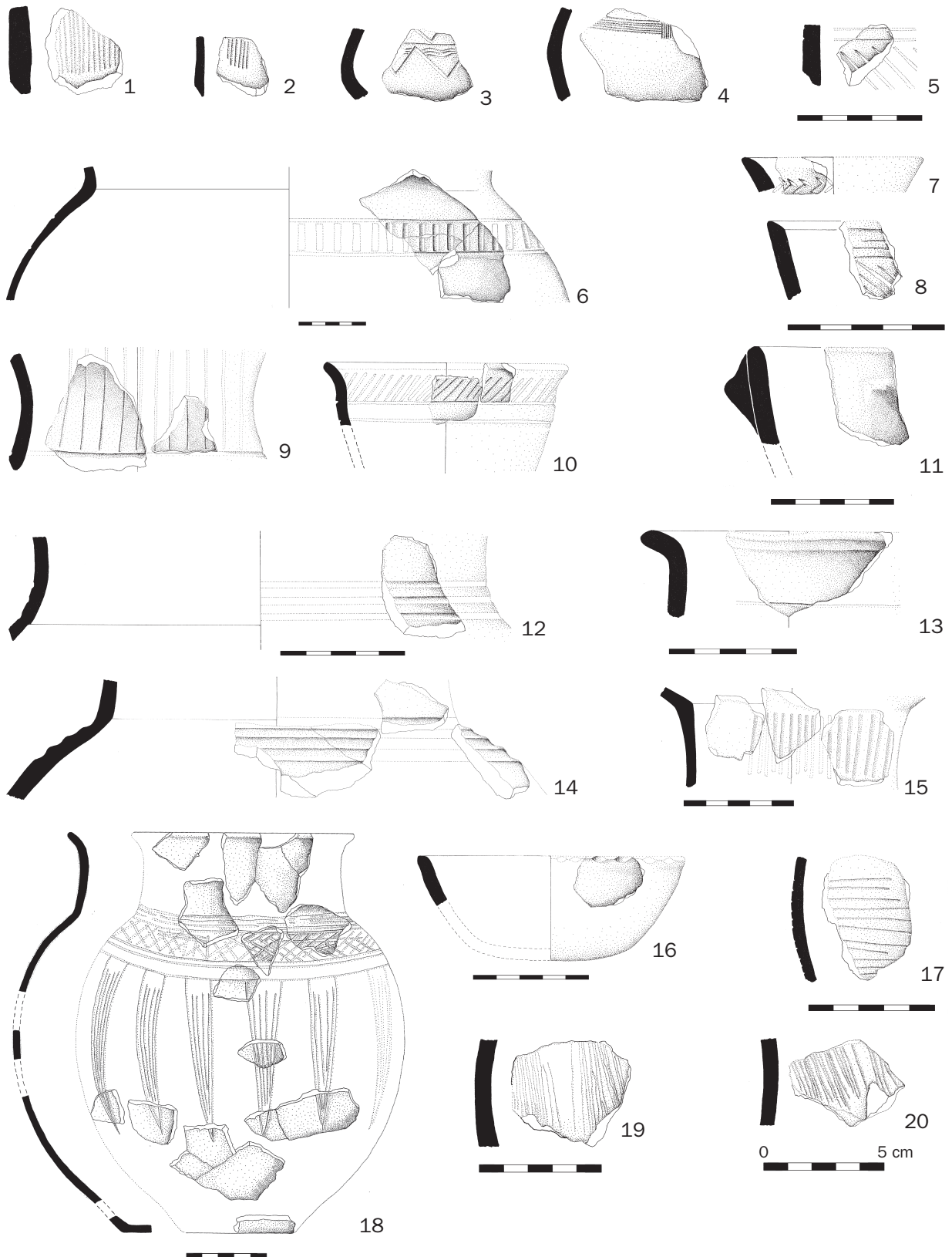


Fig. 4: Fragmentos cerâmicos decorados provenientes de contextos da Idade do Ferro (fase III-2) – do séc. III/II AC a 80 DC – da Plataforma Superior Leste (1 a 5), da Plataforma Inferior Norte (6 a 13, 16 e 17), Talude Exterior Leste (14 e 15) e Plataforma Inferior Leste (18 a 20).

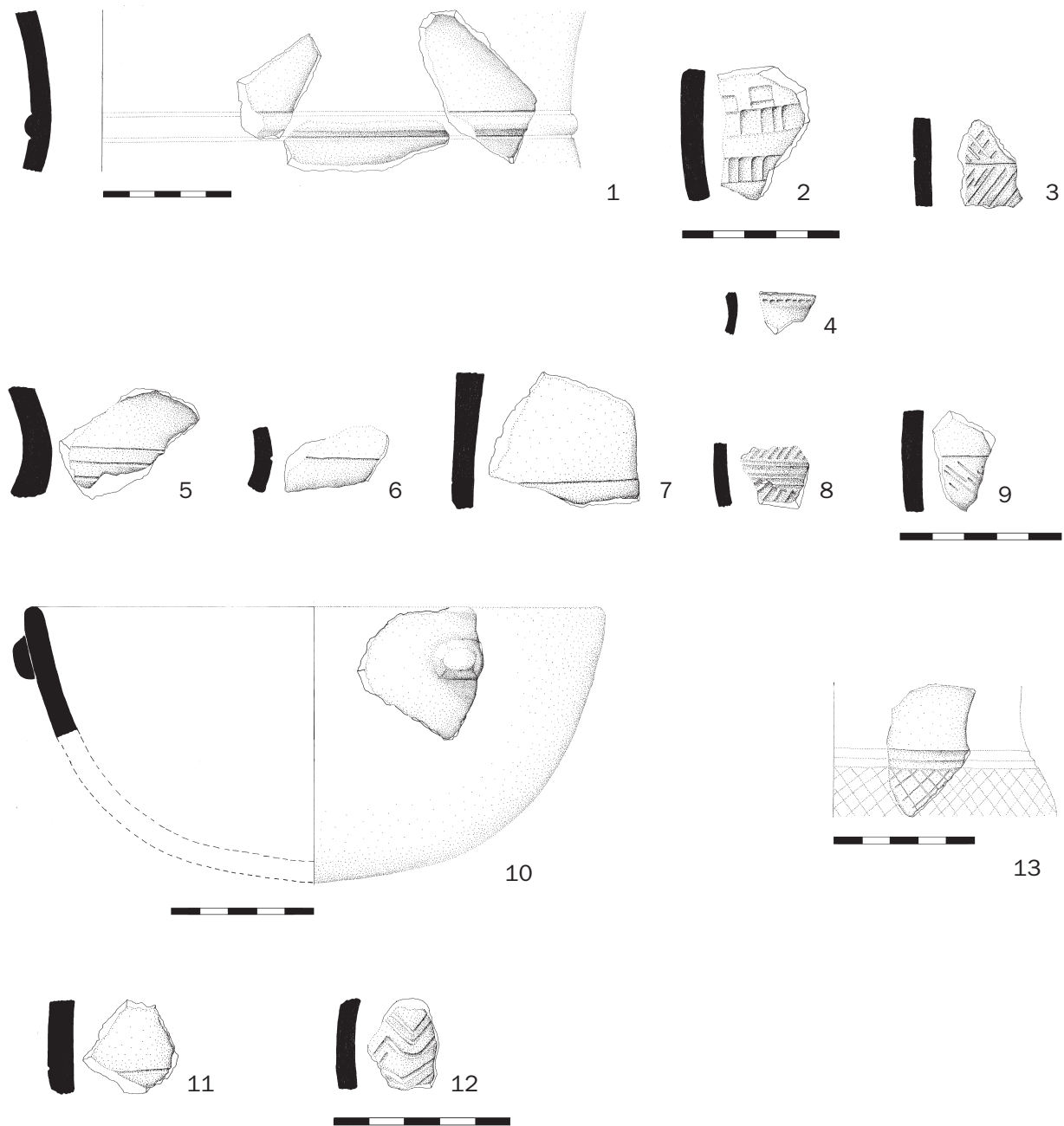
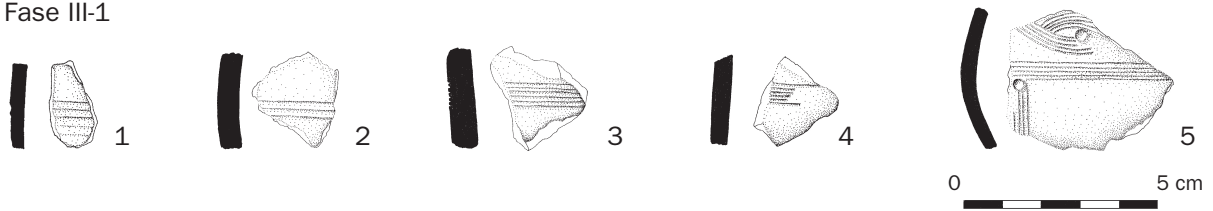
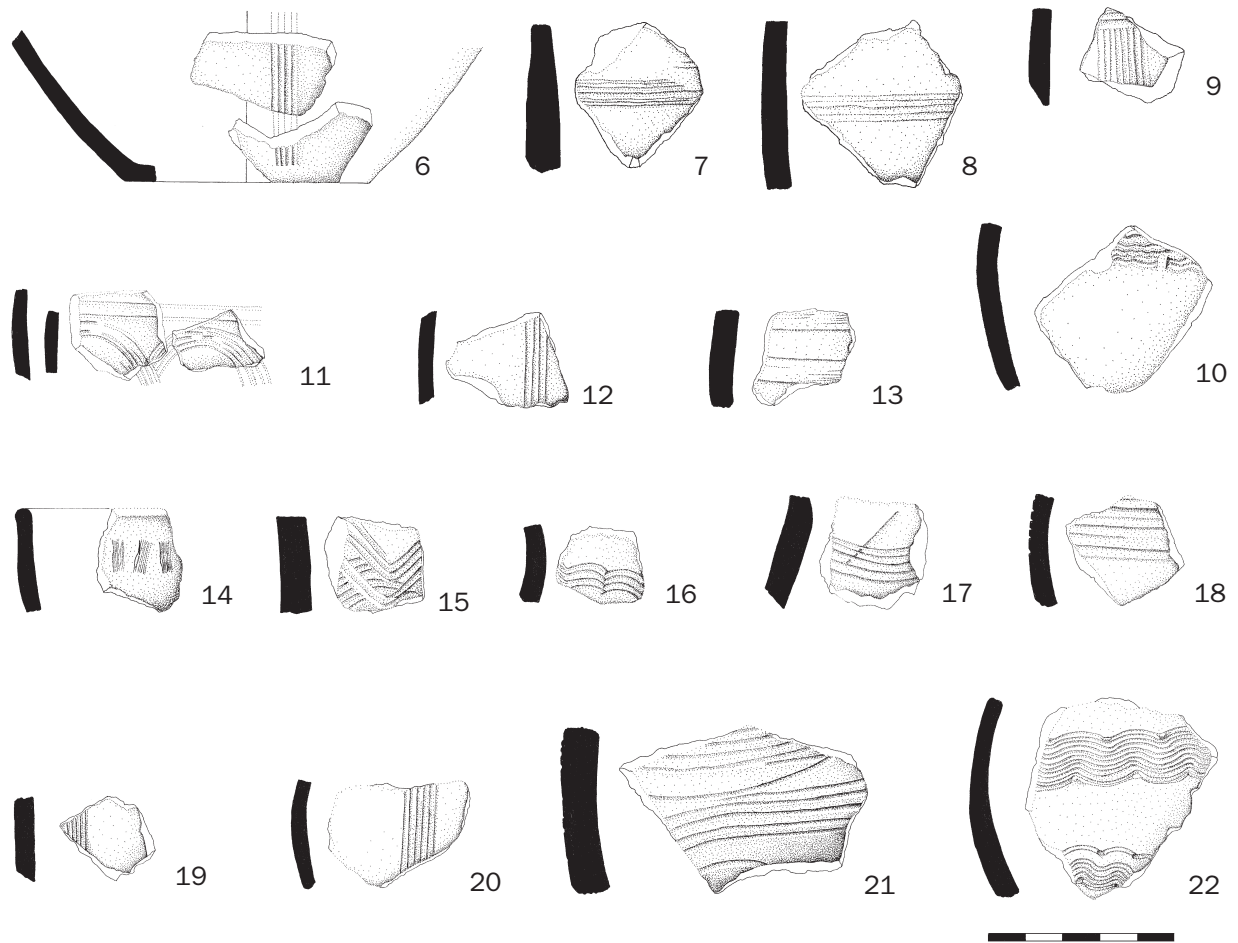


Fig. 5: Fragmentos cerâmicos decorados provenientes de contextos da Idade do Ferro (fase III-3) – de 80 a c. 130 DC – da área norte (1 a 9 e 12), Plataforma Inferior Leste (10 e 13) e Talude Exterior Leste (11).

Fase III-1



Fase III-2



Fase III-3

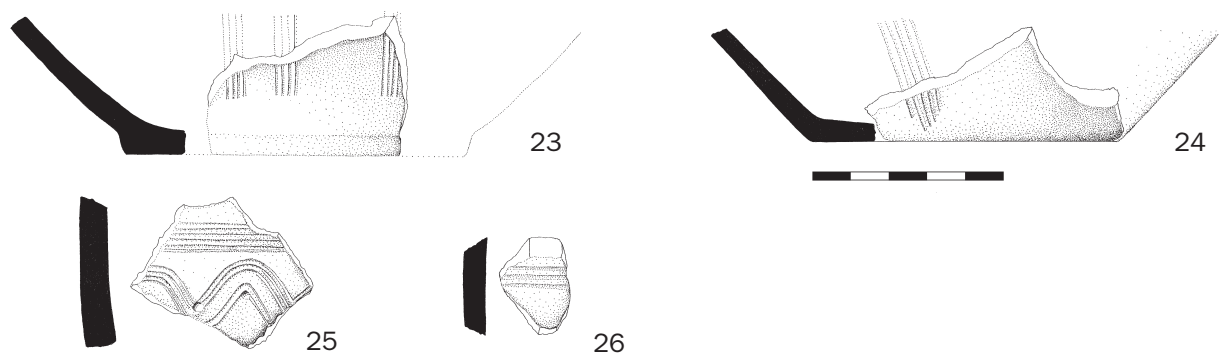
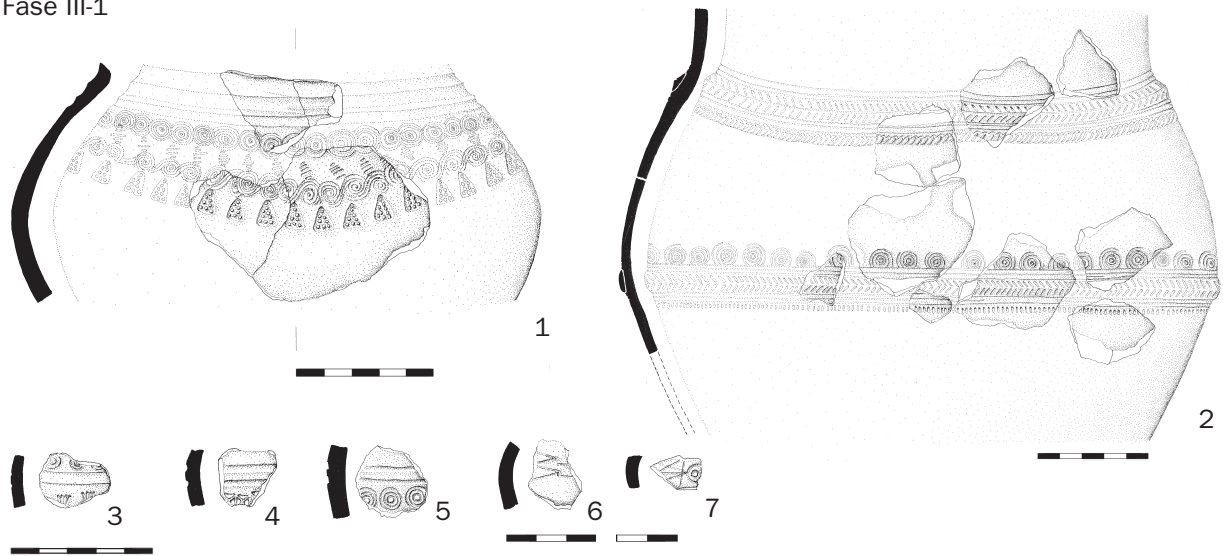
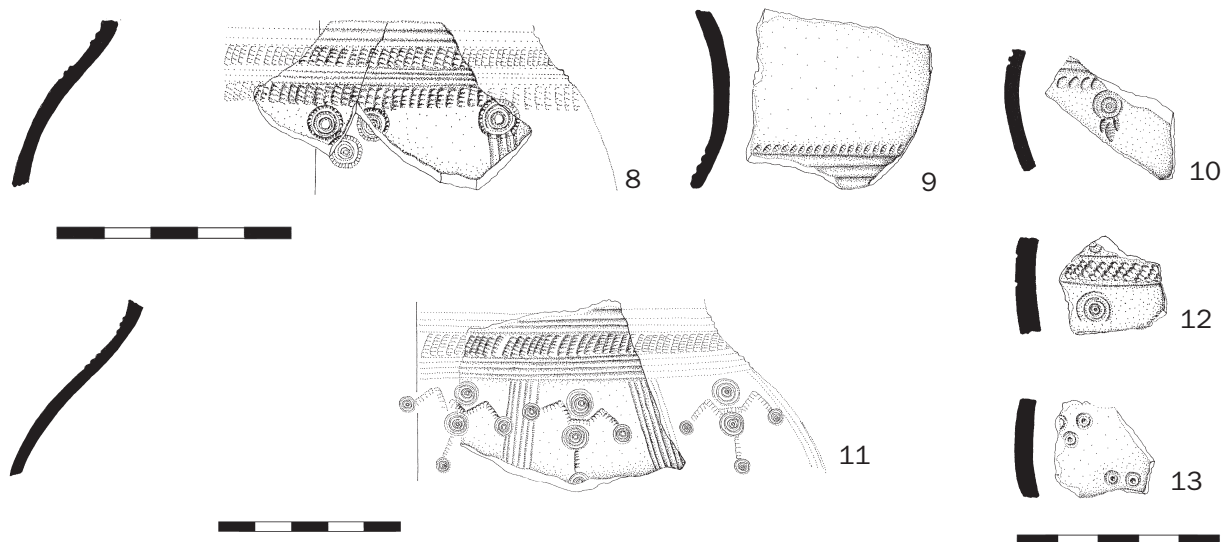


Fig. 6: Fragmentos cerâmicos de decoração penteada (organização decorativa X) provenientes de contextos de todas as fases da Idade do Ferro (III-1, III-2 e III-3).

Fase III-1



Fase III-2



Fase III-3

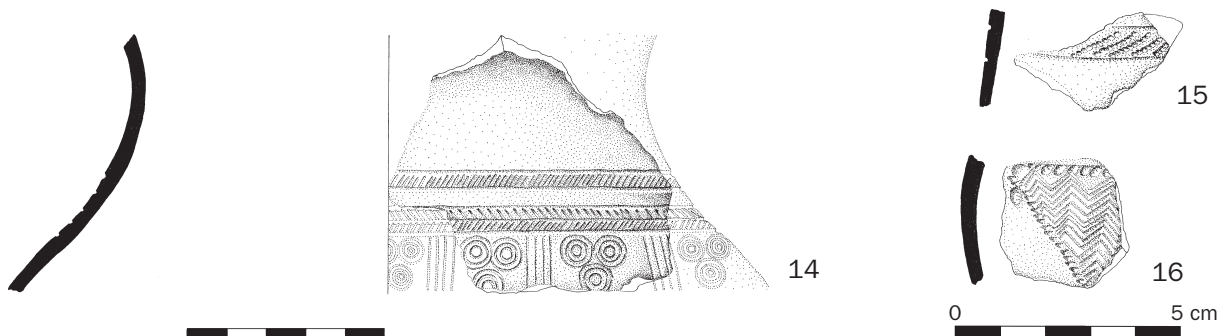


Fig. 7: Fragmentos decorados estampilhados integrados na organização decorativa XXXIV (Pinto: 2012) das seguintes áreas: Plataforma Inferior Leste (1, 2, 3, 4, 9, 12), Talude Exterior Leste (5, 6, 7, 8, 11, 13) e Plataforma Inferior Norte (10, 14, 15).



Fig. 8: Fragmentos decorados das várias fases. 1: TEL, fase III-1; 2: PIN, fase II; 3: TEN, fase II; 4: TEN-V1 fase III-1; 5: TEL; fase III-1; 6: TEL; fase III-1; 7: TEN-V1; fase III-1; 8: PIN, fase III-3; 9: PIL; fase III-2

VIDROS TARDIOS DO CASTRO DE GUIFÕES: FORMAS, TÉCNICAS E TRAJECTOS

Andreia Arezes

FLUP – CITCEM-UP
aarezes@letras.up.pt

ABSTRACT

The aim of this text is to present a set of glasses collected in Castro de Guifões (Matosinhos), in the first campaign of excavations carried out under the GUIFARQ Project. The recovery of these elements provided a basis for material study, from which classifications and frameworks were proposed; also, lines of reflection were drawn around the importance of glass and its circulation in Late Antiquity. Relating mainly to tableware almost all these glasses result from local or regional production activity. Importation, in turn, is represented at least in a single, but remarkable, occurrence: a fragment of a bowl bearing engraved figurative decoration, currently unparalleled in the Iberia Peninsula Northwest.

Keywords: Glass; Late Antiquity; Castro de Guifões; GUIFARQ Project.

RESUMO

É objectivo deste texto dar a conhecer um conjunto de vidros recolhidos no Castro de Guifões (Matosinhos), no âmbito da I campanha de escavações desenvolvidas ao abrigo do Projecto GUIFARQ. A exumação destes elementos proporcionou uma base de estudo material, a partir da qual se propuseram classificações e enquadramentos, e se delinearão linhas de reflexão em torno da importância do vidro e da sua circulação na Antiguidade Tardia. Fundamentalmente respeitantes a formas de mesa, estes vidros resultam, na sua quase totalidade, de uma actividade de produção de âmbito local ou regional. A importação, por seu turno, surge representada pelo menos numa, mas notável, ocorrência: um fragmento de taça com decoração figurativa gravada, actualmente sem paralelo no Noroeste peninsular.

Palavras-chave: Vidro; Antiguidade Tardia; Castro de Guifões; Projecto GUIFARQ.

1. INTRODUÇÃO

O sítio que gerou o conjunto em análise, por vezes referenciado como Monte Castelo (CNS: 779), vem sendo mencionado, de forma mais ou menos circunstancial, em diversas publicações dadas à estampa desde os finais do século XIX. Se é certo que Martins Sarmiento e Leite de Vasconcelos cedo reconheceram nas estruturas nele visíveis e nos materiais coligidos testemunhos de duas etapas, a pré-romana e a romana (Vasconcelos, 1898: 270; Vasconcelos, 1901: 35), só na segunda metade do XX começou a tornar-se evidente que a ocupação teria persistido no local pelo menos até aos primeiros decénios do século V d.C.: o enquadramento cronológico de algumas recolhidas entretanto prodigalizadas, nomeadamente das *Sigillatas Africanas* Claras, assim o indicava. Com efeito, ainda nos anos 60, exumaram-se fragmentos compatíveis com os mencionados fabricos no chamado Campo da Ponte (Almeida; Santos, 1975: 50); em 2009-2010, numa intervenção a

meia encosta (Varela; Morais, 2014: 409-410); e entre 2016 e 2018, na primeira etapa do Projecto GUIFARQ, novamente no Campo da Ponte (Arezes; Varela, 2017a: 133; Arezes, Varela, 2018: 81; 102; 108).

Foi precisamente neste mesmo espaço, situado na base poente do Castro de Guifões, nas proximidades do curso final do rio Leça (Arezes; Varela, 2017a: 127-128; 131-134), que as intervenções levadas a cabo por Joaquim Neves dos Santos colocaram a descoberto um edifício de planta rectangular constituído por diversos compartimentos (Santos, 1995-96: 22). Perspectivado como testemunho da ampla remodelação implementada no Castro no quadro do Baixo Império (Cleto; Varela, 1999: 7), sobrepunha-se a uma estrutura circular (Santos, 1995-96: 22) atribuída à Idade do Ferro, o que desde logo sugeria a forte possibilidade de aquela área aplanada congregar vestígios compatíveis com a vigência de uma longa diacronia.

A persistência da ocupação no Castro de Guifões configura, pois, uma das vertentes assinaladas a propósito do sítio, sobretudo em algumas das publicações que lhe foram dedicadas nos últimos anos (Cleto; Varela, 1999: 7; Varela, 2010: 111; 144-145). Outra das características que, de modo mais recorrente, tem sido sublinhada a seu respeito, prende-se com a sua notável implantação. Uma implantação estratégica, claramente marcada pela proximidade física do Leça, o *Leza* referido na documentação medieval, com nascente no Monte Córdova (a sul do Castro do Monte Padrão) e que, pelo menos até ao século XV, terá oferecido boas condições de navegabilidade (Moreira, 2009: 47; 51; Varela, 2013: 75-76; Barroca, 2017: 232). Potencial eixo de circulação, pelo menos até ao sopé do Castro de Guifões, o Leça ficou igualmente associado a uma outra particularidade que o singularizou: o facto de os penhascos, os “leixões” existentes no seu estuário, hoje alterado e descaracterizado pela imensa infra-estrutura portuária que lhes perpetuou o nome, criarem uma espécie de “quebra mar”, um abrigo natural, garantindo às embarcações chegadas por via marítima um apertamento mais resguardado, e menos sujeito às incertezas do Douro (Blot, 2003: 48; 61; Morais, 2007: 104; Moreira, 2009: 193; Varela, 2011: 144).

Não admira, pois, que o entrosamento do Castro com as redes comerciais vigentes em diferentes períodos surja atestado na componente artefactual que, ao longo dos anos, e com recurso a diferentes metodologias, foi sendo recuperada no sítio (Morais, 2007; Varela, 2010: 144-145). Um sítio que, todavia, se encontra fortemente marcado pelos efeitos de uma série de acções invasivas que, sobretudo a partir dos anos 70 do século XX, lhe alteraram a fisionomia. Arrasamentos, aterros e novas construções vieram somar-se a prévias aberturas de caminhos e a uma prática agrícola continuada, responsáveis pela perturbação de depósitos e estruturas (Arezes; Varela, 2017a: 127-129). A mais recente dessas perturbações, já em 2018, foi motivada pelo corte massivo dos eucaliptos que pontuavam em alguns talhões da encosta, rasgados por maquinaria pesada para facilitar o rolamento dos troncos até à base. Causadora de manifestos danos materiais veio, uma vez mais, comprometer a integridade de um espaço que, actualmente, se admite ter permanecido ocupado até ao século VI (Varela, 2010: 144-145) e que, entre 1032 e 1152, voltava a dar sinais de vitalidade, conforme patenteado pelas referências ao *Castro* (ou *Mons*) *Quifiones* nos documentos coevos (Barroca, 2017: 207-208; 234).

2. OS VIDROS NO CASTRO DE GUIFÕES

Nas últimas décadas foram produzidos diversos artigos onde se focavam materiais recolhidos no Castro Guifões: fundamentalmente, cerâmicos (Almeida; Santos, 1975; Varela, 2012; Morais, 2013; Pires; Pereira, 2014; Varela; Morais, 2014). Os vidros, contudo, só muito pontualmente foram sujeitos a estudo. De destacar, a este propósito, a publicação de um recipiente completo descoberto

em 1908, e entretanto depositado no Museu Soares dos Reis (Valente, 1950, 21, fig. 4; Alarcão; Alarcão, 1964: 6, n.º 3; 7, n.º 3; 9-10)¹. Correspondente ao tipo Isings 62 ou Morin-Jean 13 (Alarcão; Alarcão, 1964: 9), teria sido soprado em molde de madeira. A forma, não sendo frequente antes do período Flávio, poderá ter persistido no século III e mesmo, eventualmente, no IV ou V (Alarcão; Alarcão, 1964: 9-10). Acerca da tipologia da peça, registre-se que Jorge de Alarcão e Adília Moutinho Alarcão a classificaram como urna (Alarcão; Alarcão, 1964: 9-10). Previamente, Vasco Valente designou-a como “boião”, muito embora ressaltando o facto ter sido recolhida na “necrópole” de Guifões (Valente, 1950: 21). Não há, porém, neste momento, informações claras a respeito da natureza e extensão de uma área funerária associada ao Castro. É certo que, de modo pontual, foram aparecendo na bibliografia menções à detecção de vestígios de enterramentos no sítio: em larga medida, esparsas, ambíguas e pouco específicas quanto à localização dos achados. Já em 1899, Godinho de Faria mencionava a recolha de uma ânfora com ossos incinerados, aquando da abertura de uma vala para drenagem de “um campo”² (Faria, 1899: 302), informação posteriormente recuperada por Guilherme Felgueiras (Felgueiras, 1958: 10). Mais tarde, na planta do dispositivo de planta rectangular identificado por Joaquim Neves dos Santos no Campo da Ponte, publicada a título póstumo, apareceriam indicações relativas à “galeria de entrada da necrópole” (Santos, 1995-96: 22). Todavia, essas indicações não chegaram a ser cabalmente esclarecidas e justificadas, até porque dos trabalhos por ele ali conduzidos não resultou a produção de um relatório pormenorizado, apenas referências pouco conclusivas em algumas publicações³ (Arezes; Varela, 2017a: 127-128). Finalmente, sublinhe-se que no Sistema de Informação para o Património Arquitectónico (SIPA)⁴, é feita alusão à existência de uma necrópole na plataforma nascente da elevação do Castro, a qual é dada como actualmente destruída.

Não foi, contudo, um contexto funerário a gerar os materiais apresentados neste texto: antes um espaço habitado, ainda em estudo.

3. O CONTEXTO DE RECOLHA DOS FRAGMENTOS VÍTREOS

O conjunto apresentado foi recuperado numa parcela de terreno do já evocado Campo da Ponte (Fig. 1). Atendendo ao facto de a recolha ter sido promovida no decurso da primeira escavação levada a cabo no quadro do Projecto GUIFARQ, possui contexto estratigráfico definido (Arezes; Varela, 2017b). Proceda da unidade [11], um nível desagregado, saibroso, de grão médio a grosso, tendencialmente amarelado, ainda que pontuado por áreas calcinadas dispersas⁵, detectado no interior de uma estrutura pétreia com cunhais arredondados, [09], à altura apenas parcialmente visível (Fig. 2), na medida em que, por um lado, a intervenção na área mencionada se encontrava ainda em fase preliminar e, por outro, parte do dispositivo se prolongava para além do Corte Norte, coincidente com o limite da escavação. Neste sentido, é certo que, neste momento, estão por aferir muitos dados acerca da ocupação da estrutura em causa. Não obstante, cremos que as recolhas materiais

1 N.º de inventário: 791- 6- A (274 Vid CMP / MNSR).

2 Segundo o autor, o enterramento em causa foi destruído pelos operários, que julgaram estar perante testemunho de feitiçaria (Faria, 1899: 302).

3 Numa dessas publicações, é certo, Neves dos Santos correlacionou a presença da pedra com suástica reutilizada no aparelho do edifício tardio, com a vocação, também funerária, para a qual terá sido concebido: “[...] achado de insculpturas de simbolismo mítico-religioso num local com características próprias de um ‘santuário’ do culto funerário com rito do fogo [...]” (Santos, 1963: 6).

4 http://www.monumentos.gov.pt/Site/APP_PagesUser/SIPA.aspx?id=4978

5 Foram efectuadas amostras dos sedimentos correspondentes a [11] para análises arqueobotânicas. Os resultados obtidos, quer especificamente para [11], quer para outros níveis removidos nas campanhas de 2016 e 2017 do Projecto GUIFARQ, serão publicados brevemente.

já efectuadas permitem documentar uma utilização doméstica para o Campo da Ponte, em geral, e para [09], em particular.

Importa referir que os vidros constituem parte residual dos materiais exumados em [11], os quais, na sua esmagadora maioria, concernem a cerâmicas. Com efeito, e para além da significativa quantidade de cerâmica comum, a par da de armazenamento e transporte, haverá que mencionar a recuperação de dois pesos de tear, a que se soma ainda a ocorrência de material de construção, com destaque para a *tegulae*, pelo menos num caso, decorada (Arezes; Varela, 2017b: 25-26).

De igual modo, é imperativo ter em consideração a existência de um conjunto de factores que condicionam as possibilidades de encarar, concretamente, os vidros tardios, mesmo que recolhidos em contexto arqueológico, como um reflexo directo dos circuitos de distribuição e leque de formas originalmente presentes num determinado tempo e espaço. A reciclagem configura um desses factores, e com peso não negligenciável, até porque entre os elementos mais consistentemente procurados para esse fim, estavam precisamente os bordo, bases e asas: as partes essenciais para avançar propostas de correspondência morfológica (Antonaras, 2011: 300).

4. OS MATERIAIS⁶

4.1. Taça ou prato com decoração figurativa

O primeiro fragmento em análise (Vid. 1, Fig. 3 e 4) pertence a uma taça ou prato com perfil em C, aproximado à forma 116 b de Isings⁷ (Isings, 1957: 144-145; Cruz, 2009a, vol. II: 129). Refere-se a parte da parede e do bordo da peça, com lábio em aresta⁸, não polido, na aproximação ao qual é possível percepcionar uma primeira banda estriada; a segunda, por seu turno, demarca o campo decorado. Executada a sopro livre, apresenta cor amarela acastanhada, e uma quase absoluta ausência de impurezas visíveis. Apesar do contexto de deposição, as superfícies mantêm uma textura relativamente suave, estando apenas levemente riscadas.

O fragmento permite a observação de decoração figurativa, gravada, feita a frio: a parte dianteira de um equídeo com as patas erguidas – no que confere a ideia de movimento – a par do cavaleiro montado sobre o seu dorso.

É provável que a composição, provavelmente da responsabilidade de um *dietretarius*, tenha sido efectuada com alguma pedra dura ou, eventualmente, com buril. As linhas exteriores e definidoras do contorno do equídeo e das próprias patas, assim como dos seus arreios e freio, são espessas e bem marcadas. O diâmetro ronda os 180 mm.

6 Remetemos indicação de particularidades dos fragmentos para os quadros em anexo.

7 De notar que a forma 116 de Isings (nos seus subtipos, a e b), foi identificada noutros sítios com ocupação tardia. Jorge de Alarcão e Adília Moutinho Alarcão observaram-na em Cacia, Aveiro (Alarcão; Alarcão, 1963a: 381-383; est. III, 1-13). Contudo, posteriormente, e a propósito de alguns fragmentos de taças de *Conimbriga*, os autores viriam a reequacionar a sua proposta: “[...] Em 1963 publicámos diversas taças deste tipo com linhas gravadas horizontalmente provenientes da estação de Cacia. Considerámo-las então como variantes do tipo Isings 116 e datámo-las do século IV e dos inícios do V d.C. Temos de reconhecer, todavia que a nossa classificação foi inexacta, e que as taças de Cacia, como estas de *Conimbriga*, não cabem em nenhum dos tipos de Isings. [...]” (Alarcão; Alarcão, 1965: 110-111). Mais adiante, na mesma publicação, acrescentariam: “[...] Isings não distinguiu as taças de perfil semelhante à ré de um barco [...] das de bordo envasado [...]; incluiu ambas no seu tipo 116 [...]” (Alarcão; Alarcão, 1965: 118).

8 Os recipientes com bordos em arestas vivas vigoram ao longo de todo o século IV. Neste âmbito inscrevem-se diferentes formas lisas, como as taças de copa arqueada, a par das que exibem decoração gravada com diversas composições temáticas, de inspiração mítica, bíblica ou venatória (Alarcão; Alarcão, 1965: 118; Harden, 1960; Nolen, 1994: 179), caso da que aqui apresentamos. Já os polidos e engrossados ao fogo, estão particularmente documentados na segunda metade da centúria. Surgem bem representados nas taças de paredes abertas e sem pé de *Conimbriga*, assim como nas de parede arqueada ou troncocónica da mesma estação (Alarcão; Alarcão, 1965: 110; 120; 125; Nolen, 1994: 179).

4.1.1. As especificidades da decoração e a origem da produção

Os acervos mais amplos e variados de vidros romanos de que há conhecimento no actual território português procedem de duas antigas e emblemáticas urbes – *Bracara Augusta* e *Conimbriga* (Alarcão, 2012: 35). Conforme documentado, vidros de alto custo continuavam a ser importados para estas cidades em período tardio, o que atesta que, em pleno século IV, havia famílias abastadas a viver no seu interior (Alarcão, 2017: 298). E, como sublinhado por Mário Cruz, o facto de um vidro exibir decoração, sobretudo se reveladora da habilidade do artífice e de apreciável resultado estético, elevava o seu valor intrínseco. Na verdade, enquanto o vidro corrente, normalmente liso, e destinado a utilização quotidiana, era razoavelmente acessível, o o sumptuário, de uso limitado, ficava, naturalmente, restringido aos mais privilegiados (Cruz, 2009b: 37), dotados de poder aquisitivo.

As afirmações prévias ditam, desde logo, o argumento que defendemos, e que se prende com a origem forânea do fragmento decorado de Guifões. Não porque não existam evidências relativas à existência de oficinas produtoras de vidros gravados no Noroeste peninsular: aliás, é hoje bem conhecida a dinâmica dos fornos da Quinta do Fajal, em Braga. Os elementos decorativos ali privilegiados, elaborados por gravação ou por abrasão, eram os vegetalistas estilizados ou, em alternativa, os paleocristãos, com destaque para os *crismon*, as cruces e os caracteres gregos alfa e ómega (Cruz, 2009a, vol. II: 123; Cruz, 2009b: 25-27; 45). Mário Cruz, que os estudou em profundidade, sublinha que os vidros do Fajal denotam uma especial homogeneidade, quer a nível técnico quer estilístico (Cruz, 2009a, vol. II: 124). Mas essa homogeneidade não é extensível ou reconhecível no fragmento de taça que nos propusemos estudar, sobretudo ao nível dos motivos utilizados. É certo que em Braga foi também recolhido um fragmento de prato fundo com uma cena gravada na copa: todavia, provavelmente báquica, e igualmente com origem exógena (Cruz, 2009a, vol. II: 129-130).

Ao procurar identificar recipientes congéneres noutros sítios do actual território português, fomos confrontados com a escassez de testemunhos. Na verdade, uma constatação esperada, uma vez que as peças com decoração gravada são relativamente raras e, quando presentes, deverão em larga medida ser produto de importação (Cruz, 2009a, vol. II: 130). Um dos exemplares mais notáveis já publicados foi detectado em Torre de Ares (Balsa). Trata-se de uma taça⁹ de tonalidade incolor esverdeada, arqueada, e com gravação executada à mão. Exibe uma cena de carácter cinegético, pontuada por vegetação estilizada, que se desenrola na horizontal e onde dois cães de caça com coleiras surgem em perseguição de duas lebres. No centro, destaca-se um “círculo” estilizado, obtido através de uma sequência de golpes oblíquos e simétricos, que rodeia uma linha em ziguezague. Esta, por seu turno, ladeia um cesto de duas asas, com frutas e folhas de palmeira no interior (Alarcão, 1970a: 28-29, fig. 1 a 4; Alarcão, 1970b: 241-243; est. II; est. IX, n.º 10; Nolen, 1994: 178; Est. 40, vi-87; Cruz, 2009b: 44). O perfil e decoração não enformam, contudo, e de modo rigoroso, um paralelo para a peça exumada em Guifões. A taça de Balsa apresenta uma calote esférica e bordo envasado, enquanto a de Guifões, com perfil em C, se aproxima de um arco abatido¹⁰. Em paralelo, e no que diz respeito à decoração: ainda que truncada, a peça

⁹ Nas referências a esta peça, Jeannette Nolen segue a tipologia proposta por Sophia van Lith e Klavs Randsborg (*Roman Glass in the West: a Social Study*, de 1985), pelo que a classifica como tigela. Ou seja, não adopta a terminologia de Isings, que agrega esta forma (116) nos “pratos covos” (Nolen, 1994: 178). De sublinhar ainda que a autora considera tratar-se de um vaso para comer (Nolen, 1994: 178). A nível descritivo e no que toca à procedência, J. Nolen secunda Jorge de Alarcão: ou seja, não relaciona a decoração da forma de Torre de Ares com a das peças de Colónia, dotadas de cenas de caça e atribuídas ao segundo terço do século IV (Nolen, 1994: 179).

¹⁰ Em 1971, e a propósito de uma taça conservada no Instituto de Antropologia Doutor Mendes Corrêa, actual Museu de História Natural da Universidade do Porto, Jorge de Alarcão descreveu este tipo de forma do seguinte modo: “[...] copa arqueada como a popa de um barco, poderia ter o fundo arredondado ou com um ligeiro achatamento para lhe dar maior estabilidade [...]” (Alarcão, 1971: 1; 32; est. III, n.º 32).

de Guifões permite identificar a presença da parte dianteira de um cavalo com as patas erguidas e, simultaneamente, de parte do corpo do cavaleiro que o montava.

Feita uma pesquisa panorâmica, consideramos que as peças com as quais o fragmento de Guifões terá maior afinidade pertencem ao comumente chamado grupo de “Wint Hill”, estudado em 1960 por Donald B. Harden (Harden, 1960). A descoberta de uma taça num edifício romano em Wint Hill (Banwell, Somerset)¹¹, sítio que lhe conferiu a designação epónima, marcou um momento importante no quadro dos achados de vidros romanos com cenas gravadas na Grã-Bretanha. Com efeito, e até então, o único exemplar completo que, de forma plausível, se poderia inserir neste âmbito, concernia a uma peça que patenteava uma dança báquica (Harden, 1960: 47-48). Desde então, muitos achados foram concretizados naquele mesmo território. A tal ponto que, já em 1995, Jennifer Price afirmava não ser incomum a identificação de recipientes providos da mais diversificada gama de decorações, das mais simples às mais complexas, em sítios romanos do século IV¹² (Price, 1995: 25).

A justificação para considerar a vigência do “grupo” mencionado prende-se com a coerência e analogias evidenciadas por uma série de exemplares, nomeadamente ao nível das especificidades técnicas da decoração, dos particularismos do desenho, ou dos temas e elementos escolhidos para representar. A propósito destes dois últimos domínios, apontem-se como exemplos a aparência estilizada das árvores patentes na paisagem, o tipo de indumentária envergada pelos cavaleiros (Harden, 1960: 65), ou o modo de representação dos cães de caça. Em paralelo, e independentemente da natureza das figuras (humanas, animais ou vegetais), os respectivos contornos surgem sombreados, escurecidos e, deste modo, reforçados¹³ (Harden, 1960: 67; Adams, 2015: 24).

Já relativamente à técnica utilizada, a uniformidade é clara: a gravação terá sido feita a mão livre, com recurso a alguma ferramenta grosseira ou pedra dura bem afiada, eventualmente, sílex. Donald B. Harden sublinha, ainda assim, o facto de a decoração dos recipientes que integram o grupo se destacar não apenas do ponto de vista técnico, mas igualmente pelo seu carácter intrinsecamente artístico e vívido. No que respeita à presença de inscrições, note-se que não perfazem uma constante absoluta. Mas quando ocorrem seguem um esquema recorrente, com uso reiterado de algumas palavras, sempre em maiúsculas, e remate das frases sob a forma de ramo ou folhagem ou, em alternativa, de tufo de erva¹⁴ (Harden, 1960: 65). Importa ainda sublinhar o facto de, quer as inscrições, quer a própria decoração, serem executadas no exterior dos recipientes, o que significa que foram pensadas e concebidas para serem observadas ou, simultaneamente, lidas e observadas (Harden, 1960: 67).

Na perspectiva de Noël Adams, as representações naturalistas de animais patentes em diversos recipientes vítreos com cenas cinegéticas¹⁵ podem ser subdivididas em dois conjuntos funda-

11 Acerca do contexto de exumação da taça, afirma Harden: “[...] Traces of two sets of foundations of buildings were revealed, one associated with an apparently undisturbed occupation-level of the fourth century A.D., but the interpretation of the site is complicated by the existence of later burials in mass, [...] the graves of which have places cut into and disturbed the Roman walling. [...]” (Harden, 1960: 48). No caso da área do Castro de Guifões que gerou o fragmento em análise, as perturbações são igualmente evidentes, mas decorrem de circunstâncias diferentes: a sequência de ocupações (habitacionais e de armazenamento?) atribuídas à Idade do Ferro, período romano e Antiguidade Tardia, a par da intensa utilização contemporânea do solo, nomeadamente para fins agrícolas.

12 [...] Glass tablewares with wheel-cut, engraved and abraded designs are not uncommon finds at Roman-British sites in the fourth century. Several forms of bowls, cups and beakers were decorated in this manner, and a wide variety of designs are known, ranging in complexity from simple wheel-cut or abraded horizontal lines and geometric designs to figured scenes and opening cutting [...]” (Price, 1995: 25).

13 Uma outra convenção a sinalizar: o facto de cada uma das figuras se encontrar apoiada numa ou mais linhas (representativas do solo), também elas escuras e destacadas, à semelhança do que se verifica com os contornos (Harden, 1960: 67).

14 Menos frequente, mas ainda assim registado, é o recurso a formas triangulares para o mesmo efeito (Harden, 1960: 65).

15 A taça de Wint Hill, actualmente conservada no Ashmolean Museum, em Oxford, a par das de Bona e Nuremberga, exibem, como referido, cenas de caça à lebre (Harden, 1960: 46, fig. 2; 53, fig. 11; 60, fig. 15): um tema com ampla tradição, e que surge igualmente reproduzido noutros suportes, designadamente, em mosaicos. O caso das duas representações do Grande Palácio de Constantinopla, que remontam à primeira metade do século V, tem sido, a este propósito, por diversas vezes evocado (Bret, 1942: 34-43; Harden, 1960: 73; 76).

mentais: o dos seres que servem e coadjuvam o homem (cavalos e cães de caça) e o das presas (lebres na taça de Wint Hill, javalis e veados noutros casos). Apesar da diferença de condição (os que perseguem e caçam vs os que são caçados), há algo que funciona como elo de ligação entre estas criaturas: o facto de cada uma delas ser apresentada de boca aberta, a respirar em esforço, com as orelhas longas e projectadas para trás, atestando o movimento de corrida (Adams, 2015: 24). Tal não se verifica, contudo, no vidro de Guifões: o cavalo, arreado, surge de boca fechada, apesar de em movimento, conforme sugerido pela posição das patas dianteiras. Por outro lado, a extensão limitada do fragmento condiciona as possibilidades de afirmar, categoricamente, que a taça a que pertencia incluiria uma imagem de caça e, a sê-lo, de que tipo. Contudo, é indiciada a presença de elementos vegetalistas (nomeadamente, na parte inferior dianteira do dorso do cavalo) e evidente o cavaleiro, montado. Não é absolutamente claro, porém, se o que é visível consta apenas da sua indumentária (provavelmente, uma túnica) ou, eventualmente, também de parte da gualdrapa sobre a qual se encontrava posicionada a sela. Inclina-mo-nos, contudo, para a primeira das possibilidades apontadas. Em paralelo, e ao contrário do que sucede na taça de Wint Hill, em que o efeito do pêlo é promovido a partir de curtos golpes angulados, separados por espaçamentos regulares (Adams, 2015: 24), no fragmento de Guifões o pêlo do cavalo é insinuado por abrasão, não pela presença de uma sequência de cortes.

Ora, a execução de cenas gravadas ou incisas em objectos de vidro remonta ao Alto Império, havendo alguns (escassos) exemplares atribuídos aos finais do século I. Mas, segundo Donald B. Harden, só na aproximação ao século II é que terá começado a formar-se algo similar a uma “escola” de produção em que tal tipo de trabalho foi cultivado (Harden, 1960: 45). No século III e em diante, a Península Itálica e a Renânia estariam já estariam a produzir consideráveis quantidades de vidros com decoração que viajavam até às províncias vizinhas (Harden, 1934: 143; Harden, 1960: 47). Mas a determinação específica dos lugares de fabrico dificilmente poderá ser imediata, até porque continua por fazer muito trabalho a respeito das formas, técnicas utilizadas ou gama de motivos desenhados (Harden, 1960: 47).

Não obstante, e segundo Donald B. Harden, as taças do “grupo” de Wint Hill serão oriundas da Renânia. Aliás, e atendendo à concentração de achados em torno de Colónia, o mais provável é que o centro produtor dos mencionados recipientes radicasse precisamente naquele local. Com efeito, e a partir do século II, a produção de Colónia haveria de crescer, e de modo constante, até lhe permitir converter-se, já no IV, no mais prolífico centro produtor do Império (Harden, 1960: 77, fig. 38; 79; Adams, 2015: 23). Na óptica de Harden, ali terão confluído os saberes e as práticas de diferentes artífices: uns sírios, outros ocidentais, ainda que certamente instruídos à luz das tradições herdadas de Alexandria (Harden, 1960: 79).

Do ponto de vista cronológico, D. B. Harden propôs um enquadramento pós-Constantiniano para uma série de exemplares (na esmagadora maioria, taças) com diferentes tipos de decoração, alusivas a cenas cristãs, mitológicas / pagãs¹⁶, ou de caça (Harden, 1960: 47), as que aqui nos interessou focar. Nos inícios dos anos 60, Harden contabilizou 24¹⁷ (Harden, 1960: 47). Quase seis décadas volvidas, muitos outros foram entretanto recuperados, reconhecidos e publicados.

Com efeito, têm vindo a ser exumadas diversas formas com decoração figurativa gravada noutros pontos do território europeu. Evoquemos, a este propósito, e a somar às reunidas por Donald

¹⁶ Conforme sublinhado do por D. B. Harden, no século IV e mesmo no V, temas cristãos e pagãos conviviam recorrentemente: não apenas no tempo, mas por vezes no mesmo suporte (Harden, 1960: 73).

¹⁷ Pelas características da técnica e da decoração evidenciadas pelo referido conjunto, Harden equaciona a possibilidade de terem sido produzidas num curto intervalo temporal, e de procederem de uma só oficina, muito embora não possam ser atribuídas à mão de um só artífice (Harden, 1960: 47; 72).

B. Harden, entre as quais avultam as actualmente conservadas no Landesmuseum (Bona) e Nationalmuseum (Nuremberga) (Harden, 1960, 53-60), uma série de outras peças, dadas a conhecer mais recentemente. A título de exemplo, deixamos aqui referência: à notável “taça de Daniel”, recolhida na região do Veneto (Larese, 2000: 117-121); ao frasco (ou garrafa) do Louvre, de procedência desconhecida (Arveiller-Dulong, 2000: 122-125); ao copo de Saint Parres aux Tertres (Aube), identificado no interior de um sarcófago¹⁸, com representação de ursos (Cabart, 2003: 53-55); ou aos fragmentos com cenas de caça detectados em Martigny (Martin, 1995: 94-95) e na *villa* de Arxiu, Barcelona (Beltrán de Heredia 2001: 156-157 *apud* Coll Riera, 2005: 133-134, fig. 4, 3 e 4). De qualquer modo, e não obstante a diversidade dos exemplos evocados (ao nível da oficina de fabrico¹⁹, local de identificação do achado, ou motivos seleccionados), há um denominador comum a todos eles: por um lado, a cronologia proposta (centrada no século IV, com especial ênfase na segunda metade da centúria); por outro, o facto de sugerirem a existência de uma aristocracia, rural ou urbana, com capacidade aquisitiva e gostos requintados, que legitima a circulação, por vezes distendida, destas formas.

4.2. Outras produções

Para além do vidro com cena gravada (Vid. 1), que nos ocupou previamente, a unidade [11] proporcionou igualmente a exumação de um conjunto de outros fragmentos: 70, no total, identificados em função de 29 designações (Vid. 2 a 29), relativas a ocorrências individuais ou a pequenos grupos (nos casos em que foi possível aferir, com plena certeza, que dois ou mais elementos integravam, originalmente, a mesma peça). Muito fraccionados, concernem a diferentes partes de recipientes (bordos, paredes, bases e uma única asa) e procedem, de igual modo, de diferentes formas, ainda que confinadas a um repertório limitado, onde ressalta a prevalência de taças, nas suas diversas variantes²⁰.

São vários os pontos a conferir coerência e a permitir agregar todos os fragmentos analisados: desde logo, o facto de terem sido, sem excepção, soprados livremente²¹, e o de exibirem cores tendencialmente mais escuras, características das produções tardias, com grande incidência nos verdes (verdes amarelados, verdes acastanhados, a par também de amarelos acastanhados). A ressaltar, porém, a presença de duas ocorrências que matizam ligeiramente este panorama carregado, resultante sobretudo da reciclagem continuada dos vidros: dois fragmentos (com colagem) do bordo de uma taça campanulada funda, incolor esverdeada (Vid. 9), a par de um outro, de parede de forma congénere, de tonalidade verde clara (Vid. 28).

18 Registe-se que muitas das peças decoradas conhecidas procedem de contextos funerários. É este o caso de uma taça recolhida na sepultura 61 de Jacobstrasse (actualmente conservada no Museu Romano-Germânico de Colónia) que exhibe uma cena de caça ao javali (Harden, 1960: 54; 60, fig. 16). Um outro exemplo, entre os diversos passíveis de ser apontados, remete igualmente para uma taça provida de cena de caça ao javali, com vários pormenores idênticos aos do recipiente previamente evocado: inclusivamente, a presença de uma inscrição na orla, próxima do bordo. O que nos leva a mencioná-la prende-se com o facto de ter sido encontrada mutilada e incompleta, sob a forma de 60 fragmentos, depositados sobre o peito de um indivíduo inumado no interior de um caixão de arenito: um caixão que possuía, em cada um dos seus quatro cantos, um frasco, todos entretanto perdidos. Uma interessante composição para um entre os muitos enteramentos da necrópole romana de Fort Hauptstein, perto de Mainz (Harden, 1960: 54; 60, fig. 17).

19 Note-se como, para o últimos dos exemplos evocados, foi apontada a oficina do Mestre Daniel, a laborar em Roma, como local específico de fabrico (Paolucci 2002 *apud* Coll Riera, 2005: 133-134).

20 Registe-se que, noutros pontos do território, outros contextos geradores de recolhas de vidros tardios, evidenciaram equivalente limitação do leque de formas reconhecidas. Como exemplo, apontamos os resultados obtidos com as escavações da Rua dos Correeiros, em Lisboa (Medici, 2011: 323).

21 A técnica do sopro (livre ou recorrendo ao molde) proporcionou a produção de maior variedade de formas e quantidade de objectos num lapso de tempo mais reduzido e a menor custo (Alarcão, 2012: 350). A descoberta desta técnica, que remontará ao século I a.C. (Harden, 1934: 140; Stern, 1995: 37) motivou a eclosão de uma etapa decisiva em termos de produção e comércio (Carazzetti & Simona, 1988: 25).

Também em articulação com o fenómeno da reciclagem, e conseqüente reutilização do vidro, há uma outra característica a sinalizar neste pequeno acervo: o facto de a maioria dos fragmentos evidenciar considerável quantidade de bolhas e impurezas - nalguns casos, de modo especialmente vincado (Vid. 19).

Evocadas especificidades gerais, esboçamos agora um percurso que distingue particularidades de alguns dos elementos que integram o conjunto. Neste âmbito, começamos por conceder destaque a dois fragmentos que proporcionam colagem longitudinal (Vid. 2, fig. 5 e fig. 6), sobretudo pelo facto de apresentarem um perfil em larga medida preservado, que permitiu apontar, sem reservas, a forma a que pertenciam: uma taça troncocónica²² de paredes levemente arqueadas, com bordo em aresta viva, tendencialmente rectilíneo. A decoração restringe-se à presença de bandas paralelas de riscos incisos horizontais, de tonalidade idêntica, ainda que algo mais clara, que a da parede. As bandas em causa estão patentes junto do bordo, colo e, numa sequência de três, na parede (distanto entre si, respectivamente, 2 ou 1 mm). Sem base conservada, a peça não ultrapassa actualmente os 79 mm de altura.

O vidro, de cor verde, carregada, revela impurezas e bolhas dispersas, algumas, de dimensão significativa (chegando, inclusive, a ascender a 4 mm). Quer as particularidades do material utilizado, quer o tipo de forma troncocónica em questão, claramente identificado, permitem apontar um enquadramento cronológico centrado no século IV. A ocorrência destas taças é bastante frequente, especialmente nas zonas rurais com ocupação tardo-romana (Cruz, 2009a, vol. I: 139-140; Cruz, 2009a, vol. II: 101-102).

Não parece haver dúvidas de que o recipiente a que pertenciam os dois fragmentos terá origem no Noroeste peninsular. Encontrando-se comprovado que formas congêneres foram produzidas em *Bracara Augusta* (Cruz, 2009a, vol. II: 102), deixamos em aberto a possibilidade de este em particular, a par também de outros que nos chegaram de modo parcelar²³, e que foram igualmente recuperados no contexto em análise, poderem ter sido executados nalguma das oficinas da cidade (Cruz, 2009b: 24-25). Todavia, o estado actual da questão é ainda omissivo no que respeita à cartografia dos locais de produção de vidro romano no Noroeste, pelo que sublinhamos tratar-se apenas de uma hipótese. De qualquer modo, há que sublinhar que a dificuldade em aferir a proveniência precisa da taça troncocónica supramencionada, coloca-se novamente quando ensaiamos exercício similar para os restantes fragmentos exumados, daí indicarmos, na generalidade, o Noroeste como espaço amplo de produção.

Mas retornemos ao conjunto em estudo. Um apontamento incontornável a seu respeito, prende-se com o facto de nem todos os elementos exumados serem passíveis de classificação categórica. A dimensão reduzida, aliada, entre outros factores, ao carácter indiferenciado de algumas paredes, contribui para as dificuldades sentidas no aventar de propostas. Não obstante, é possível afirmar que o predomínio recai sobre as taças. Tal não se traduz, todavia, num panorama rigorosamente homogêneo ao nível das morfologias apresentadas, o que fica a dever-se, fundamentalmente, à existência de diversas variantes: desde logo, no próprio âmbito das taças arqueadas, de que nos chegaram 15 fragmentos, pertencentes a seis recipientes diferentes. Um deles, de bordo em aresta

22 Já aqui foi explicitado que todos os fragmentos tratados neste texto procedem de uma mesma unidade estratigráfica, um depósito a que foi atribuído o código [11]. Não poderíamos deixar de mencionar o facto de, no já evocado sítio de Wint Hill, a taça provida de cena gravada ter sido detectada precisamente junto de um copo (Harden, 1960: 49): porém, tipologicamente diferente de qualquer uma das formas parcelares que aqui apresentamos.

23 Além dos dois fragmentos referidos, há de facto outros, idênticos, a sinalizar no conjunto de Guifões: um, de bordo e arranque de parede, com banda de estrias horizontais (Vid. 11); dois de parede, com o mesmo tipo de decoração (Vid. 14); dois, de base (Vid. 19) e, por último, 14, dos quais um de bordo, e os restantes, de parede (Vid. 24).

(Vid. 7, Fig. 7 e 8), integraria originalmente uma taça arqueada ampla, com diâmetro a rondar os 130 mm; dois outros (Vid. 12, Fig. 19), de parede, exibiam fios aplicados em relevo.

Mário Cruz salientou tratar-se o grupo das taças arqueadas do mais simples, no universo dos vidros soprados livremente. Com efeito, as taças arqueadas constam de balões cortados a frio, sem pé e com bordo em aresta, de tamanho e profundidade variável. E se é certo que tal característica decorre, por um lado, da não utilização de molde, que condicionaria e fixaria as dimensões apresentadas, é provável que a variabilidade interna das formas resulte, de igual modo, de um propósito, ou seja, de uma adequação do tipo à vocação para a qual foi concebido (Alarcão, 1965: 118; Cruz, 2009a, vol. II: 100). Aliás, os bordos em aresta viva e o facto de as bases serem tendencialmente convexas e, conseqüentemente, pouco estáveis quando colocadas sobre superfícies planas, levou já alguns investigadores a admitirem a possibilidade de terem funcionado como lâmpadas de candelabros, e não como peças de mesa e cozinha (Cruz, 2009a, vol. II: 99-100).

Outras morfologias de taças foram igualmente reconhecidas no Campo da Ponte de Guifões, caso das campanuladas, com destaque para as fundas. Perfazem 9 fragmentos: um de parede, e oito de bordos, todos engrossados ao fogo (caso de Vid. 6 – Fig. 9 e 10 – e de Vid. 8 – Fig. 11 e 12). Dois desses bordos, acima mencionados a propósito da sua tonalidade incolor esverdeada (Vid. 9, Fig. 13 e 14), apresentam caneluras dilatadas na horizontal: uma modalidade de decoração feita a quente, e executada numa fase inicial do processo de fabrico, no momento em que o vidro é soprado para o interior de um molde canelado. Note-se, porém, que o facto de a configuração do molde não transparecer na forma final, torna mais adequada a referência ao sopro livre do que ao sopro em molde (Cruz, 2009a, vol. II: 159-160). Produzidas em muitas das oficinas do Noroeste peninsular, estão amplamente presentes em sítios com ocupação tardo-romana, com ocorrência documentada quer em contexto funerário, quer em áreas de habitat (Cruz, 2009a, vol. II: 165-167). Naturalmente, porém, a dispersão destas formas foi atestada em muitos outros pontos do território português, nomeadamente na Herdade da Comenda da Igreja e em *Conimbriga*, onde surgiram, por exemplo, quer nos níveis associados à reformulação da *insula* do vaso fálco, quer à destruição do fórum (Alarcão, 1973; Alarcão *et alii*, 1976: 195-196). A cronologia geral é balizada entre a segunda metade do século IV e o V (Alarcão *et alii*, 1976: 195-196; Cruz, 2009a, vol. II: 165-167).

No que concerne aos fragmentos classificados como copos (15, no total), foram correlacionados, em larga medida, com uma forma em particular: a dos recipientes cilíndricos (9 indivíduos, subdivididos pelos grupos Vid. 17, 21, 22 e 27). Em contrapartida, quatro elementos remetem para outros tipos: um deles, uma base de cor verde amarelada, para um copo de paredes finas e pé anelar tubular (Vid. 5, Fig. 15 e 16); já os restantes três, verdes amarelados (Vid. 16), ainda que com algumas reservas, para um copo com pé alto, correspondente à forma 111 de Isings, a que começou por se atribuir uma disseminação exclusivamente mediterrânica (Isings, 1957: 139-140). É certo, porém, que Donald B. Harden sugeriu a existência de oficinas produtoras também em Alexandria e Colónia (Sánchez de Prado, 1984: 93-96), possibilidade que obrigaria a reequacionar os circuitos de distribuição. Além do mais, registre-se que foram já recolhidos fragmentos da mesma forma em *Lucentum* (Alicante), Santarém e, mais recentemente, na Marinha Baixa, em Aveiro (Sánchez de Prado, 1984: 96; Antunes, 2000: 177-178; Quaresma *et alii*, 2015: 66), dados que coadjuvam a proposta de uma circulação mais dilatada para estes recipientes.

Relativamente aos copos de paredes finas e pé anelar tubular, altos, tendencialmente cilíndricos e com base levemente reentrante, terão provavelmente sido produzidos no Noroeste peninsular, ao longo do século IV (Cruz, 2009a, vol. II: 85). Por seu turno, os copos cilíndricos, eventual evolução

ou variante das taças troncocónicas, com os seus bordos em aresta viva e bases ápodes planas ou algo reentrantes, são enquadrados nos séculos IV-V. Igualmente oriundos do Noroeste, são relativamente raros e possuem escassos paralelos precisos (Cruz, 2009a, vol. II: 105-106). Entre os exemplares conhecidos avultam os dois copos exumados na necrópole de Beiral do Lima (Arezes, 2017, vol. I: 210-211; Arezes, 2017, vol. II: 15-16), publicados nos anos 60 do século XX por Abel Viana (Viana, 1961: 6; est. III, n.º 1; est. III, n.º 6) e Fernando Lanhas (Lanhas, 1969: 252), e actualmente conservados no Museu D. Diogo de Sousa (Fig. 20).

Em paralelo aos elementos já evocados, foram ainda notadas algumas ocorrências residuais. Uma delas remete para quatro fragmentos potencialmente compatíveis com uma garrafa de corpo piriforme (Vid. 18), classificação que decorre do formato apresentado pelo depósito. Provavelmente produzidos em Braga e Vigo, estes recipientes terão sido utilizados entre os séculos IV e VI (Cruz, 2009a, vol. II: 239-240).

Por último, e ainda no quadro dos tipos parcamente representados, haverá que mencionar a identificação de uma base de jarro, com pé anelar tubular (Vid. 3; fig. 17 e 18), eventualmente relacionável com a forma 123 de Isings (Isings, 1957: 153-154), e de uma base de boião de corpo ovóide, de cor verde amarelada escura (Vid. 10). Segundo Mário Cruz, este tipo de boião, destinado a guardar alimentos, e com distribuição frequente na fachada atlântica do Noroeste, surge intrinsecamente ligado às taças campanuladas: um dado que vinha sendo sugerido por correlações estratigráficas, e que as análises químicas acabaram por corroborar. A tal ponto que, neste momento, se considera seguro afirmar que as duas formas terão sido produzidas nas mesmas oficinas (Cruz, 2009a, vol. II: 199-200).

Face às informações reunidas, assume-se que o enquadramento cronológico dos elementos analisados remete para o intervalo compreendido entre o século IV e o VI. As particularidades técnicas, formais, decorativas, e mesmo a coloração dos fragmentos²⁴, não oferecem dúvidas quanto ao carácter tardio do conjunto. Além dos mais, e pese embora o seu carácter parcelar, surgem alinhados com aspectos gerais descritos a propósito de outros sítios com ocupação tardo-romana (Alarcão *et alii*, 1976: 193-196).

5. CONSIDERAÇÕES FINAIS

As escavações de 2016 no Campo da Ponte, um terreno tendencialmente plano, localizado no sopé do Castro de Guifões, representaram um primeiro avanço para o Projecto GUIFARQ. Um Projecto com diversos objectivos, um dos quais se prendia com a aferição dos tempos e estratégias de ocupação de uma área exterior à mais avançada das linhas pétreas que delimitavam o Castro.

Atendendo a uma série de dados obtidos de forma não sistemática, sobretudo a partir dos anos 60 do século XX, e que foram sendo compilados, era expectável a identificação de vestígios arqueológicos correlacionáveis com as dinâmicas tardo-antigas daquele espaço. E os primeiros resultados obtidos, malgrado as intrusões recentes detectadas, permitiram-nos avançar precisamente de encontro às problemáticas suscitadas por essas mesmas dinâmicas.

Entre os diversos depósitos e materiais arqueológicos que então se ofereceram para estudo, foram ganhando força os vidros exumados numa unidade estratigráfica particular. Vidros que, apesar

24 A este respeito, não poderíamos deixar de citar aqui um eloquente excerto retirado da obra *Vidros Romanos de Conimbriga*: “[...] Aos vidros incolores abundantes nos séculos II e III sucedem-se os vidros de cor verde-sombrio, verde-musgo, verde-relva ou cor de azeite, cheios de bolhas e estrias; aos bordos cuidadosamente rematados daqueles dois séculos substituem-se os bordos envasados e de arestas muitas vezes nem sequer polidas. Os copos troncocónicos, as taças de tipo Isings 116, as taças de bordo engrossado ao fogo ou as garrafas de tipo Isings 126 e 127 [...] são formas inéditas nos séculos II e III e que agora se criam” (Alarcão; Alarcão, 1965: 15).

do estado parcelar em que se encontravam podiam, ainda assim, criar possibilidades de identificação, classificação e, conseqüentemente, reflexão. Até pela coerência que os unia. Uma coerência assente, desde logo, no enquadramento temporal dos fragmentos, na gama cromática globalmente evidenciada, na recorrência do leque de formas e, em larga medida, na origem da produção. O Noroeste peninsular corresponde, pois, ao território que gerou a quase totalidade dos elementos analisados.

Com efeito, e muito embora o actual estado da investigação se assumia como uma condicionante não negligenciável, nomeadamente no que concerne à cartografia das oficinas existentes, e não nos permita afirmar de modo categórico qual ou quais poderão ter originado, especificamente, as parcelas de recipientes exumados, sabemos, em contrapartida, que alguma das formas reconhecidas estavam seguramente a ser produzidas em Braga no século IV.

E se é certo que o Noroeste constitui, pois, a fonte produtora por excelência dos fragmentos vítreos recolhidos, circunstância em si mesmo reveladora, importa sublinhar a relevância da ocorrência que matiza este cenário pautado pela regularidade, até das formas. A presença do fragmento de taça com decoração gravada, constitui um testemunho incontornável do gosto e hábitos apurados de quem continuou a viver no Castro de Guifões, para lá do “tempo de existência” do sítio indígena, cuja formação remonta à proto-história. O elemento em causa, a par de muitos outros, concebidos em diferentes suportes, e que ao longo dos anos têm vindo a ser recuperados extramuros, na mesma área baixa do assentamento, atesta a manutenção de redes comerciais que permitiam colocar em circulação não apenas produtos locais ou regionais, mas igualmente bens importados, necessariamente, mais onerosos, mas simultaneamente, prestigiantes e diferenciadores. Circuitos passíveis de continuar a estabelecer nexos entre diversos pontos do território europeu, continentais ou mediterrânicos, assim como de promover ligações que obrigam a extravasar essa esfera, e a olhar, nomeadamente, para o norte de África.

AGRADECIMENTOS

Ao César Guedes, pela disponibilidade para a realização de novas fotografias dos vidros, e pelo arranjo gráfico dos registos que compõem as estampas deste texto. O meu muito obrigado por toda a ajuda e empenho.

BIBLIOGRAFIA

- ADAMS, Noël (2015), Between myth and reality: hunter and prey in Early Anglo-Saxon Art, in BINTLEY, Michael D. J. & WILLIAMS, Thomas J. T. (Coord. de), *Representing beats in Early Medieval England and Scandinavia*, Anglo-Saxon Studies, vol. 29, Woodbridge, The Boydell Press, pp. 13-52.
- ALARCÃO, Jorge de (1970a), Abraded and engraved Late Roman Glass from Portugal, *Journal of Glass Studies*, vol. XII, New York, The Corning Museum of Glass, pp. 28-34.
- ALARCÃO, Jorge de (1970b), Vidros romanos de Balsa, Separata de *O Arqueólogo Português*, Série III, vol. IV, Lisboa, Museu Nacional de Arqueologia, pp. 237-261.
- ALARCÃO, Jorge de (1971), Mais algumas pequenas colecções de vidros romanos, Separata de *Conimbriga*, vol. X, pp. 1-43.
- ALARCÃO, Jorge de (1973), Vidros romanos da Herdade da Comenda da Igreja, Separata de *Biblos*, vol. XLI, Coimbra, pp. 1-5.
- ALARCÃO, Jorge de (2012), Vidro, in ALARCÃO, J. de; BARROCA, M. (Coord. de), *Dicionário de Arqueologia Portuguesa*, Porto, Figueirinhas, pp. 350.

- ALARCÃO, Jorge de (2017), *A Lusitânia e a Galécia: do séc. II a.C. ao séc. VI d.C.*, Coimbra, Imprensa da Universidade de Coimbra.
- ALARCÃO, Jorge de; ALARCÃO, Adília Moutinho de (1963a), Quatro pequenas colecções de vidros romanos, *Revista de Guimarães*, vol. LXXIII, Guimarães, Casa de Sarmento, pp. 367-390.
- ALARCÃO, Jorge de; ALARCÃO, Adília Moutinho de (1964), Vidros Romanos do Museu Soares dos Reis, Separata de *MVSEV*, Segunda Série, 8, Porto, Museu Nacional Soares dos Reis, pp. 1-11.
- ALARCÃO, Jorge de; ALARCÃO, Adília Moutinho de (1965), *Vidros romanos de Conimbriga*, Coimbra, Ministério da Educação Nacional e Museu Monográfico de Conimbriga.
- ALARCÃO, Jorge de; DELGADO, Manuela; MAYET, Françoise; ALARCÃO, Adília Moutinho; PONTE, Salette (1976), Céramiques diverses et verres, *Fouilles de Conimbriga*, VI, Paris, Diffusion E. de Boccard.
- ALMEIDA, Carlos Alberto Ferreira de; SANTOS, Joaquim Neves dos (1975), Cerâmica Romana, Tardia, de Guifões, *Archaeologica Opuscula*, vol. I, Porto, Livraria Fernando Machado, pp. 49-56.
- ANTONARAS, Anastassios C. (2011), Glassware in Late Antique Thessalonikē (Third to Seventh Centuries C. E.), in NASRALLAH, L.; BAKIRTZIS, C.; FRIESEN, S. J. (Coord. de), *From Roman to Early Christian Thessalonikē – Studies in Religion and Archaeology*, Harvard, Harvard University Press, pp. 299-331.
- AREZES, Andreia (2017), *O mundo funerário na Antiguidade Tardia em Portugal: as necrópoles dos séculos V a VIII*, Porto, CITCEM e Edições Afrontamento (Col. «Teses Universitárias», 9).
- AREZES, Andreia; VARELA, José (2017a), Castro de Guifões (Matosinhos) – das primeiras notícias aos resultados preliminares de um Projecto de Investigação, in ARNAUD, J. Morais; MARTINS, Andrea (Coord. de), *Actas do II Congresso da Associação dos Arqueólogos Portugueses. Arqueologia em Portugal. 2017 – O Estado da questão*, Lisboa, Associação dos Arqueólogos Portugueses, pp. 125-136.
- AREZES, Andreia; VARELA, José (2017b), *Relatório de Progresso Anual. GUIFARQ – Projeto de Investigação Arqueológica de Guifões*. Campanha de 2016. Porto, texto policopiado.
- AREZES, Andreia; VARELA, José (2018), *Relatório Final. GUIFARQ – Projeto de Investigação Arqueológica de Guifões*, Porto, texto policopiado.
- ARVEILLER-DULONG, Véronique (2000), Flacon de verre grave au Musée du Louvre, *Annales du 14^e Congrès de l'Association Internationale pour l'Histoire du Verre*, Lochen, Association Internationale pour l'Histoire du Verre, International Association for the History of Glass, pp. 122-125.
- BARROCA, Mário Jorge (2017), *Prope Litore Maris: o sistema defensivo da orla litoral da diocese do Porto (Séc. IX a XII)*, in AMARAL, Luís Carlos (Coord.), *Um poder entre poderes: nos 900 anos da restauração da Diocese do Porto e da construção do Cabido Portucalense*, Porto, Centro de Estudos de História Religiosa e Universidade Católica Portuguesa, pp. 197-243.
- BLOT, Maria Luísa B. H. Pinheiro (2003), Os portos na origem dos centros urbanos. Os contributos para a arqueologia das cidades marítimas e flúvio-marítimas em Portugal, *Trabalhos de Arqueologia*, 28, Lisboa, Instituto Português de Arqueologia.
- BRETT, Gerard (1942), The mosaic of the Great Palace in Constantinople, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, vol. 5, London, University of London, pp. 34-43.
- CABART, Hubert (2003), La coupe gallo-romaine de Saint Parres aux Tertres dans l'Aube, France, *Annales du 15^e Congrès de l'Association Internationale pour l'Histoire du Verre*, Nottingham, Association Internationale pour l'Histoire du Verre, International Association for the History of Glass, pp. 53-55.

- CARAZZETTI, Riccardo; SIMONA, Simonetta (1988), *Vetri Romani del Cantone Ticino*, Locarno, Museo Civico e Archeologico.
- CLETO, Joel; VARELA, José Manuel (1999), O Castro de Guifões (Matosinhos): dos estudos de Martins Sarmiento às investigações da actualidade, *Revista de Guimarães*, volume especial, 2, Guimarães, Casa de Sarmiento, pp. 467-479
- COOL RIERA, Joan-Manuel (2005), A fourth-century assemblage of glass from the roman villa of Can Palau, Barcelona, Spain, *Annales du 16^e Congrès de l'Association Internationale pour l'Histoire du Verre*, Nottingham, Association Internationale pour l'Histoire du Verre, International Association for the History of Glass, pp. 131-134.
- CRUZ, Mário Rui Mendes Dias da (2009a), *O Vidro Romano no Noroeste Peninsular. Um olhar a partir de Bracara Augusta*, Dissertação de Doutoramento, Braga, Universidade do Minho.
- CRUZ, Mário Rui Mendes Dias da (2009b), *Vita Vitri. O vidro antigo em Portugal. Catálogo da exposição*, Lisboa, Instituto dos Museus e de Conservação.
- FARIA, F. Fernando Godinho de (1899), *Monographia do Concelho de Bouças*, s/ed., Matosinhos.
- FELGUEIRAS, Guilherme (1958), Monografia de Matosinhos, Matosinhos, Câmara Municipal de Matosinhos.
- FERNANDÉZ FERNANDÉZ, Adolfo (2018), El comercio em el noroeste peninsular en época tardoantigua (siglos IV al VII), in LÓPEZ QUIROGA, Jorge (Coord. de), *In Tempore Sueborum. El tiempo de los Suevos en la Gallaecia (411-585). El primer reino medieval de Occidente. Volumen de Estudios*, Ourense, Deputación Provincial de Ourense, pp. 317-326.
- HARDEN, Donald B. (1934), The glass of Greeks and Romans, Greece & Rome, vol. 3, n.º 9, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 140-149.
- HARDEN, Donald B. (1960), The Wint Hill Hunting Bowl and related glasses, *Journal of Glass Studies*, vol. II, New York, The Corning Museum of Glass, pp. 44-81.
- ISINGS, Clasina (1957), *Roman Glass from Dated Finds*, Groningen/Djakarta, Archaeologica Traiectina.
- LANHAS, Fernando (1969), O valioso espólio de Beiral integrado nas colecções do Museu de Etnografia e História, *Revista de Etnografia*, vol. XII, tomo 1, Porto, Museu de Etnografia e História, pp. 249-260.
- LARESE, Annmaria (2000), Il cosiddetto maestro della coppa di Daniele, *Annales du 14^e Congrès de l'Association Internationale pour l'Histoire du Verre*, Lochen, Association Internationale pour l'Histoire du Verre, International Association for the History of Glass, pp. 117-121.
- MARTIN, Chantal (1995), Le verre de l'Antiquité Tardive en Valais: notes préliminaires, *Le verre de l'Antiquité Tardive et du Haut Moyen Âge. Typologie – Chronologie – Diffusion*, Association Française pour l'Archéologie du Verre / Musée Archéologique Départemental du Val d'Oise, pp. 93-107.
- MEDICI, Teresa (2013), O espólio vítreo do Núcleo Arqueológico da Rua dos Correeiros, Lisboa, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, vol. 14, Lisboa, Direcção Geral do Património Cultural, pp. 313-353.
- MORAIS, Rui (2013), *Durius e Leça: Dois percursos de um mesmo itinerário*, *Portugália*, Nova Série, vol. 34, Porto, DCTP-FLUP, pp. 101-136.

- MOREIRA, Álvaro Brito (2009), *Castellum Madae. Formação e desenvolvimento de um “aglomerado urbano secundário” no ordenamento do povoamento romano entre Leça e Ave*, Dissertação de Doutoramento, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela.
- NOLEN, Jeannette U. Smit (1994), *Cerâmicas e vidros de Torre de Ares, Balsa: incluindo o espólio ósseo e medieval*, Lisboa, Instituto Português dos Museus, Museu Nacional de Arqueologia.
- PIRES, Conceição; PEREIRA, Pedro (2014), Os recipientes de tipo dolium no Castro de Guifões (Guifões, Matosinhos): novos dados para o estudo da romanização de um Castro marítimo, *Al-Madan Online*, II Série, n.º 18, Tomo 2, Almada, Centro de Arqueologia de Almada, pp. 125-130.
- PRICE, Jennifer (1995), Glass tableware with wheel-cut, engraved and abraded decoration in Britain in the fourth century AD, *Le verre de l’Antiquité Tardive et du Haut Moyen Âge. Typologie – Chronologie - Diffusion*, Association Française pour l’Archéologie du Verre / Musée Archéologique Départemental du Val d’Oise, pp. 25-33.
- QUARESMA, José Carlos; SARRAZOLA, Alexandre; SILVA, Inês M. (2015), Produção de vidros e importação de Terra Sigillata em finais do século V / primeira metade do VI: o caso da Marinha Baixa, Aveiro, *Apontamentos de Arqueologia e Património*, vol. 10, Lisboa, ERA Arqueologia / Núcleo de Investigação Arqueológica – NIA, pp. 63-75.
- SANCHÉZ DE PRADO, M. Dolores (1984), El vidrio romano en la provincia de Alicante, *Lucentum*, Alicante, Anales de la Universidad de Alicante, pp. 79-100.
- SANTOS, Joaquim Neves dos (1963), Serpentes geminadas em suástica e figurações serpentiformes do Castro de Guifões, *Separata de Lucerna*, vol. 3, Porto, pp. 5-25.
- SANTOS, Joaquim Neves dos (1995-1996), Sobre uma sítula do Castro de Guifões, *Matesinus*, vol. 1/2, Matosinhos, Câmara Municipal de Matosinhos, pp. 20-22.
- STERN, E. Marianne (1995), *Roman Mold-blown Glass. The first through sixth centuries*, Rome, “L’Erma” di Bretschneider & The Toledo Museum of Art.
- VALENTE, VASCO (1950), *O vidro em Portugal*, Porto, Portucalense Editora.
- VARELA, José (2010), Monte Castelo (Guifões, Matosinhos), *O Rio da Memória: Arqueologia no Território do Leça, Matosinhos*, Matosinhos, Câmara Municipal de Matosinhos, pp. 108-110 e 142-145.
- VARELA, José (2012), Ânfora Haltern 70 recolhida no “Mar de Matosinhos”, *Al-Madan Online*, II Série, n.º 17, Tomo 2, Almada, Centro de Arqueologia de Almada, pp. 110-111.
- VARELA, José (2013), O Sítio do Monte Castelo (Guifões, Matosinhos), o Rio Leça e as Navegações na Antiguidade. *Al-Madan*, Série II, n.º 18, Almada, Centro de Arqueologia de Almada, pp. 75-81.
- VARELA, José; MORAIS, Rui (2014), Almofarizes tardios com revestimento vidrado interior do sítio do Monte Castelo (Guifões – Matosinhos), in MORAIS, Rui; FERNÁNDEZ, A.; SOUSA, M. José (Coord. de), *As Produções cerâmicas de imitação na Hispania*, Porto e Madrid, FLUP e SECAH, pp. 407-415.
- VASCONCELOS, J. Leite de (1898), O “Castelo” de Guifões, *O Archeólogo Português*, Série I, vol. 4, Lisboa, Museu Etnológico Português, pp. 270-272.
- VASCONCELOS, J. Leite de (1901), Extractos da correspondência enviada por F. Martins Sarmiento a Leite de Vasconcelos, *O Archeólogo Português*, Série I, vol. 6, Lisboa, Museu Etnológico Português, pp. 30-48.
- VIANA, Abel (1961), *Necrópole romano-suévica (?) de Beiral: Ponte de Lima – Viana do Castelo*, Viana do Castelo, Câmara Municipal de Viana do Castelo.

| Designação | Forma | Parte da peça | Decoração | Cor | Dados metrológicos | Origem da produção | Cronologia | Observações | Número de fragmentos |
|------------|--------------------------------------|----------------------------|--------------------------------|------------------------------|---|------------------------|--|------------------------------|----------------------|
| Vid. 1 | Taça ou prato p. em C (Isings 116b) | Bordo e parede | Figurativa gravada | Amarela acastanhada | 180 mm (Ø est.); 3,05 mm (esp.); 66,57 mm (alt.). | Renânia | Século IV | Decoração executada a frio | 1 |
| Vid. 2 | Taça tronco-cónica | Bordo e parede | Bandas de estrias horizontais | Verde | 110 mm (Ø est.); 2,91 mm (esp.); 79,20 mm (alt.). | NO peninsular | Século IV | Bordo em aresta | 2 (com colagem) |
| Vid. 3 | Jarro (Isings 123) | Base e arranque de parede | - | Verde azeitona | 60 mm (Ø); 7,39 mm (esp.); 15,76 mm (alt.). | NO peninsular? | Século IV | Pé anelar tubular | 1 |
| Vid. 4 | Lâmpada? | Asa | - | Amarela esverdeada | 12,01 mm (Ø est.); 9,67 mm (esp.); 43,03 mm (alt.). | NO peninsular | Século IV | Asa de fita, repuxada | 1 |
| Vid. 5 | Copo de p. finas e pé anelar tubular | Base | - | Verde amarelada | 50 mm (Ø est.); 5,77 mm (esp.); 11,40 mm (alt.). | NO peninsular | Século IV | Pé anelar tubular | 1 |
| Vid. 6 | Taça campanulada funda | Bordo e parede | Leve canelura | Verde | 100 mm (Ø est.); 3,48 mm (esp.); 41,01 mm (alt.). | NO peninsular - Braga | 2. ^a metade século IV - séc. V | Bordo engrossado ao fogo | 3 |
| Vid. 7 | Taça arqueada ampla | Bordo e arranque de parede | Bandas de estrias horizontais | Verde amarelada | 130 mm (Ø est.); 1,90 mm (esp.); 38,65 mm (alt.). | NO peninsular - Braga? | 2. ^a metade século IV - séc. V | Bordo em aresta viva | 1 |
| Vid. 8 | Taça campanulada funda | Bordo | Canelura dilatada | Verde amarelado | 110 mm (Ø est.); 3,24 mm (esp.); 20,63 mm (alt.). | NO peninsular | 2. ^a metade século IV - inícios V | Bordo engrossado ao fogo | 1 |
| Vid. 9 | Taça campanulada funda | Bordo | Caneluras dilatadas | Incolor esverdeada | 100 mm (Ø est.); 4 mm (esp.); 28,30 mm (alt.). | NO peninsular | 2. ^a metade século IV - séc. V | Bordo engrossado ao fogo | 2 |
| Vid. 10 | Boião de corpo ovóide | Base | - | Verde amarelada | 60 mm (Ø est.); 5,85 mm (esp.); 8,84 mm (alt.). | NO peninsular | Séculos IV-V | Base reentrante | 1 |
| Vid. 11 | Taça tronco-cónica | Bordo e arranque de parede | Banda de estrias horizontais | Verde | 110 mm (Ø est.); 2,33 mm (esp.); 29,84 mm (alt.). | NO peninsular | Século IV | Bordo em aresta viva | 1 |
| Vid. 12 | Taça arqueada | Parede | Fios aplicados (cor da parede) | Verde amarelado | 80 mm (Ø est.); 1,67 mm (esp.); 30,78 mm (alt.). | NO peninsular - Braga | 2. ^a metade séc. IV - inícios V | Fios horizontais sequenciais | 2 |
| Vid. 13 | Taça campanulada funda | Bordo | - | Verde acastanhado (alterado) | 100 mm (Ø est.); 2,34 mm (esp.); 12,71 mm (alt.). | NO peninsular | 2. ^a metade século IV - séc. V | Bordo engrossado ao fogo | 1 |
| Vid. 14 | Taça tronco-cónica | Paredes | Bandas de estrias horizontais | Verde | 110 mm (Ø est.); 1,52 mm (esp.); 30,62 mm (alt.). | NO peninsular | Século IV | Bandas sequenciais | 2 |
| Vid. 15 | Taça arqueada hemisférica | Paredes | Banda de estrias horizontais | Verde | 110 mm (Ø est.); 2,18 mm (esp.); 52,00 mm (alt.). | NO peninsular | 2. ^o quartel séc. IV - inícios V | - | 3 (2 com colagem) |

| Designação | Forma | Parte da peça | Decoração | Cor | Dados metroológicos | Origem da produção | Cronologia | Observações | Número de fragmentos |
|------------|--------------------------------|----------------------------|-------------------------------|--------------------|---|------------------------|-----------------------------|------------------------------|----------------------|
| Vid. 16 | Copo com pé alto? (Isings 111) | Paredes e arranque de base | – | Verde amarelado | 200 mm (Ø est.); 1,41 mm (esp.); 27 mm (alt.). | Importado? | Século IV ou posterior | Fragmentos com curvatura | 3 |
| Vid. 17 | Copo cilíndrico | Base | – | Verde (alterado) | 100 mm (Ø est.); 2,09 mm (esp.); 4,55 mm (alt.). | NO peninsular | Finais do século IV-séc. V | Base ligeiramente reentrante | 3 |
| Vid. 18 | Garrafa piriforme? | Paredes | – | Verde amarelado | 50 mm (Ø est.); 1,45 mm (esp.); 44,87 mm (alt.). | NO peninsular | Séculos IV-VI? | – | 4 |
| Vid. 19 | Taça tronco-cónica | Arranque de base e parede | – | Verde | 110 mm (Ø est.); 2,78 mm (esp.); 36,03 mm (alt.). | NO peninsular | Século IV | Muitas bolhas e impurezas | 2 (com colagem) |
| Vid. 20 | Taça arqueada funda | Parede | – | | 110 mm (Ø est.); 2,23 mm (esp.); 22,86 mm (alt.). | NO peninsular | Século IV | Bolhas e impurezas | 1 |
| Vid. 21 | Copo cilíndrico | Base e arranque de paredes | – | Verde amarelado | 100 mm (Ø est.); 2,19 mm (esp.); 8,35 mm (alt.). | NO peninsular | Finais séc. IV-séc. V | Base ápode plana | 1 |
| Vid. 22 | Copo cilíndrico? | Paredes | Bandas de estrias horizontais | Verde amarelado | – (Ø est.); 1,46 mm (esp.); 20,64 mm (alt.). | NO peninsular | Finais séc. IV-séc. V | Bandas paralelas | 2 |
| Vid. 23 | Taça campanulada funda | Bordo | – | Verde | 100 mm (Ø est.); 3,28 mm (esp.); 8,54 mm (alt.). | NO peninsular | 2.ª metade século IV-séc. V | Bordo engrossado ao fogo | 1 |
| Vid. 24 | Taça tronco-cónica | Bordo e paredes | Bandas de estrias horizontais | Verde | 85 mm (Ø est.); 1,49 mm (esp.); 33,93 mm (alt.). | NO peninsular | Século IV | Bordo em aresta | 14 |
| Vid. 25 | Taça arqueada | Paredes | – | Incolor esverdeado | 110 mm (Ø est.); 1,18 mm (esp.); 25,06 mm (alt.). | NO peninsular | Século IV | – | 6 |
| Vid. 26 | Taça arqueada ampla | Parede | – | Verde | 130 mm (Ø est.); 2,21 mm (esp.); 22,88 mm (alt.). | NO peninsular – Braga? | 2.ª metade século IV-séc. V | – | 2 |
| Vid. 27 | Copo cilíndrico | Base e paredes | – | Verde | 100 mm (Ø est.); 1,49 mm (esp.); 49,97 mm (alt.). | NO peninsular | Finais séc. IV-séc. V | – | 3 |
| Vid. 28 | Taça campanulada funda? | Parede | Caneluras dilatadas | Verde claro | – (Ø est.); 1,56 mm (esp.); 20,97 mm (alt.). | NO peninsular | 2.ª metade século IV-séc. V | Caneluras paralelas | 1 |
| Vid. 29 | Não diagnósticas. Vários frag. | Paredes | Banda de estrias horizontais | Verde | 1,75 mm (esp.); 24,52 mm (alt.). | NO peninsular | Século IV? | – | 5 |



Fig. 1: Perspectiva geral do Campo da Ponte. Captada antes da definição dos limites da área de escavação a explorar no âmbito do Projecto GUIFARQ. Fotografia: A. Arezes.



Fig. 2: Espaço intervencionado em 2016, ano da primeira campanha de trabalhos arqueológicos. Em primeiro plano, a estrutura pêtrea parcialmente visível, no interior da qual figurava o depósito [11]. Fotografia: A. Arezes.

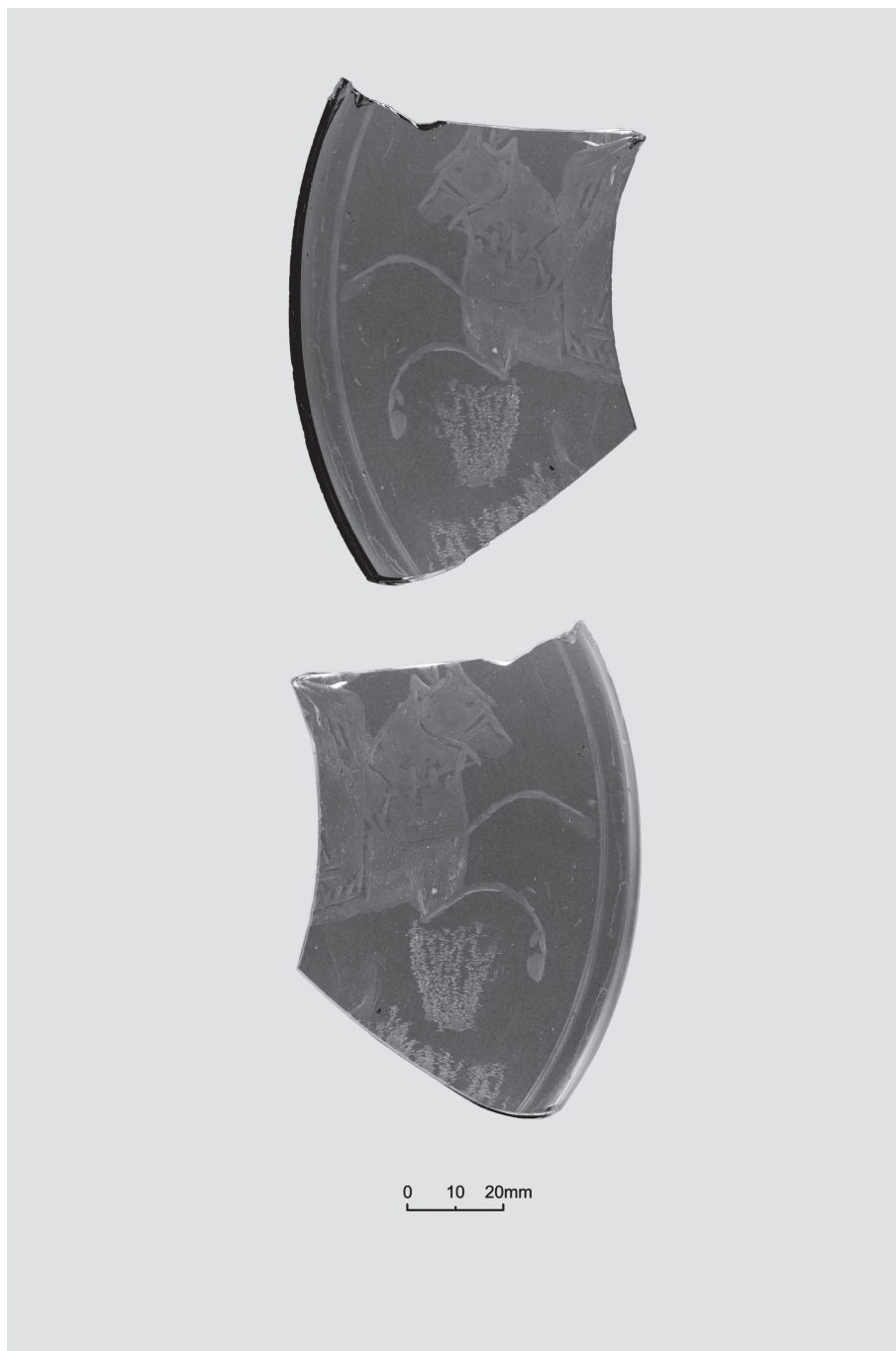


Fig. 3: Perspectiva das superfícies interna e externa do vidro com decoração figurativa gravada (Vid. 1). Fotografia de César Guedes.



Fig. 4: Representação gráfica do mesmo fragmento (Vid. 1). Desenho e composição de Rui Oliveira.

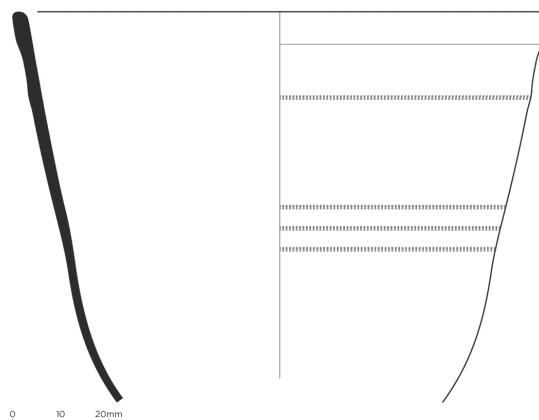
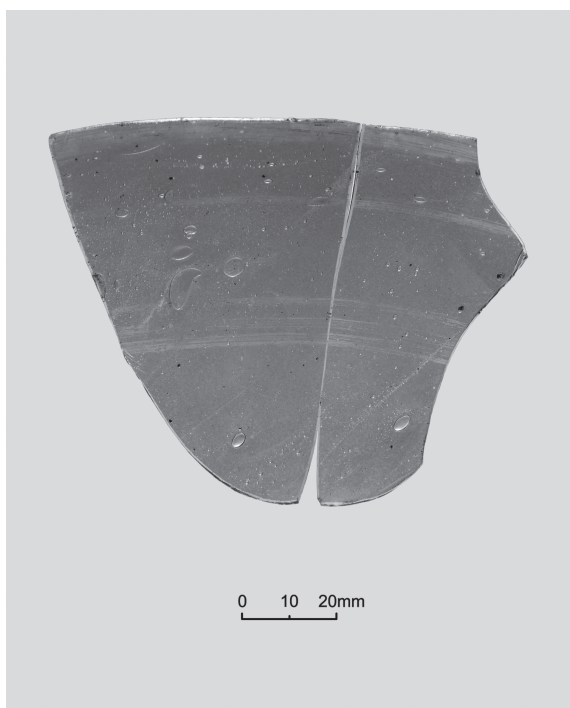


Fig. 5 e 6: Fragmentos de taça troncocónica, com bordo em aresta e parede decorada com bandas de estrias horizontais (Vid. 2). Fotografia de César Guedes e desenho de Rui Oliveira.

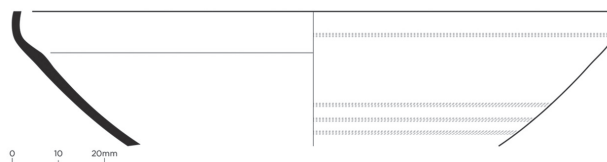
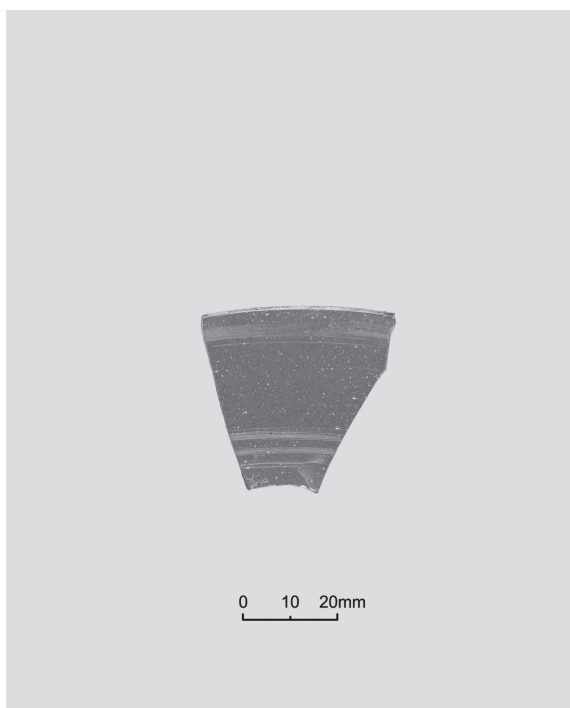


Fig. 7 e 8: Bordo em aresta viva e arranque de parede de taça arqueada ampla, decorada com bandas de estrias horizontais (Vid. 7). Fotografia de César Guedes e desenho de Rui Oliveira.

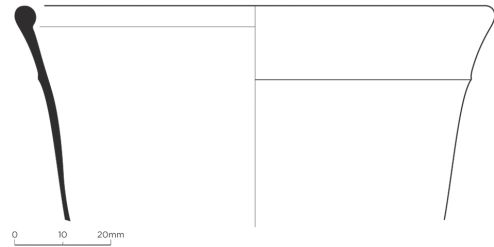
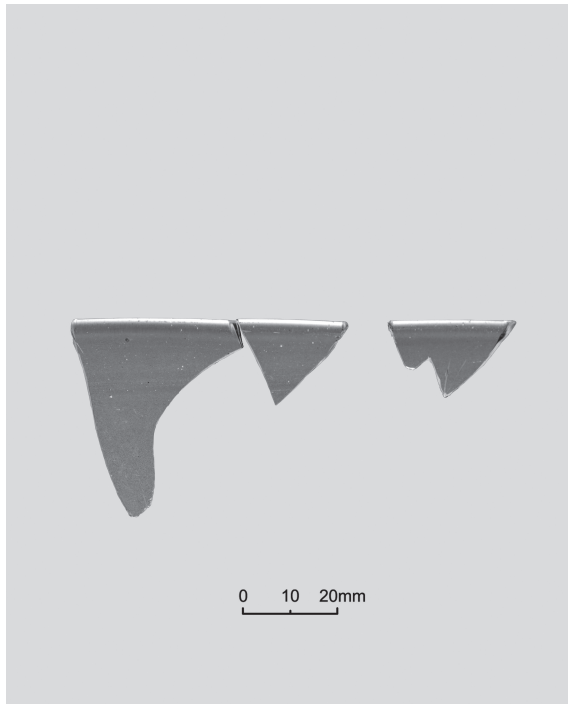


Fig. 9 e 10: Três fragmentos de uma taça campanulada funda, de cor verde, com bordo engrossado pelo fogo (Vid. 6). Fotografia de César Guedes e desenho de Rui Oliveira.

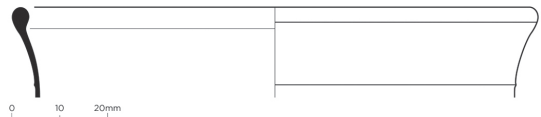
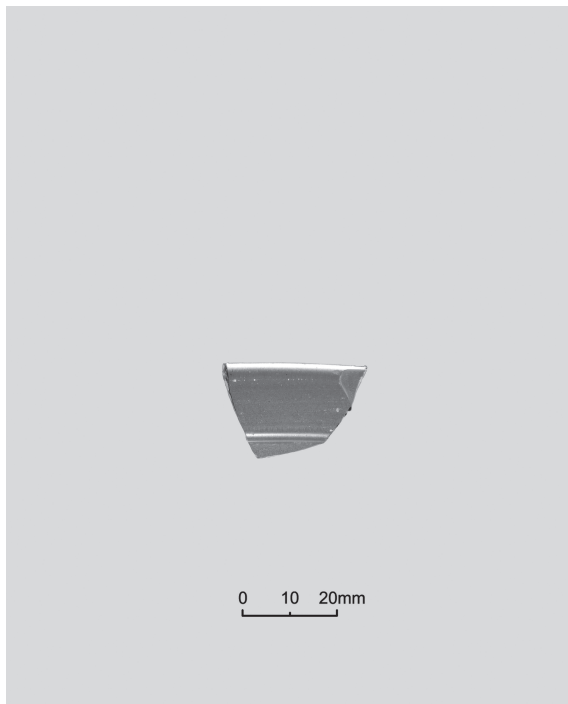


Fig. 11 e 12: Fragmento de bordo de taça campanulada funda, de tonalidade verde amarelada (Vid. 8). Fotografia de César Guedes e desenho de Rui Oliveira.

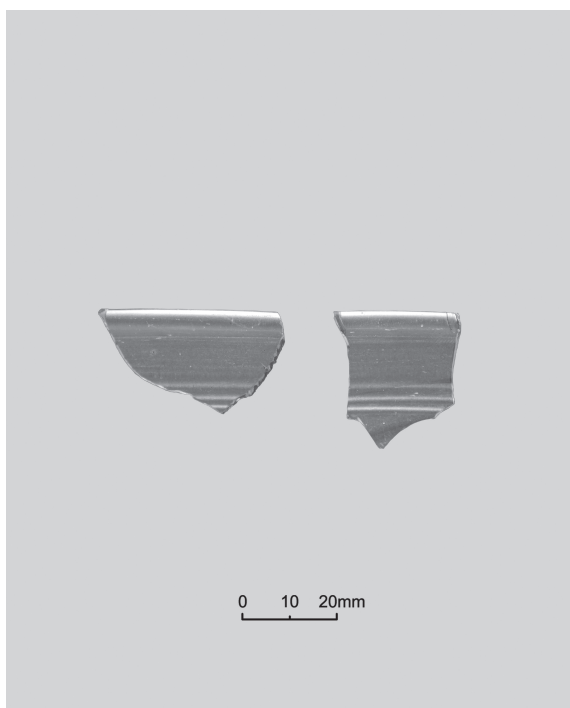


Fig. 13 e 14: Dois fragmentos do bordo de uma taça campanulada funda, com caneluras dilatadas na horizontal (Vid. 9). Fotografia de César Guedes e desenho de Rui Oliveira.

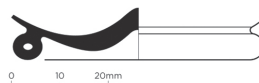
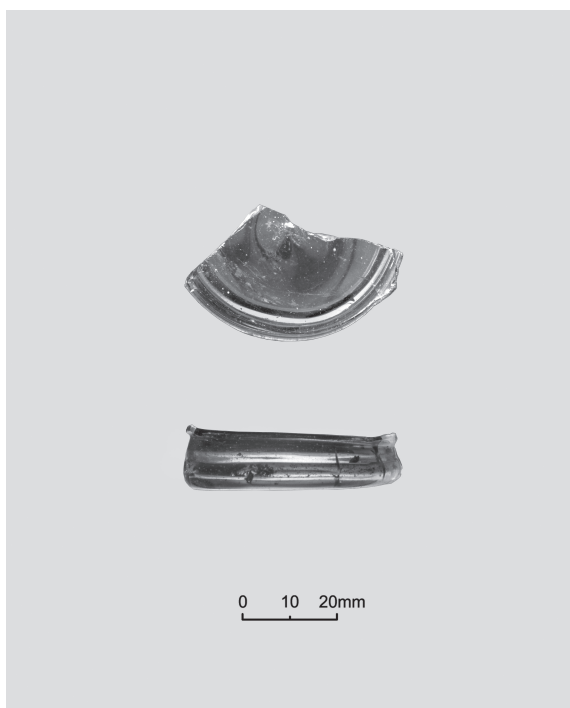


Fig. 15 e 16: Fragmento de pé anelar tubular de copo de paredes finas (Vid. 5). Fotografia de César Guedes e desenho de Rui Oliveira.

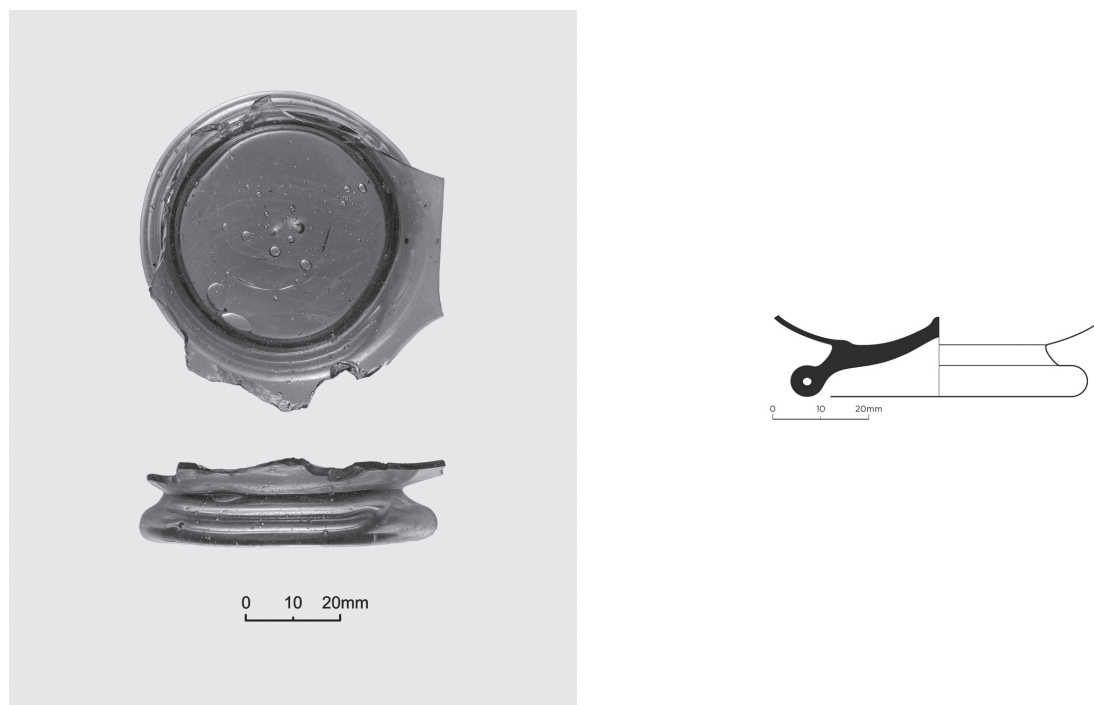


Fig. 17 e 18: Fragmento de pé anelar tubular de jarro (Vid. 3). Fotografia de César Guedes e desenho de Rui Oliveira.

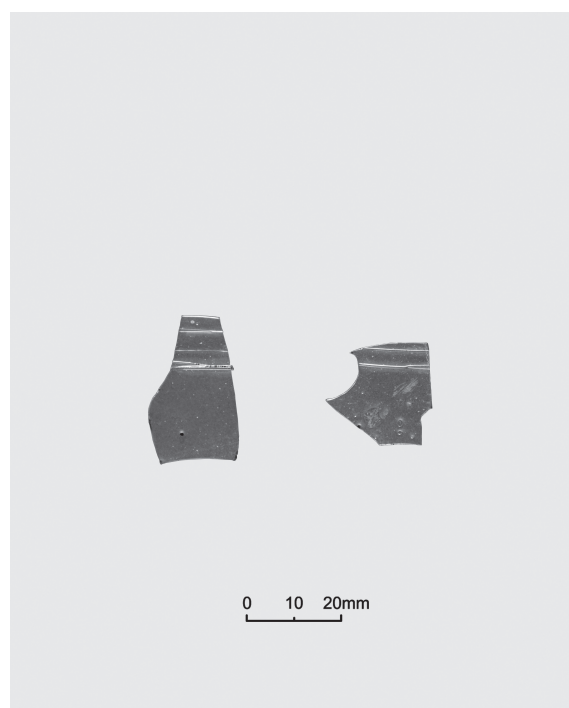


Fig. 19: Fragmentos de taça arqueada, com fios aplicados em relevo (Vid. 12). Fotografia de César Guedes.



Fig. 20: Conjunto exumado na necrópole de Beiral do Lima (Ponte de Lima). Integra dois copos cilíndricos com bordo em aresta (que constituem paralelo para alguns dos fragmentos recolhidos no Campo da Ponte) e uma taça campanulada funda, com bordo engrossado ao fogo e caneluras verticais. Fotografia: Museu D. Diogo de Sousa.

AS SIGLAS DA IGREJA DE BOELHE

César Guedes

Arqueólogo

CITCEM - UP

cesarlguedes@gmail.com

ABSTRACT

In this essay we seek to analyse the masons' marks from the church of S. Gens de Boelhe and answer some questions related to the construction of the monument and its builders.

The systematic analysis of a building's mason marks can provide informations related with the number of masons that worked in a particular building and the stages and rhythms of its construction. A systematic gliptographic survey may also allow to foresee regional or national movement of groups of masons.

Keywords: Medieval architecture; Glyptography; Masons marks; Masons.

RESUMO

A utilização de levantamentos gliptográficos na análise de monumentos pode revelar um conjunto importante de informações sobre a construção dos edifícios, os seus mestres pedreiros e as suas especializações, ou mesmo sobre as etapas e os ritmos da obra. Os estudos comparados das siglas, ou marcas de canteiro, em diferentes edifícios e regiões, podem oferecer quadros regionais, ou mesmo nacionais, de movimentação de equipas de pedreiros, cuja especialização e saber foi determinante para a arquitetura medieval.

No trabalho que agora se apresenta, sintetizam-se as principais conclusões sobre o estudo das siglas da igreja de S. Gens de Boelhe, tentando responder-se a algumas questões relacionadas com a edificação do monumento e os seus construtores.

Palavras-chave: Arquitetura medieval; Gliptografia; Siglas; Pedreiros.

1. INTRODUÇÃO

A aplicação de métodos de análise estratigráfica aos alçados dos edifícios tem vindo, nos últimos anos, a generalizar-se, afirmando-se, cada vez mais, como uma componente indispensável aos trabalhos de arqueologia e de acompanhamento arqueológico. A conjugação das informações obtidas através da análise estratigráfica do subsolo com as leituras provenientes da arqueologia da arquitetura – cujo olhar atento permite, não poucas vezes, identificar novas e diferentes fases de obras nos alçados dos edifícios – possibilita leituras mais abrangentes sobre a história dos monumentos.

Entre nós, o estudo sistemático das siglas encontra-se ainda numa fase embrionária, não existindo um *corpus gliptográfico* que permita leituras comparadas. Para além de algumas indicações metodológicas deixadas por Leonardo Charréu, de alguns dados sobre siglas e canteiros medievais escritos por Carlos Alberto Ferreira de Almeida, e de alguns artigos que incluem as siglas existentes

em determinados monumentos, mas que não constituem um estudo verdadeiramente sistemático, poucos são os trabalhos que utilizam estes dados na análise evolutiva da construção de um monumento. Entre estes estudos destacamos, apenas a título de exemplo, a análise realizada por Manuel Luís Real e Pedro Sá no Mosteiro de Roriz, em 1982; o trabalho de Luís Sebastian e Ana Sampaio e Castro sobre as siglas existentes no Mosteiro de S. João de Tarouca, em 2004 (publicado em 2010); o estudo realizado por Sofia Silvério, *Arqueologia da arquitetura - contributo para o estudo da Sé de Lisboa* e, mais recentemente, o estudo de Cláudia Cunha sobre a Ermida do Paiva¹.

Internacionalmente, as temáticas das siglas e dos estudos gliptográficos têm vindo a ser tratados pelo *Centre International de Recherches Glyptographiques (C.I.R.G.)*, fundado em 1979, que organiza regularmente congressos sobre o tema, publicando as respetivas atas e promovendo a edição de outros trabalhos gliptográficos. Mais recentemente, foi criada a *SIGNUM – International Society for Mark Studies*².

A conjugação destes estudos com a análise sistemática das siglas ou marcas de canteiro traz vantagens evidentes, constituindo uma ferramenta importante não só para a compreensão global da história do monumento, mas também sobre os seus construtores.

O estudo das siglas de um monumento, mesmo quando não acompanhado de trabalhos arqueológicos do subsolo poderá aportar informações relevantes. A análise das marcas de pedreiro da igreja de Boelhe permitiu inferir o número de pedreiros que trabalharam no seu estaleiro; qual o que produziu mais obra; quem executou o trabalho mais especializado, tal como as aduelas dos arcos, as frestas ou as arquivoltas. Permitiu também observar o ritmo de construção do edifício, isto é, se foi construído de uma assentada, ou se, como se observa em algumas igrejas, houve diferentes fases construtivas. Casos há em que as igrejas nunca chegaram a ser acabadas, tendo-se ficado pela construção da capela-mor e do que seria a parede oeste da nave³.

Com auxílio das siglas pode-se tentar definir quadros de movimentações geográficas de pedreiros e procurar saber se existiria algum tipo de especialização no seu trabalho, como por exemplo, se seria um mestre-escultor (caso siglasse capitéis, ou trabalhos mais delicados), ou um mestre-talhante (se siglasse exclusivamente silhares), como observaram Ana Sampaio e Castro e Luís Sebastian, que puderam constatar que alguns dos pedreiros de S. João de Tarouca trabalharam também em Santa Maria de Salzedas e na Ermida do Paiva (CASTRO E SEBASTIAN 2010, p. 83).

Um *corpus gliptográfico* abrangente permitirá comparar as marcas de canteiro de vários edifícios, ajudando na definição de dados cronológicos mais precisos, relativos à sequência construtiva dos monumentos e podendo contribuir com leituras ou observações relevantes, relacionadas não só com a circulação de técnicas e modelos construtivos, mas também de influências de modelos estilísticos escultóricos.

O estudo sistemático das siglas constituirá, certamente, um importante avanço no conhecimento da arquitetura medieval, bem como no conhecimento do ofício de pedreiro, na sua caracterização, nas suas técnicas e ferramentas e, sobretudo, da sua vida. Por onde circulava? Movimentar-se-ia em grupo ou sozinho? E a sua sigla, passaria para os seus descendentes, como as “marcas poveiras” estudadas por Santos Graça (GRAÇA 1982, pp. 23-33)? Se sim, poder-se-á não só reconstituir a vida de um pedreiro, mas também da sua prole.

1 REAL e SÁ, 1982; CASTRO e SEBASTIAN, 2010; SILVÉRIO, 2014; CUNHA, 2015.

2 Pode-se consultar e contactar o C.I.R.G em <http://www.cirg.be/> e SIGNUM em: <https://markstudies.org/>

3 Cremos ser este o caso da Capela de S. Pedro em Melgaço.

2. A IGREJA DE S. GENS DE BOELHE

A igreja de S. Gens de Boelhe localiza-se no lugar de Arcas, freguesia de Boelhe, concelho de Penafiel e distrito do Porto⁴. Situado a uma cota média de 255m, o templo implanta-se na margem direita do rio Tâmega e domina a paisagem sobre a outra margem, onde podemos avistar Vila Boa do Bispo e o seu mosteiro (Fig. 1).

A origem do topónimo Boelhe é incerta ou, nas palavras de José Pedro Machado, “obscura”. Este linguista não aceita a etimologia germânica de “«villa» Bonelli, de *Bonellus*, diminutivo do nome pessoal *Bonus*” avançada na Grande Enciclopédia Portuguesa e Brasileira, considerando-a antes proveniente “do *lat.* Bonelli (villa).” (MACHADO 1984, 1, p. 262; GEPB, 1935-1960, 39, pp. 67-68). Problemáticas linguísticas à parte, e independentemente da origem etimológica de Boelhe, certo é que nas proximidades existem vestígios arqueológicos que atestam a ocupação destas terras desde época romana. A escassos 1100 m a sudeste da igreja, no local conhecido como Bouça do Ouro, foram identificados dois edifícios, cuja cronologia remonta ao século I d. C. e que se mantiveram em atividade, pelo menos um deles, até ao século V d. C. (SOEIRO 1998).

A área em que se insere a igreja, terras do Baixo Tâmega, pertenceria ao antigo território da *Civitas* de *Anegia* (Eja, Entre-os-Rios) que, após o seu desmembramento, originou, entre outras divisões administrativas, a *Terra* de Penafiel de Canas.

Esta zona de união entre dois rios, Douro e Tâmega, é desde tempos remotos um importante eixo de ligação entre o norte e o sul, ou o leste e o oeste. O Douro e o Tâmega proporcionavam uma excelente via de comunicação fluvial, complementada com o uso continuado das antigas vias romanas. A estas foram-se juntando outras, formando um reticulado de vias e caminhos, permitindo a circulação de produtos, bens e pessoas.

Reconhecida a sua importância estratégica, não é de admirar que esta *Terra* apareça dominada por uma das mais importantes famílias portugalenses de então – a linhagem dos senhores de Ribadouro – e que aqui se encontre um número significativo de edifícios religiosos românicos.

A região situada entre o Sousa e Douro e, para além do Tâmega, o território de Benviver, era dominada, no início do século XI, pela já referida família dos de Ribadouro, os Gascos. Esta família alcançou riqueza e posição social graças ao protagonismo militar e aos cargos administrativos obtidos no reinado de Fernando Magno. O governo da *Civitas* de *Anegia* e do território de Arouca foi da responsabilidade desta família, que se tornou senhora de quase todos os mosteiros da região a leste do Sousa. Nesta família, destacou-se Egas Ermiges, senhor e governador de *Anegia* e Arouca entre 1079 e 1087. É a Egas Ermiges que se deve a primeira referência documental à igreja de S. Gens de Boelhe, inicialmente publicada por Frei António da Assunção Meireles (MEIRELES 1942, p. 6). Este documento refere-se a uma doação testamentária ao mosteiro de Paço de Sousa, em que D. Egas Ermiges e D. Gontinha, falecidos na era de 1137 e 1158, respetivamente, doam, entre outras propriedades, a igreja de Boelhe a este mosteiro (LTPS, doc. 5, pp. 16-17). Este documento é também citado por José Mattoso, datando-o de 1095 e acrescentando à doação da igreja um *casal* (MATTOSO 2002, p. 302). A cronologia avançada por José Mattoso para este documento, 1095, suscita algumas dúvidas. A igreja referida na doação poderia não corresponder ao templo atualmente existente, pois para este ser doado nesse ano teria já que existir e ter sido construído em data anterior. Tanto quanto se sabe, não são conhecidos monumentos siglados anteriores ao século XII, e, entre nós, o primeiro monumento a ter recebido sistematicamente siglas deverá ter sido a Sé Velha de Coimbra (ALMEIDA 2001, p. 73). Poder-se-á então colocar duas hipóteses: a primeira relaciona-se

⁴ A igreja de S. Gens de Boelhe é Monumento Nacional desde 1927, segundo o Decreto n.º 14 425, DG 228 de 15 outubro 1927 e a sua Zona Especial de Proteção foi definida pelo DG 15 de 18 janeiro de 1951.

com a possibilidade de a igreja doada ser outra, pois no documento não se precisa a localização do templo; a segunda, e mais plausível, é a de que o documento de 1095 se refere a uma igreja existente no mesmo local, entretanto substituída, no século XII ou XIII, pela atual igreja românica. Esta segunda hipótese parece ser a mais verosímil pois corresponde ao movimento típico de substituição dos pequenos templos pré-românicos pelos edifícios românicos, adaptados à nova liturgia. Como nos refere Lúcia Rosas “é de notar que a maior parte dos mosteiros e igrejas românicas da região corresponde a fundações muito mais antigas do que a *arquitectura que apresenta – as novas construções do século XIII utilizaram modelos patentes nas antigas igrejas pré-românicas, então reformadas*” (ROSAS 2008, p. 45). A autora vê nos capitéis do portal principal de S. Gens de Boelhe a “*reutilização de formulários pré-românicos remanescentes*” (ROSAS 2008, p. 47).

A igreja – *Sanctus Genesisius de Boeli* – é referida na lista das Igrejas de Padroado Real de 1220-1229 e, no Registo da Décima de 1320, é taxada em 60 libras: “*Item ecclesiam de Boylhi ad sexaginta libras*” (BOISSELLIER 2012, pp. 85, 132).

Segundo Carlos Alberto Ferreira de Almeida e, mais recentemente, Lúcia Rosas, a igreja de Boelhe, deverá enquadrar-se cronologicamente entre meados e fins do século XIII (ALMEIDA 1986, p. 95; ROSAS 2008, p. 134). Ora, nas Inquirições de D. Afonso III, de 1258, a igreja de S. Gens de Boelhe é referida, sendo o seu prelado interrogado, “*Hic incipit inquisitio Sancti Jenesii de Bunili. Petrus Egee, prelatus ejusdem Ecclesie, juratus et interrogatus cujas est ipsa Ecclesia, dixit quod est Militum ex progenie Martini Petri de Bunili, et ad presentationem ipsorum Episcopus Portuensis eum constituit in eadem*” (PMH-Inq p. 586), atestando a existência da igreja neste ano, com apresentação do Bispo do Porto. As Inquirições de 1258 reportavam-se à igreja românica de Boelhe (o que obrigaria a remeter a construção da igreja para a primeira metade do século XIII)? Ou referiam-se ao templo pré-românico, que, nesse caso, ainda subsistiria em 1258, o que indicaria que o edifício românico teria sido erguido depois dessa data?

A inquirição ao prelado de Boelhe informa ainda que a igreja pertenceria a *Martini Petri de Bunili*, que Manuel Abranches de Soveral identifica como sendo Martim Peres “Leitão”, co-senhor da honra de Sequeiros, em Lodares, provável descendente da linhagem dos Sousa (SOVERAL s/d)⁵. Nas inquirições de 1288 regista-se que a “*Freguesia de San Gees de Boelhi a quintaa que chamam Boelhi que foy de Martim Perez cavaleyro é provado que a viram onrada des que se acordam as testemunhas...*”, (PMH-Inq. 1288, Nova Série, Vol. IV/2, p. 73).

Só vários séculos depois das referências documentais que acabámos de analisar é que nos surgem outras notícias relativas à igreja de Boelhe. António Carvalho da Costa escreve, na sua *Corografia Portuguesa*, que S. Gens de Boelhe era Abadia do Mosteiro de Santa Maria de Vila Boa do Bispo, Convento de Cônegos Regrantes de Santo Agostinho, que rendia duzentos mil réis e que tinha noventa e dois vizinhos (COSTA 1868, p. 353). Por seu turno, Pinho Leal regista que, em 1757, Boelhe tinha 107 fogos e que o bispo do Porto e os frades crúzios de Vila Boa do Bispo apresentavam alternadamente o abade de Boelhe. Segundo Cardozo, o abade de Boelhe tinha de renda 300\$00 réis. No entanto, de acordo com o *Portugal Sacro e Profano*, o abade de Boelhe teria uma renda de 280\$00 réis, sendo apresentado alternadamente pelo Papa e pelo bispo do Porto (LEAL 1873, pp. 406-407).

O orago da igreja de Boelhe, S. Gens, acompanha e denomina a igreja desde época medieval até aos nossos dias. Segundo Avelino Jesus da Costa é possível que o culto deste mártir tenha entrado na diocese de Braga já em tempo de S. Martinho de Dume, uma vez que este se correspondia com Venâncio Fortunato, bispo de Poitiers e com as religiosas do mosteiro de S. Césario de

5 Agradecemos ao Revisor do texto esta informação bibliográfica.

Arles. Além deste S. Gens de Arles, um outro S. Gens, comediante e mártir de Roma, era festejado pelo rito romano no mesmo dia (COSTA 1997, p. 483).

A igreja de S. Gens de Boelhe, classificada por muitos autores como um exemplo clássico do nosso românico rural, é uma igreja de planta simples, pouco ornamentada e robusta. As suas paredes são erguidas em aparelho pseudo-isódomo com silhares de granito trabalhados a pico fino e apresentando fiadas regulares. O seu interior é lajeado e no exterior observa-se um pequeno passeio constituído por blocos graníticos que envolve o templo, obra da DGEMN, executada em 1935.

A planta do pequeno templo de Boelhe apresenta uma solução bastante simples e muito recorrente nas igrejas românicas, podendo ser incluída na estimativa avançada por Carlos Alberto Ferreira de Almeida, que diz que, entre uma centena de igrejas românicas, 85% corresponde a templos de cabeceira com uma única abside, de planta quadrangular (ALMEIDA 2001, p. 77). De facto, a igreja de Boelhe é composta por uma única nave, retangular, e capela-mor quadrangular, sendo coberta por madeira telhada e formando dois corpos escalonados com telhados de duas águas.


A fachada da igreja apresenta uma configuração simples, pouco ornamentada, mas original na sua composição. O portal tem três pares de colunas e um tímpano liso envolto por três arquivoltas. Acima do portal, uma pequena abertura ilumina o interior do templo. Este quadro é completado por uma pequena cruz pétrea no cimo da empena da frontaria e uma torre sineira, de pequenas dimensões e de secção pentagonal, que se eleva no lado direito da fachada principal.

A fachada sul foi totalmente reconstruída pela DGEMN, numa operação morosa e delicada “*pela necessidade de repor nos lugares que anteriormente ocupavam (para que o monumento não fosse prejudicado no seu aspecto exterior) todos elementos da parede inutilizada*” (DGEMN 1950, p. 18). Segundo Miguel Tomé estes trabalhos iniciaram-se em março de 1930 (TOMÉ 1998, III, p. 60) A fachada é composta por três aberturas, duas frestas e uma porta, dispostas quase simetricamente às existentes no lado norte. A meia altura do paramento sul existem cinco cachorros, nos quais se apoiava um alpendre de madeira que protegia este alçado. A corroborar esta opinião poderá estar a quase inexistência de decoração nos modilhões que sustentam o entablamento da cobertura, em contraste com os do lado norte, todos esculpidos. A cornija deste alçado é decorada com esferas, enquanto que no lado norte é decorada com estrelas. Na parede leste da nave, que une este espaço à capela-mor, destaca-se o arco triunfal, sem qualquer decoração, assente sobre pés-direitos e impostas simples. Por cima, existe um óculo decorado por uma moldura ornamentada por esferas, motivo que se repete também no lado exterior da abertura.

A capela-mor é de pequena dimensão e desprovida de decoração, quer no seu interior quer no exterior. Os cachorros são lisos e a única abertura para o exterior do templo é uma pequena fresta, situada na parede leste.

Na frontaria, as bases das colunas, bulbiformes, quase sem ornamentação, apresentam nos seus ângulos pequenos remates salientes. As colunas apresentam-se aparelhadas em número de três e têm secção circular, exceto os fustes centrais que são prismáticos. A coluna mais próxima da ombreira esquerda da porta apresenta no seu fuste duas caras humanas em alto-relevo.

Encimando as colunas observa-se uma tipologia original de capitéis de configuração tipo mísula, decorados com palmetas biseladas e ornatos grafiticos. A decoração é zoofitomórfica e esculpida em *cuvette*. O cesto dos capitéis centrais apresenta uma cara humana, ladeada por dois animais (talvez leões), sendo como que devorada, tema muito comum no nosso românico. No ábaco, os capitéis são simplesmente decorados com moldura retilínea. As impostas são ornamentadas com motivos geométricos circulares apresentando cruzes dentro de círculos e outros temas tradicionais “*o que faz destes labores uma das mais conseguidas expressões decorativas do nosso românico*”

rural.” (ALMEIDA 2001, p. 212). Das impostas arrancam as arquivoltas, que são simples, quase sem decoração, sendo exceção o uso de esferas, voltadas para o vão, na primeira das arquivoltas e a bordadura de quadrifólios que as liga ao paramento. Existe ainda, marcada numa aduela, uma sigla de tipo . Os ângulos das aduelas são esculpido apresentando remate cilíndrico ou em toro, formando um arco apontado que envolve o tímpano, liso, sem qualquer decoração, que terá sido outrora pintado.

Sobranceiro ao pórtico axial, existe uma abertura de pequenas dimensões, emoldurada por pequenos arcos torais concêntricos à maneira das arquivoltas. Imediatamente acima, no remate da empena da frontaria, encontra-se uma cruz patada pétrea e, à sua direita, no extremo que confina com a fachada sul, uma pequena torre sineira, de muro pentagonal vazado, arranca da fachada e ultrapassa a cota máxima do telhado.

Na fachada sul da nave observa-se outra das portas do templo. Esta entrada quase não apresenta decoração, exceto nas impostas que, na face voltada ao vão, são decoradas por um motivo vertical estriado. O arco é de volta perfeita e o seu tímpano liso e sem ornamentação. A meia altura do paramento são visíveis cinco cachorros: três deles apresentam figuras humanas, uma das quais a carregar um silhar; os restantes não apresentam decoração. O cachorro mais próximo da capela-mor encontra-se mais alto do que os quatro que o precedem. Nesta fachada existem duas frestas, de largura reduzida, quase impercetíveis. A sustentar o entablamento da cobertura estão dezassete cachorros, onde apenas um apresenta figuração humana. Nele, encontra-se representado um homem com a mão direita no queixo, a apoiar a cabeça, e a esquerda descaída, em atitude de reflexão. Os restantes modilhões não apresentam decoração e a cornija deste alçado da nave é toda decorada com esferas.

A capela-mor não apresenta qualquer tipo de decoração.

O muro norte da nave é idêntico ao do lado sul e as suas aberturas apresentam uma simetria quase perfeita. Destaca-se a sua porta, em que o arco de volta perfeita enquadra uma entrada reentrante, com tímpano liso e duas impostas estriadas verticalmente para o seu vão. Os modilhões, também em número de dezassete, apresentam-se todos esculpido, representando figuras humanas, animais e geométricas. A grande maioria representa figuras humanas, entre elas dois pedreiros carregando pedra (Fig. 17). Os cachorros que figuram animais mostram três grandes cabeças de bóvido, com barbela ondulante (Fig. 18). As características destes modilhões parecem sugerir que eles poderão ter sido projetados inicialmente para sustentar os tímpanos do portal oeste e de uma das entradas laterais. Esta solução é comum no românico do Vale do Sousa, nomeadamente na igreja de Vila Boa de Quires (Marco de Canaveses), monumento com o qual o templo de Boelhe apresenta grandes afinidades escultóricas e estilísticas⁶.

A presença destes elementos arquitetónicos na cornija norte denuncia as profundas obras de restauro que a igreja de Boelhe sofreu e que são claramente evidentes ao analisar o clichê de Marques Abreu, publicado em 1918, no estudo *Arte Românica em Portugal*, de Joaquim de Vasconcelos (VASCONCELOS 1918, p. 119). Uma análise atenta do clichê revela que em 1918 a ordenação dos modilhões na cornija norte era distinta da atual, tendo o modilhão que representa um pedreiro a carregar pedra sido introduzido em época posterior (Fig. 17, no lado esquerdo da imagem). Miguel Tomé, na sua dissertação sobre *Património e Restauro em Portugal (1920-1995)*, confirma estas alterações, indicando que a cornija e os modilhões da fachada norte da igreja foram reconstituídos em maio de 1931 (TOMÉ 1998, III, pp. 60). Fica, pois, a dúvida se a inclusão do referido modilhão na

⁶ Agradecemos ao Revisor do texto esta informação.

cornija resulta de uma mudança de posição, ou se ele terá sido esculpido e incluído no monumento durante os trabalhos de restauro de 1931, sendo por isso obra do século XX.

Os blocos que compõem a cornija são decorados com três estrelas cada um, sendo a estrela central de cinco pontas e as das extremidades de seis pontas.

No interior da igreja, cujo acesso se faz descendo dois degraus, as aberturas laterais (ou seja, as frestas) apresentam-se emolduradas por pequenos arcos torais concêntricos, à maneira das arquivoltas e são abocinadas para o exterior, terminando num pequeno vitral. Na capela-mor existe um altar, que data do século passado, e uma tímida fresta que ilumina este corpo.

3. METODOLOGIA

A representação gráfica das siglas e da sua posição nos diferentes alçados é essencial para se obterem leituras relacionadas com a evolução da construção dos edifícios, bem como, para sugerir a participação e os diferentes ritmos de trabalho dos canteiros na obra. Para este efeito, utilizou-se como base de trabalho os desenhos dos paramentos exteriores da igreja de Boelhe publicados no Boletim da Direção Geral de Edifícios e Monumentos Nacionais (DGEMN), de 1950, e procedeu-se ao desenho de quatro alçados interiores do templo, que não haviam sido registados. Os alçados norte e oeste da nave e leste e oeste da capela-mor, foram desenhados à escala de 1:100⁷.

O desenho das siglas foi realizado através de decalque, utilizando-se um vidro e papel de acetato que, depois de encostado aos silhares, permitiu delinear os seus contornos à escala 1:1. Este método foi aplicado nos alçados exteriores da nave e da capela-mor até à sétima fiada de altura. A sobreposição dos decalques das siglas do mesmo tipo permitiu constatar a existência de diferentes tamanhos e definir tipologias de tamanhos. Este processo facilitou o registo das fiadas de silhares mais altas, pois permitiu sobrepor as siglas entretanto registadas às marcas esculpidas nos silhares do topo, anotando-se a sua localização e a que tipo e tamanho correspondiam.

O trabalho de representação gráfica das siglas nos alçados teve em consideração que a igreja foi intervencionada pela DGEMN, tendo sido desmontadas e reconstruídas algumas partes do monumento. De modo a evitar leituras distorcidas, condicionadas por estes trabalhos, assinalaram-se a cinzento as áreas dos paramentos afetadas pelo restauro (Figs. 2 a 7). As siglas foram representadas nos alçados respeitando a sua orientação no silhar, mas ampliadas de modo a permitir a sua visibilidade na escala reduzida dos alçados (Figs. 3 a 7 e 10 a 12).

Os diferentes tamanhos das siglas foram reproduzidos com recurso a gradação de cor, correspondendo a cor mais clara ao tamanho mais pequeno e a cor mais escura ao tamanho maior. Apenas se apresentam os alçados maiores e mais siglados (exterior norte e sul e interior norte e sul), uma vez que os alçados mais pequenos não possuem siglas suficientes que validem a sua representação ou permitam leituras (Figs. 9 a 12).

4. AS SIGLAS

Por norma, a construção de uma igreja iniciava-se pela capela-mor. Quando esta estivesse pronta poderia ser sagrada e iniciar-se a construção da nave. Há casos, como o referido anteriormente, em que o corpo da nave nunca chegou a ser iniciado ficando-se unicamente pela capela-mor (como no caso da capela de S. Pedro, em Melgaço). Construída a cabeceira, seriam então lançados









⁷ Agradecemos ao amigo Hélder Mota a ajuda na elaboração dos desenhos.




os alicerces da nave que iriam subindo aos lanços. Esta forma de construir, que podemos ver em muitas imagens medievais, poderá ser confirmada por intermédio do estudo das siglas do edifício.

A igreja de S. Gens de Boelhe é profundamente siglada, apresentando marcas em todos os alçados interiores e exteriores. Nela identificam-se sete tipos diferentes de marcas de canteiro. Nos seus alçados não se observam grafitos, ou pedras de traçaria, porém, há um caso que se poderia interpretar como sendo uma sigla funerária. Trata-se da sigla cruciforme que se encontra no alçado exterior sul da nave, junto ao solo (Fig. 6). Esta sigla levanta dúvidas quanto ao seu significado funerário, em primeiro lugar, por causa da sua localização, na fachada voltada a sul, quando o local mais comum para os enterramentos é o lado norte das igrejas, tal como parece acontecer em Boelhe; depois, porque na igreja existem outras siglas cruciformes iguais, mas que apenas se encontram nas fiadas mais altas dos silhares, entre os modilhões, sendo esta uma de duas exceções. Tratar-se-á de uma sigla ou marca de posição, como veremos adiante.


As siglas de Boelhe foram gravadas a traço fino, bem marcado na pedra, realizadas com recurso a cinzel. Podem ser observadas com relativa facilidade, embora na fachada principal do templo algumas estejam já muito apagadas, sendo necessárias boas condições de luz para a sua visualização.


A colocação da marca no silhar provavelmente não obedecia a nenhuma orientação específica, pois é possível encontrá-las voltadas à esquerda ou à direita, para cima ou para baixo, facto a que também não será alheio o trabalho do pedreiro assentador. Em alguns edifícios observam-se, por vezes, siglas alfabéticas gravadas de forma invertida, indício revelador de que o pedreiro dispunha de um escantilhão, que em algumas situações o utilizou ao contrário e que não saberia ler, uma vez que não detetou a inversão dos caracteres

Na igreja de Boelhe distinguem-se sete diferentes siglas, sendo apenas uma de tipo alfabético, sigla . As restantes apresentam configuração geométrica, observando-se nas paredes do templo as seguintes marcas: ; ; ; ; ; ; e  (Fig. 8).


Entre estas siglas, os quatro últimos exemplares referidos e a sigla  são as que aparecem mais frequentemente nos nossos edifícios medievais. As siglas  e  são menos frequentes, não tendo sido, até ao momento, identificadas em outro edifício ou na bibliografia consultada.


A marcação das siglas nos alçados da igreja permitiu fazer algumas observações relacionadas com o desenvolvimento da obra e o contributo dado por cada pedreiro. As leituras que se apresentaram procuraram ter em atenção a intervenção da DGEMN na igreja, que modificou alguns dos seus paramentos, sendo possível observar alguns silhares siglados reaproveitados no passeio envolvente à igreja e no lajeado interior. Tendo em atenção este facto, utilizou-se, como já referimos, um sombreado de cor cinzenta para realçar as áreas intervencionadas, procurando assim evitar leituras distorcidas.



Ao analisar as siglas do monumento verifica-se que a sigla  acompanha a edificação do templo desde a fiada mais próxima do chão, na capela-mor, até à parte mais alta (siglada) do alçado frontal. Ela surge representada em todos os alçados, mas circunscreve-se apenas aos silhares, não se manifestando em nenhuma aduela dos arcos. É a sigla mais representada em S. Gens de Boelhe e ocorre em 241 silhares (Tabela n.º 1; Figs. 3 a 8 e 21).


A sigla , a par com a sigla acima referida, acompanha também toda a evolução da construção da igreja, sendo uma das mais numerosas. Aparece marcada em 198 silhares, encontrando-se representada em todos os alçados. Surge mais esporadicamente na capela-mor, mas a sua utilização ganha consistência na nave, a partir das entradas laterais e até ao alçado principal. O canteiro detentor desta sigla lavrou não só silhares, mas também dez aduelas dos diferentes arcos e uma aduela da arquivolta do pórtico axial. Este facto, aliado à perfeição e à qualidade com que esta sigla

é gravada, leva-nos a pensar que este seria o canteiro mais experiente e de maior importância no obradouro de Boelhe (Tabela n.º 1; Figs. 3 a 8 e 20).


A sigla  encontra-se representada em quase todos os alçados da igreja, exceto no alçado interior da fachada principal. Os silhares que a ostentam aparecem na capela-mor e prolongam-se até às entradas laterais da nave, desaparecendo a partir daí e reaparecendo na fachada principal. É uma sigla pouco numerosa, mas, ainda assim, surge em 60 silhares (Tabela n.º 1; Figs. 3 a 8, 19 e 22).

A sigla  regista-se em quase todos os alçados, a cotas geralmente altas, tendo o pedreiro começado a trabalhar na capela-mor em fase já adiantada da sua construção. Esta sigla assume alguma importância porque, além de aparecer marcada em silhares, surge também num cachorro da fachada norte da capela-mor e num silhar interior da fresta que se situa sobre a entrada sul do templo. A sua representatividade é, contudo, reduzida, registando-se apenas em 22 silhares (Tabela n.º 1; Figs. 3 a 8).

O pedreiro que utilizou a sigla  marcou-a em 29 silhares. Esta marca quase não aparece na capela-mor, exceto entre dois modilhões no lado sul, numa área reconstruída pela DGEMN. Todas as ocorrências se dão na nave do templo, sobretudo no lado sul onde aparece com mais frequência. Esta sigla está patente em 6 aduelas dos arcos, revelando assim a especialização do canteiro que a utilizou, que, a par com a sigla , é o único que trabalha aduelas (Tabela n.º 1; Figs. 3 a 8).

A sigla  aparece representada em 27 silhares e surge em maior número nos alçados interiores, principalmente na fachada sul da nave. Esta marca existe em quase todos os alçados, exceto no exterior oeste e nos alçados interiores da capela-mor onde apenas se regista na parede norte (Tabela n.º 1; Figs. 3 a 8 e 20). As suas características poderiam levar a considerar estas siglas como marcas de posição, porém não é perceptível qualquer lógica no seu posicionamento no silhar ou nos alçados

Entre as siglas de Boelhe, a única que parece poder corresponder a uma marca de posição é a que apresenta configuração cruciforme (+). Estes sinais observam-se em 15 silhares localizados nas fiadas mais altas da igreja, entre os cachorros que sustentam o entablamento da cobertura (Tabela n.º 1; Figs. 4 e 6). Como referido anteriormente, apenas em duas situações é que estas siglas não se encontram situadas entre os modilhões da igreja: no alçado sul da nave, junto ao solo, e na parede interior oeste da capela-mor (Figs. 6 e 7). Porém, ambos os casos poderão corresponder a momentos de obras e ao reaproveitamento de pedras. Os silhares marcados com cruces apresentam esquadria quadrangular e têm aproximadamente a mesma dimensão. Localizam-se especificamente entre os modilhões, revelando-se essenciais para uma relação equilibrada entre os cachorros e a cornija. A execução e a colocação destes silhares deverá ter obedecido a um planeamento rigoroso, que implicou que o pedreiro respeitasse escrupulosamente as medidas do espaço disponível entre os modilhões, e que o terá levado a marcar as pedras especificamente produzidas para esta localização.

No alçado exterior sul da capela-mor, observa-se a existência de um destes silhares duplamente siglado, ostentando a marca  em conjunto com a sigla (+) (Fig. 6). Este facto, caso não se trate de um reaproveitamento de silhar, reforça a perspetiva de estarmos perante uma marca de posição.









| Siglas | Nave | | | | | | | | Capela-mor | | | | | | | | Total |
|---|-----------------|----|----|----|-----------------|----|----|----|-----------------|----|----|----|-----------------|----|----|----|-------|
| | Alçado Exterior | | | | Alçado Interior | | | | Alçado Exterior | | | | Alçado Interior | | | | |
| | W | S | E | N | W | S | E | N | W | S | E | N | W | S | E | N | |
|  | 3 | 8 | 1 | 5 | 0 | 4 | 1 | 5 | - | 7 | 4 | 9 | 1 | 2 | 4 | 6 | 60 |
|  | 8 | 31 | 9 | 36 | 12 | 29 | 23 | 14 | - | 17 | 17 | 7 | 4 | 18 | 13 | 3 | 241 |
|  | 13 | 37 | 7 | 33 | 8 | 38 | 12 | 22 | - | 6 | 3 | 1 | 0 | 4 | 8 | 6 | 198 |
| + | 0 | 6 | 0 | 1 | 0 | 0 | 0 | 0 | - | 3 | 0 | 4 | 1 | 0 | 0 | 0 | 15 |
| L | 0 | 0 | 1 | 4 | 3 | 11 | 4 | 1 | - | 1 | 0 | 1 | 0 | 0 | 0 | 1 | 27 |
|  | 0 | 6 | 0 | 3 | 2 | 8 | 0 | 9 | - | 1 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 29 |
|  | 0 | 3 | 2 | 4 | 0 | 2 | 2 | 1 | - | 0 | 1 | 1 | 1 | 3 | 2 | 0 | 22 |
| Total | 24 | 91 | 20 | 86 | 25 | 92 | 42 | 52 | - | 35 | 25 | 23 | 7 | 27 | 27 | 16 | 592 |

Tabela 1: Localização e contabilização das siglas.


O levantamento das siglas e a sua sobreposição revelou a existência de diferentes tamanhos dentro de cada tipo de sigla, tendo-se observado 4 tamanhos diferentes para as siglas  e apenas 3 para a sigla . As restantes marcas apresentam tamanho único (Fig. 9).

A marcação das diferentes dimensões das siglas nos alçados permitiu constatar que as marcas de tipo  apresentam maiores dimensões nos paramentos da capela-mor (T3 e T4), verificando-se esta tendência até, sensivelmente, às portas laterais da nave, ponto a partir do qual se observa uma clara diminuição do seu tamanho (T1 e T2) (Fig.10). O tamanho mais representado é o T3, presente em 111 silhares, logo seguido pelas siglas de tamanho T1, com 78 exemplares identificados (Tabela 2).

Se para esta sigla se pode observar claramente uma evolução na sua dimensão ao longo dos alçados, o mesmo não parece acontecer para as outras siglas, cujos diferentes tamanhos surgem misturados impedindo leituras evolutivas do seu posicionamento nos alçados.


| Sigla | Tam. | Nave | | | | | | | | Capela-mor | | | | | | | | Total |
|---|------|-----------------|----|---|----|-----------------|----|----|----|-----------------|----|----|---|-----------------|----|----|---|-------|
| | | Alçado Exterior | | | | Alçado Interior | | | | Alçado Exterior | | | | Alçado Interior | | | | |
| | | W | S | E | N | W | S | E | N | W | S | E | N | W | S | E | N | |
|  | T1 | 6 | 16 | 2 | 18 | 8 | 18 | 0 | 10 | - | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 78 |
| | T2 | 1 | 8 | 0 | 8 | 2 | 3 | 5 | 1 | - | 0 | 3 | 1 | 0 | 4 | 1 | 0 | 37 |
| | T3 | 1 | 6 | 7 | 10 | 2 | 7 | 17 | 2 | - | 13 | 6 | 6 | 4 | 15 | 12 | 3 | 111 |
| | T4 | 0 | 1 | 0 | 0 | 0 | 0 | 1 | 1 | - | 4 | 8 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 15 |
| Total | | 8 | 31 | 9 | 36 | 12 | 28 | 23 | 14 | - | 17 | 17 | 7 | 4 | 19 | 13 | 3 | 241 |

Tabela 2: Localização e contabilização dos diferentes tamanhos da sigla nos alçados

O pedreiro que usou a sigla  realizou um maior volume de trabalho nos alçados da capela-mor e junto das portas laterais da nave. Os tamanhos mais representados são os T2 e T3, com 28 e 20 siglas cada, respetivamente. A leitura da disposição dos seus diferentes tamanhos nos alçados não permite registar qualquer padrão (Tabela 3; Figs. 9 e 11).

| Sigla | Tam. | Nave | | | | | | | | Capela-mor | | | | | | | | Total |
|---|------|-----------------|---|---|---|-----------------|---|---|---|-----------------|---|---|---|-----------------|---|---|---|-------|
| | | Alçado Exterior | | | | Alçado Interior | | | | Alçado Exterior | | | | Alçado Interior | | | | |
| | | W | S | E | N | W | S | E | N | W | S | E | N | W | S | E | N | |
|  | T1 | 2 | 2 | 0 | 0 | 0 | 1 | 0 | 0 | – | 2 | 2 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 9 |
| | T2 | 1 | 1 | 1 | 1 | 0 | 2 | 1 | 3 | – | 4 | 2 | 5 | 1 | 1 | 1 | 4 | 28 |
| | T3 | 0 | 5 | 0 | 3 | 0 | 1 | 0 | 2 | – | 1 | 0 | 4 | 0 | 1 | 2 | 1 | 20 |
| | T4 | 0 | 0 | 0 | 1 | 0 | 0 | 0 | 0 | – | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 1 | 1 | 3 |
| Total | | 3 | 8 | 1 | 5 | 0 | 4 | 1 | 5 | – | 7 | 4 | 9 | 1 | 2 | 4 | 6 | 60 |

Tabela 3: Localização e contabilização dos diferentes tamanhos da sigla nos alçados

O mesmo se pode dizer relativamente ao pedreiro que utilizou a sigla , que apesar de ter realizado um volume significativo de trabalho, deixando a sua marca em 198 silhares, incluindo as aduelas dos arcos das portas laterais da nave e as marcas no portal axial, não permite grandes considerações relativamente à disposição dos diferentes tamanhos da sua marca nos alçados. As siglas mais pequenas, T1, são as mais numerosas encontrando-se representadas em 106 silhares. As siglas de T2 são 90 e as marcas de maior dimensão são apenas 2 (Tabela 4; Figs. 9 e 12).











| Sigla | Tam. | Nave | | | | | | | | Capela-mor | | | | | | | | Total |
|---|------|-----------------|----|---|----|-----------------|----|---|----|-----------------|---|---|---|-----------------|---|----|---|-------|
| | | Alçado Exterior | | | | Alçado Interior | | | | Alçado Exterior | | | | Alçado Interior | | | | |
| | | W | S | E | N | W | S | E | N | W | S | E | N | W | S | E | N | |
|  | T1 | 8 | 23 | 3 | 22 | 7 | 13 | 4 | 7 | – | 2 | 1 | 1 | 0 | 2 | 8 | 5 | 106 |
| | T2 | 5 | 15 | 4 | 10 | 1 | 24 | 3 | 15 | – | 4 | 2 | 0 | 0 | 2 | 4 | 1 | 90 |
| | T3 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 1 | 1 | 0 | – | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 2 |
| Total | | 13 | 38 | 7 | 32 | 8 | 38 | 8 | 22 | – | 6 | 3 | 1 | 0 | 4 | 12 | 6 | 198 |

Tabela 4: Localização e contabilização dos diferentes tamanhos da sigla nos alçados.





Para a obtenção destes tamanhos padronizados, os canteiros terão utilizado um ou mais escantilhões. Não se sabe se o escantilhão seria de madeira, de ferro ou até mesmo de pele/pergamino, mas deveria ter certamente forma circular, visto que os diferentes tamanhos registados se referem apenas, nos casos das siglas  e , à dimensão do seu corpo circular e não aos seus apêndices (bifurcados ou ondulados). O escantilhão utilizado terá sido o mesmo para os dois tipos de sigla acima referidos. Com a sobreposição das siglas obteve-se outro dado interessante. Partindo do tamanho mais pequeno para o maior (T1; T2; T3 e T4), verifica-se que o diâmetro da circunferência exterior da sigla mais pequena (T1) corresponde aproximadamente ao diâmetro da circunferência interior da sigla de T2 e que esta situação se verifica para os restantes tamanhos até à sigla com o tamanho T4 (Fig. 9). Esta constatação levanta a possibilidade de terem sido utilizados dois escantilhões circulares vazados, de tamanhos diferentes, que permitiria assim obter dois tamanhos por escantilhão. A rebater esta hipótese poderia estar o facto de o canteiro ter utilizado um só escantilhão e a diferença de tamanhos resultar do uso de cinzéis mais ou menos largos na ponta. Mas esta possibilidade parece poder ser afastada porque se constata que, independentemente do tamanho da sigla, o rasgo provocado pela ferramenta do canteiro na pedra é sempre de aproximadamente 1 cm de largura. Falando ainda de escantilhões, mas sobretudo de moldes e bitolas, não podemos

deixar de referir que eles são usados não só nas siglas, mas sobretudo, e nomeadamente, nos elementos decorativos. Estes moldes e bitolas deveriam ser empregues pelos canteiros mais experientes para fazerem as molduras, os frisos, os toros ou as escócias. No caso do estaleiro de Boelhe, o pedreiro detentor da marca  poderá ter sido o responsável pela execução deste trabalho mais especializado. As bitolas e os moldes são tão importantes que ainda hoje as equipas de restauro os utilizam. Na igreja de Boelhe, terão sido utilizados nos capitéis e nas impostas do pórtico axial.

A especificidade das siglas que se podem encontrar nos alçados de Boelhe, particularmente as marcas de tipo  e , poderão permitir, quando identificadas noutras construções, definir a itinerância das equipas de pedreiros e antever a circulação de modelos estilísticos. Nesse sentido procurou-se encontrar paralelos para estas siglas nas igrejas românicas geograficamente mais próximas de Boelhe, como o mosteiro de Vila Boa do Bispo, a igreja de Cabeça Santa, o mosteiro de Paço de Sousa, o de S. Pedro de Cete e a igreja de Vila Boa de Quires. A procura revelou-se infrutífera quanto a estas duas marcas. Contudo, identificaram-se outras siglas, similares às existentes em Boelhe, mas que por serem comuns e existirem em muitos dos monumentos românicos (; ; ; ; e +) não permitem dizer que foram executados pelos mesmos pedreiros. Só uma análise sistemática das siglas de todos os edifícios românicos desta região poderá no futuro contribuir para a definição de um quadro de movimentação de pedreiros e da circulação de influências de modelos estilísticos escultóricos e arquiteturais.

5. CONCLUSÃO

O estudo das siglas medievais de um só monumento encerra demasiadas limitações. Podemos sugerir o número de pedreiros que trabalharam nesse monumento, podemos inferir os ritmos de trabalho e a evolução arquitetónica do edifício, porém, como que trancados pelas paredes robustas do românico, não conseguimos vislumbrar nem responder à miríade de questões que se levantam quase de silhar a silhar. Talvez sejam todos estes problemas e dúvidas, juntamente com a falta de documentação medieval, que impeçam os investigadores de abordar esta temática mais frequentemente. Porém, ainda que limitado e circunscrito a um monumento, o estudo das siglas medievais (de forma sistemática) poderá, num futuro próximo, trazer novas revelações, não só quanto à arquitetura medieval e às suas técnicas construtivas e decoração, mas também em relação à organização social daqueles tempos.

No caso do estudo das siglas da igreja de Boelhe, este permitiu sugerir algumas observações quanto às técnicas construtivas e ao tempo despendido na construção do monumento. O templo terá sido construído de uma só vez, pois não se encontram sinais de que a construção tenha sido interrompida após a construção da capela-mor, como aconteceu em alguns casos já referidos. Ao analisar as siglas constata-se que alguns dos pedreiros que iniciaram a obra na capela-mor se mantiveram a trabalhar durante toda a empreitada, podendo observar-se as suas siglas em todos os alçados do edifício, desde cotas mais baixas, junto ao solo, até às fiadas mais elevadas de silhares. Parece também ter existido um reforço da equipa ou um esforço construtivo suplementar na parte final da construção da nave, com a entrada em obra dos pedreiros que usam as siglas  e . Estas marcas observam-se com maior abundância na metade superior dos alçados da nave, concentrando-se sobretudo junto das portas laterais. Estes pedreiros realizaram também trabalho de maior especialização como algumas aduelas dos arcos (sigla ) , um cachorro da capela-mor e colaboraram na construção das frestas (sigla ) (Figs. 4 e 6).

Este facto permite ainda levantar outra questão: quanto tempo demorou a erguer as paredes deste templo?

A igreja de Boelhe é constituída por 1841 silhares (Tabela 5). Destes, apenas 592 são siglados (32%), os restantes 1249 (68%) não possuem qualquer marca ou sigla visível (Tabela 6). Deve-se, porém, notar que a erosão da pedra e a mão do homem poderão ter contribuído para o desaparecimento de algumas siglas. Por outro lado, não se deve descartar a possibilidade de existirem siglas em faces ocultas dos silhares e de terem existido siglas pintadas, o que faria aumentar significativamente o número de siglas do monumento.

| | | Alçados da nave | | | | Alçados da capela-mor | | | | Total |
|----------|----------|-----------------|-----|-----|-----|-----------------------|-----|-----|-----|-------|
| | | W | S | E | N | W | S | E | N | |
| Silhares | Exterior | 172 | 225 | 109 | 246 | – | 73 | 82 | 65 | 972 |
| | Interior | 121 | 201 | 122 | 206 | 39 | 64 | 59 | 57 | 869 |
| | Total | 293 | 426 | 231 | 452 | 39 | 137 | 141 | 122 | 1841 |

Tabela 5: Contabilização do número de silhares da igreja.

| | | Alçados da nave | | | | Alçados capela-mor | | | | Total | % |
|----------|-----------|-----------------|-----|-----|-----|--------------------|-----|-----|-----|-------|------|
| | | W | S | E | N | W | S | E | N | | |
| Silhares | Com sigla | 49 | 183 | 62 | 138 | 7 | 62 | 52 | 39 | 592 | 32% |
| | Sem sigla | 244 | 243 | 169 | 314 | 32 | 75 | 89 | 83 | 1249 | 68% |
| | Total | 293 | 426 | 231 | 452 | 39 | 137 | 141 | 122 | 1841 | 100% |

Tabela 6: Relação percentual entre silhares siglados e sem sigla.

Se fosse possível calcular o tempo médio despendido no lavar de um silhar e multiplicar esse tempo pelo número de silhares da igreja de Boelhe, decerto conseguir-se-ia calcular o tempo necessário para desbaste e regularização dos aproximados 214.36 m³ de pedra lá utilizados. No entanto, o resultado obtido nunca seria fiável pois ao desbaste da pedra ter-se-ia que adicionar o tempo gasto na construção das estruturas de madeira, no transporte da pedra (que neste caso deveria ser trazida das proximidades), no seu assentamento (quanto mais alto é o muro mais moroso se torna o processo) e ainda, o tempo despendido a esculpir os modilhões, os arcos, as frestas, a cornija e o portal axial.

Por outro lado, e como referido anteriormente, trabalhariam em Boelhe seis ou sete pedreiros, provavelmente apenas auxiliados por um ou dois serventes, constituindo uma equipa de reduzida dimensão. Se se considerar que a igreja foi construída de uma só vez, e por alguns dos mesmos pedreiros, pode-se então afirmar que esta não terá demorado mais do que dois ou três anos a construir, isto se se atentar às informações fornecidas por D. Duarte, “*Dous mesteiraes e tres seruidores fazem em hũ dia hũa braça de parede d alto e de Larguo, e a parede de dous palmos e meo em grosso, e a braça he de dez palmos em longo / e dez em ançho, e esto em dias razoados leuando o mais que podem laurar em o baixo / per o menos que Laurão no alto (...)*”, e aos problemas levantados nos parágrafos anteriores (L.Cons, p. 165).

Tanto estas questões como outras ficam ainda em aberto, pois seriam necessários novos dados e outro tipo de investigação, que poderiam aportar dados relevantes na análise da construção do monumento. Seria importante abordar as questões relacionadas com as técnicas de construção

utilizadas e analisar com profundidade os elementos escultóricos e os motivos decorativos utilizados em S. Gens de Boelhe, integrando-os num estudo mais amplo que permitisse a realização de comparações com outros templos românicos, nomeadamente a igreja de Vila Boa de Quires, com a qual parece assumir afinidades escultóricas. Igualmente importante seria aferir a proveniência da matéria prima utilizada, identificando o local de extração do granito. As estruturas auxiliares à construção de um edifício medieval, tal como os andaimes, as escadas, as gruas, os cimbres e todos estes utensílios que transformavam o arquiteto medieval ou o mestre-carpinteiro em excelentes engenheiros, são também de grande relevância, mas o seu estudo é muitas vezes dificultado pela ausência de vestígios significativos e esclarecedores nos paramentos dos edifícios.

Será necessário desbastar ainda muita pedra e alicerçar o conhecimento da arquitetura medieval, dos pedreiros e das suas marcas, em sólidos estudos gliptográficos, para que as siglas deixem de ser “*ainda tão mudas*”, como referia Carlos Alberto Ferreira de Almeida.

AGRADECIMENTOS

Gostaria de deixar uma palavra de reconhecimento e agradecimento ao Professor Doutor Mário Barroca, que acompanhou e incentivou este trabalho desde o seu início, em 2003. Agradeço também a Ana Maria Oliveira as inúmeras leituras que fez do texto e a relevância de todas as suas sugestões.

BIBLIOGRAFIA

- ALMEIDA, Carlos Alberto Ferreira de (1978), *Arquitectura românica de Entre-Douro-e-Minho*, dissertação de Doutoramento, 2 vols., Porto, Faculdade de Letras da Universidade do Porto, ed. policopiada.
- ALMEIDA Carlos Alberto Ferreira de (1986), *O Românico*, “História da Arte em Portugal”, vol. 3, Lisboa, Publicações Alfa.
- ALMEIDA, Carlos Alberto Ferreira de (2001), *O Românico*, “História da Arte em Portugal”, vol. 1, Lisboa, Editorial Presença.
- BARROCA, Mário Jorge (2000), *Epigrafia Medieval Portuguesa (862-1422)*, 4 vols., Lisboa, FCG-FCT.
- BELLE, Jean-Louis Van (1983), «Les Signes lapidaires: essai de terminologie», *Actes du Colloque International de Glyptographie de Saragosse (7-11 de Juillet 1982)*, Zaragoza, Centre International de Recherches Glyptographiques, pp. 29-43.
- BELLE, Jean-Louis Van (1987), «Les Marques de tailleurs de pierre. Pour une problématique régionale et internationale», in BARRAL y ALTET, Xavier (dir. de) - *Artistes, Artisans et Production Artistique au Moyen Âge*, vol. II, Paris, Picard, pp. 519-527.
- BESSAC, Jean-Claude, et alli (1999), “La Construction- la pierre”, in Ferdière, Alain (dir.), *Collection Archéologique*, Paris, Editions Errance.
- BF – *Le Cartulaire Baio Ferrado du Monastère de Grijó (Xie-XIle siècles)*, Ed. Robert Durand, Paris, 1971.
- BOISSELLIER, Stéphane (2012), *La Construction Administrative d’un Royaume. Registres de Bénéfices Ecclésiastique Portugais (XIII-XIVe Siècles)*, Lisboa, UCP-CHER.
- CASELLA, Gabriella (2003), *Gramáticas de Pedra – Levantamento de tipologias de construção murária*, Porto, Centro Regional de Artes Tradicionais.

- CASTRO, Ana Sampaio e; SEBASTIAN, Luís (2005), “Les marques lapidaires du monastère Cistercien de São João de Tarouca”, *Actes du XIV^e Colloque International de Glyptographie de Chambord*, Centre International de Recherches Glyptographiques, pp. 399-422.
- CASTRO, Ana Sampaio e; SEBASTIAN, Luís (2010), “Estudo gliptográfico do Mosteiro de S. João de Tarouca”, *As Idades Medieval e Moderna e na Península Ibérica, Actas do IV congresso de arqueologia medieval* (Faro, 2004), *Promontória monográfica*, 13, Faro, DHAP da Universidade do Algarve, pp. 79-90.
- CHARRÉU, Leonardo (1995), “As siglas dos Canteiros Medievais: contributo metodológico e bibliográfico para o seu estudo”, *Al-Madan*, II. ^a Série n.º 4 (Out. 1995), pp. 119-127.
- CÓMEZ, Rafael (2001), *Los constructores de la España medieval*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- COSTA, António Carvalho da (1868), *Corografia Portuguesa*, Tomo I, 2.^a Edição, Braga.
- COSTA, Avelino de Jesus da (1997), *O bispo D. Pedro e a organização da Arquidiocese de Braga*, 1.^o volume da 2.^a edição, refundida e ampliada, Braga, Irmandade de S. Bento da Porta Aberta.
- CUNHA, Cláudia (2015), *Ermida do Paiva. Arquitetura e Escultura*, dissertação de mestrado, Porto, Faculdade de Letras da Universidade do Porto.
- DGEMN (1950), “Igreja de S. Gens. Boelhe”, *Boletim da Direcção Geral dos Edifícios e Monumentos Nacionais*, n.º 62.
- DS – *Documentos de D. Sancho I (1174-1211)*, Ed. Rui de Azevedo, Avelino de Jesus da Costa e Marcelino Pereira, Coimbra, Imprensa da Universidade, 1979.
- FERRER BENIMELI, José A. (1979), “Les Signes Lapidaires en Espagne”, *Actas do Colóquio Internacional de Mons (Abril 1979)*, Mons, Centre International de Recherches Glyptographiques.
- FERRER BENIMELI, José A. (1981), “Los Signos lapidários en España. Comparación morfológica”, *Actas do Colóquio Internacional de Glyptographie de Nimes*, Nimes, Centre International de Recherches Glyptographiques.
- FERRER BENIMELI, José A. (1983), *Signos Lapidários de Aragon*, Institución Fernando el Católico, Saragoça. (Sep. das comunicações aragonesas apresentadas ao Colloque International de Glyptographie de Saragosse, 1982).
- GANDRA, Manuel J. (2001), “Subsídio para o Catálogo do Corpus Gliptográfico Português”, *Cadernos da Tradição*, Ano I, N.º 2, Mafra.
- GEPB – *Grande Enciclopédia Portuguesa e Brasileira*, 40 Vols., Lisboa / Rio de Janeiro, Editorial Enciclopédia, 1935-1960.
- GOMES, Saúl António (1990), *O Mosteiro de Santa Maria da Vitória*, Coimbra, Imprensa da Universidade.
- GRAÇA, A. Santos (1982), *O Poveiro*, Póvoa de Varzim, Câmara Municipal da Póvoa de Varzim.
- L. CONS. – *Livro dos Conselhos de El-Rei D. Duarte, (Livro da Cartuxa)*, Ed. João José Alves Dias, Lisboa, 1982.
- LACERDA, Aarão de (1919), *O templo das Siglas. A Igreja da Ermida do Paiva*, Porto, edição de autor.
- LEAL, Augusto Soares A. B. de Pinho (1886), *Portugal Antigo e Moderno*, Livraria Editora Tavares Cardoso & Irmão, Lisboa.
- LPreto – *Livro Preto da Sé de Coimbra*, vol. I, ed. de A. G. Rocha Madahil, vols. II e III, ed. de Avelino Jesus da Costa, Leontina Ventura e Maria Teresa Velosa, Coimbra, 1977-1978-1979.

- LTPS – *Livro dos Testamentos do Mosteiro de Paço de Sousa*, ed. de José João Rigaud de Sousa e Maria Teresa Monteiro, sep. de Bracara Augusta, Braga, 1972.
- MARTIN-ROMO, Rodrigo de la Torre (1986), “As marcas na pedra. A gliptografia na Província de Pontevedra”, *V Colóquio Internacional de Gliptografia* (Poio-Pontevedra, 1986), Pontevedra, Centre International de Recherches Glyptographiques.
- MACHADO, José Pedro (1984), *Dicionário onomástico e etimológico da língua Portuguesa*, 3 vols., Lisboa, Editorial Confluência.
- MATTOSO, José (1998), *Ricos-Homens, Infanções e Cavaleiros. A Nobreza medieval Portuguesa nos séculos XI e XII*, Lisboa, Guimarães Editores.
- MATTOSO, José (2002), *O Monaquismo Ibérico e Cluny*, Lisboa, Círculo de Leitores (Obras completas de José Mattoso, vol. 12).
- MEIRELES, Frei António da Assunção (1942), *Memórias do Mosteiro de Paço de Sousa e Índex dos documentos do Arquivo*, Lisboa.
- PMH – Inq – *Portugaliae Monumenta Historica... Inquisitiones*, Lisboa, Academia das Ciências, 1888-2015.
- PUNTE LÓPEZ, Juan Luis (2001), *Firmando en la Piedra: Marcas Y signos lapidarios por los maestros canteros medievales*, León, Edilesa.
- RAMALHO, Maria de Magalhães e PEREIRA, Paulo (1997), “Pedra de Traçaria do Convento de S. Francisco de Santarém”, *Arqueologia Medieval*, vol. 5, Porto, Afrontamento.
- RAMALHO, Maria de Magalhães e PEREIRA, Paulo (2001), “Segunda Pedra de Traçaria do Convento de S. Francisco de Santarém”, *Estudos/Património*, vol. 1, Lisboa, IPPAR.
- REAL, Manuel Luís (1986), “A Igreja de S. Pedro de Ferreira. Um invulgar exemplo de convergência estilística”, sep. de *Paços de Ferreira - Estudos Monográficos*, Paços de Ferreira.
- REAL, Manuel Luís e SÁ, Pedro (1982), “O Mosteiro de Roriz na arte românica do Douro Litoral”, sep. de *Actas do Colóquio de História Local e Regional* (Santo Tirso, 1979), Santo Tirso.
- ROSAS, Lúcia Maria Cardoso (1995), *Monumentos Pátrios, Arquitectura Religiosa Medieval – Património e Restauro (1835-1928)*, dissertação de Doutoramento, 2 vols., Porto, Faculdade de Letras da Universidade do Porto, ed. policopiada.
- ROSAS, Lúcia Maria Cardoso (Coord. Científica) (2008), *Românico do Vale do Sousa*, Valsousa – Rota do Românico do Vale do Sousa.
- SILVÉRIO, Alexandra Domingues (2014), *Arqueologia da arquitetura – Contributo para o estudo da Sé de Lisboa*, dissertação de Mestrado, Lisboa, Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Nova de Lisboa. Disponível em: <http://hdl.handle.net/10362/13753>
- SOEIRO, Teresa (1987-88), “Penafiel. O Tâmega de Ontem”, *Penafiel. Boletim Municipal de Cultura*, 3.ª Série, vol. 4-5, Penafiel.
- SOEIRO, Teresa (1998), “O sítio romano da Bouça do Ouro, Boelhe”, *Cadernos do Museu*, vol. 4, Penafiel, Museu Municipal de Penafiel, pp. 5-62.
- SOUSA, J. M. Cordeiro de (1925-26), “Marcas de Canteiro”, *O Archeologo Português*, 1.ª Série, vol. XXVII, Lisboa, pp. 48-54.
- SOVERAL, Manuel Abranches de (s/d), *Leitão – linha ascendente dos senhores do Paço da Torre de Figueiredo das Donas*. [consultado no dia 10 de julho de 2019]. Disponível em: www.soveral.info/mas/Leitao.htm

TOMÉ, Miguel Jorge Biscaia Ferreira (1998), *Património e Restauro em Portugal (1920-1995)*, dissertação de Mestrado, 3 vols, Porto, Faculdade de Letras da Universidade do Porto, ed. polí-copiada.

TRIGO DIAZ, Feliciano (1993), *Os signos lapidários nas Terras de Galicia: colección de trinta láminas*, Pontevedra, Deputación Provincial de Pontevedra.

VAIREAUX, François, (1994), “Etude d´elevation de la chapelle Notre-Dame du Val Dês Nymphes (commune de La Garde-Adhémar, Drôme)”, *Archeologie du Midi Médiéval*, Centre d´archeologie medieval du Languedoc, Tomo XII, pp. 39-64.

VAN de WINCKEL, M. (1964), “Atribuição de data a edifícios antigos pelo método das siglas lapida-res”, *Revista Municipal de Lisboa*, Ano XXV, n.º 100.

VASCONCELOS, Joaquim de (1918), *Arte Românica em Portugal*, Porto, Edições Marques Abreu.

Cartografia

Instituto Geográfico do Exército, Carta Militar de Portugal, Esc. 1: 25.000, Folha n.º 124, 4.ª edição, 1997.

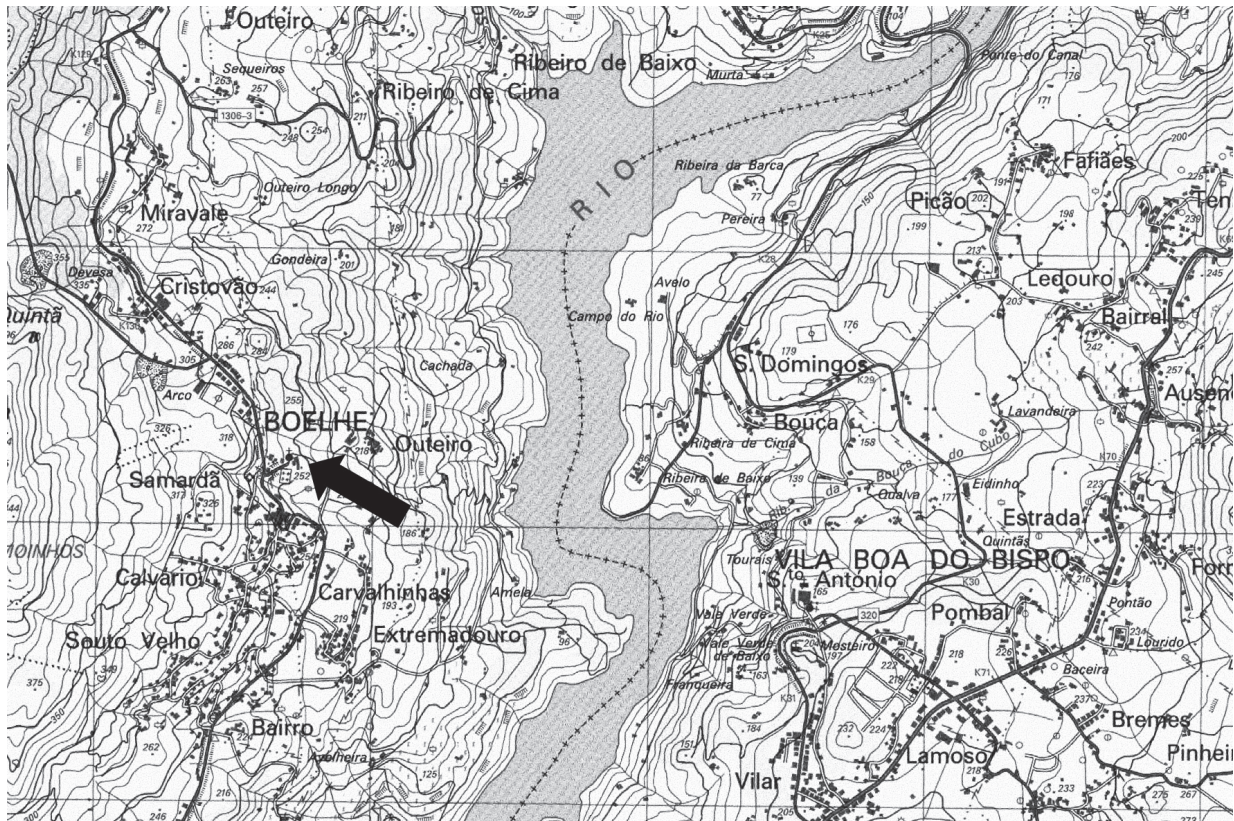


Fig. 01: Localização de Boelhe na Carta Militar de Portugal, n.º 124, esc. 1: 25.000.

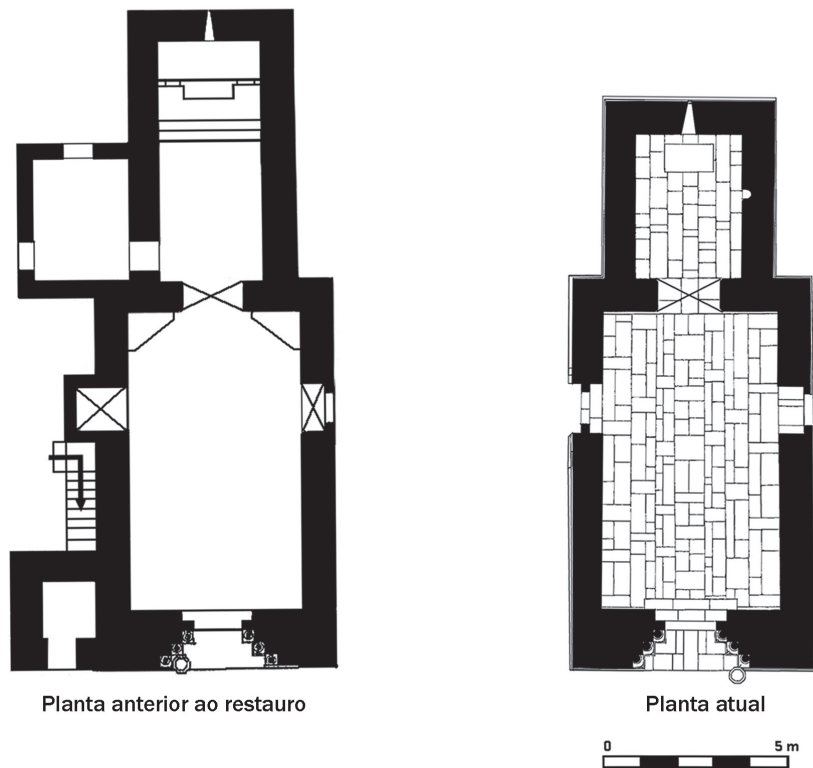


Fig. 02: Planta da igreja antes e depois dos trabalhos de restauro da DGEMN.

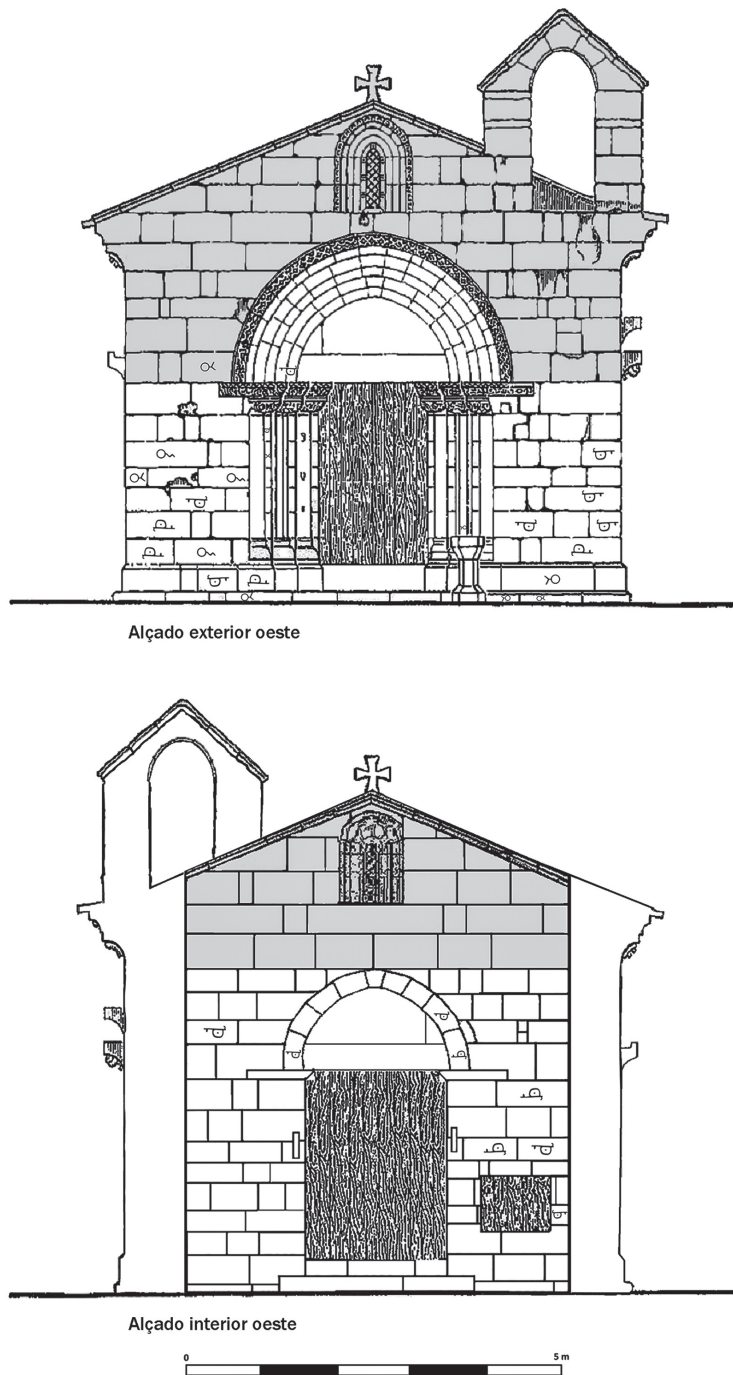
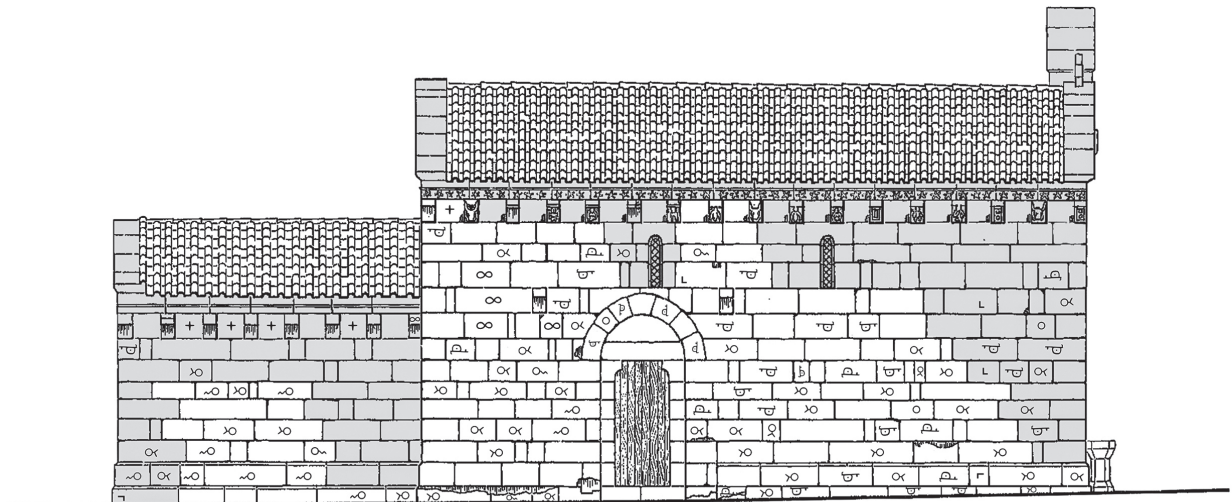
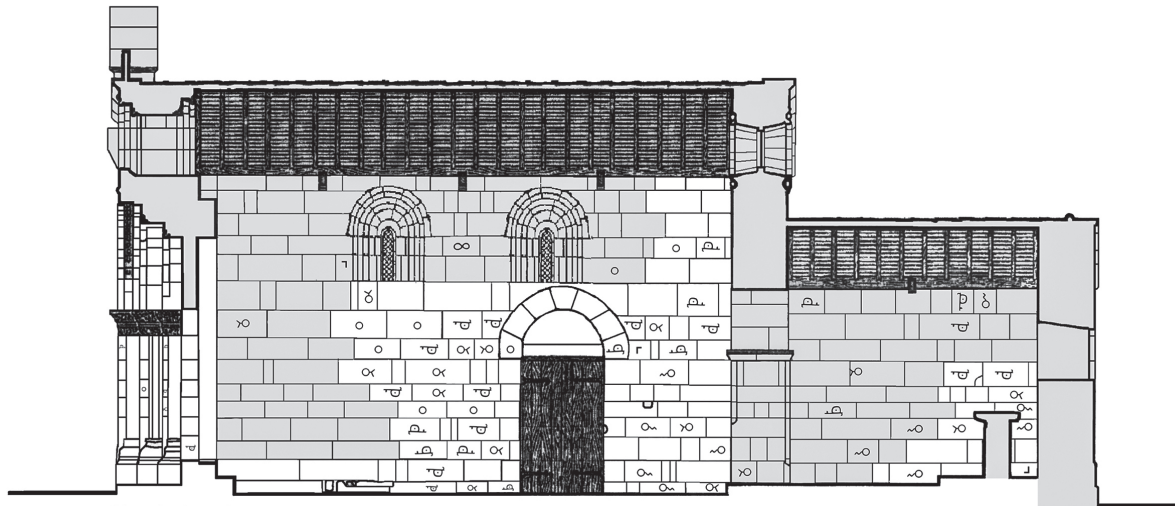


Fig. 03: Siglas existentes no muro oeste do templo. Em cima regista-se o alçado exterior e, em baixo, a face interior do mesmo muro.



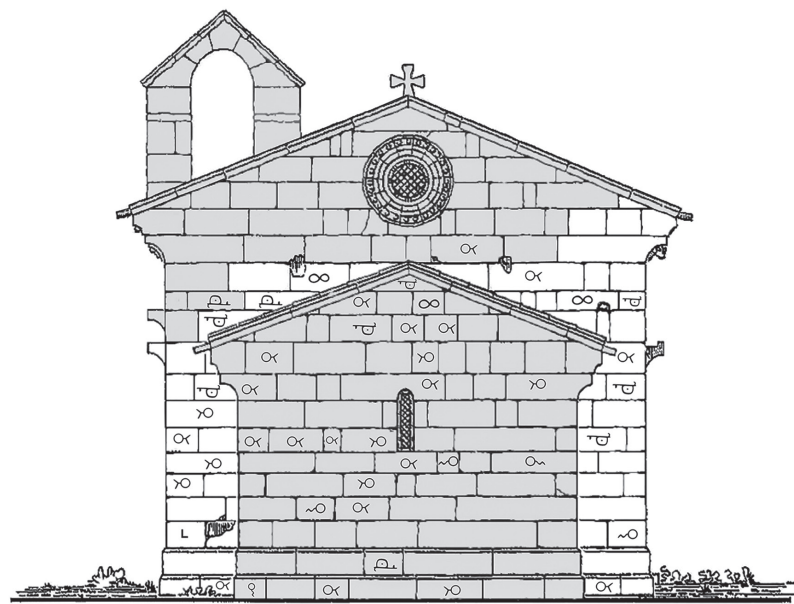
Alçado exterior norte



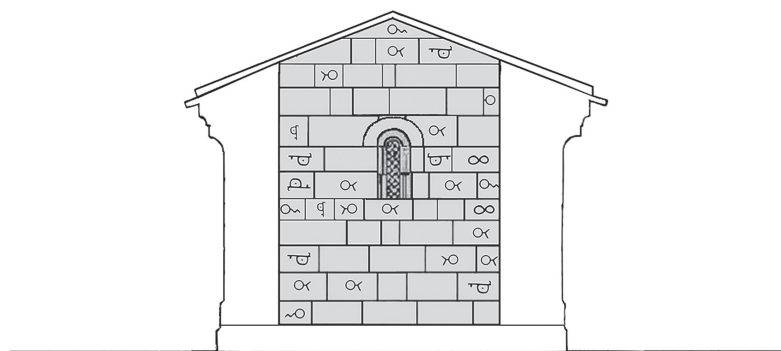
Alçado interior norte



Fig. 04: Siglas do muro norte da igreja. Em cima observa-se o alçado exterior e, em baixo, o alçado interior.



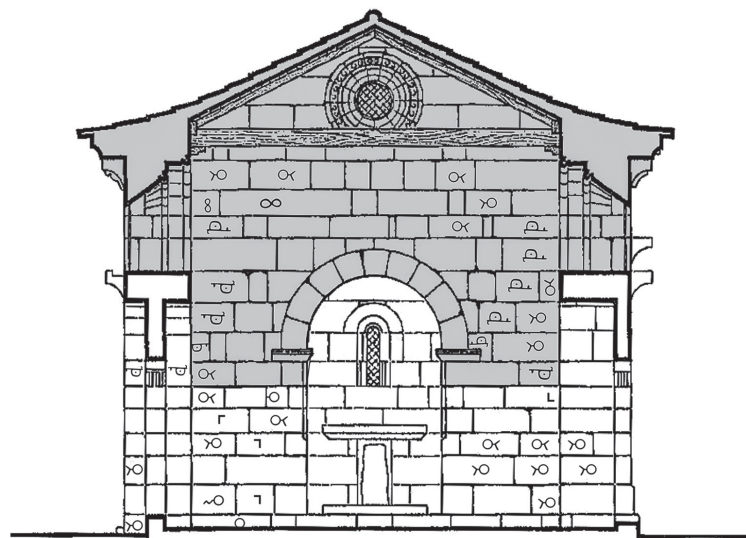
Alçado exterior leste



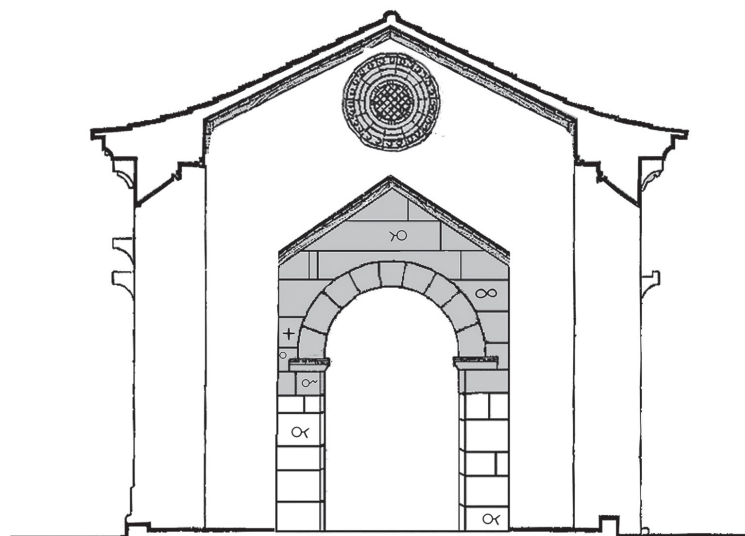
Alçado interior leste



Fig. 05: Siglas existentes nos muros leste do templo. Em cima registam-se os alçados exteriores da nave e da capela-mor e, em baixo, observa-se a face interior do muro leste da capela-mor.



Alçado interior leste da nave



Alçado interior oeste da capela-mor



Fig. 07: Siglas do alçado interior leste da nave e do alçado interior oeste da capela-mor (em baixo).

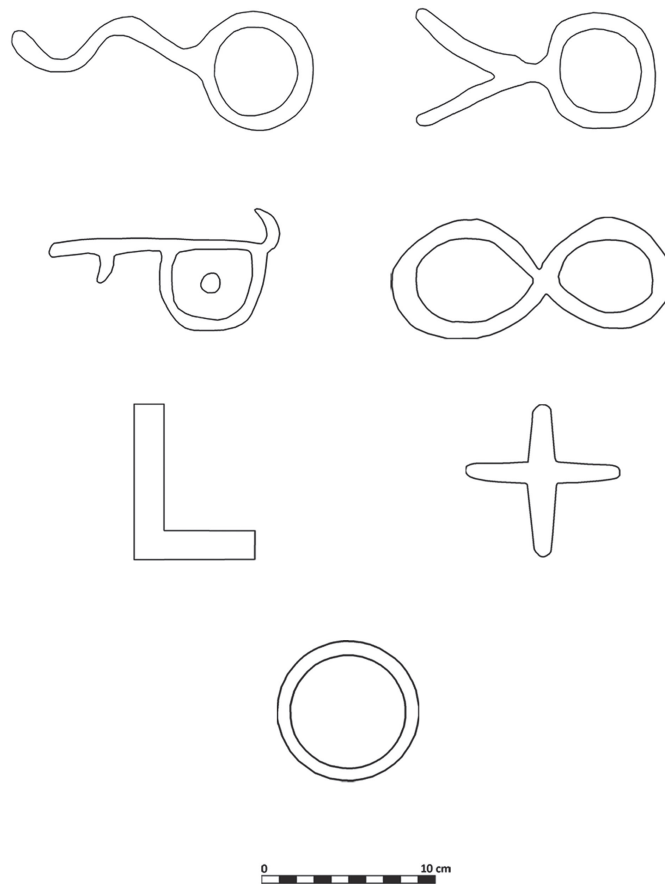


Fig. 08: Tipologia das siglas que se podem observar na igreja.

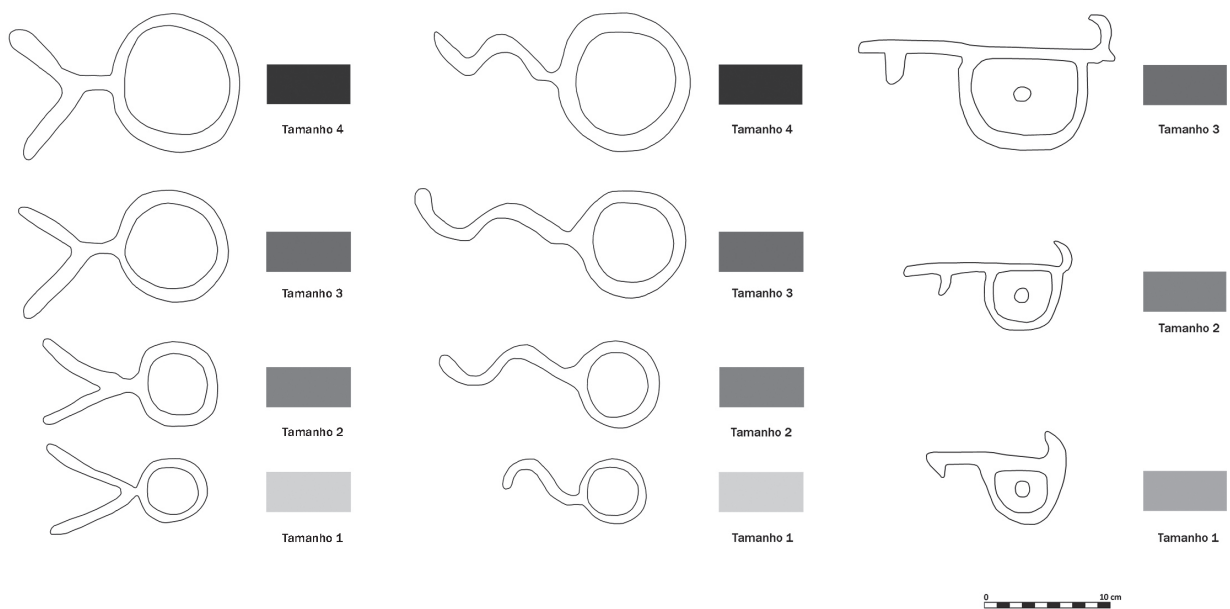


Fig. 09: Representação dos diferentes tamanhos das siglas.



Fig. 10: Projeção dos tamanhos da sigla de apêndice bifurcado nos muros norte e sul do templo. Em cima observa-se o alçado exterior e, em baixo, a face interior.

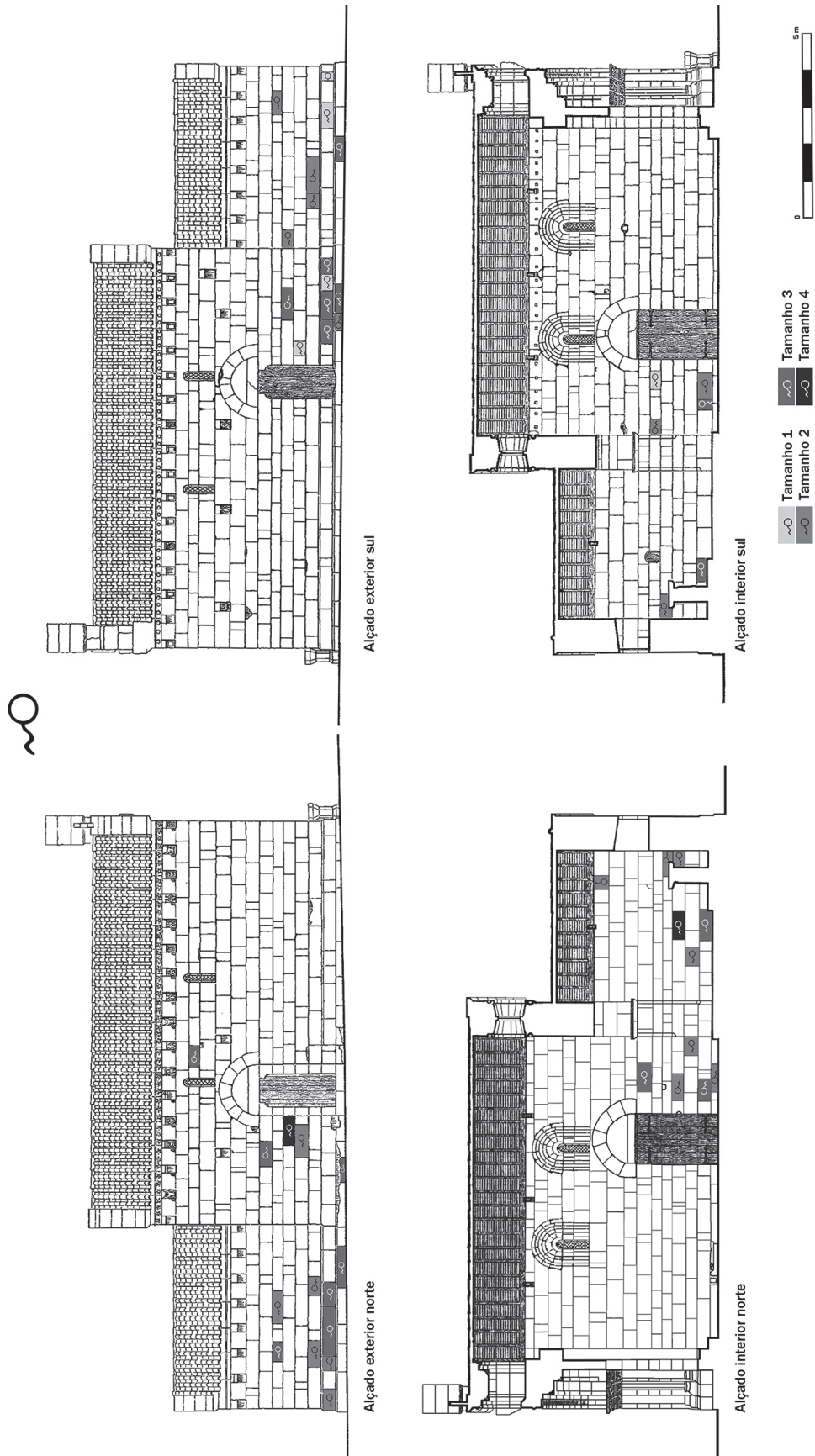


Fig. 11: Representação dos tamanhos da sigla de apêndice ondulado nos alçados. Em cima observa-se o alçado exterior e, em baixo, a face interior.



Fig. 12: Diferentes tamanhos da sigla tipo "P" nos muros norte e sul. Em cima observa-se o alçado exterior e, em baixo, a face interior.



Fig. 13: Fachada principal da igreja de S. Gens de Boelhe.



Fig. 14: Alçado norte do templo.



Fig. 15: Alçado sul.



Fig. 16: Entrada lateral sul da igreja.



Fig. 17: Pormenor de dois modilhões da cornija norte. Pedreiros a carregar silhares. O pedreiro à esquerda na imagem poderá ser obra da DGEMN.



Fig. 18: Modilhões da cornija norte. Ao centro e nas extremidades observam-se os três bovídeos de barbeta ondulante.



Fig. 19: Siglas de apêndice ondulado no alçado sul.



Fig. 20: Siglas no alçado norte.



Fig. 21: Sigla de apêndice bifurcado.

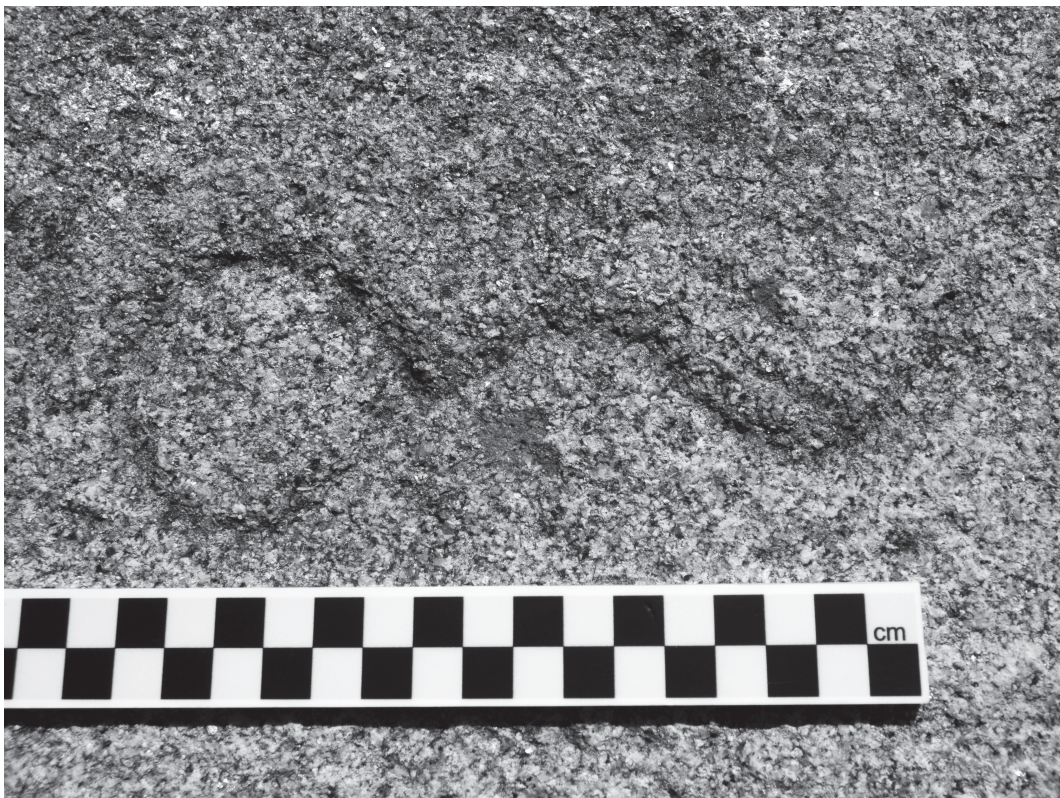


Fig. 22: Sigla de apêndice ondulado.

UM MODELO DE ESPADA CRIADO PELOS PORTUGUESES NA PRIMEIRA METADE DO SÉCULO XV?

Henrique Seruca

M.D., PhD

serucahenrique@gmail.com

Mário Jorge Barroca

FLUP - DCTP / CITCEM - UP

mbarroca@letras.up.pt

ABSTRACT

Up until now, all international arms and armour specialists have considered that swords with double guard were created in Iberia in the end of 15th century and used till the middle of 16th century. Five Portuguese iconographic documents, three religious sculptures and two sculptured tombs with dated epigraphic friezes, show that this sword model already existed in Portugal before 1440. These examples suggest that this sword model can possibly have been created in Portugal in the first half of the 15th century.

Keywords: sword, double guard, medieval epigraphy.

RESUMO

A espada de guarda dupla, dita “espada carangueja”, tem sido considerada por todos os especialistas internacionais em armaria como uma invenção dos finais do século XV, com origem na Península Ibérica. O seu uso perdurou até meados do século XVI. A observação de documentos iconográficos portugueses da primeira metade do século XV - três esculturas religiosas e dois túmulos com jacentes e epígrafes datadas -, pôs em evidência que este modelo de espada já existia em Portugal antes da década de 40 do século XV. Estes exemplos sugerem a possibilidade de este modelo de espada ter sido criado em Portugal na primeira metade do século XV.

Palavras chave: espada, guarda dupla, “espada carangueja”, epígrafes datadas.

Nos modelos mais antigos e arcaicos de espadas, a transição entre a zona da lâmina e a área da empunhadura não apresentava elemento transversal à lâmina, destinado a defender a mão do guerreiro de um golpe desferido por espada adversária, se esta deslizesse pela lâmina e atingisse o punho. O reconhecimento desta fragilidade levou ao aparecimento de pequenas protuberâncias metálicas na transição entre o punho e a lâmina, destinadas a estancar o movimento da lâmina adversária e a proteger a mão do guerreiro. Com a evolução, essas saliências foram ganhando dimensão e acabaram por dar origem a uma peça metálica autónoma, de desenvolvimento transversal em relação à lâmina e ao punho, que passou a designar-se *guarda*. Para tanto, a lâmina de uma espada passou a ter uma *espiga*, um eixo metálico que a prolongava na sua zona da retaguarda da

superfície cortante, no qual se encaixava a *guarda* e, depois, sucessivamente, o *punho* e o *pomo*. O conjunto das peças era, depois, encerrado com o *botão*, soldado ou cravado.

Ao longo dos tempos, as guardas foram aumentando de tamanho. Os gládios romanos apresentavam guardas pequenas, de escasso desenvolvimento. O mesmo acontecia com as espadas da Antiguidade Tardia embora já se detecte uma tendência para as guardas se alargarem, como se pode verificar na espada vândala procedente do Convento de St^a. Clara de Beja, que se conserva no Museu Regional Rainha D. Leonor, em Beja¹, ou na espada suévica (?) de Conimbriga, que se expõem no Museu Monográfico de Conimbriga².

No mundo ocidental, ao longo da Idade Média, essa protecção da mão aumentou de dimensão e adoptou diferentes configurações³. Na maior parte dos casos, as guardas eram rectas ou tendencialmente rectas. É o caso da espada de Fernando III de Leão e Castela (Fernando *o Santo*), falecido em 1250 (Tesouro da Catedral de Sevilha), da espada de D. Fernando de La Cerda, falecido em 1275 (Mosteiro de Las Huelgas Reales de Burgos) ou da espada de D. Juan de Tarifa, falecido em 1319 (Tesouro da Catedral de Toledo). Mas também as houve levemente arqueadas, com curvatura sobre a lâmina, como se pode ver na espada de Sancho IV de Castela, falecido em 1295 (Tesouro da Catedral de Toledo)⁴.

Entre nós, as guardas também conheceram soluções rectas, como é o caso de uma espada dos finais do século XIII ou do primeiro quartel do século XIV, procedente da Igreja de S. Nicolau de Santarém, que se conserva no Museu Militar de Lisboa (MML, S/Inv.), provavelmente oriunda do túmulo de Fernão Rodrigues Redondo (nobre falecido em 1324). Mas, a par desta tendência encontramos outras espadas que ostentam guardas arqueadas, como se pode ver num fragmento de proveniência desconhecida, correspondente a toda a zona de empunhadura de uma espada (pomo, punho, guarda e arranque de lâmina), que se conserva no mesmo Museu Militar de Lisboa (MML, S/Inv.)⁵.

Em todo o caso, as guardas rectas parecem ter sido predominantes no Portugal mediéxico. A escultura de D. Afonso Henriques, procedente da Ermida de S. Miguel da Alcáçova de Santarém, que hoje se expõe no Museu Arqueológico do Carmo, em Lisboa, representa o monarca empunhando uma espada de guardas rectas⁶. As espadas representadas nos dois relevos do Claustro da Sé de Évora, que apresentam cavaleiros e que, usualmente, se costumam associar a Geraldo Geraldes, *o Sem Pavor*, ostentam igualmente guardas rectas. É ainda desta tipologia a espada que São Tiago empunha, no retábulo da Igreja de Santiago do Cacém, uma obra encomendada por D. Vataça

1 José Leite de Vasconcelos, *Religiões da Lusitânia*, vol. III, Lisboa, 2.ª ed., 1981, p. 577, nota 3; Abel Viana, "A propósito de uma espada do Museu de Beja", *Revista de Guimarães*, vol. LXIII, Guimarães, 1953, pp. 183-191; Iaroslav Lebedynsky, *Armes et Guerriers Barbares au temps des grandes invasions*, Paris, Ed. Errance, 2001, p. 123.

2 Cf. Jorge de Alarcão, Robert Etienne, Adília Moutinho Alarcão e Salette da Ponte, *Fouilles de Conimbriga*, vol. VII, *Trouvailles Diverses – Conclusions Générales*, Paris, Diffusion E. de Boccard, 1979, pp. 91-92 e 95, Est. LVIII, n.º 54; *Coleções do Museu Monográfico de Conimbriga. Catálogo*, Conimbriga, MMC, 1984, p. 104.

3 Ewart Oakeshott, *Records of the Medieval Sword*, Woodbridge, The Boydell Press, 2002; Ewart Oakeshott, *The Sword in the Age of Chivalry*, Woodbridge, The Boydell Press, 2002; Ada Bruhn de Hoffmeyer, "From Medieval Swords to Renaissance Rapier", *Gladius*, vol. II, Madrid, 1963, pp. 5-68; Ada Bruhn de Hoffmeyer, *Arms & Armour in Spain. II. A Short Survey*, Cáceres, Instituto de Estudios sobre Armas Antiguas, 1982, pp. 31-74; Ada Bruhn de Hoffmeyer, "Las armas en la história de la Reconquista", in *Las Armas en la História*, Cáceres, 1988, pp. 49-65; s/A, s.v. "Sword" in Leonid Tarassuk e Claude Blair (Ed. by), *The Complete Encyclopedia of Arms & Weapons*, New York, Simon and Schuster, 1982, pp. 465-477.

4 Ada Bruhn de Hoffmeyer, "From Medieval Swords to Renaissance Rapier", *Gladius*, vol. II, Madrid, 1963, pp. 15-16; Ewart Oakeshott, *Records of the Medieval Sword*, Woodbridge, The Boydell Press, 2002, p. 70, n.º XII.5 (D. Fernando de La Cerda), p. 72-73, n.º XII.7 (Sancho IV de Castela), p. 109-110, n.º XIIIb.1 (D. Juan de Tarifa).

5 Estiveram ambas presentes na exposição *Pera Guerrejar* – cf. Mário Jorge Barroca, João Gouveia Monteiro e Isabel Cristina F. Fernandes, *Pera Guerrejar – Armamento Medieval no Espaço Português*, Palmela, Câmara Municipal de Palmela, 2000, n.º 49 e 50, pp. 321-323.

6 Cf. José Morais Arnaud e Carla Varela Fernandes (Coord. de), *Construindo a Memória. As Coleções do Museu Arqueológico do Carmo*, Lisboa, Associação dos Arqueólogos Portugueses, 2005, n.º 1247, p. 342.

Lascaris de Ventimiglia, provavelmente cerca de 1330⁷. E são inúmeros os jacentes que ostentam espadas de guardas rectas – como é o caso de Rodrigo Sanches, no Mosteiro de S. Salvador de Grijó (fal. em 1245, túmulo executado c. 1260); de Domingos Joanes, na capela dos Ferreiros, anexa da Igreja Matriz de Oliveira do Hospital (jacente executado por Mestre Pêro em 1341); de Lopo Fernandes Pacheco, cujo monumento se conserva na charola da Sé de Lisboa (fal. em 1349 e túmulo criado entre esse ano e 1367), de Fernão Gonçalves Cogominho, procedente da Sé de Évora, hoje no Museu de Évora (fal. em 1364), etc. Todos estes exemplos revelam-nos que, ao longo de boa parte da nossa Idade Média – pelo menos até à segunda metade do século XIV –, a predileção dos portugueses parece ter incidido nas espadas de guardas rectas. Esta tendência não é, de resto, estranha à que se desenha um pouco por toda a Europa ao longo da Baixa Idade Média, onde se assiste a um esmagador domínio das guardas rectas, sem que estas constituam, no entanto, opção exclusiva.

A partir dos meados do século XIV começam a surgir, na Europa, algumas espadas que apresentam uma guarda recta acompanhada de outra, secundária, formada por um único elemento semi-circular, de configuração anelar. Este modelo corresponde ao tipo 4 de A. V. B. Norman, ao qual este autor atribuiu uma cronologia compreendida entre *circa* 1340 e os inícios do século XVI⁸. Pertence a esta tipologia a espada representada no Retábulo da Misericórdia de Coimbra, que retrata cenas da Vida da Virgem, e que foi pintado por João de Ruão no século XVI⁹. Este modelo assimétrico de guardas prolonga-se pelos tipos 6 e 8 da tipologia de A. V. B. Norman, que abarcam cronologias da segunda metade do século XV e dos inícios da centúria de Quinhentos. Na tipologia de Ewart Oakeshott este tipo encontra-se classificado sob o número XIX.7, ao qual o autor atribuiu uma cronologia “c. 1400-20”, um pouco mais avançada que a proposta por A. V. B. Norman para os primeiros testemunhos, mas substancialmente menos longa na sua duração¹⁰.

A confiar nas cronologias mais recuadas, poderia radicar nestes modelos o desenvolvimento de uma solução de guarda subsidiária simétrica. Essa parece ser uma conquista já do século XV, quando surgem espadas com guardas principais de configuração recta ou arqueada, nestes casos curvando-se em direcção à ponta da espada, reforçadas por guardas subsidiárias, constituídas por dois elementos curvos, mais pequenos, cujas extremidades podiam até tocar na lâmina. Ou seja, algumas espadas passaram a ter *guarda* (exterior) e *contra-guarda* ou *guarda subsidiária* (interior). Alguns autores preferem chamar *quartão* à guarda e *quartão inferior* à contra-guarda ou guarda subsidiária¹¹. À guarda exterior os autores espanhóis chamam *crúz* ou *arriaz*; à contra-guarda ou guarda subsidiária dão o nome de *patillas*. O aparecimento deste novo tipo de espadas corresponde a uma fase em que o arnês integral se difundia como equipamento militar, o que obrigava a uma utilização mais dinâmica da espada, capaz de atingir os pontos fracos da armadura protectora. Para tanto, as lâminas tornaram-se mais leves e as guardas adquiriram estes apêndices, de configuração anelar, onde o cavaleiro podia colocar o polegar e, assim, manusear a espada de uma forma mais segura. A esse novo tipo de espada deu-se, em Portugal, o nome de “*espada carangueja*”, “*africana*” ou “*espadas de guardas portuguesas*”. Entre os investigadores espanhóis elas são designadas “*espadas con patillas*”. Os ingleses chamam, a este tipo de guardas, “*crab-claw quillons*”¹².

7 Cf. o estudo decisivo de José António Falcão e Fernando António Baptista Pereira, *O Alto-Relevo de Santiago combatendo os Mouros da Igreja Matriz de Santiago do Cacém*, 2.ª ed., Beja, Departamento do Património Histórico e Artístico da Diocese de Beja, 2001.

8 A. V. B. Norman, *The Rapier and Small-Swords (1460-1820)*, Ayer Company Publishers, 1980 (reprint Ken Trotman Publishers, 2015).

9 Encontra-se exposto no Museu Nacional de Machado de Castro, em Coimbra – MNMC, 4098^{BIN}.

10 Ewart Oakeshott, *Records of the Medieval Sword*, Woodbridge, The Boydell Press, 2002 (reprint da ed. Original de 1991), p. 204, n.º XIX-7.

11 Luís Stubbs Saldanha Monteiro Bandeira, *Glossário Armeiro (Séculos XI a XIX)*, Lisboa, Fundação Casa da Bragança, 1993, p. 87

12 Cf. Sir James Mann, *Wallace Collection Catalogues. European Arms and Armour*, vol. II, Londres, The Trustees of The Wallace Collection, 1962, p. 276, n.º A-539.

As espadas de guardas portuguesas são, portanto, espadas que apresentam um duplo sistema de guardas: uma guarda maior, exterior, mais ou menos arqueada sobre a lâmina, que pode rematar com secção recta ou em disco; e uma guarda mais pequena, subsidiária, de configuração quase semicircular, que nalguns casos chega a tocar a lâmina na zona do *ricaço* (ou *talão*), e que muitas vezes remata com pequenas esferas. Apesar do sucesso que rapidamente alcançou, o aparecimento deste tipo de espada não implicou o abandono das armas que optavam pelas guardas rectas. No *Inventário do Guarda Roupa de D. Manuel*, redigido aquando da morte do monarca, em 1521, regista-se que o *Venturoso* possuía uma “*espada douro de cruz direita de troços com maça e punho*” (ou seja, uma espada de guardas rectas) e várias espadas de “*cruz revolta*” ou de “*cabos revoltos pera baixo*” (ou seja, espadas de guardas portuguesas). À primeira tipologia obedeciam duas espadas e um estoque, ao segundo tipo pertenciam três espadas e um estoque¹³.

Tipologicamente, as *espadas de guardas portuguesas* aproximam-se do Tipo XIX.6 da monumental tipologia estabelecida por Ewart Oakeshott¹⁴; dos tipos 15 e 16 da tipologia de A. V. B. Norman¹⁵; ou do Tipo 1 do quadro estabelecido por Germán Dueñas Beraiz para as espadas espanholas dos séculos XVI e XVII¹⁶.

Ewart Oakeshott definiu o seu tipo XIX.6 a partir de um exemplar da Colecção do Instituto Valencia de Don Juan, atribuído a 1460-1480 e portador de uma inscrição, na lâmina, onde se lê o nome do seu fabricante: CATHALDO¹⁷. No verbete relativo a essa espada, Oakeshott realça o seu paralelismo com as espadas representadas nos *Painéis de S. Vicente de Fora*, de Nuno Gonçalves, pintura para a qual indicava uma cronologia “c. 1450-65”.

Por seu turno, A. V. B. Norman, que foi conservador da Wallace Collection, atribuiu o seu tipo 15, dotado de uma guarda recta, a uma cronologia entre 1465 e 1510, sublinhando uma provável origem italiana. Os exemplos convocados, maioritariamente procedentes de pinturas (a começar pelos *Painéis de S. Vicente de Fora*, aos quais atribuiu uma cronologia entre “1465-70”), misturam, no entanto, guardas curvas, com remates arredondados e guardas rectas. E, em boa verdade, a maioria das pinturas que A. V. B. Norman refere apresenta espadas com guardas curvas com remate arredondado (e não recto, como se desenha no protótipo). É a tipologia de guardas que Nuno Gonçalves pinta em quatro (das sete) espadas presentes nos *Painéis de S. Vicente de Fora* e é a solução iconografada em quase todas as pinturas invocadas por Norman (de autores como Nicolas Froment, Domenico Garganelli, Domenico Ghirlandaio e Sandro Botticelli). De entre todos os exemplos de pintura europeia referidos por Norman, o tipo 15, de guardas rectas e contraguardas anelares, está apenas claramente representado na “*Conversão de S. Paulo*”, quadro pintado por Luca Signorelli entre 1479 e 1481 (Catedral de Loreto)¹⁸. Norman acrescenta, ainda, que o único exemplar de espada do tipo 15 que conhecia era a espada de Gonzalo Fernández de Córdoba (1453-1515), *El Grã Capitan*, que, no entanto, como veremos de seguida, nos parece ilustrar melhor o seu tipo 16. O modelo de espada dotada de guardas rectas e guardas subsidiárias anelares (tipo 15) surge

13 Cf. Anselmo Braamcamp Freire, “Inventário do Guarda-Roupa de D. Manuel”, *Arquivo Histórico Português*, vol. II, Lisboa, 1904, p. 383.

14 Ewart Oakeshott, *Records of the Medieval Sword*, Woodbridge, The Boydell Press, 2002, p. 203, n.º XIX-6 (reprint da ed. original de 1991).

15 A. V. B. Norman, *The Rapier and Small-Swords (1460-1820)*, London, Arms and Armour Press / New York, Arno Press, 1980 (reprint Ken Trotman Publishers, 2015), pp. 78-82.

16 Germán Dueñas Beraiz, “Introducción al estudio tipológico de las espadas españolas: Siglos XVI-XVII”, *Gladius*, vol. XXIV, Madrid, CSIC, 2004, pp. 230-231.

17 Ewart Oakeshott, *Records of the Medieval Sword*, Woodbridge, The Boydell Press, 2002 (reprint da edição original de 1991), p. 203, n.º XIX-6.

18 A. V. B. Norman, *The Rapier and Small-Swords (1460-1820)*, London, Arms and Armour Press / New York, Arno Press, 1980 (reprint Ken Trotman Publishers, 2015), p. 79.

igualmente na Europa do Norte (Países Baixos e Alemanha)¹⁹. Para o seu tipo 16a, com guarda principal arqueada de remate concavo e contraguardas anelares, A. V. B. Norman sugeriu uma datação entre o último quartel do século XV e os meados do século XVI (1550). É esta, como referimos, a tipologia da espada de *El Gran Capitán*.

Por seu turno, Germán Dueñas socorreu-se da espada de D. Gonzalo Fernández de Córdoba, *El Gran Capitán*, (1453-1515) (RAM, Inv. G 29) e da espada de Fernando, o *Católico* (1452-1516) (RAM, Inv. G 31) para definir o seu tipo 1, correspondente a espadas de guarda principal arqueada e de remate recto acompanhadas por duas contraguardas anelares²⁰. Para além das duas espadas da Real Armería de Madrid, uma das espadas mais conhecidas deste modelo é a espada do mesmo Fernando III de Aragão, o *Católico* (1452-1516), com lâmina de aço e punho e guardas de ouro cinzelado, que se conserva na Capela Real de Granada, que é datável dos finais do século XV²¹.

Este modelo de espadas conheceu um particular sucesso na Península Ibérica e em Itália, prolongando-se em soluções tipológicas cada vez mais tardias e mais elaboradas, como as *espadas roperas* (na designação castelhana), *rapieiras* (em português), *rapières* (na designação francesa) ou *rapiers* (em inglês), em uso nos séculos XVI e XVII, que abarcam uma enorme diversidade de soluções, mas que preservam muitas vezes as guardas subsidiárias de tipo anelar.

Armando Almiro Canelhas empreendeu, em 1991, um estudo das espadas de *guardas portuguesas*, com um ensaio de inventário dos exemplares conhecidos e de classificação tipológica, tendo distinguido quatro subtipos diferentes²². O primeiro grupo, (A), corresponde a espadas em que as guardas exteriores ou principais se alargam progressivamente e apresentam um remate recto ou concavo. É o tipo de espada que aparece representada, por três vezes, nos *Painéis de S. Vicente de Fora*, pintados por Nuno Gonçalves e é, de alguma forma, o modelo da espada de D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, *El Gran Capitán*. Corresponde, portanto, ao tipo XIX.6 de Ewart Oakeshott, ao tipo 16.a de A.V.B. Norman e ao tipo 1 de Germán Dueñas Beraiz.

O tipo (B) apresenta as guardas exteriores com uma curvatura pronunciada, em U, acabando por correr paralelas à lâmina da espada e rematando com discos que, normalmente, ostentam cruces vazadas. A guarda interior remata com esferas e toca a lâmina. São peças de manufactura ainda relativamente cuidada, que apenas conhecemos em Portugal. O tipo (C) abarca uma série de exemplares com a guarda principal rematando em discos circulares ornamentados com motivos gravados de forma frustre, onde predominam os cruciformes definidos por duplo traço. A guarda subsidiária, anelar, continua a rematar com esferas. Por fim, o tipo (D) de Canelhas corresponde a espadas muito semelhantes às do tipo anterior, por vezes com lâminas levemente arqueadas. Estas espadas, que Armando Almiro Canelhas designa *Africanas*, apresentam normalmente uma execução mais descuidada, correspondendo à produção alargada de espadas para dar resposta às necessidades militares do Norte de África.

Nos museus portugueses e em algumas colecções particulares existem mais de duas dezenas e meia de exemplares dos vários tipos de espada que, genericamente, apelidamos de “espadas

19 A. V. B. Norman, *The Rapier and Small-Swords (1460-1820)*, London, Arms and Armour Press / New York, Arno Press, 1980 (reprint Ken Trotman Publishers, 2015), pp. 78-80.

20 Sobre estas espadas veja-se o clássico Catálogo do Conde de Valência de Don Juan, *Catálogo Histórico-Descriptivo de la Real Armería de Madrid*, Madrid, 1989, pp. 211-212 (G 29) e pp. 213-214 (G 31).

21 Henrique Seruca, *Os Painéis de Nuno Gonçalves – Religião e Política*, Lisboa, Scribe, Produções Culturais, Lda., 2013, p. 84; Ada Bruhn de Hoffmeyer, “From Medieval Swords to Renaissance Rapier”, *Gladius*, vol. II, Madrid, 1963, pp. 32-33.

22 Armando Almiro Canelhas, *As Espadas dos nossos navegadores (Desde meados do Século XV ao princípio do Século XVII)*, Lisboa, Museu da Marinha, 1991 (Col. «Monografias», 10). Infelizmente o autor não facultou desenhos dos diferentes tipos.

de guardas portuguesas”, todos eles atribuídos aos finais do século XV ou já ao século XVI²³. E há representações daqueles tipos de espada em pinturas, iluminuras e tapeçarias dos finais do século XV ou do século XVI, em museus nacionais e estrangeiros. Registemos, sem a preocupação de exaustividade, os *Painéis de S. Vicente de Fora*, de Nuno Gonçalves, onde são representadas sete espadas de guardas portuguesas (correspondes a dois tipos distintos), e, atribuído ao mesmo pintor, o *S. Paulo* que se conserva no mesmo Museu, onde o Santo empunha uma espada dessa tipologia. Ou as Tapeçarias da Colegiada de Nossa Senhora da Assunção de Pastrana (Guadalajara, Espanha), que representam os feitos de D. Afonso V em Arzila e Tanger, em 1471, e onde as espadas de guardas portuguesas estão amplamente representadas²⁴.

Ao longo do seu estudo tipológico, Armando Almiro Canelhas inventariou 25 exemplares destas espadas, que aqui sistematizamos, acrescentando algumas referências bibliográficas:

| | | |
|--------|---|--------|
| Tipo A | <ul style="list-style-type: none"> – Espada procedente do túmulo de D. Manuel de Melo, fal. 1493 (Igreja do Convento de S. João Evangelista dos Lóios, Évora, exposta na Galeria de Arte da Casa do Duque de Cadaval) (publ. por: A. Belard da Costa, <i>O Mistério dos Painéis</i>, vol. III, <i>As Personagens e a Armaria</i>, Lisboa, 1959, p. 143; Túlio Espanca, <i>Inventário Artístico de Portugal</i>, vol. VII, <i>Distrito de Évora</i>, Lisboa, ANBA, 1978, p. 396; <i>A Mão que ao Ocidente o Véu Rasgou - Armaria</i>, Catálogo do Núcleo de Armaria da XVII Exposição Europeia de Arte, Ciência e Cultura, Lisboa, 1983, Nº 38, p. 58). – Espada de Burçó (Mogadouro) (noticiada por Celestino Beça, “Uma Espada Antiga”, <i>O Archeólogo Português</i>, 1ª Série, vol. VII, Lisboa, 1902, pp. 209-210). – Espada procedente de um túmulo de Santarém (ex-Col. Alfredo Keil, hoje Col. R. Daenhardt) (publ. em <i>A Mão que ao Ocidente o Véu Rasgou - Armaria</i>, Catálogo do Núcleo de Armaria da XVII Exposição Europeia de Arte, Ciência e Cultura, Lisboa, 1983, Nº 37, p. 57-58). – Duas espadas em colecções particulares não especificadas. | 5 ex. |
| Tipo B | <ul style="list-style-type: none"> – Espada do Museu Militar de Lisboa (Inv. MML, 18/378) (publ. in <i>Pera Guerrejar – Armamento medieval no Espaço Português</i>, Palmela, Câmara Municipal de Palmela, 2000, Nº 53, pp. 328-329). – Espada do Paço Ducal de Vila Viçosa (com lâmina substituída por lâmina de sabre no século XIX). – Cinco espadas em colecções particulares não especificadas. – Espada vendida em leilão não especificado, em Munique, em 1990. | 8 ex. |
| Tipo C | <ul style="list-style-type: none"> – Duas espadas em colecções particulares não especificadas. | 2 ex. |
| Tipo D | <ul style="list-style-type: none"> – Sete exemplares na Colecção do Paço Ducal de Vila Viçosa (Col. de D. Fernando de Saxe-Coburgo) (o exemplar que integra a exposição permanente foi publicado em <i>Armaria do Paço Ducal de Vila Viçosa</i>, Vila Viçosa, 2001, Nº 56, p. 36). – Espada do Museu Regional Rainha D. Leonor, em Beja (Inv. P.I. CL-SE/28-60) (publ. in <i>Pera Guerrejar – Armamento medieval no Espaço Português</i>, Palmela, Câmara Municipal de Palmela, 2000, Nº 54, pp. 329-330). – Duas espadas em col. particulares não especificadas. | 10 ex. |

A estes exemplares referidos por A. A. Canelhas acrescentaríamos ainda um exemplar que se conserva no Museu Militar do Porto, com ausência das guardas subsidiárias, e um exemplar procedente de colecção particular que foi recentemente vendido em Leilão pela Leiloeira Marques dos Santos, no Porto²⁵.

23 Ada Bruhn de Hoffmeyer, que discutiu longamente a origem e a cronologia deste tipo de espadas, acabou por atribuir aos finais do século XV (Ada Bruhn de Hoffmeyer, “From Medieval Swords to Renaissance Rapier”, *Gladius*, vol. II, Madrid, 1963, pp. 32-37).

24 Cf. *A Invenção da Glória. D. Afonso V e as Tapeçarias de Pastrana*, Lisboa, MNAA, 2010.

25 Cf. Marques dos Santos – *Leilões de Antiguidades e Objectos de Arte, Arte, Antiguidades e Pratas*, Catálogo do Leilão Nº 55, Porto, 27 de Fevereiro de 2018, Lote n.º 693 (Espada de guardas portuguesas com 94 cm de comprimento total).

Apesar de Armando Almiro Canelhas não ter apresentado desenhos dos diferentes tipos que definiu, procurámos reconstituir aqui os principais modelos, a que atribuímos as letras A, B e C, agrupando, neste último modelo, os tipos (C) e (D) de Canelhas, cuja individualização nos parece menos significativa (Fig. 1).

As espadas do tipo (A) revelam cronologias um pouco mais recuadas. São elas que estão representadas, por três vezes, nos *Painéis de S. Vicente de Fora*, lado a lado com outro modelo em que o remate da guarda principal é arredondado (e que foi pintado quatro vezes). Este tipo teve uma sobrevivência até épocas um pouco mais tardias, estando representado no Retábulo da Invenção da Cruz por Santa Helena, pintura de Cristóvão de Figueiredo procedente do Mosteiro de Santa Cruz de Coimbra, executada entre 1521 e 1530, que se conserva no Museu Nacional de Machado de Castro²⁶.

A cronologia destas espadas de tipo (A) deverá corresponder ao segundo quartel do século XV ou inícios da segunda metade da centúria. Estas espadas têm grande afinidade com o exemplar do Instituto do Conde de Valência de Don Juan, cuja lâmina apresenta a inscrição CATHALDO, a que já nos referimos, e que E. Oakeshott atribuiu uma datação de “c. 1460-80”²⁷. As espadas dos tipos (B) e (C) são mais tardias e menos cuidadas, correspondendo a uma fase em que o uso da espada se começa a alargar a estratos não nobilitados da sociedade. Esta degradação da qualidade das espadas é particularmente flagrante nas espadas de tipo (C), cujos motivos ornamentais foram gravados de forma pouco cuidada. Este tipo corresponde ao modelo que normalmente é designado por “*Africanas*”.

Como referimos, a maioria dos autores concorda em atribuir estas espadas aos finais do século XV e à centúria de Quinhentos. Ewart Oakeshott e Claude Blair foram mais longe e sugeriram, ainda, uma origem espanhola, tese que acabou por colher grande aceitação entre os investigadores que, normalmente, sugerem sempre uma origem espanhola ou, em alternativa, italiana para estas tipologias.

Há, no entanto, dados documentais, sobretudo iconográficos, que permitem recuar os exemplares mais antigos deste modelo de espada para a primeira metade do século XV. Apresentamos cinco documentos iconográficos que, porque encerram dados cronológicos seguros, consideramos de grande importância:

1.º – Uma imagem de S. Paulo, em calcário, da Escola da Batalha (1440-1450), procedente da antiga coleção do Comandante Ernesto de Vilhena (MNAA, Inv. 990 Esc) (Fig. 2)²⁸.

2.º – Uma escultura de Santa Catarina, em calcário, policromada, atribuída a Mestre João Afonso, activo de 1439 a 1469, também oriunda da antiga coleção do Comandante Ernesto de Vilhena (MNAA, Inv. 1078 Esc) (Figs. 3 e 4)²⁹.

Estas duas esculturas representam os santos em pé, segurando, entre as mãos, “*espadas caraguejas*” ou “*espadas de guardas portuguesas*”. Estão actualmente expostas no 3.º andar do Museu Nacional de Arte Antiga, em Lisboa. O mesmo tipo de espada aparece representado em

26 MNMC, 2512 a 2514^{BN}.

27 Ewart Oakeshott, *Records of the Medieval Sword*, Woodbridge, The Boydell Press, 2002 (reprint da edição original de 1991), p. 203, Nº XIX-6.

28 Reinaldo dos Santos, *A Escultura em Portugal*, Vol. I, Séculos XII a XV, Lisboa, Academia Nacional de Belas Artes/Bertrand (Irmãos), Lda., 1948, p. 51; *Ai Confini della Terra. Scultura e Arte in Portogallo (1300-1500)*, A Cura di Giovanni Gentili, Milano, Electa, 2000, Nº 53, p. 134 e 243.

29 Reinaldo dos Santos, *A Escultura em Portugal*, Vol. I, Séculos XII a XV, Lisboa, Academia Nacional de Belas Artes/Bertrand (Irmãos), Lda., 1948, p. 47; *Ai Confini della Terra. Scultura e Arte in Portogallo (1300-1500)*, A Cura di Giovanni Gentili, Milano, Electa, 2000, Nº 61, p. 142 e 244.

outras esculturas de Santa Catarina de Alexandria, dos séculos XV-XVI, como é o caso da escultura do Museu Nacional de Machado de Castro (Inv. E 42), mas, do ponto de vista cronológico, são menos esclarecedoras.

3.º – O retábulo de S. Jorge e o Dragão, procedente da Ermida de S. Jorge de Marecos (Penafiel), que hoje se expõe no Museu de Penafiel (Inv. MMPNF/1993/001195), uma obra saída da oficina de Mestre João Afonso, activo, como já se disse, entre 1439 e 1469.

S. Jorge apresenta-se a cavalo, segurando a lança na mão direita, com a qual executa o Dragão. O escudo é empunhado no braço esquerdo, e, por baixo deste, adivinha-se uma espada de guardas portuguesas embainhada (Fig. 5)³⁰.

4.º – O túmulo de D. Fernão Gomes de Góis, com jacente e epitáfio, que se conserva na Igreja Matriz de Oliveira do Conde (fig. 6). O monumento foi criado pelo já mencionado Mestre João Afonso, que nele se intitula “*Mestre dos Sinos*”, e está datado de 1439-1440. É, por isso, o mais antigo testemunho da sua actividade artística. A tampa da sepultura apresenta duas estátuas jacentes: a de Fernão Gomes de Góis e, ao seu lado esquerdo, a escultura de uma criancinha, certamente parente, com as mãos erguidas em prece. O senhor de Oliveira do Conde foi representado deitado, com cabeça apoiada sobre duas almofadas e apresentando, aos seus pés, um lebréu. O nobre enverga o seu arnês, sendo bem visíveis a couraça ou peitoral, o fraldão e os arneses de braços e de pernas, compostos por várias peças. Nas suas mãos segura uma espada que, apesar de ter parte das guardas mutilada, não deixa lugar a dúvida, pelos negativos sobreviventes, que se tratava de uma “*espada carangueja*” ou “*de guardas portuguesas*”. A confirmar, no lateral do seu sarcófago, Santa Catarina segura, entre mãos, uma espada de idêntica tipologia. Este testemunho é particularmente valioso porque o monumento está epigraficamente datado. Na realidade, ao longo do moimento encontramos três inscrições. Uma, que corre junto do bordo superior da tampa, onde se lê (começando-se pelo topo da cabeceira, passando-se para o lateral esquerdo e terminando no topo dos pés) o seguinte letreiro:

1/ AQUI : IAZ : FERNAM : GOMEZ : DE :

2/ GOÕES : CAMAREIRO : MOOR : Que : FOY : DO : MUY : NOBRE : REY : DOM : YOHAM
: DE : PORTUGAL : O QuAL : O DITO : SENHOR : REY : FEZ : CAVALEIRO : O DIA : QUE :
FILHOU : ÇEUTA : AOS : M

3/ OUROS :

No friso superior da arca tumular lê-se a legenda dos santos esculpidos:

1/ ... AM : YOHAM : AVAGELISTA : + SALVADOR : DO : MUN[do] : SAM : MATEUS : AVANGELISTA

2/ SAM : Y... : ARCANJO + BALTASAR : REY : O MOÇO + MELCHIOR : REY : MEO + G[aspaspar
rey o ve]LHO + SANCTA MARI[a ...] SAM : YOHAM APOstoLO : EVangelistA + SAM : NICO-
LA[u ...] BASTIAN : MARTIR + SanCtA : CATALIN[a ...] RA : VIRGE :

Por fim, na orla inferior da arca encontramos, na cabeceira, a conclusão da legenda que identifica os santos iconografados e, depois, ao longo do lateral maior, a inscrição que mais nos importa para este estudo:

30 Cf. Mário Jorge Barroca, “S. Jorge e o Dragão: uma escultura de Mestre João Afonso procedente de Marecos (Penafiel)”, *Portvgalia*, Nova Série, vol. 36, Porto, FLUP, 2015, pp. 91-106.

- 1/ SAM [... evan]GELISTA : + O SALVADOR : DO : MUNDO : + SAM [...evan]GELISTA
2/ [ioh]AM : AFONSO : MEESTRE : DOS : SINOS : LAVROU : ESTE : MOIMENTO : E COME-
COUO : NA : ERA : DO : NA(s)CIMENTO : DE : NOS(s)O : SENHOR : I(e)H(s)U : XPO : DE
: MIL : CCCC : XXXIX : ANOS : E ACABOUO : NA : ERA : XL : COMECADO : TRES : DIAZ :
ANDAD[os] MAIO : E : POR : DOZE : MESES : EM LAVRALO : FEZ

Estas inscrições esclarecem, portanto, que se trata do túmulo de Fernão Gomes de Góis, Camareiro-Mor de D. João I, armado cavaleiro pelo monarca em Ceuta, na sequência da jornada de 15 de Agosto de 1415, e que o túmulo, executado por Mestre João Afonso, começou a ser criado em 13 de Maio de 1439 e demorou doze meses a ser concluído³¹. Do ponto de vista da História da Arte, esta inscrição ocupa um lugar especial, porque nos permite saber quanto tempo demorava, em média, fazer um sarcófago com jacente. Os dados são, de resto, coincidentes com o que nos revela a nota de encomenda do moimento de D. Gonçalo Pereira, Arcebispo de Braga, que menciona igualmente o prazo de um ano para a sua execução. Para a história do armamento tardo-medieval, a inscrição de Oliveira do Conde configura o mais antigo elemento cronológico para as *espadas de guardas portuguesas*.

5^o. O túmulo do Doutor João do Sem, originalmente presente no convento de S. Domingos, em Santarém, e actualmente depositado na igreja de S. João de Alporão, na mesma cidade (fig. 7). Este monumento encontra-se encerrado ao público, por risco de desabamento, mas obtivemos (HS) uma gentilíssima licença da Câmara Municipal de Santarém para visitar o espaço, com as devidas precauções. O jacente do Doutor João do Sem mostra uma espada de guarda dupla, de tipo “*carangueja*”, evidente apesar de fracturas e mutilações (Fig. 8). No lateral esquerdo do túmulo (Fig. 9) e na cabeceira do mesmo (fig. 20) existe uma epígrafe, em caracteres góticos minúsculos angulosos, que diz:

- 1/ AQ(u)Y JAZ O MUY ONRRADO FAMOSO DOUTor JOHAm DO SEm DO conSELHO DOS
MUJTO ALTOS EICELEnTES PODER / OSOS P(r)iNCIPES RREX DOm EDUARTE
2/ Q(ue) D(eu)S AIA Em SUA GLorIa E DEL RREY DOm AFOMso SEU FILHO E SEU CHANCE-
LER MOOR E ESTE DOUTOR COMO O LINHAGE DE / Que DECEn[de semp]RE FOROm
DO conSELHO
3/ DOS RREIX PAS(s)ADOS DESTES RREYNOS E MUJTO SEUS PRIVADOS E LEAAES SerVI-
DORES E [finou] AOS XIJ DIAS ANDADOS DO M(e)S / [de Outub]ro ANNO DE . M IIIJ .
R . IJ.

O epitáfio revela-nos, portanto, que o Doutor João do Sem faleceu no dia 12 de Outubro de 1442³².

31 A inscrição de Oliveira do Conde foi publicada por vários autores, entre os quais: Vergílio Correia, *Três Túmulos*, Lisboa, 1924, pp. 98-100 (reed. em Vergílio Correia, *Obras*, vol. V, Coimbra, Imprensa da Universidade, 1978, p. 202-203); Vergílio Correia, “O Túmulo de Fernão Gomes de Góis, Senhor de Oliveira do Conde”, *Diário de Coimbra*, ed. de 31 de Agosto de 1936 (reed. em Vergílio Correia, *Obras*, vol. III, Coimbra, Imprensa da Universidade, 1953, p. 58-59); GEPB, s.v. “Góis (Fernão Gomes de)”, vol. XII, p. 497; Pedro Dias, “Notas para o estudo da condição social dos artistas medievais de Coimbra”, *Actas das 1as Jornadas o GAAC*, Coimbra, 1979, p. 116-117; António Nogueira Gonçalves, “Datas gravadas em esculturas coimbrãs do século XV”, *Estudos de História da Arte Medieval*, Porto, 1980, p. 295. O túmulo encontra-se igualmente referido em Reinaldo dos Santos, *A Escultura em Portugal*, Vol. I, *Séculos XII a XV*, Lisboa, Academia Nacional de Belas Artes/Bertrand (Irmãos), Lda., 1948, pp. 42-43; Pedro Dias, *O Gótico*, vol. 4 de *História da Arte em Portugal*, Lisboa, Alfa, 1986, p.133; Carlos Alberto Ferreira de Almeida e Mário Jorge Barroca, *O Gótico*, vol. 2 de *História da Arte em Portugal*, Lisboa, Ed. Presença, 2002, pp. 244-245; Maria José Goulão, *Expressões Artísticas do Universo medieval*, vol. 4 de *Arte Portuguesa. Da Pré-História ao Século XX*, Lisboa, Fubu Editores, 2009, p. 110-111.

32 A inscrição do Doutor João do Sem foi publicada por Joaquim Veríssimo Serrão, *Santarém. História e Arte*, 2^a ed., Santarém, 1959, p. 140.

Três dos cinco documentos iconográficos aqui arrolados já tinham sido referidos numa publicação editada, por um de nós, em 2013³³. No seu conjunto, estes cinco testemunhos iconográficos ostentam representações de espadas de guardas portuguesas e têm uma cronologia anterior a 1469, em três casos seguramente ainda na primeira metade do século XV. Dois desses exemplos – os túmulos de Fernão Gomes de Góis e do Doutor João do Sem – estão mesmo datados por epígrafes, que revelam datações seguras: 1439-40 e 1442. Eles parecem, portanto, documentar que, no segundo quartel do século XV, esta tipologia de guardas de espadas já estava difundida no espaço português. Estes dados levam-nos a sugerir a possibilidade de as espadas de guarda dupla, que entre nós são conhecidas como “*espadas de guardas portuguesas*” ou, mais popularmente, como “*caranguejas*”, possam afinal ter uma origem portuguesa, o que explicaria o enorme sucesso que este modelo alcançou, na segunda metade da centúria, em solo português e ibérico.

Se pensarmos nas campanhas africanas, iniciadas em 1415, com a conquista de Ceuta³⁴, na tentativa frustrada em 1437 da conquista de Tânger, na preparação das armadas portuguesas no final da Idade Média³⁵, não é de surpreender que tenham ocorrido inovações nos meios bélicos. Nessa época existiu uma enorme actividade na manufactura portuguesa de armaria, com numerosas oficinas a trabalhar em todo o país, com ajuda de armeiros sevilhanos e toledanos, que, a par de importações da Flandres, de Itália, da França e de Castela³⁶, garantiam o abastecimento das armadas portuguesas.

Se se comprovar que a *espada de guarda dupla* surgiu na primeira metade do século XV em Portugal, divulgando-se depois no resto da Europa, particularmente na Península Ibérica e em Itália, a designação de *espada de guardas portuguesas*, pela qual também é conhecida entre nós, não podia ser mais adequada...

AGRADECIMENTOS

Os autores agradecem a César Guedes a realização dos desenhos da Fig. 1, que tanto valorizam este texto. Agradecem igualmente ao Doutor Álvaro Soller del Campo, da Real Armeria de Madrid, as observações que contribuíram para o enriquecimento deste texto.

BIBLIOGRAFIA

- ALARCÃO, Jorge de; ETIENNE, Robert; ALARCÃO, Adília Moutinho; PONTE, Salette da (1979), *Fouilles de Conimbriga*, vol. VII, *Trouvailles Diverses – Conclusions Générales*, Paris, Diffusion E. de Boccard.
- ALMEIDA, Carlos Alberto Ferreira de; BARROCA, Mário Jorge (2002), *O Gótico*, vol. 2 de *História da Arte em Portugal*, Lisboa, Ed. Presença.

33 Cf. Henrique Seruca, *Os Painéis de Nuno Gonçalves – Religião e Política*, Lisboa, Scribe, Produções Culturais, Lda., 2013, pp. 82-92.

34 Vd. Gomes Eanes de Zurara, *Crónica da Tomada de Ceuta*, ed. de Francisco Maria Esteves Pereira, Lisboa, Academia das Ciências de Lisboa, 1916; José Loureiro dos Santos, *Ceuta 1415 – A Conquista*, Lisboa, Tribuna da História, 2007; Luís Miguel Duarte, *Ceuta 1415 – Seiscentos anos depois*, Lisboa, Livros Horizonte, 2015; João Gouveia Monteiro e António Costa Martins, *1415 – A Conquista de Ceuta*, Lisboa, Manuscrito, 2015.

35 Amândio Barros, “A Preparação das Armadas no Portugal de Finais da Idade Média”, *Revista da Faculdade de Letras da Universidade do Porto – Série de História*, 2ª Série, vol. 7, pp. 101-132.

36 Cf. F. M. Sousa Viterbo, *A Armaria em Portugal. Notícia documentada dos fabricantes de armas brancas que exerceram a sua profissão em Portugal*, Lisboa, Academia das Ciências de Lisboa, 1907. Vd. tb. João Gouveia Monteiro, *Armeiros e Armazéns nos Finais da Idade Média*, Viseu, Palimage Editores, 2001 (reed. do texto publicado in *Pera Guerrejar. Armamento Medieval no Espaço Português*, Palmela, Câmara Municipal de Palmela, 2000).

- ARNAUD, José Morais; FERNANDES, Carla Varela (Coord. de) (2005), *Construindo a Memória. As Coleções do Museu Arqueológico do Carmo*, Lisboa, Associação dos Arqueólogos Portugueses.
- BANDEIRA, Luís Stubbs Saldanha Monteiro (1993), *Glossário Armeiro (Séculos XI a XIX)*, Lisboa, Fundação Casa de Bragança.
- BARROCA, Mário Jorge (2015), “S. Jorge e o Dragão: uma escultura de Mestre João Afonso procedente de Marecos (Penafiel)”, *Portvgalia*, Nova Série, vol. 36, Porto, FLUP, pp. 91-106.
- BARROCA, Mário Jorge; MONTEIRO, João Gouveia; FERNANDES, Isabel Cristina F. (Coord. de) (2000), *Pera Guerrejar – Armamento Medieval no Espaço Português*, Palmela, Câmara Municipal de Palmela.
- BARROS, Amândio (1990), “A Preparação das Armadas no Portugal de Finais da Idade Média”, *Revista da Faculdade de Letras da Universidade do Porto – Série de História*, 2.ª Série, vol. 7, pp. 101-132.
- CANELHAS, Armando Almiro (1991), *As Espadas dos nossos navegadores (Desde meados do Século XV ao princípio do Século XVII)*, Lisboa, Museu da Marinha, (Col. «Monografias», 10).
- CORREIA, Vergílio (1953), “O Túmulo de Fernão Gomes de Góis, Senhor de Oliveira do Conde”, *Diário de Coimbra*, ed. de 31 de Agosto de 1936 (reed. em Vergílio Correia, *Obras*, vol. III, Coimbra, Imprensa da Universidade, p. 58-59)
- CORREIA, Vergílio (1978), *Obras*, vol. V, Coimbra, Imprensa da Universidade.
- CORREIA, Vergílio (1924), *Três Túmulos*, Lisboa.
- DIAS, Pedro (1979), “Notas para o estudo da condição social dos artistas medievais de Coimbra”, sep. de *Actas das 1.ªs Jornadas o GAAC*, Coimbra.
- DIAS, Pedro (1986), *O Gótico*, vol. 4 de *História da Arte em Portugal*, Lisboa, Alfa.
- DUARTE, Luís Miguel (2015), *Ceuta 1415 – Seiscentos anos depois*, Lisboa, Livros Horizonte.
- DUEÑAS BERAIZ, Germán (2004), “Introducción al estudio tipológico de las espadas españolas: Siglos XVI-XVII”, *Gladius*, vol. XXIV, Madrid, CSIC, pp. 209-260.
- FALCÃO, José António; PEREIRA, Fernando António Baptista (2001), *O Alto-Relevo de Santiago combatendo os Mouros da Igreja Matriz de Santiago do Cacém*, 2.ª ed., Beja, Departamento do Património Histórico e Artístico da Diocese de Beja.
- FREIRE, Anselmo Braamcamp (1904), “Inventário do Guarda-Roupa de D. Manuel”, *Arquivo Histórico Português*, vol. II, Lisboa, pp. 381-417.
- GEPB – s.v. “Gois (Fernão Gomes de)”, vol. XII, Lisboa, 1945-60, p. 497.
- GONÇALVES, António Nogueira (1980), “Datas gravadas em esculturas coimbrãs do século XV”, *Estudos de História da Arte Medieval*, Porto, p. 295.
- GOULÃO, Maria José (2009), *Expressões Artísticas do Universo medieval*, vol. 4 de *Arte Portuguesa. Da Pré-História ao Século XX*, Lisboa, Fubu Editores, p. 110-111.
- HOFFMEYER, Ada Bruhn de (1963), “From Medieval Swords to Renaissance Rapier”, *Gladius*, vol. II, Madrid, pp. 5-68.
- HOFFMEYER, Ada Bruhn de (1988), “Las armas en la história de la Reconquista”, in *Las Armas en la História*, Cáceres, pp. 49-65
- HOFFMEYER, Ada Bruhn de (1982), *Arms & Armour in Spain. II. A Short Survey*, Cáceres, Instituto de Estudios sobre Armas Antiguas.

- LEBEDYNSKY, Iaroslav (2001), *Armes et Guerriers Barbares au temps des grandes invasions*, Paris, Editions Errance.
- MANN, Sir James (1962), *Wallace Collection Catalogues. European Arms and Armour*, 2 vols., London, The Trustees of The Wallace Collection (com *Supplement*, by A. V. B. Norman, London, Printed for The Trustees by Balding + Mansell Limited, 1986).
- [Marques dos Santos – Leilões de Antiguidades e Objectos de Arte], *Arte, Antiguidades e Pratas*, Catálogo do Leilão N.º 55, Porto, 27 de Fevereiro de 2018.
- MONTEIRO, João Gouveia (2001), *Armeiros e Armazéns nos Finais da Idade Média*, Viseu, Palimage Editores.
- MONTEIRO, João Gouveia; MARTINS, António Costa (2015), *1415 – A Conquista de Ceuta*, Lisboa, Manuscrito.
- NORMAN, A. V. B. (1980), *The Rapier and Small-Sword, 1460-1820*, London, Arms and Armour Press / New York, Arno Press (reprint, Ken Trotman Publishers, 2015).
- OAKESHOTT, Ewart (1991), *Records of the Medieval Sword*, Woodbridge, The Boydell Press, 2002 (reprint da 1.ª ed.).
- OAKESHOTT, Ewart (2002), *The Sword in the Age of Chivalry*, Woodbridge, The Boydell Press.
- S/A (1982), s.v. “Sword” in Leonid TARASSUK e Claude BLAIR (Ed. by), *The Complete Encyclopedia of Arms & Weapons*, New York, Simon and Schuster, pp. 465-477.
- S/A (1984), *Colecções do Museu Monográfico de Conimbriga. Catálogo*, Conimbriga, MMC.
- S/A (2000), *Ai Confini della Terra. Scultura e Arte in Portogallo (1300-1500)*, A Cura di Giovanni Gentili, Milano, Electa.
- S/A (2010), *A Invenção da Glória. D. Afonso V e as Tapeçarias de Pastrana*, Lisboa, MNAA.
- SANTOS, José Loureiro dos (2007), *Ceuta 1415 – A Conquista*, Lisboa, Tribuna da História.
- SANTOS, Reinaldo dos (1948), *A Escultura em Portugal*, Vol. I, *Séculos XII a XV*, Lisboa, Academia Nacional de Belas Artes/Bertrand (Irmãos), Lda.
- SERRÃO, Joaquim Veríssimo (1959), *Santarém. História e Arte*, 2.ª ed., Santarém.
- SERUCA, Henrique (2013), *Os Painéis de Nuno Gonçalves – Religião e Política*, Lisboa, Scribe, Produções Culturais, Lda.
- VALÊNCIA DE DON JUAN, Conde (1898), *Catálogo Histórico-Descriptivo de la Real Armería de Madrid*, Madrid, 1898 (Reprint, Valladolid, Editorial Maxtor).
- VASCONCELOS, José Leite de (1981), *Religiões da Lusitânia*, 3 vols., Lisboa, 2.ª ed., INCM.
- VIANA, Abel (1953), “A propósito de uma espada do Museu de Beja”, *Revista de Guimarães*, vol. LXIII, Guimarães, pp. 183-191.
- VITERBO, F. M. Sousa (1907), *A Armaria em Portugal. Notícia documentada dos fabricantes de armas brancas que exerceram a sua profissão em Portugal*, Lisboa, Academia das Ciências de Lisboa.
- ZURARA, Gomes Eanes de (1916), *Crónica da Tomada de Ceuta*, ed. de Francisco Maria Esteves Pereira, Lisboa, Academia das Ciências de Lisboa.

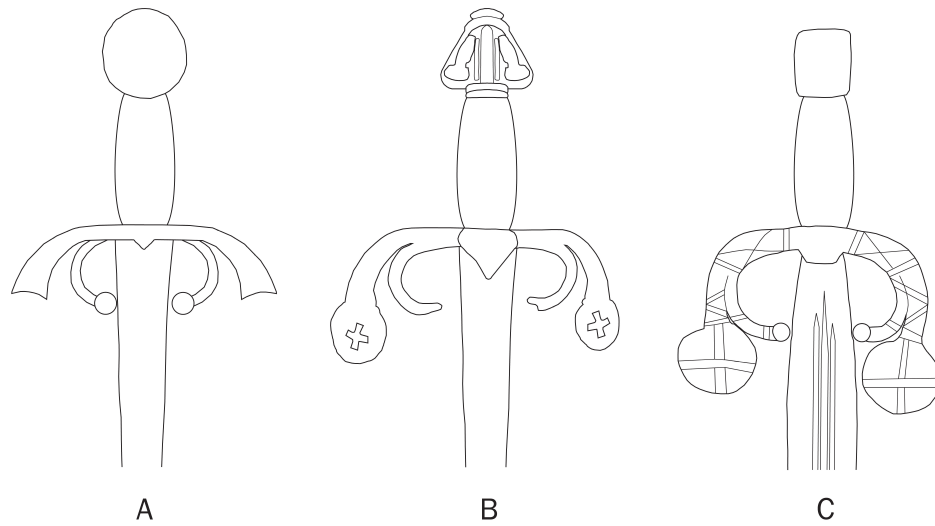


Fig. 1: Tipologia das «*espadas de guardas portuguesas*» (desenhos de César Guedes).

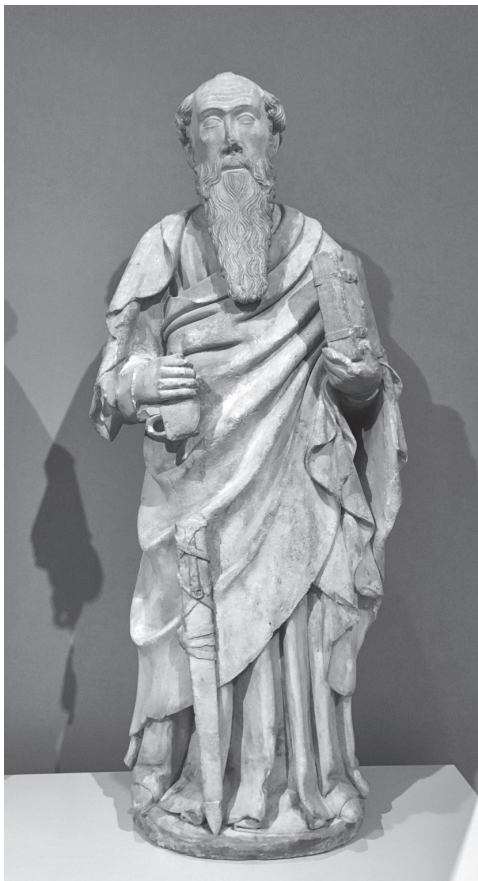


Fig. 2: S. Paulo, escultura em calcário, Oficina do Mosteiro da Batalha (1440-1450) (antiga Coleção do Comandante Ernesto de Vilhena, MNAA, Inv. 989 Esc).



Fig. 3: Santa Catarina, escultura em calcário, policromada, atribuída a Mestre João Afonso, com actividade documentada de 1439 a 1469 (antiga colecção do Comandante Ernesto de Vilhena, MNAA, Inv. 1078 Esc).



Fig. 4: Pormenor da escultura representada na fig. 3.



Fig. 5: Pormenor do Retábulo de S. Jorge e o Dragão, da Ermida de Marecos (Museu Municipal de Penafiel, Inv. MMPNF/1993/001195).



Fig. 6: Túmulo de D. Fernão Mendes de Góis, na Igreja Matriz de Oliveira do Conde, criado entre 1439 e 1440 por João Afonso, Mestre de Sinos, segundo o registo epigráfico.



Fig. 7: Túmulos dos Doutores Martim e João do Sem, provenientes do extinto Convento de S. Francisco e depositados na Igreja de S. João de Alporão, em Santarém.



Fig. 8: Pormenor do jacente do Doutor João do Sem com a mão direita segurando uma espada de guardas portuguesas (Igreja de S. João do Alporão, Santarém).



Fig. 9: Lateral do túmulo do Doutor João do Sem, com registo epigráfico que se prolonga pela cabeceira do túmulo (Igreja de S. João do Alporão, Santarém).



Fig. 10: Cabeceira do túmulo do Doutor João do Sem, com inscrição epigráfica indicando a data de 1442 (Igreja de S. João do Alporão, Santarém).

A ARQUEOLOGIA ENTRE OS DESAFIOS DA MODERNIDADE E DA CONTEMPORANEIDADE

Sérgio Alexandre Gomes

CEAACP – Universidade de Coimbra

sergio.gomes@uc.pt

ABSTRACT

This article discusses archaeology within the contexts of the socio-cultural project of modernity and contemporaneity ethical thought. By exploring the relationship between archaeological practice and the project of modernity, one can question whether an archaeologist is able to produce knowledge that avoids both the false promises and inevitable failures of modernity. It is argued that from the dialogue between archaeological epistemology and contemporaneity ethical thought an alternative to the modern project of knowledge of the past may emerge; an understanding that is more focussed on the irreducibility of past vestiges and a recognition of its difference.

Through acknowledging the irreducible character of the material vestiges of the past, archaeology becomes a translation practice; a practice aiming to exceed the incommunicability of these vestiges. In this practice of translation, archaeologists come face to face with what is irreducible (or untranslatable); this creates the opportunity to look at the knowledge produced, to reframe that knowledge as a dialogue between their epistemology and their ethics. An epistemology which establishes a construct of rules in which knowledge is measured by its ability to demonstrate truths; and an ethical framework which, by focusing on the irreducible character of the vestiges, discusses the (im)possibilities of demonstrating the truthfulness of knowledge about the past and remembers that the purpose of archaeological knowledge is to do justice to the difference of the past. By focusing on the irreducibility or untranslatable nature of this difference, contemporary ethical thought challenges archaeology to consider the aporias of its translation practice as an integral part of its discourse; as a way of enunciating the difference of the past and as a lasting attempt to create different translation grammars.

Keywords: Archaeology; Modernity; Contemporaneity; Epistemology; Ethics; Truth; Justice.

RESUMO

Neste texto discute-se a arqueologia no âmbito do projeto sociocultural da modernidade e no âmbito do pensamento ético da contemporaneidade. Analisando-se a íntima relação entre a prática arqueológica e o projeto da modernidade, questiona-se as possibilidades de os arqueólogos criarem um conhecimento que supere o excesso das promessas e o défice do cumprimento da modernidade. Face a este desafio, defende-se que da exploração do diálogo entre a epistemologia arqueológica e o pensamento ético da contemporaneidade pode emergir uma alternativa ao projeto de conhecimento do passado delineado pela modernidade; um projeto mais focado na irreduzibilidade dos vestígios materiais do passado e na compreensão da sua diferença.

O carácter irreduzível dos vestígios materiais do passado possibilita perspetivar a arqueologia como uma prática de tradução; uma prática que visa exceder a sua incommunicabilidade. Nesta prática de tradução, no confronto com aquilo que é irreduzível (ou intraduzível) os arqueólogos têm a oportunidade de perspetivar o conhecimento que produzem como decorrente do diálogo entre a epistemologia e a ética. Uma epistemologia que estabelece um quadro de referências em que o conhecimento

é aferido em função das possibilidades de demonstrar a sua verdade; e um pensamento ético que, focando-se no carácter irredutível dos vestígios, discute as (im)possibilidades de demonstrar a verdade do conhecimento, relembrando que o propósito do conhecimento arqueológico é de fazer justiça à diferença do passado. Relembrando o propósito de compreender a diferença do passado, e a irredutibilidade ou o carácter intraduzível dessa diferença, o pensamento ético da contemporaneidade desafia a arqueologia a considerar as aporias da sua prática de tradução como parte integrante do seu discurso; como forma de enunciar a diferença dos vestígios e como forma de um permanente ensaio com diferentes gramáticas de tradução.

Palavras-Chave

Arqueologia; Modernidade; Contemporaneidade; Epistemologia; Ética; Verdade; Justiça.

1. INTRODUÇÃO

A modernidade e a contemporaneidade são expressões usadas por vários autores para se referirem a diferentes dinâmicas do mundo contemporâneo, a diferentes formas de pensar a natureza dessas dinâmicas, e a diferentes formas de atuar na sua transformação. Neste texto, começaremos por apresentar o modo como Boaventura Sousa Santos (1994) nos propõe que perspetivemos a Modernidade. Como veremos, a proposta do sociólogo desenvolve-se no sentido de demonstrar a Modernidade como um processo histórico (ou um projeto sociocultural) no qual se estabelecem instituições, dinâmicas de relação e racionalidades de atuação que orientam a nossa ação nos dias de hoje. Com a proposta de Sousa Santos, pretende-se perspetivar o modo como, num plano histórico, se constituíram as nossas possibilidades e limites de pensar e atuar. A escolha da obra de Sousa Santos prende-se também ao facto de contemplar uma proposta de alternativa à modernidade: o paradigma de um “conhecimento prudente para uma vida decente” (e.g. Santos 1987, 2000, 2003). Tal proposta servir-nos-á para introduzir, num primeiro momento, a contemporaneidade enquanto alternativa à modernidade. No âmbito da contemporaneidade, salientaremos a posição da filósofa Eugénia Vilela (1998, 2010, 2011), para quem o pensamento da contemporaneidade pretende fazer emergir um paradigma que elege a ética como eixo principal de pensamento e ação. Como veremos, neste paradigma, a ética permite uma oposição à modernidade enquanto projeto de identificação e estabilização da diversidade do mundo e de controle das suas transformações. Opondo-se a esta tendência, a contemporaneidade afirma-se enquanto projeto de compreensão da diferença e do devir. Enquanto tal, permite cartografar os excessos e os incumprimentos da modernidade e esboçar uma alternativa que exceda o horizonte de possibilidades definido pela modernidade.

Existe uma íntima relação entre a arqueologia e a modernidade (Thomas 2004). Com efeito, no reconhecimento e estudo dos vestígios do passado, a prática arqueológica responde a várias solicitações do projeto de identificação e controle da diferença preconizado pela modernidade (ibidem). Desta forma, os arqueólogos – enquanto agentes socioculturais – contribuem ativamente para atualizar os excessos e os incumprimentos deste projeto. Perspetivando esta relação do ponto de vista da contemporaneidade, é necessário encontrar um meio de criar desajustamentos que permitam aos arqueólogos exceder esta sua condição. Neste texto, será valorizado o modo como a arqueologia comporta várias possibilidades para criar diálogos com os vestígios do passado e dar a conhecer a sua diferença. Desta perspetiva, será acentuando o carácter da arqueologia enquanto trabalho de mediação (e.g. Shanks 1992, 2007; Shanks e McGuire 1996) e o estudo dos vestígios materiais do passado como uma prática de tradução (e.g. Lucas 2012). Uma prática de tradução que, visando exceder o plano de incomunicabilidade dos vestígios, permite redescobrir a prática arqueológica como um conjunto de ligações entre a pressupostos epistemológicos e éticos; um conjunto de

ligações que é necessário dar ênfase para se repensar o papel da arqueologia entre os desafios da modernidade e da contemporaneidade.

2. O PROJETO SOCIOCULTURAL DA MODERNIDADE

Boaventura de Sousa Santos (1994: 70-72) situa a constituição da Modernidade entre o século XVI e os finais do século XVIII. Durante este período, teriam sido reunidas as condições para que, durante o século XIX, se processasse a sua consolidação em associação ao estabelecimento e generalização de um sistema de trocas capitalista. Durante este período, as dinâmicas sociais, políticas, económicas e culturais confluem na emergência de diferentes “princípios” e “lógicas de racionalidade”, cuja congregação conforma os pilares do projeto da modernidade: o pilar da regulação; e o pilar da emancipação. O pilar da regulação é constituído pelos princípios do Estado, do Mercado e da Comunidade. Para explicar cada um destes princípios do pilar de regulação, Sousa Santos recorre às teorias do contrato social:

- a elaboração do princípio do Estado encontra-se no pensamento de Thomas Hobbes, no qual a figura do soberano é a garantia de ordem face ao caos gerado nas disputas entre as liberdades individuais;
- o princípio do Mercado é equacionado por John Locke, que estabelece a ordem dos indivíduos a partir da sua vontade em garantir o seu direito de propriedade e de o usar enquanto forma de mediação dos interesses e competição individuais;
- o princípio da Comunidade deve-se a Jean-Jacques Rousseau que, valorizando a vontade dos indivíduos em viverem juntos, concebe essa mesma vontade como princípio para ordenar e mediar os conflitos entre liberdades, interesses e vontades individuais.

Por sua vez, o pilar da emancipação constitui-se no desenvolvimento de três lógicas de racionalidade: a moral-prática; a estético-expressiva; e a cognitivo-instrumental. Cada uma destas racionalidades encontra-se regionalizada em áreas de atuação:

- a racionalidade moral-prática na ética e no direito;
- a racionalidade estético-expressiva nas artes e literaturas;
- e, por fim, a racionalidade cognitivo-instrumental na ciência e na técnica.

Na especificação destes domínios de atuação, as lógicas de racionalidade do pilar de emancipação tendem a estabelecer uma relação preferencial com os princípios do pilar de regulação:

- a racionalidade moral prática liga-se ao Estado, articulando-se com a sua exclusividade em assuntos de direito para permitir a juridificação das diferentes atividades/experiências dos indivíduos;
- a racionalidade cognitivo-instrumental privilegia a sua relação com o princípio de Mercado, reforçando os binómios ciência/produção e conhecimento/aplicabilidade, animando as possibilidades de controle/transformação do mundo em função de interesses particulares de mercado(s);
- a racionalidade estético-expressivo encontra-se preferencialmente ligada ao princípio de Comunidade, permitindo que a exploração das expressividades individuais e coletivas seja uma estratégia de composição identitária, com a qual se institui fenómenos de contemplação coletiva que reforçam o elo social comunitário.

Apesar desta tendência para articulação entre princípios e lógicas de racionalidade, a possibilidade do seu entrosamento é infinita. Com efeito, cada um dos princípios e lógicas tem uma vocação maximalista, permitindo o desenvolvimento de projetos globais de juridificação, cientificização e esteticização da realidade social. Desta apetência totalizante, o projeto sociocultural da modernidade acabaria por se desenvolver entre excessos e défices, entre os quais parece que “todas as tensões possíveis são positivas e as provisórias incompatibilidades entre os valores transformam-se numa competição *ad infinitum* segundo as regras de um jogo de soma positiva” (ibid.: 71).

Face à dimensão infinita, rica em possibilidades e em permanente atualização da Modernidade, Sousa Santos adverte para a possibilidade de o projeto colapsar mesmo antes de estar terminado, na medida em que a acumulação de défices e excessos acaba por criar condições de rutura. A este propósito, sugere a seguinte tese: “O paradigma cultural da modernidade constituiu-se antes de o modo de produção capitalista se ter tornado dominante e extinguir-se-á antes de este último ser dominante” (ibid.: 70). Com base nesta relação com o capitalismo, e considerando o seu desenvolvimento nos países centrais do sistema mundo delineado pelas dinâmicas capitalistas, define três períodos no processo histórico de consolidação do projeto sociocultural da Modernidade: o século XIX; a primeira metade do século XX; e a segunda metade do século XX¹. Estes períodos não são compartimentações estanques, correspondem fundamentalmente a dinâmicas específicas que, de um ponto de vista cronológico, podem ser balizadas nestes intervalos de tempo, sem se esgotarem nos intervalos indicados².

O primeiro período

Durante o 1.º período, o século XIX do capitalismo liberal (ibid.: 73-74) caracteriza-se pela consolidação de um desequilíbrio acentuado nos pilares de regulação, caracterizado pelo desenvolvimento do princípio de Mercado. Esta afirmação do Mercado face aos princípios do Estado e da Comunidade deve-se ao ímpeto do processo de industrialização que – potenciado pelos avanços da ciência e da técnica – havia de reconfigurar a paisagem europeia e a sua ligação com o mundo. A este propósito, refira-se a emergência de novas cidades comerciais e de cidades industriais que levam ao estabelecimento de novos circuitos de circulação de produtos e pessoas. Esta afirmação do Mercado como princípio de regulação levaria a um atrofiamento da filosofia política liberal, reduzindo-a ao “princípio do *laissez faire*” (ibidem). Neste contexto, o princípio de Comunidade enunciado por Rousseau, que se caracterizava pela dimensão concreta e singular de cidadania e soberania, é restringida: à dimensão abstrata da sociedade civil, como uma agregação de interesses particulares que definem o espaço público; e à figura do indivíduo, como seu elemento constitutivo. Estas figuras empobrecidas da Comunidade – indivíduo e sociedade civil – condicionam o desenvolvimento do princípio de Estado, instituindo-se uma oposição entre Estado/Sociedade Civil. Entre as lógicas de dominação política e de acumulação de capital, a ação do Estado seria, fundamentalmente, orientada no sentido de manutenção do princípio de *laissez faire* (ibidem).

1 Nesta periodização, Boaventura de Sousa Santos segue de perto as propostas de Lash e Urry (1987) a propósito do desenvolvimento do capitalismo e da sua associação a outros processos (a industrialização, a emergência do setor financeiro ou do setor de serviços, por exemplo).

2 Um dos pontos abordados por Boaventura Sousa Santos é sobre as condições de desenvolvimento do projeto sociocultural da modernidade em Portugal. Não sendo o propósito deste texto problematizar a especificidade do processo em Portugal, é, no entanto, pertinente enunciar a tese defendida pelo autor: “a sociedade portuguesa é uma sociedade semiperiférica. A especificidade e complexidade das suas condições económicas, sociais, políticas e culturais criam uma dupla exigência: (1) na formulação de alguns dos objectivos de desenvolvimento deve proceder como se o projeto da modernidade não estivesse ainda cumprido ou não tivesse sequer sido posto em causa; (2) na concretização desses objetivos deve partir do princípio (para ela de algum modo mais vital do que para as sociedades centrais) de que o projeto da modernidade está historicamente cumprido e que não há a esperar dele o que só um novo paradigma pode tornar possível” (Santos 1994: 84; em complemento a esta tese, sugere-se também a leitura de Santos (2011)).

No que diz respeito ao pilar de emancipação, assiste-se a uma especialização das três lógicas de racionalidade, acompanhado de um crescente elitismo. A racionalidade cognitivo-instrumental conheceria um avanço acentuado, animado por um espírito de aplicabilidade do conhecimento (nomeadamente no âmbito do processo de industrialização associado às dinâmicas do Mercado). A racionalidade moral-prática, em associação com a consolidação da figura do indivíduo, seria orientada no sentido de uma moral centrada no indivíduo e na sua codificação jurídica. Por último, no âmbito da racionalidade estético-expressiva regista-se o crescente elitismo da alta cultura e a vinculação a uma ideia de cultura nacional promovida pelo Estado liberal (ibid.: 74-75). Ainda no âmbito do pilar de emancipação, Boaventura Sousa Santos faz notar que neste período se assiste à incorporação de um conjunto de propostas críticas à modernidade (ibid.: 75-76). A este propósito, dá o exemplo do idealismo romântico e do realismo literário. No primeiro exemplo, a conceção organicista do mundo, que contesta o racionalismo moderno e a sua transformação do mundo, seria orientada no sentido do estabelecimento da cultura nacional acima referida. O realismo literário, por sua vez, seria usado enquanto modo de consolidação de elites (nacionais, sociais, profissionais) e personagens que contribuiriam para estabilizar e naturalizar as dinâmicas que trespassem o projeto sociocultural da modernidade. Neste contexto, o socialismo utópico e o socialismo científico são também respostas que denunciam o desequilíbrio de forças e o incumprimento de promessas, alegando a necessidade de se inverter tendências que se formam neste período. Face a estas propostas dissidentes, a modernidade responde, pois, com a capacidade de as incorporar e reconfigurar no sentido de atualizar e potenciar o seu desenvolvimento no quadro mais amplo do seu projeto sociocultural.

O segundo período

O segundo período do projeto da modernidade “é verdadeiramente a idade positiva de Comte” (ibid.: 76). É um período no qual se torna mais claro o que de possível e impossível existe no projeto sociocultural da modernidade. Esta demarcação permite que os pilares sejam desenvolvidos no sentido das possibilidades, apresentando-as como se fosse o único caminho e, assim, escamotear o défice de incumprimentos. Esta dinâmica é enunciada por Sousa Santos como “um processo de concentração/exclusão” (ibidem). Este processo vai mutilando a perceção das alternativas ao projeto da modernidade, apresentando-o como projeto de progresso. É um processo que, reforçando a confluência entre princípios de regulação e lógicas de emancipação, vai especializando e hierarquizando formas de pensamento e atuação.

Neste segundo período, o princípio de Mercado continua como eixo privilegiado de dinâmicas espaciais e temporais, definindo uma geopolítica que se ordena em função das necessidades de um capitalismo industrial, comercial e financeiro. Por sua vez, o princípio da Comunidade transforma-se pelo crescimento de uma ideologia de classe e do alargamento da ideia de sufrágio universal. O crescimento do proletariado e do setor de serviços, a sua organização em torno de sindicatos e associações patronais, e o surgimento de uma classe média, progressivamente mais significativa, “contribuem para a rematerialização da comunidade através da emergência das práticas de classe e da tradução destas políticas de classe” (ibid.: 77). Por último, o princípio de Estado reforça as suas ligações com os outros pilares de regulação, instituindo a sua participação no estabelecimento de interesses de mercado (através da guerra, por exemplo) e na transformação das condições de vida das populações que governa (a criação do Estado-Providência). Ou seja, a ação individual de cada um dos pilares está cada vez mais concertada, permitindo a maximização dos mecanismos de regulação.

O pilar da emancipação é caracterizado por um acentuar da vocação maximalista das lógicas de racionalidade, isto é, pela sua capacidade de criação de propostas que podem circular entre as

diferentes lógicas de emancipação e princípios de regulação. No âmbito da racionalidade estético-expressiva, os múltiplos movimentos de vanguarda do Modernismo não são meras soluções estéticas, mas projetos de esteticização do mundo, que Boaventura Sousa Santos (ibid.: 77-78) explica referindo-se à “ansiedade de contaminação” enfatizada por Andreas Huyssen (1986) a propósito do modernismo artístico. Refira-se, a título de exemplo, o caso do surrealismo e o modo como se apresenta enquanto projeto de salvação, designadamente na sua articulação com a psicanálise como estratégia de explicação/transformação de dinâmicas individuais e sociais. Na racionalidade moral-prática, e da sua vinculação ao princípio de Estado, surgem respostas de juridificação que pretendem regular/emancipar os sujeitos (na figura do indivíduo) e os seus conflitos (a teoria pura do direito de Kelsen (1962), por exemplo). A racionalidade cognitivo-instrumental caracteriza-se pelo estabelecimento de diferentes epistemologias positivistas que visam a construção de:

- um agente de conhecimento tão universal como a figura do indivíduo preconizado pela racionalidade moral prática;
- e de um projeto de ciência tão global e salvífico como as propostas da racionalidade estético-expressiva.

Tal agente (ou sujeito) seria dissociado de toda a sua contingência histórica, opondo-se ao senso comum.³ A universalidade de tal agente, e dos seus procedimentos, funcionariam como garantia da validade universal do conhecimento que produz⁴.

A propósito das transformações deste período, Sousa Santos conclui que:

“A intensidade e o excesso destas transformações são o reverso do irremediável déficit de totalidade em que assentam e procuram esquecer (o «esquecimento do ser» heideggeriano) através do seu dinamismo e da sua hùbris. O mais importante a reter neste processo é que a representação luxuriante do campo cognoscível e racional vai de par com uma ditadura das demarcações, com o policiamento despótico das fronteiras, com a liquidação sumária das transgressões. E, nesta medida, o pilar da emancipação torna-se cada vez mais semelhante ao pilar da regulação. A emancipação transforma-se verdadeiramente no lado cultural da regulação, um processo de convergência e de interpenetração que Gramsci caracteriza eloquentemente através do conceito de hegemonia” (ibid.: 78).

Há uma fabricação do sujeito, que se pauta pela edificação da figura do indivíduo, necessário às possibilidades do projeto da modernidade. As possibilidades de se ser sujeito (com a sua singularidade e devir) são orientadas no sentido da consolidação de uma ideia de individualidade (com a sua universalidade e estabilidade). Nesta fabricação, é esquecido o que de concreto e contingencial existe no sujeito, favorecendo-se o desenvolvimento de uma figura universal que é reproduzida em diferentes contextos (nomeadamente pela ciência e pelo direito). Esta dinâmica hegemónica faz com que o sujeito empobreça a ideia que tem si, permitindo a naturalização da figura de indivíduo – universal, contínuo e estável – que lhe é dado a experimentar pelo projeto sociocultural da modernidade.

³ Note-se que a oposição entre o conhecimento científico e o conhecimento do senso comum é, de certo modo, equivalente à oposição entre a alta cultura e a cultura de massas que se estabelece no âmbito da racionalidade estético-expressiva.

⁴ Como veremos mais à frente, o pensamento da contemporaneidade afronta a universalidade deste agente, demonstrando como figura de sujeito que encerra corresponde a um projeto – ou ficção – da modernidade. Assim, ao carácter universal deste sujeito e à neutralidade dos seus métodos, a contemporaneidade contrapõe um sujeito concreto e historicamente situado que, nessa condição, age de acordo com um horizonte de limites e possibilidade concreto, no qual se articulam diferentes expectativas e projetos. Neste projeto de fabricação dos sujeitos, Michel Foucault (1995: 231-249) mostra como um dos projetos da modernidade é o da redução das possibilidades de se experimentar a subjetividade à figura de estabilidade e continuidade do indivíduo; a estabilidade e continuidade criadas nos processos de confluência entre os pilares de emancipação e regulação e nas dinâmicas de concentração/exclusão com as quais o projeto sociocultural da modernidade se naturaliza enquanto via única de transformação.

O terceiro período

O terceiro período considerado por Boaventura de Sousa Santos (ibid.: 79) tem início dos anos sessenta do século XX, definindo-se por movimentos de contestação que exibem o défice de cumprimento do projeto da modernidade; uma contestação associada à falência de alguns dos modelos propostos e subsequente desestruturação e desorganização do horizonte que se tentou delimitar no primeiro e segundo períodos. No âmbito do pilar de regulação é de salientar o seguinte:

- O vigor do princípio do Mercado faz-se sentir sem precedentes, desestruturando grande parte das regulações efetuadas pelos princípios do Estado e da Comunidade. As oscilações proporcionadas pelo mercado mundial, os interesses de empresas multinacionais, a automatização dos meios de produção, as estratégias de moldagem de hábitos de consumo, a mercadorização da informação e a aceleração da propagação dos meios digitais, entre outros aspetos, teriam como consequência a desestruturação das dinâmicas geográficas e das sociabilidades delineadas no período anterior. Neste contexto, é de salientar o enfraquecimento da relação salarial, cuja precariedade faz definhir a ação dos mecanismos corporativos de regulação de conflitos que emergiram pela ação do princípio da Comunidade e a destabilização das dinâmicas do Estado-Providência construídas anteriormente (ibid.: 79-80);
- O empobrecimento da capacidade do princípio de Estado em atuar num contexto económico transnacional e o capital político que tal transnacionalização acarreta, fecha o Estado sobre si mesmo. No sentido da sua proteção, aumenta a máquina burocrática e tributária que lhe dá forma, adensando-a enquanto estratégia de regulação. Esta dinâmica aumenta o fosso entre Estado e Sociedade Civil que emergiu desde cedo no projeto da Modernidade, desembocando num autoritarismo que se atualiza em microdespotismos burocráticos que aumentam a ineficiência do Estado em diferentes assuntos da vida dos cidadãos (ibid.: 80-81);
- Face a esta situação – de desestruturação do mercado de trabalho e de défice de Estado social – o pilar da Comunidade responde com um conjunto de movimentos sociais de contestação que refazem as práticas/políticas de classe edificadas no período anterior. Em articulação com este cenário, os movimentos feministas e os movimentos antirracistas ganham visibilidade e força institucional, anunciando outro tipo de contestação. Este deslocamento do locus da contestação política, leva a que Boaventura de Sousa Santos saliente a leitura que Habermas (1981) faz deste fenómeno, quando ressalta que as políticas de redistribuição (que orientavam as reivindicações de classe no período anterior) cedem lugar a políticas centradas em gramáticas de formas de vida. Por último, surgem também movimentos de reivindicação para a criação de uma consciência global, centrados em questões ecológicas e pacifistas (Santos ibid.: 80).

As lógicas de racionalidade do pilar de emancipação acompanham o alvoroço, a inquietude e a instabilidade das dinâmicas de regulação. Neste diálogo entre os pilares da modernidade há a tendência para que as dinâmicas de regulação dominem as lógicas de emancipação. Face a tal tendência, desenvolvem-se diferentes respostas no âmbito das lógicas de racionalidade que:

- por um lado, contribuem para o agravamento dos fossos e desequilíbrios sociais;
- e, por outro lado, tentam ensaiar um horizonte de alternativa às respostas criadas na esfera do pensamento e da ação delineadas pelo projeto da modernidade.

Começamos com os seus contributos para o agravamento dos fossos e dos desequilíbrios sociais. A orientação da racionalidade cognitivo-instrumental no sentido do desenvolvimento científico-

co-tecnológico permitiu que os sectores industriais e militares se estabelecessem enquanto ameaças de catástrofe ecológica e formas de dominação. Em articulação com esta rede de ameaças e dominação, os processos de modernização fazem-se acompanhar de uma geopolítica concentracionária e exclusivista, consolidando um paradigma instrumentalista de pensar e atuar. Esta instrumentalidade agrava-se com a tendência para a instituição de um conhecimento jurídico especializado que alimenta uma sobrejuridificação da vida dos cidadãos, reduzindo a importância do bom senso ou do senso comum como saber de mediação e de elo social. Esta tendência permite, então, que autonomia e subjetividade individual estejam cada vez menos presentes na vida política, possibilitando o avanço galopante de uma ética individualista. Uma ética na qual não há espaço a uma ideia de responsabilidade, nem espaço para se pensar a diferentes escalas (pessoal e global, por exemplo). No âmbito da racionalidade estético-expressiva, a instrumentalidade faz-se sentir no modo como a alta cultura modernista tende a cristalizar-se em elites e na promoção de rotas de comercialização da arte; elites e rotas que, na sua dinâmica de valorização instrumental de movimentos subversivos, acabam por consolidar a tendência para a regulação das lógicas emancipatórias em curso neste período (ibid.: 81-84).

Como referido, as lógicas de racionalidade do pilar de emancipação também contribuem para denunciar os excessos e os défices de incumprimento das promessas do pilar de regulação, revelando os processos de concentração/exclusão que orientam a produção desses excessos e défices⁵. Ou seja, tentam demonstrar o modo como a tendência hegemónica do projeto sociocultural da modernidade – (con)fundindo os pilares de emancipação e regulação – esgota as diferentes possibilidades avançadas nos movimentos de contestação:

“Ao contrário do período anterior, em que se tentou uma contabilização apaziguadora entre excessos e défices, neste período vivem-se com igual intensidade uns e outros, e Maio de 68 é bem símbolo disso ao mostrar, pela primeira vez, que a riqueza das sociedades capitalistas avançadas constitui uma base frágil de legitimação. A contenção do movimento estudantil simboliza o princípio de um processo de esgotamento histórico dos princípios de emancipação moderna o qual vem a culminar, no final da década de oitenta, com a crise global da ideia de revolução social e com a total preponderância da filosofia e da prática política neoliberais” (ibid.: 81)

A cartografia deste esgotamento faz-se acompanhar também de uma denúncia do facto dos processos de concentração/exclusão estarem a arredar determinadas alternativas do horizonte de pensamento e ação; alternativas que levariam a considerar “a possibilidade realista de imaginar uma situação radicalmente nova” (ibidem). A este propósito, Boaventura Sousa Santos refere os seguintes exemplos:

- No âmbito da racionalidade estético-expressiva, adensam-se e multiplicam-se os movimentos de desconstrução da estética expressiva. A este propósito, salienta o *beat generation* que, durante a década de 50, foi um movimento precursor de uma estética de denúncia radical das dinâmicas de consumo e de domesticação de comportamentos proporcionadas pela relação entre o modernismo e a modernidade (ibid.: 83).
- Na racionalidade moral-prática começa a delinear-se um novo jus-naturalismo que, entre a diversidade de questões emergentes de fenómenos como a Sida, Chernobyl, o racismo ou a exclusão social, contribuem para uma crítica da sobrejuridificação acima referida e para a

⁵ Ou a estratégia pela qual “o modo dominante de assegurar material e institucionalmente o aumento das escolhas faz com que, paralelamente ao aumento das escolhas, se assista à diminuição da capacidade de escolher” (Santos ibid.: 81).

redefinição dos direitos humanos, do direito dos povos à autodeterminação e de uma ideia de solidariedade mais concreta e planetária (ibidem).

– Por último, a propósito da racionalidade cognitivo-instrumental, Boaventura Sousa Santos (ibid.: 82) refere-se à refundação do paradigma científico da modernidade, dando como exemplo o seu próprio trabalho na edificação de uma alternativa que designa como “conhecimento prudente para uma vida decente” (e.g. Santos 1987; 2000; 2003). Neste paradigma, apresenta quatro teses orientadoras:

1. Todo o conhecimento científico-natural é científico-social;
2. Todo o conhecimento é local e total;
3. Todo o conhecimento é autoconhecimento;
4. Todo o conhecimento científico visa constituir-se em senso comum.

3. O PARADIGMA DO CONHECIMENTO PRUDENTE PARA UMA VIDA DECENTE (SANTOS 1987)

O paradigma do conhecimento prudente para uma vida decente proposto por Sousa Santos (1987) pretende contrariar a lógica concentracionária e exclusivista da ciência da Modernidade, devolvendo à racionalidade cognitivo-instrumental as aporias e paradoxos da experiência. É uma tentativa de contrariar a tendência da epistemologia positivista consolidada durante o segundo período do projeto da Modernidade. Durante este período, o pensamento epistemológico desenvolveu-se no sentido da delineação da figura de um sujeito de dimensão abstrata e universal orientado pela ideia de criação de um agente neutro de conhecimento. De certo modo, esta delineação encontra-se em diálogo com os processos de juridificação provenientes da racionalidade moral-prática, na qual a figura jurídica do indivíduo se apresenta na sua dimensão abstrata e universal, viabilizando o direito enquanto lógica de emancipação. A projeção de uma tal figura na prática de produção de conhecimento, asseguraria também o papel da ciência enquanto lógica de emancipação. Enquanto lógica de emancipação vinculada ao horizonte de sentido (horizonte de experiência e de expectativa) da modernidade. Um horizonte de sentido definido pelo determinismo e mecanicismo:

“O determinismo mecanicista é o horizonte certo de uma forma de conhecimento que se pretende utilitário e funcional, reconhecido menos pela capacidade de compreender o real do que pela capacidade de o dominar e transformar” (Santos 1987: 17).

Face ao estrangulamento da racionalidade cognitivo-instrumental no quadro dos projetos da modernidade – um estrangulamento alimentado pela dinâmica de concentracionária e exclusivista – torna-se urgente procurar uma estratégia de reconhecer a violência epistémica instituída pela hegemonia de um conhecimento “utilitário e funcional”. Uma denúncia das relações entre a verdade, a violência e a realidade que conformam a racionalidade discursiva da modernidade (e.g. Vilela 1998). Uma denúncia a partir da qual é possível edificar um diálogo entre as diferentes lógicas de racionalidade por forma a combater a dinâmica concentracionária e exclusivista da modernidade. Um diálogo que expande a “capacidade de compreender o real”, acolhendo as aporias e paradoxos que a vocação maximalista das lógicas da racionalidade tendem a silenciar.

A “compreensão do real” implica devolver ao sujeito a sua dimensão concreta e contrariar o esquecimento do “ser heideggeriano” que Boaventura de Sousa Santos (1994) salienta a propósito da caracterização do segundo período do projeto sociocultural da modernidade (ibid.: 78). Neste sentido, o paradigma do “conhecimento prudente para uma vida decente” é uma tentativa de vincular o sujeito à contingência e à responsabilidade de produzir conhecimento. Uma prática de produção de

conhecimento que pretende contrariar a *húbris da modernidade*; que pretende transgredir as possibilidades de um horizonte de sentido delimitado pelos excessos e incumprimentos da modernidade e do seu ideal de progresso. Uma transgressão que parte dos valores epistémicos da prudência e da decência. Uma transgressão que se segura nas aporias de tais valores para criar uma razão que resiste às apetências totalizantes dos pilares de regulação e emancipação. Uma razão que, resistindo a projetos totalizantes, reage também à irracionalidade global provocada pelos (des)alinhamentos entre princípios de regulação e lógicas de racionalidade. A razão de um sujeito que, face a um projeto global e normalizador, aprende a resistir localmente e a partir da sua singularidade.

4. A CONTEMPORANEIDADE

No segundo período do projeto da Modernidade assistiu-se a uma sobrevalorização do direito no âmbito da racionalidade moral-prática e a uma sobrevalorização da técnica no âmbito da racionalidade cognitivo-instrumental. Esta orientação foi potenciada pela ligação destas lógicas de emancipação aos princípios reguladores do Estado e do Mercado, respetivamente. As dinâmicas do Mercado promoveram a aplicabilidade técnica do conhecimento como eixo orientador de investimento na prática científica; uma aplicabilidade técnica da qual resultam diferentes dispositivos ao serviço de interesses económicos e políticos. Um conjunto de interesses validado numa dinâmica juridificacionista, na qual o direito é uma das estratégias de consolidação dos projetos de uma elite. Neste segundo período, assiste-se, assim, a uma consolidação da técnica e do direito como caminhos para as racionalidades cognitivo-instrumental e moral prática. O paradigma proposto por Boaventura Sousa Santos pretende contrariar esta tendência, pretende devolver à incerteza e à pluralidade a sua importância na tomada de decisões; decisões que configurem *um conhecimento prudente e uma vida decente*. Uma incerteza e pluralidade que exigem à racionalidade moral-prática a valorização da ética, não do direito, enquanto modo de mediação de conflitos e tensões. Uma incerteza em que se aproximam a epistemologia e a ética. Neste sentido, a proposta de Boaventura enquadra-se no âmbito do pensamento da Contemporaneidade no qual, como explica Eugénia Vilela (1998), é sublinhada:

“uma relação intrínseca entre o conhecimento e a ética: uma relação onde o movimento do pensamento se engendra na copulação entre a verdade e a ética, entendida como o núcleo matricial de uma racionalidade-outra. Diferente da configuração específica da modernidade” (ibid.: 163)

A Contemporaneidade, firmando-se como alternativa aos projetos da Modernidade, tem uma história própria. Uma dinâmica cuja periodização depende do ponto de vista que se adote para compreender a sua diferença relativamente ao projeto da modernidade. A diferença da Contemporaneidade possibilita a construção de propostas que tanto antecedem a própria Modernidade, funcionando como a delineação de um leque de possibilidades que são incorporadas no próprio projeto da modernidade, como também possibilita a emergência de propostas que funcionam como forma de crítica e procura de alternativas ao carácter hegemónico da Modernidade (e.g. Cantista 2006; Carvalho 2000; Soveral 1994). Não é objetivo deste texto dar conta do rizomático jogo de forças entre a Modernidade e a Contemporaneidade, mas apenas salientar algumas das suas ideias centrais para compreender esta oposição. Neste sentido, centremo-nos em alguns dos aspetos que Eugénia Vilela salienta na Contemporaneidade:

“A contemporaneidade sustenta uma dupla morte: a morte do homem e a morte da história contínua e globalizante, a qual, designando o território onde se acolhe o homem enquanto

sujeito central e absoluto de uma história unificada, se relaciona intrinsecamente com a primeira, pois, a concepção de história contínua é, seguramente, o correlato indispensável à clássica função fundadora do sujeito” (Vilela *ibidem*).

Nesta afirmação, E. Vilela refere-se à contemporaneidade enquanto alternativa de projeto antropológico (Carvalho *ibidem*), na medida em que a apresenta enquanto crítica a uma figura do homem e da história que, consolidadas a partir do século XVIII (e.g. Sanches 2002; Serrão 2002), viabilizaram o projeto da modernidade. Simultaneamente, ao salientar a importância dessas figuras na edificação da unidade da figura do sujeito proposta pela modernidade, a autora demonstra como a contemporaneidade é também uma alternativa de projeto ontológico. Enquanto alternativa, a contemporaneidade é uma crítica à continuidade, globalidade e unidade das figuras do homem, da história e do sujeito; uma crítica à intensidade e excessos de tais figuras. Uma intensidade e excesso que se refletem na *hubris do projeto socio-cultural da modernidade* e com a qual a racionalidade moderna tenta silenciar ou redirecionar as singularidades que desafiam tal figura de unidade e totalidade (Santos 1994:78).

No sentido de inverter a tendência da modernidade em silenciar tudo aquilo que funciona como desperdício e faz ruído nos seus projetos, E. Vilela faz da contemporaneidade uma procura das fraturas do projeto da modernidade para fazer emergir alternativas:

“A contemporaneidade expõe-se como uma fratura na unidade composta pela função de fundamentação do sujeito: uma convulsão em quaisquer das manifestações de uma racionalidade totalitária. Com Foucault, consideramos que a dificuldade profunda do *pensamento de futuro* - esse pensamento-outro emergente – é o jogo complexo, característico da contemporaneidade, entre o sujeito instável e múltiplo em função do lugar desde onde fala e uma realidade fragmentária e complexa” (*ibid.*: 164).

Nas margens do silêncio daquilo que a Modernidade faz ver e ouvir, E. Vilela, inspirando-se no pensamento de Michel Foucault, faz da contemporaneidade um projeto de trabalho em que o limite da unidade e estabilidade destas figuras é o lugar para pensar aquilo que foi excluído pela modernidade, ou seja, para pensar uma alternativa à direção que nos impõe o horizonte de sentido delineado pela modernidade. Uma alternativa que tenta escapar à espiral da dinâmica da lógica concentracionária e exclusivista da modernidade de que fala Boaventura Sousa Santos (*ibidem*). Uma alternativa construída na transgressão das leis, dos limites e das possibilidades que conformam a continuidade, a globalidade e a unidade da história, do homem e do sujeito.

Esta transgressão implica uma etnografia de nós próprios, ou seja, faz-nos olhar o presente em que vivemos para cartografar a sua ordem, e, a partir dessa cartografia, ensaiar uma incursão para além dos territórios demarcadas pelos poderes instituídos nesta ordem. Esta etnografia é, de certo modo, um exercício de alteridade. Um exercício no qual é na compreensão de nós mesmos que se lançam as possibilidades de nos transformarmos enquanto agentes históricos. A este propósito, Michel Foucault, no texto *O Sujeito e o Poder*, explica o desafio da contemporaneidade da seguinte forma:

“Talvez, o objetivo hoje em dia não seja descobrir o que somos, mas recusar o que somos. Temos que imaginar e construir o que poderíamos ser para nos livrarmos deste “duplo constrangimento” político, que é a simultânea individualização e totalização própria às estruturas do poder moderno.

A conclusão seria que o problema político, ético, social e filosófico de nossos dias não consiste em tentar libertar o indivíduo do Estado nem das instituições do Estado, porém nos liberarmos tanto do Estado quanto do tipo de individualização que a ele se liga. Temos que promover novas formas de subjetividade através da recusa deste tipo de individualidade que nos foi imposto há vários séculos” (Foucault 1995: 238-239).

Este repto que Foucault nos lança para “imaginar e construir o que poderíamos ser” é uma estratégia para contrariar a lógica concentracionária e exclusivista que caracteriza a modernidade e na qual o sujeito é reduzido à figura do indivíduo. É um confronto com o projeto sociocultural da modernidade estruturado em dois focos de luta:

- O primeiro opõe o sujeito, concebido enquanto indivíduo, e as instituições em que esse sujeito se constitui enquanto tal. Ou seja, é uma luta em que a força individual se relaciona com as forças coletivas que configuram o presente; é uma luta que se faz entre os limites e as possibilidades das estruturas do poder moderno e que visa o refazer de normas e a criação de um espaço de inclusão. É, de certo modo, uma luta para que a ordem e a lei das estruturas do poder moderno prevejam um espaço mais inclusivo para o modo como os sujeitos constituem a sua individualidade. Esta luta processa-se, então, numa plataforma de inter-subjetividade que se visa transformar.
- O segundo foco, embora se constitua na luta entre indivíduos e as estruturas de poder moderno – na medida em que é uma luta do presente – corresponde a uma outra arena: a arena das possibilidades de se ser sujeito. Foucault desafia a explorar as possibilidades de uma subjetividade para além da individualidade do presente, ou seja, para além da subjetividade possibilitada pela ideia de unidade do homem, da história e do sujeito delineados pela racionalidade moderna. Este foco de luta, em que criamos um desfazimento relativamente às estruturas do poder moderno, nos quais nos tornamos indivíduos, é um exercício de intra-subjetividade. Neste exercício, são criadas as condições para nos transformarmos enquanto sujeitos, isto é, para explorarmos *o que poderíamos ser* e, assim, participarmos – com o nosso devir e singularidade⁶ – na edificação de alternativas ao contexto histórico em que nos encontramos.

Nesta procura de novas formas de subjetividade – de novas formas de nos explorarmos enquanto sujeitos – a luta é especialmente significativa quando nos defrontamos com a sobrevalorização do direito no âmbito da racionalidade moral-prática e a uma sobrevalorização da técnica no âmbito da racionalidade cognitivo-instrumental, a que se assistiu no segundo período do projeto da modernidade. Tanto um caso como o outro implicaram uma secundarização da ética enquanto modo de orientação da razão e de exploração de possibilidades de atuação. Este detrimento da ética afastou da racionalidade moral-prática e cognitivo-instrumental as suas próprias aporias, silenciando-as em função de imperativos técnicos e jurídicos provenientes dos pilares do Mercado e do Estado. A contemporaneidade, privilegiando a procura de uma outra subjetividade, é intrinsecamente um projeto ético, na medida em que é pelo pensamento ético que se torna possível abrir o espaço necessário a um olhar crítico sobre o que somos e o que fazemos. Neste sentido, o pensamento ético da contemporaneidade é um campo por excelência para se pensar as consequências da racionalidade moderna e se agir no sentido de encontrar alternativas face aos excessos e incumprimentos da Modernidade.

⁶ No quadro da modernidade, o sujeito constitui-se face à figura do Indivíduo (com a sua unidade e estabilidade), sendo a sua subjetividade moldada no sentido da individualidade. No quadro da contemporaneidade, o sujeito constitui-se face à figura da Singularidade (com a sua contingência e mutabilidade), sendo a sua subjetividade moldada no sentido da alteridade.

5. ARQUEOLOGIA E MODERNIDADE | ARQUEOLOGIA E CONTEMPORANEIDADE

Existe uma íntima relação entre os projetos da modernidade e a arqueologia. A modernidade não só reúne as condições de possibilidade da disciplina, como a arqueologia contribuiu para a consolidação e crítica de alguns dos aspetos estruturantes do horizonte de sentido moderno⁷ (e.g. Olsen 2001; Lucas 2004; Thomas 2004). Reconhecendo esta proximidade entre a arqueologia e a modernidade, é também de reconhecer que o conhecimento que produzimos sobre o passado se encontra consignado ao conjunto de valores e de projetos que conformam a modernidade. Neste sentido, é necessário pensar nas condições de acesso à diferença do passado, para se compreender o conhecimento que produzimos e para se ensaiar as possibilidades de alargar as possibilidades para se aceder a tal diferença (Thomas *ibidem*).

Uma das principais estratégias que a arqueologia desenvolveu para dar a conhecer o passado é a periodização da diferença dos seus vestígios (Thomas *ibidem*; Lucas 2005; Olivier 2012). Assim, privilegiando um eixo temporal, a diferença é ordenada em diferentes sequências. Na edificação desta ordem, a arqueologia fez-se acompanhar de uma crítica epistemológica que visa aferir as opções metodológicas e as estratégias de técnicas com as quais: se identifica a diferença, se procede à sua delimitação de um modo objetivo e, por último, se consoma a sua ordenação em períodos. Nesta orientação disciplinar, que se encontra em articulação com um determinado desenvolvimento da racionalidade cognitivo-instrumental da modernidade⁸, assiste-se a uma valorização da dimensão técnica da arqueologia, que remete para segundo plano a dimensão ética do saber arqueológico enquanto discurso sobre a diferença cultural⁹.

7 Veja-se, a título de exemplo, o modo como a história da arqueologia se entrecruza com a história dos movimentos nacionalistas (Díaz-Andreu 2007) e, como desta proximidade, a disciplina se converte numa força de consolidação do Estado-Nação como unidade política de referência para ordenar a geopolítica do globo (Thomas 2004: 96-118). A propósito da emergência das comunidades estado-nacionais, refira-se a ênfase que Benedict Anderson (2005) dá à consolidação de uma conceção linear e sequencial do tempo como forma das comunidades se imaginarem enquanto unidade soberana. Esta mesma conceção do tempo foi uma condição necessária para que a arqueologia se estabelecesse enquanto saber disciplinar (e.g. Schnapp 1997; Lucas 2001, 2005; Olivier 2012). Nesta conceção do tempo, joga-se também com a possibilidade de um imaginário acerca dos origens que trespassa a modernidade, sendo a arqueologia – com os método estratigráfico e tipológico e análise tecnológica – um saber privilegiado para edificar tal imaginário (Thomas *ibid.*: 149-170). Neste imaginário, ou nesta representação do mundo que se configura durante a modernidade, história e natureza são polos que organizam diferentes entidades e descrevem a sua transformação (evolução) ao longo do tempo. A figura do humano constitui-se nesta organização, na qual a arqueologia participa pela produção de um saber acerca dos homens anatomicamente modernos e das suas realizações: a arte, a escrita, a cidade e o estado, por exemplo (Thomas *ibid.*: 78-94). Com este saber, são criadas plataformas de diálogo com as diferentes meta-narrativas da modernidade (Pluciennik 1999), um diálogo no qual a figura do Indivíduo Moderno é naturalizada (Thomas *ibid.*: 119-148) e exibida nos diferentes espaços de comemoração/ disciplinarização da modernidade (Bennet 2004). Neste binómio comemoração/disciplinarização, a arqueologia está comprometida com a política do património da modernidade (Guillaume 2003) e constitui-se enquanto um saber biopolítico (Foucault 2010), ao serviço dos Estados-Nação que desenvolvem tal política. Enquanto saber biopolítico, a arqueologia desenvolve diferentes estratégias de atualização dos projetos do Estado-Nação e da figura do indivíduo moderno que subjaz a esta unidade política. Assim, em relação com outros saberes, a arqueologia vai engendrando os mecanismos para a consolidação do Indivíduo como figura de referência para disciplinar a subjetividade; para orientar as possibilidades de ser-se sujeito no sentido da individualidade moderna (Thomas *ibid.*: 140-148). Ou seja, o diálogo entre a arqueologia e os diferentes movimentos ideológicos, forças políticas, agentes sociais, espaços públicos e privados do projeto sociocultural da modernidade é uma malha intensa de ligações; uma malha na qual se constituem a arqueologia e a modernidade.

8 Nomeadamente com o desenvolvimento do segundo período do projeto sociocultural da modernidade proposto por Boaventura Sousa Santos (1994), que apresentamos no ponto anterior. A este propósito, refira-se o caso da arqueologia de salvamento, na qual da dinâmica que se cria entre o saber técnico e o mercado emergem volumosas bases empíricas, que se acumulam sem o estudo devido. A salvação pelo registo que legitima esta dinâmica baseia-se no princípio de que a aplicação de um conjunto de métodos permite a produção de dados objetivos que, oportunamente, podem ser reavaliados em futuros projetos de investigação. Sem desconsideração para os trabalhos que são feitos neste contexto, é também preciso ter em conta que uma intervenção arqueológica é desenvolvida na relação de agentes concretos, com diferentes esquemas de interpretação, que conformam estes dados e cuja perspetiva, por vezes, se perde face na standardização que orienta estas intervenções. Sobre esta questão, J. Thomas (2004: 76-77) chama a atenção para a relação desta questão com o divórcio entre a ontologia e a epistemologia que anima a modernidade e, com o qual, o diálogo entre o presente e o passado é reduzido à aplicação de um conjunto métodos, considerados universais, e que não têm em conta a singularidade de sítios arqueológicos e a singularidade dos agentes que os trabalham.

9 No quadro desta orientação, o conhecimento arqueológico, e a diferença cultural a que ele se refere, é produzido sem ter em atenção a singularidade dos objetos de estudo a partir dos quais é edificado. O nivelamento dos objetos de estudo e, por conseguinte, dos inquéritos, embora necessários à coesão da disciplina, funciona também como entrave à compreensão da diferença do passado, na medida em que, tal diferença só é reconhecida no caso de se manifestar na inteligibilidade de um inquérito decorrente da valorização da epistemologia e da técnica enquanto garantia de validade de conhecimento. Neste caso, é de salientar que a diferença do passado só será reconhecida na sua ligação de continuidade com o presente; não há espaço para acolher o passado na sua radical diferença. Esta imagem

Com a subvalorização da dimensão ética da prática arqueológica, há um “empobrecimento” da experiência dos vestígios materiais do passado. Este empobrecimento é uma consequência do desenvolvimento de um inquérito que privilegia a aferição desta mesma experiência em função das regras internas dos métodos que a conduzem. Ao privilegiar as regras internas dos métodos, o sujeito tende a afastar do conhecimento tudo aquilo que não tem lugar na lógica dos métodos de análise. Deste empobrecimento da experiência dos vestígios resulta, por um lado, um estreitamento das possibilidades de fazer emergir um conhecimento que dê conta da diferença do passado e, por outro lado, um confinamento das possibilidades dos arqueólogos se afirmarem enquanto sujeitos concretos e assumirem um papel enquanto atores na compreensão da diferença cultural¹⁰; uma compreensão da diferença que pode ser usado enquanto força de oposição à espiral concentracionária e exclusivista da modernidade enquanto projeto sociocultural (Santos 1994).

O “empobrecimento” da experiência do passado aludido no parágrafo anterior é discutido por diferentes arqueólogos. O volume editado por John Bintliff e Mark Pearce (2012) discute este “empobrecimento”, questionando o papel da “renovação” teórica em arqueologia e renovando a necessidade de se promover uma posição de reflexividade, ecletismo e ceticismo saudável orientada no sentido da pluralidade. Este “empobrecimento” é também discutido por outros autores, chamando a atenção para diferentes possibilidades de superação. Refira-se a posição de Kristian Kristiansen (2014), que argumenta no sentido do desenvolvimento de uma arqueologia de base científica, vendo com bons olhos a aplicação de analíticas oriundas de outras disciplinas como forma de visitar as orientações teóricas e metodológicas em arqueologia. Tais ferramentas de análise são uma estratégia para criar redes de dados, colocar em diálogo uma série de vestígios e, assim, exceder as tradicionais formas do discurso a amplas escalas de análise. Este projeto de rede e de tratamento de múltiplas bases empíricas com um mesmo conjunto de dispositivos de análise encontra-se na posição oposta a soluções que pretendem contrariar o “empobrecimento” focando-se na especificidade dos vestígios, como é o caso, por exemplo de Marie Louise Sørensen (2015), Tim Flohr Sørensen (2016) e Marko Marila (2017), que privilegiam aquilo que os vestígios apresentam de vago e incerto para edificar uma epistemologia mais aberta à singularidade que pode ser reconhecida nos objetos de estudo. Nestas últimas propostas, há um maior compromisso com as diferentes práticas que compõem o processo arqueológico; um compromisso a partir da qual parece possível explorar as especificidades disciplinares da arqueologia no sentido da criação de uma orientação teórica mais centrada nos objetos e procedimentos da disciplina (Lucas 2001; 2012; 2015).

No esforço de edificar uma epistemologia mais próxima daquilo que os vestígios apresentam de particular, há, por parte do pensamento de alguns arqueólogos, uma incorporação das orientações teóricas provenientes dos “novos materialismos” em discussão no âmbito das humanidades (e.g. Bennett 2010; Coole & Frost 2010; DeLanda 2006; Harman 2009; 2010, 2014; Latour 2005; Wolfendale 2014). Neste diálogo, a discussão em torno da vida social das coisas (Appudurai 1986; Renfrew 1986) é revisitada com uma preocupação de se pensar uma ontologia *com* as coisas, reco-

de continuidade permite que o projeto sociocultural da modernidade – no qual é edificada esta orientação do inquérito em arqueologia – seja naturalizado, usando esta imagem do passado como forma explicar os seus excessos e défices de incumprimento.

10 Note-se que da parte da comunidade de arqueólogos há uma preocupação com estas questões, como é visível o modo como o pensamento ético é discutido em diferentes obras (e.g. Silva e Correia 1998; Scarre e Scarre 2006; Vitelli e Colwell-Chanthaphonh 2006; Scarre & Coningham 2012; Sandis 2014). Há uma preocupação deontológica que orienta a discussão, ou seja, discute-se, fundamentalmente, o uso do saber arqueológico em diferentes contextos socioeconómicos e políticos. Porém, considerando as sugestões de E. Vilela (1998, 2011) e de B. S. Santos (1987, 1994, 2000, 2003) num quadro abrangente dos desafios colocados pela contemporaneidade, e de J. Thomas (2004: 223-248) no quadro específico da disciplina, torna-se necessário desenvolver esta questão no sentido de criar um diálogo entre a ética e a epistemologia que permita edificar um projeto de conhecimento de matriz ética. A este propósito, é de salientar o contributo dos volumes editados por Cristóbal Gnecco e Dorothy Lippert (2015) e Alejandro Haber e Nick Shepherd (2015) que, não só problematizam o papel da arqueologia enquanto uma prática de justiça social, como revisitam os pilares epistemológicos e disciplinares da arqueologia, denunciando a violência do paradigma dominante, as suas estratégias silenciamento de outras vozes sobre o passado, e procurando alternativas à tradição da disciplina.

nhecendo-lhes uma vida própria (ao lado dos humanos ou na ausência deles) e, por conseguinte, a necessidade de criar um discurso arqueológico que dê conta destas temporalidades (Thomas 2015). Este repto exige, deste modo, que a prática arqueológica seja orientada na produção de um conhecimento mais centrado nos vestígios materiais do passado e menos dirigido às solicitações de uma História global e contínua e à figura de Homem que lhe subjaz (e.g. Olsen 2003, 2010; Olsen et al. 2012). Estes “novos materialismos”, abalando a orientação antropocêntrica da disciplina, têm animado a arqueologia no sentido da revisitação do seu propósito enquanto saber. Nesta revisitação, assiste-se, assim, a um alargamento das possibilidades de se considerar objetos de estudos e campos de discussão, sendo apontados questões que desafiam o sentido das figuras do Humano e da História e, por conseguinte, do Sujeito criadas durante a modernidade (Olsen *ibidem*, *ibidem*; Olsen et al. *ibidem*; Olsen e Witmore 2015; Barrett 2014, 2017; Gomes 2017a, 2017b; González-Ruibal 2006, 2012; Hodder 2012; Hodder & Lucas 2017; Thomas 2015).

Os “novos materialismos”, ao multiplicarem os agentes do espaço social e ao criarem a necessidade de se pensar diferentes ontologias em função desses agentes, desafiam a arqueologia a repensar a imagem de História global e contínua possibilitada pela estabilidade e unidade da figura do Humano consolidada durante a modernidade. A este propósito, convém lembrar que, no projeto de constituição da História global e contínua, a arqueologia afirma-se como um saber acerca dos vestígios materiais e da sua temporalidade, que permite equacionar uma periodização da diferença do passado (Thomas 2004). Esta periodização, enquanto resposta a um conjunto de inquéritos que emergem da racionalidade moderna, acaba por reproduzir um discurso enquadrado nas metanarrativas¹¹ que legitimam o projeto sociocultural da modernidade. Neste sentido, é necessário compreender as possibilidades que a arqueologia comporta para gerar (e gerir) um conhecimento, no qual se exceda o seu confinamento ao discurso imposto pela modernidade. No fundo, é centrando-se nestas possibilidades, e na gestão que se faz delas, que se pode encontrar uma alternativa para exceder os incumprimentos e excessos do projeto sociocultural da modernidade.

Para explorar as possibilidades da arqueologia na superação dos constrangimentos em que a modernidade a coloca, a par de uma revisão interna das orientações epistemológicas, é necessário compreender a natureza da prática arqueológica e, assim, analisar aquilo que a política de conhecimento valoriza e descarta na experiência dos vestígios materiais do passado (Shanks 1992; Shanks e Tilley 1987, 1992). Desta perspetiva, a arqueologia pode ser entendida como um trabalho de mediação que coloca os vestígios do passado em diálogo com agentes do presente (Shanks *ibidem*, 2012; Lucas 2012). Este trabalho de mediação apresenta diferentes poéticas (Shanks *ibidem*; 2012), isto é, diferentes possibilidades de criar uma ligação entre o passado e o presente. No quadro da modernidade, a cronopolítica tem sido a poética privilegiada de se fazer a ligação (Witmore 2013); uma cronopolítica que atualiza o projeto de história global e contínua. O desenvolvimento desta política acabou por silenciar outras possibilidades poéticas, designadamente, a possibilidade de a arqueologia se afirmar enquanto um saber sobre a memória das coisas (Olivier 2012); um saber sobre o que memória tem de descontínuo e fractal e no qual a arqueologia se afirma enquanto trabalho de tradução (Lucas 2012), no qual se pode compreender a irredutibilidade dos vestígios e ensaiar diferentes estratégias de aceder à diferença do passado¹². Uma irredutibilidade que resiste

11 Como é o caso do conjunto de teorias do contrato social, que anteriormente foram referidos a propósito dos pilares de regulação da modernidade (Santos 1994; ver também o trabalho de M. Pluciennik (1999, 2002) acerca das possibilidades de se escrever sobre a pré-história e o modo como as narrativas disponíveis se articulam com diferentes metanarrativas da modernidade).

12 Refira-se que a perspetiva da arqueologia como um trabalho de mediação/tradução material possibilita equacionar o conhecimento do passado como: uma prática genealógica (inspirada em Foucault 2008, e.g. Shanks 1992, 2007); um exercício de desconstrução (com o pensamento de Derrida 1976, e.g. Shanks *ibidem*, *ibidem*); uma procura de paradigmas (seguindo o pensamento de Agamben 2009, e.g. Vale 2015); ou um campo de desdobramento das infinitas para-ficções usadas na edificação do passado (Alves Ferreira 2019). Ou seja,

à tendência homogeneizadora da modernidade e, assim, se abre aos desafios da contemporaneidade na procura de alternativas ao presente que nos é dado a experimentar.

6. A ARQUEOLOGIA COMO TRABALHO DE MEDIAÇÃO E TRADUÇÃO

De um ponto de vista “etnográfico”, a prática arqueológica pode ser entendida enquanto um ofício que, articulando esquemas de análise científicas e humanistas, desenvolve um trabalho de mediação com os vestígios do passado (Shanks 1992, 2007; Shanks e McGuire 1996). Tal trabalho de mediação assenta num conjunto de estratégias de redistribuição espacial dos vestígios¹³. Um trabalho de redistribuição no qual que os vestígios são ressignificados à luz das analíticas do presente e transformados pelas condições em que fazemos a sua experiência.¹⁴ A arqueologia faz-se, então, enquanto um trabalho com os vestígios do passado, visando a sua exploração enquanto mediadores de sentido¹⁵, com os quais podemos refazer o nosso conhecimento do Passado e, assim, refazer a imagem que temos do presente. Pela prática arqueológica, as condições materiais da experiência do presente são refeitas na medida em que, tratando-se de uma intervenção material, a arqueologia faz emergir, pela redistribuição dos vestígios, novas unidades materiais: as coleções de artefactos, os cortes estratigráficos e as ruínas, por exemplo. Estes novos dispositivos materiais acionam novos circuitos espaciais, transformando as condições em que o passado é dado a experimentar no presente.

A perspetiva acima mencionada é desenvolvida por vários autores (e.g. Edgeworth 2003, 2006; Winner 1980; 1993, Yarrow 2003, 2006, 2008, 2010) que, centrando-se em diferentes aspetos da prática arqueológica, exploram o papel dos diferentes agentes nas diferentes dinâmicas que se constituem neste trabalho de mediação acionado pelos arqueólogos. Nesta problematização, é de destacar o modo como Gavin Lucas (2001, 2012) qualifica a mediação desenvolvida pelos arqueólogos. Este autor salienta que a mediação desenvolvida pelos arqueólogos é uma intervenção material, sendo desenvolvida através de um conjunto de tarefas de materialização dos vestígios (Lucas 2001). A escavação é uma tarefa de materialização; uma tarefa que, obedecendo a um conjunto de procedimentos metodológicos, permite que o passado se materialize em vestígios. A tarefa da escavação faz-se acompanhar de tarefas de registo (gráfico, fotográfico e descritivo) que, por sua vez, materializam esses vestígios noutros suportes. Com estas materializações é constituído um conjunto de objetos de estudo que, com a sua iterabilidade, permitem o desenvolvimento do estudo passado. Esta iterabilidade é possível porque estas tarefas de materialização (a escavação, o desenho, a fotografia e a escrita) são desenvolvidas enquanto projetos de tradução (Lucas 2012).

é uma perspetiva que tem sido desenvolvida por diferentes autores e, a partir das quais, é possível alargar as possibilidades da arqueologia enquanto uma prática de compreensão.

13 É uma redistribuição espacial no sentido literal da expressão. Os vestígios, pela escavação, são deslocados das suas condições de jazida e, em gabinete, são constantemente reagrupados em função da sua natureza (cerâmica, líticos, por exemplo) e de diferentes inquéritos (tipológico, tecnológico ou contextual, por exemplo). Neste sentido, à pesquisa arqueológica é inerente uma prática de redistribuição espacial, sendo necessária tal redistribuição para que seja produzido conhecimento.

14 Pode ser feito um paralelismo entre este ponto de vista e a leitura que Michel de Certeau (1982) faz da operação historiográfica. Para De Certeau, fazer história é uma prática social que se processa num conjunto de lugares, de acordo com um conjunto de regras internas e numa prática escriturária. Quando se refere ao conjunto de regras internas, salienta que a pesquisa é um trabalho de redistribuição de fontes, isto é, a consulta dos documentos num arquivo exige que se redistribuam ordens previamente estabelecidas em função de inquéritos que visam produzir um conhecimento. Neste trabalho, as séries de documentos dão origem a outros conjuntos, com outra ordem. É um trabalho que, pela redistribuição, permite transformar os documentos: “Não se trata apenas de fazer falar estes “imensos sectores adormecidos da documentação” e dar voz a um silêncio, ou efetividade a uma possibilidade. Significa transformar alguma coisa, que tinha a sua posição e o seu papel, em alguma outra coisa que funciona diferentemente” (ibidem: 83).

15 Refira-se que, neste quadro, os vestígios não são intermediários de um processo de descoberta do passado, aferido metodologicamente e validado num quadro epistemológico. Ou seja, os vestígios não são equacionados enquanto elementos passivos com um significado encriptado a ser descodificado num quadro de regras rígido. Os vestígios são apreendidos na sua alteridade; são elementos que, na sua diferença, interpelam os arqueólogos, levando-os a ensaiar diferentes estratégias para compreender (e mediar) essa diferença.

A mediação, e as práticas de materialização que lhe são inerentes, é um trabalho de tradução material porque é desenvolvida no sentido de traduzir os vestígios para outros suportes, para possibilitar a sua partilha com a comunidade (ibidem). Veja-se o exemplo de uma estrutura pétreia que, no processo arqueológico, é traduzida, pelo desenho e pela fotografia, para outro tipo de suporte. É neste sentido que Gavin Lucas (ibidem) entende o trabalho de mediação como um trabalho de tradução material: a estrutura pétreia foi traduzida – pelo desenho – para um conjunto de linhas num suporte de papel. Esta tradução da estrutura – o desenho – permite facilitar a sua circulação, dando a possibilidade da sua experimentação a outros agentes e, por conseguinte, exponenciando as possibilidades de outros agentes contribuírem para a sua compreensão. Outras agentes que, aportando novas perspetivas, expandem o trabalho de mediação. Deste contínuo trabalho de mediação/ materialização/ tradução que se desenvolve nas estações arqueológicas resulta a edificação de arquivos, a partir dos quais o conhecimento destas estações pode ser desenvolvido.

A transformação dos sítios arqueológicos em arquivos é um trabalho de cópia (ibidem). Porém, sendo um trabalho de tradução, não é um movimento unidirecional. Por um lado, pode-se dizer que a cópia é uma representação do original, o que corresponde a dizer que o arquivo é uma representação da estação arqueológica. Porém, essa representação depende das possibilidades técnicas de copiar, o que quer dizer que apenas podemos representar do original aquilo que a técnica de cópia permite. Deste modo, adquirindo-se técnicas mais sofisticadas de cópia, pode-se contribuir para um melhor conhecimento do original, na medida em que tais técnicas podem expandir as formas como nos relacionamos e estudamos o original, ou seja, a estação arqueológica depende do projeto de arquivo que temos. Assim, o trabalho de cópia é uma forma de conhecer o original, ou as opções de arquivo em arqueologia tecem as possibilidades de se conhecer a estação arqueológica. Por outro lado, há que ter em atenção que o projeto de arquivo é desafiado no processo de escavação das estações que, na sua especificidade, podem exigir que se repense as estratégias de cópia para garantir uma efetiva tradução. Neste sentido, a estação arqueológica e o seu arquivo não são entidades separadas, mas entidades que se constituem numa relação ou mediação técnica de tradução material que visa garantir que há uma iterabilidade no arquivo que viabiliza o estudo das estações arqueológicas.

7. A TRADUÇÃO COMO DIÁLOGO ENTRE A ÉTICA E A EPISTEMOLOGIA

Nesta tarefa de tradução joga-se com a cientificidade e a criatividade da disciplina, joga-se com a possibilidade de gerar objetos de análise e, assim, multiplicar as analíticas que usamos na nossa relação com os vestígios do passado. Porém, este trabalho de tradução não se trata de um trabalho errante, mas de um trabalho que se guia por um princípio de objetividade. A objetividade dos métodos que usamos na constituição do arquivo. Uma objetividade que assegura a compreensão dos processos de materialização que usamos e permite que o resultado desse processo seja usado noutros processos. Ou seja, é uma objetividade que não tem como objetivo fechar o trabalho, mas permitir a expansão da iterabilidade das traduções que se produzem no processo arqueológico (LAW 1997; Kohl 1998; Lucas 2001, 2012; Criado-Boado 2001).

Para descrever esta objetividade, Lucas (2012), inspirando-se nos estudos de sociologia da ciência (Lorraine & Daston 2007; Latour 2002), apresenta a objetividade como uma virtude epistémica. Enquanto tal, a objetividade, mais do conformar o conhecimento, é usada enquanto um valor para definir uma estratégia de estabelecimento de uma moral disciplinar. Ter como desafio a produção de um conhecimento objetivo é um projeto para que os investigadores usem esquemas de mediação da experiência que, na impossibilidade de serem os mesmos, apresentem pontos de

articulação que permitam a sua tradução. Uma tradução que permite que nos relacionemos com os trabalhos que cada um desenvolve e, nessa relação, possibilitar a atualização de um sentido de comunidade disciplinar; uma comunidade de arqueólogos com diferentes subjetividades e diferentes modos de a negociar (Criado-Boado 2001). Neste sentido, no trabalho de mediação que desenvolvemos enquanto arqueólogos, a objetividade enquanto virtude epistémica faz do trabalho de tradução uma questão de “dever” e de “juízo”:

- O dever da produção de um arquivo que torne possível a partilha da experiência e do conhecimento das estações arqueológicas; um dever de partilhar a partir do qual nos constituímos uma comunidade de arqueólogos, lançando, assim, as possibilidades de sermos arqueólogos;
- Um juízo que se processa no trabalho de mediação que a objetividade pressupõe, um trabalho que cria um mercado de intersubjetividade, a partir do qual podemos criar uma relação entre os diferentes arquivos que cada um produz; uma relação de mercado que faz expandir a economia arqueológica.

Uma expansão da economia arqueológica que é negociada por um princípio de objetividade e pela capacidade que tal objetividade tem em criar campos epistemológicos, ou campos com diferentes estratégias de mediação e de tradução. Este exercício de intersubjetividade, que permite a transformação do campo disciplinar, encontra um paralelo com o primeiro foco de luta que referimos a propósito do texto de Foucault (1995) que abordamos anteriormente acerca da contemporaneidade. O uso da objetividade enquanto virtude epistémica abre o espaço necessário para que a arqueologia seja revisitada enquanto disciplina científica que se forja no quadro dos poderes da modernidade. A abertura deste espaço faz-se pela criação de uma plataforma de intersubjetividade com a qual se procura incluir novas estratégias de mediação e tradução dos vestígios no sentido de garantir a sua objetividade e, assim, alargar as possibilidades da iterabilidade dos registos que tais estratégias permitem.

Para além da construção desta plataforma de intersubjetividade, a incorporação da objetividade como virtude pressupõe um trabalho de intra-subjetividade. A incorporação da objetividade pressupõe uma “técnica de si” em que o “dever e o juízo” implicam um “juízo de si” face ao mercado da disciplina. É um trabalho de intra-subjetividade na qual há uma interação entre a singularidade de cada arqueólogo e os imperativos da disciplina. É uma tensão na qual cada um revê as suas possibilidades e limites de se ser arqueólogo e da qual pode resultar uma política disciplinar mais inclusiva, na medida em que pode possibilitar a criação de diferenças no interior das comunidades de arqueólogos. É um trabalho no qual se combate a dimensão normativa e cristalizadora da objetividade, chamando a atenção para que o seu papel regulador do *dever* se faz ao acompanhar pelo *dever* que cada arqueólogo comporta no seu trabalho. Nesta relação com a objetividade, podemos reconhecer o segundo foco de luta com as estratégias de individuação modernas referido por Foucault (1995). No fundo trata de explorar a alteridade da própria disciplina, isto é, de imaginar o que seriam arqueólogos livres do “duplo constrangimento político, que é a simultânea individualização e totalização própria às estruturas do poder moderno” (ibid.: 238).

Neste exercício de intra-subjetividade, sendo um exercício de exploração da alteridade dos arqueólogos, é também uma prática em que se lançam as condições para se reconhecer a alteridade dos vestígios do passado. Isto é, o exercício da singularidade de cada arqueólogo talvez seja a condição necessária para enunciar a singularidade de cada vestígio do passado – uma singularidade que resiste às técnicas que usamos no processo de tradução e nos mostra um elemento irreduzível, no qual se enuncia a diferença do passado. Um elemento intraduzível que desafia a rotina do processo arqueológico; desafia a objetividade cristalizada. Um elemento irreduzível que, abalando a rotina do

processo arqueológico, nos proporciona um encontro com os limites e as possibilidades do arquivo que produzimos. O reconhecimento deste irreduzível – ou intraduzível – mostra o que de inefável existe em cada vestígio (Shanks 1997; Jorge 2002). Um inefável que dá ênfase à radical diferença dos vestígios (Introna 2009, 2014) e que nos coloca a responsabilidade de deixar a objetividade das traduções em aberto.

O irreduzível é aquilo que não se presta à tradução, é aquilo que resiste à sua ordem e, nesta condição, desafia a ensaiar novos métodos de tradução. Este irreduzível, enquanto algo que escapa à ordem e desafia à tradução, não permite estabilizar o campo epistemológico e, como tal, não permite a sua tradução enquanto verdade epistemologicamente aferida; enquanto tradução que obedece ao princípio e à virtude da objetividade e que cria o seu espaço no arquivo. Neste sentido, o irreduzível fica à margem do arquivo ou fora do arquivo, fica fora da possibilidade de se constituir uma verdade, enunciando apenas uma outra topografia de limites e possibilidades onde talvez a sua verdade seja traduzível. Uma vez fora do arquivo, a objetividade mostra-nos, porém, que nesta posição em que a tradução nos coloca, o caminho entre a epistemologia e a ética, que se desenvolvia como um caminho para a verdade, talvez seja outro. Objetivamente, face a um irreduzível, face a uma coisa que não conhecemos, ou seja, face à impossibilidade da sua tradução numa verdade, impõe-se a necessidade de sermos justos face à sua inalcançável diferença.

A tradução, pelo intraduzível, mostra-nos que o acesso à diferença do passado está interdito. A diferença enuncia-se, sem nunca se formalizar. É uma zona de desconhecimento. É uma zona sem a verdade possibilitada pela epistemologia e com a qual apenas nos podemos ligar com um sentido de justiça. Com efeito, face a um vestígio que excede as nossas possibilidades de compreensão, o desafio é falar por aquilo que se apresenta como um testemunho em silêncio. Um testemunho que nada diz de sua justiça, a não ser apresentar-se na sua intraduzível diferença. Mas que nessa condição, e com o nosso ímpeto de a conhecer, nos faz ensaiar diferentes modos de mediação. Novos modos de reconhecer a diferença; novos modos de mediar a distância entre o presente e o passado. Na exploração desta distância, talvez se consiga operar o deslocamento necessário para encontrar uma alternativa ao horizonte histórico delineado pelos excessos e incumprimentos da modernidade em que fazemos arqueologia.

8. CONSIDERAÇÕES FINAIS

A arqueologia nasceu entre as possibilidades do projeto sociocultural da modernidade (Thomas 2004). A vocação maximalista dos pilares de regulação e emancipação de tal projeto (Santos 1994) permitiram que os arqueólogos se fabricassem na emergência das ideias de Passado e Património (Bennett 2004; Díaz-Andreu 2007; Guillaume 2003; Thomas *ibidem*): uma ideia de património gizada no processo de identificação e regulação de recursos necessários ao desenvolvimento dos princípios do Estado, do Mercado e da Comunidade; uma ideia de passado consolidada entre a formalização dos protocolos que cada uma das lógicas de racionalidade necessita para se afirmar enquanto estratégia de emancipação. Ideias sobre o passado e o património que se cristalizam num horizonte de sentido pautado por um determinismo mecanicista, no qual o conhecimento tem o propósito de dominar e transformar o mundo (Santos 1987: 17). Um conhecimento com o propósito de organizar a diversidade do mundo e domesticar a sua mutabilidade. Um projeto de conhecimento no qual as ideias de passado e de património permitem expandir os processos de concentração/exclusão com os quais o projeto sociocultural da modernidade assegura a sua hegemonia (Santos 1994: 76). Um passado e património feito de vestígios cuja ordenação cronopolítica (Witmore 2013) concorre na edificação de uma figura de globalidade, continuidade e estabilidade do homem, da história e do

sujeito (Vilela 1998: 163). Vestígios de passados e patrimónios cuja globalidade, continuidade e estabilidade revertem a favor de uma subjetividade moldada pela “individualização e totalização própria às estruturas do poder moderno” (Foucault 1995: 238). Um “duplo constrangimento” (ibidem) com o qual a arqueologia, enquanto prática do poder moderno, vai fabricando arqueólogos.

A contemporaneidade é uma estratégia de desajustamento relativamente às dinâmicas socio-culturais que compõem a modernidade enunciadas no parágrafo anterior. Um desajustamento a partir do qual é possível reconhecer a violência epistemológica (Vilela 1998) que subjaz aos processos de concentração/exclusão que, a diferentes níveis, atuam no modo como os arqueólogos emergem e se consolidam como agentes de saber no quadro da modernidade. No desajustamento proposto pela contemporaneidade, a arqueologia pode ser compreendida como prática de mediação que visa a exploração da poética dos vestígios do passado (Shanks 1992); uma mediação que, explorando e expandindo a imaginação dos arqueólogos (Shanks 2012), se desenvolve em exercícios de tradução material (Lucas 2012) que procuram dar conta da diferença do passado. Na procura dessa diferença, e no cuidado para com a sua tradução, jogam-se as condições para a recriação das gramáticas do processo arqueológico; para a recriação da sua objetividade. A recriação das gramáticas do processo arqueológico permite compreender a objetividade como uma virtude epistémica (Daston & Gallison 2007), que orienta a tradução no sentido de fazer justiça à diferença dos vestígios do passado e à singularidade do(s) arqueólogo(s) que os estudam. Neste diálogo entre a objetividade e a justiça joga-se com a possibilidade de um duplo movimento de libertação face aos constrangimentos do poder moderno: por um lado, de libertação dos vestígios do passado de inquéritos que condenam a sua singularidade ao silêncio; e por outro lado, de libertação dos arqueólogos das convenções que amordaçam as suas vozes num só discurso. Na procura da singularidade de cada vestígio e na conformação da voz de cada arqueólogo há, então, a possibilidade de uma gramática que, pontualmente, desordena a globalidade, continuidade e estabilidade do homem, da história e do sujeito preconizadas pelo projeto sociocultural da modernidade; um gesto, ainda que precário, afronta a violência da pretensão à totalidade.

AGRADECIMENTOS

Este texto foi redigido no âmbito do plano de trabalhos da bolsa de pós-doutoramento SFRH/BPD/100203/2014 cedida pela Fundação para a Ciência e a Tecnologia. Agradeço a Susana Soares Lopes a discussão de algumas das ideias apresentadas e a Julia Roberts a revisão do resumo em inglês.

BIBLIOGRAFIA

- AGAMBEN, Giorgio (2009), *The Signature of All Things. On Method*. Brooklyn: Zone Books.
- ALVES-FERREIRA, Joana (2019), “Parafictions: a polaroid archaeology”. In Lesley McFadyen e Dan Hicks (eds), *Archaeology and Photography. Time, Objectivity and Archive*, London/New York: Bloomsbury Publishing Plc, pp. 96-106.
- ANDERSON, Benedict (2005). *Comunidades Imaginadas. Reflexões sobre a origem e expansão do nacionalismo*. Lisboa: Edições 70.
- APPADURAI, Arjun (ed.) (1986), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BARRETT, John (2014), “The material constitution of humanness”. *Archaeological Dialogues* 21 (1): 65-74.

- BARRETT, John (2017), "Comment on 'The symmetries and asymmetries of human-thing relations. A dialogue". *Archaeological Dialogues* 24 (2): 137-138.
- BENNETT, Jane (2010), *Vibrant matter*. Durham (NC): Duke University Press.
- BENNETT, Tony (2004), *Pasts beyond memory. Evolution, Museums, Colonialism*. London/New York: Routledge.
- BINTLIFF, John; PEARCE, Mark (eds) (2012), *The death of archaeological theory?*. Oxford/Oakville: Oxbow Books.
- CANTISTA, Maria José (2006), *Filosofia Contemporânea. I Volume*. Porto: Faculdade de Letras da Universidade do Porto.
- CARVALHO, Adalberto Dias (2000), *A Contemporaneidade como Utopia*. Porto: edições Afrontamento.
- COOLE, Diana; Frost, Samantha (eds) (2010), *New materialisms*. Durham (NC): Duke University Press.
- CRIADO-BOADO, Filipe (2001), "Problems, functions and conditions of archaeological knowledge". *Journal of Social Archaeology* 1: 126-146.
- DASTON, L.; GALLISON, Peter (2007), *Objectivity*. New York: Zone Books.
- DE CERTEAU, Michel (1921), *A escrita da história*. Rio de Janeiro: Forense Universitária.
- DELANDA, Manuel (2006), *A new philosophy of society*. London: Continuum
- DERRIDA, Jacques (1976), *Of Grammatology*. Baltimore/London: The John Hopkins University Press.
- DÍAZ-ANDREU, Margarita (2007), *A World History of Nineteenth-Century Archaeology. Nationalism, Colonialism, and the Past*. Oxford: Oxford University Press.
- EDGEWORTH, Matt (ed.) (2006), *Ethnographies of archaeological practice*. Lanham, MD: Altamira Press.
- EDGEWORTH, Matt (2012), "Follow the cut, follow the rhythm, follow the materials. *Norwegian Archaeological Review* 45 (1): 76-92.
- FOUCAULT, Michel (1995), "O Sujeito e o Poder". In Hubert. L. Dreyfus e Paul Rabinow (org.), *Michael Foucault, uma trajetória filosófica: para além do estruturalismo e da hermenêutica*, pp. 231-249. Rio de Janeiro: Editora Forense Universitária.
- FOUCAULT, Michel (2008), "Nietzsche, a genealogia e a história". In Roberto Machado (org.) *Microfísica do Poder*, pp. 15-38. São Paulo: Edições Graal.
- FOUCAULT, Michel (2010), *Nascimento da biopolítica*. Lisboa: Edições 70.
- GNECCO, Cristóbal; LIPPERT, Dorothy (2015), *Ethics and Archaeological Praxis*. New York: Springer.
- GOMES, Sérgio (2017a), "Vestígios para um amanhã". *Biblos* 3.^a Série 3: 169-192.
- GOMES, Sérgio (2017b), "A arqueologia como ofício de materialização, compreensão e acontecimento". *Conimbriga* 56: 5-40.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, Alfredo (2006), "The Past is Tomorrow. Towards an archaeology of the vanishing present". *Norwegian Archaeological Review* 39 (2): 110-125.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, Alfredo (2012), "Hacia otra arqueología: diez propuestas". *Complutum* 23(2): 103-116.
- GUILLAUME, Marc (2003), *A política do património*. Porto: Campo das Letras.
- HABER, Alejandro; SHEPHERD, Nick (2015), *After Ethics. Ancestral Voices and Post-Disciplinary Worlds in Archaeology*. New York: Springer.

- HABERMAS, Jürgen (1981), "New Social Movements". *Telos*, 49: 33-37.
- HARMAN, Graham (2009), *Prince of networks: Bruno Latour and metaphysics*. Melbourne: Re.press.
- HARMAN, Graham (2010), *Towards speculative realism*. Winchester: Zero Books.
- HARMAN, Graham (2014), "Entanglement and relation". *New Literary History* 45: 37-49.
- HODDER, Ian; LUCAS, Gavin (2017), "The symmetries and asymmetries of human–thing relations. A dialogue". *Archaeological Dialogues* 24 (2): 119-137.
- HUYSSSEN, Andreas (1986), *After the Great Divide*. Bloomington: Indiana University Press.
- INTRONA, Lucas (2009), "Ethics and the speaking of things". *Theory, Culture and Society* 26(4): 25-46.
- INTRONA, Lucas (2014), "Ethics and flesh: being touched by the otherness of things". In B. Olsen e Þ. Pétursdóttir (eds) *Ruin memories: materialities, aesthetics and the archaeology of the recent past*, pp. 41-61. Oxford: Routledge.
- JORGE, Susana Oliveira (2002), "O 'monumento' de Castelo Velho no quadro dos recintos murados monumentais do terceiro e segundo milénio a.C. da Península Ibérica". *Património/Estudos* 3: 145-164.
- KELSEN, Hans (1962), *Teoria Pura do Direito*. Coimbra: Arnado.
- KOHL, P. (1998), "Relativism, objectivity and the politics of the past: Beyond caricature and polemics and towards a healthy archaeology". *Archaeological Dialogues*, 5(1), 30-34.
- KRISTIANSEN, Kristian (2014), "Towards a new paradigm? The Third Science Revolution and its Possible Consequences in Archaeology". *Current Swedish Archaeology* 22: 11-34.
- LAW – Lampeter Archaeology Workshop (1997), "Relativism, Objectivity and the Politics of the Past: Lampeter Archaeology Workshop". *Archaeological Dialogues*, 4(2), 164-184.
- LASH, Scott; URRY, John (1987), *The end of organized capitalism*. Oxford: Polity Press.
- LATOUR, Bruno (2002), "Morality and Technology. The End of means". *Theory, Culture & Society* 19(5/6): 247-260.
- LATOUR, Bruno (2005), *Reassembling the social*. Oxford: Oxford University Press.
- LUCAS, Gavin (2001), *Critical Approaches to Fieldwork. Contemporary and Historical Archaeological Practice*. London/New York: Routledge.
- LUCAS, Gavin (2004), "Modern Disturbances: On the Ambiguities of Archaeology". *Modernism/Modernity* 11 (1): 109-120.
- LUCAS, Gavin (2005), *The Archaeology of Time*. London/New York: Routledge.
- LUCAS, Gavin (2012), *Understanding the Archaeological Record*. New York: Cambridge University Press.
- LUCAS, Gavin (2015), "The mobility of theory". *Current Swedish Archaeology* 23: 13-32.
- MARILA, Marko (2017), "Vagueness and Archaeological Interpretation: A Sensuous Approach to Archaeological Knowledge Formation through Finds Analysis". *Norwegian Archaeological Review* 50(1): 66-88.
- OLIVIER, Laurent (2012), *The dark abyss of time. Archaeology and Memory*. Lanham/ New York/ Toronto/ Plymouth: Altamira Press.
- OLSEN, Bjørnar (2003), "Material Culture after Text: Re-Membering Things". *Norwegian Archaeological Review* 36 (2): 87-104.

- OLSEN, Bjørnar; WITMORE, Christopher (2015), "Archaeology, symmetry, and the ontology of things: A response to critics". *Archaeological Dialogues* 22 (2), 187-97.
- OLSEN, Bjørnar J. (2001), "The end of history? Archaeology and the politics of identity in a globalized world". In R. Layton, P. Stone e J. Thomas (eds), *Destruction and Conservation of Cultural Property*, pp. 42-54. London: Routledge.
- OLSEN, Bjørnar J. (2010), *In defense of things. Archaeology and the ontology of objects*. Lanham/ New York/ Toronto/ Plymouth: Altamira Press.
- OLSEN, Bjørnar J.; SHANKS, Michael; WEBMOOR, Tomothy; WITMORE, Christopher (2012), *Archaeology. The discipline of things*. Berkley/ Los Angeles/ London: University of California Press.
- PLUCIENNICK, Mark (2002), "The invention of hunter-gatherers in seventeenth-century Europe". *Archaeological Dialogues* 9: 98-118.
- PLUCIENNIK, Mark (1999), "Archaeological narratives and other ways of telling". *Current Anthropology* 40, 653-678.
- RENFREW, Colin (1986), "Varna and the emergence of wealth in prehistoric Europe". In Arjun Appadurai (ed.), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, pp. 141-167. Cambridge: Cambridge University Press.
- SANCHES, Manuela Ribeiro (2002), "O despertar da questão antropológica". In Manuela Ribeiro Sanches e Adriana Veríssimo Serrão, *A invenção do "Homem". Raça, Cultura e História na Alemanha do século XVIII*, pp. 11-26. Lisboa: Centro de Filosofia da Universidade de Lisboa.
- SANDIS, Constantine (ed.) (2014), *Cultural Heritage Ethics: Between Theory and Practice*. Cambridge: Open Book Publishers,
- SANTOS, Boaventua Sousa (1987), *Um discurso sobre as ciências*. Porto: Edições Afrontamento.
- SANTOS, Boaventura Sousa (org.) (2003), *Conhecimento prudente para uma vida decente. "Um Discurso sobre as ciências" revisitado*. Porto: Edições Afrontamento.
- SANTOS, Boaventura Sousa (1994), "O social e o político na transição pós-moderna". In Boaventura Sousa Santos (autor), *Pela mão de Alice. O social e o político na pós-modernidade*, pp. 69-101. Porto: Edições Afrontamento.
- SANTOS, Boaventura Sousa (2000), *A crítica da razão indolente: contra o desperdício da experiência [Para um novo senso comum. A ciência, o direito e a política na transição paradigmática, Volume 1]*. Porto: Edições Afrontamento.
- SANTOS, Boaventura Sousa (2011), *Portugal. Ensaio contra a autoflagelação*. Coimbra: Almedina.
- SCARRE, Chris; SCARRE, Geoffrey (eds) (2006), *The Ethics of Archaeology. Philosophical Perspectives on Archaeological Practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SCARRE, Geoffrey; CONINGHAM, Robin (eds) (2012), *Appropriating the Past: Philosophical Perspectives on the Practice of Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SERRÃO, Adriana Veríssimo (2002), "O "Homem" reinventado". In Manuela Ribeiro Sanches e Adriana Veríssimo Serrão, *A invenção do "Homem". Raça, Cultura e História na Alemanha do século XVIII*, pp. 27-41. Lisboa: Centro de Filosofia da Universidade de Lisboa.
- SCHNAPP, Alain (1997), *The Discovery of the Past*. New York: Harry N. Abram, Incorporated.
- SHANKS, Michael (1992), *Experiencing the Past. On the Character of Archaeology*. London: Routledge.

- SHANKS, Michael (1997), "Photography and Archaeology". In B. L. Molyneaux (ed.), *The Cultural Life of Images. Visual Representations in Archaeology*, pp. 73-107, London: Routledge.
- SHANKS, Michael (2007), "Symmetrical Archaeology". *World Archaeology*, 39 (4), 589-596.
- SHANKS, Michael (2012), *The Archaeological Imagination*. Walnut Creek: Left Coast Press.
- SHANKS, Michael; TILLEY, Christopher (1987), *Social Theory and Archaeology*. Cambridge/Maldon: Polity Press.
- SHANKS, Michael; TILLEY, Christopher (1992), *Re-constructing Archaeology: Theory and Practice*. London/ New York: Routledge.
- SHANKS, Michael; MCGUIRE, Randy (1996), "The Craft of Archaeology". *American Antiquity*, 61: 75-88.
- SILVA, António Manuel; CORREIA, Virgílio, Hipólito (eds) (1998), *Profissão e Ética: Contribuição para um Debate sobre Deontologia Profissional na Arqueologia Portuguesa*. Porto: Associação Profissional de Arqueólogos.
- SØRENSEN, Marie-Louise Stig (2015), "'Paradigm Lost' – On the state of typology within archaeological theory". In: K. Kristiansen, L. Smedja, and J. Turek, eds. *Paradigm found. Archaeological theory – present, past and future. Essays in honour of Evžen Neustupny*. Oxford: Oxbow Books, 84-94.
- SØRENSEN, Tim Flohr (2016), "In praise of vagueness: uncertainty, ambiguity and archaeological methodology". *Journal of Archaeological Method and Theory* 23 (2), 741-763.
- SOVERAL, Eduardo Abranches (1994), "Modernidade e Contemporaneidade". *Filosofia. Revista da faculdade de Letras da Universidade do Porto*, 11: 71-92.
- THOMAS, Julian (2004), *Archaeology and Modernity*. London/New York: Routledge.
- THOMAS, Julian (2015), The future of archaeological theory. *Antiquity* 89 (348): 1287-1296.
- VALE, Ana (2015), "Genealogia, tradução e paradigma na construção da arqueologia pré-histórica". *Estudos do Quaternário* 13: 48-54.
- VILELA, Eugénia (1998), *Do corpo equívoco. Reflexões sobre a verdade e a educação nas narrativas epistemológicas da modernidade*. Braga-Coimbra: Angelus Novus.
- VILELA, Eugénia (2011), "Arquipélagos de Sentido. Deslocações entre discurso, sentido e história". In Eugénia Vilela (ed.), *Arquipélagos de sentido. Estética(s) e Artes I*, pp. 9-21. Porto: Edições Afrontamento.
- VILELA, Eugénia (2010), *Silêncios tangíveis. Corpo, resistência e testemunho nos espaços contemporâneos de abandono*. Porto: Edições Afrontamento.
- VITELLI, Karen D.; COLWELL-CHANTHAPHONH, Chip (eds) (2006), *Archaeological Ethics*. Walnut Creek, CA: AltaMira Press.
- WINNER, L. (1980), "Do artifacts have politics?". *Daealus* 109: 121-136.
- WITMORE, Christopher (2013), "Which archaeology? A question of chronopolitics". In A. González-Ruibal (ed.), *Reclaiming Archaeology. Beyond the tropes of modernity*, pp. 130-144. London/ New York: Routledge.
- WOLFENDALE, Peter (2014), *Object-oriented philosophy*. Falmouth: Urbanomic Media
- YARROW, Tim (2003), Artefactual Persons: the relational capacities of persons and things in the practice of excavation. *Norwegian Archaeological Review*, 36(1), 65-73.

- YARROW, Tim (2006), "Sites of Knowledge: Different ways of knowing and archaeological excavation". In Matt Edgeworth (ed.) *Ethnographies of archaeological practice*, pp. 20-32. Lanham, MD: Altamira Press.
- YARROW, Tim (2008), "In Context: meaning, materiality and agency in the process of archaeological recording". In C. Knappett e L. Malafouris (ed.) *Material Agency. Towards a Non-anthropocentric approach*, pp. 21-37. New York: Springer.
- YARROW, Tim (2010), "Not knowing as knowledge: asymmetry between archaeology and anthropology". In D. Garrow e T. Yarrow (ed.) *Archaeology and Anthropology: understanding similarity, exploring difference*, pp. 13-27. Oxford: Oxbow Books.

SUMÁRIO

A PROPÓSITO DE LAS PRIMERAS ARQUITECTURAS CASTREÑAS EN EL SECTOR OCCIDENTAL DE ASTURIAS

Sergio Ríos González 5

CONTRIBUTOS PARA A IMAGÉTICA DECORATIVA DOS RECIPIENTES CERÂMICOS DA IDADE DO FERRO DE TRÁS-OS-MONTES: ENTRE A MESETA E O LITORAL PORTUGUÊS. O CASO DO CRASTO DE PALHEIROS

Dulcineia Pinto 33

VIDROS TARDIOS DO CASTRO DE GUIFÕES: FORMAS, TÉCNICAS E TRAJECTOS

Andreia Arezes 59

AS SIGLAS DA IGREJA DE BOELHE

César Guedes 85

UM MODELO DE ESPADA CRIADO PELOS PORTUGUESES NA PRIMEIRA METADE DO SÉCULO XV?

Henrique Seruca, Mário Jorge Barroca 119

A ARQUEOLOGIA ENTRE OS DESAFIOS DA MODERNIDADE E DA CONTEMPORANEIDADE

Sérgio Alexandre Gomes 135

NORMAS PARA APRESENTAÇÃO DE ORIGINAIS

PROJECTO EDITORIAL

A PORTVGALIA pretende ser um espaço de debate em torno das grandes questões teóricas e metodológicas da Arqueologia e de divulgação dos mais recentes resultados da investigação arqueológica nas suas diversas áreas cronológicas (desde a Pré-História Antiga até à Arqueologia Moderna e Contemporânea).

Do ponto de vista geográfico, a PORTVGALIA assume como sua vocação primordial a publicação de resultados da investigação arqueológica do Norte de Portugal e do Noroeste da Península Ibérica, mas também é receptiva a artigos que incidam sobre outras zonas do espaço ibérico.

A revista publica estudos inéditos que sejam considerados contributos relevantes, recorrendo à arbitragem científica, sendo os artigos submetidos, em versão anónima, à peritagem de especialistas de reconhecido mérito.

A PORTVGALIA está registada no Latindex (Sistema Regional de Informação em Linha para Revistas Científicas da América Latina, Caribe, Espanha e Portugal), no ERIH (European Reference Index for Humanities), no DOAJ (Directory of Open Access Journals) e na DIALNET (Universidad de Rioja, Espanha).

NORMAS

A PORTVGALIA só publica artigos que obedeçam às seguintes Normas:

1. Todos os textos submetidos a publicação devem ser enviados para a Redacção da revista em duas versões: A) versão própria para impressão, com o nome do(s) autor(es) identificado(s); B) versão anónima, livre de qualquer informação que identifique o(s) seu(s) autor(es), destinada a ser submetida a arbitragem. Da primeira versão (com identificação do(s) autor(es)) deve ser remetida versão digital (em CD) e uma cópia em papel. Da segunda versão deve ser remetida apenas cópia em formato digital.
2. Os ficheiros devem apresentar designações que permitam a sua clara identificação, mencionando o título ou parte do título do trabalho. Na designação do ficheiro da segunda versão (destinada ao processo de arbitragem) deve ser mencionado apenas o título do artigo e a indicação "versão para arbitragem". As imagens serão organizadas em ficheiro independente, com a mesma designação do ficheiro de texto, acrescentando-se a indicação "imagens". Não se aceitam PDFs.

3. A PORTVGALIA publica originais em português, galego, castelhano, francês ou inglês.
4. Os autores devem ser os proprietários dos direitos autorais do texto e das imagens, cedendo-os à revista para sua publicação. A PORTVGALIA mantém edição em papel mas disponibiliza os conteúdos em sistema de open access.
5. Os artigos terão uma dimensão máxima de 30 páginas de texto, em formato A4, a espaço e meio, com letra Times New Roman, de corpo 12 (para o texto) e de corpo 10 (para as notas de pé-de-página). No caso de compreender catálogo de materiais, este deve ser redigido em letra Times New Roman, corpo 10, com espaçamento de 1,15 linhas.
6. Os textos deverão ser apresentados indicando o título, em letras capitais e a bold (Times New Roman, corpo 14) e o nome do(s) autor(es), indicando-se depois de cada nome, e em linha autónoma, a filiação institucional e o endereço de email. O título será centrado. Os autores e sua filiação institucional serão paginados à direita.
7. A abrir o artigo deverá ser apresentado um resumo em inglês (“Abstract”) e de palavras-chave (“Keywords”) seguido de um resumo em português (“Resumo”), acompanhado de palavras-chave (“Palavras-chave”). Os resumos poderão ter uma extensão máxima de dez linhas. As palavras-chave deverão ser quatro a seis. A revista PORTVGALIA não aceita artigos que não venham acompanhados dos respectivos resumos e palavras-chave.
8. As citações bibliográficas deverão obedecer à norma anglo-saxónica (AUTOR data: p. —).
9. Os textos poderão compreender notas de pé-de-página, que deverão ser utilizadas com parcimónia, reservando-se para informações complementares. Deverão ser evitadas notas demasiado extensas. A indicação das notas, numérica, deve ser preferencialmente colocada depois da última palavra da frase, sem espaço, e antes do ponto final.
10. A Bibliografia, incluída no final do artigo, obedecerá às seguintes normas:

a) Artigo em revista:

<APELIDO em maiúscula> <virgula> <Nome Próprio> <espaço> <(ano de edição entre parêntesis)> <virgula> <Título do artigo> <virgula> <nome da revista em itálico> <virgula> <série> <virgula> <volume> <espaço> <(fascículo ou número indicado entre parêntesis)> <virgula> <Local de edição> <virgula> <editora> <virgula> <páginas designadas pp.>. Ex.: ALARCÃO, Jorge de (2008), Notas de arqueologia, epigrafia e toponímia – V, Revista Portuguesa de Arqueologia, 11 (1), Lisboa, IGESPAR, pp. 103-121

b) Artigo em obra colectiva:

<APELIDO em maiúsculas> <virgula> <Nome Próprio> <espaço> <(ano de edição entre parêntesis)> <virgula> <Título do artigo> <virgula> <In> <espaço> <APELIDO do Coordenador> <virgula> <Nome próprio do Coordenador> <espaço> <(Coord. de) ou (Dir. de)> <virgula> <Título da obra em itálico> <virgula> <volume> <virgula> <Local de edição> <virgula> <editora> <virgula> <páginas designadas pp.>.

Ex.: TORRES, Cláudio; MACIAS, Santiago (1996), Rituais funerários paleocristãos e islâmicos nas necrópoles de Mértola, in MATTOSO, José (Dir. de), O Reino dos Mortos na Idade Média Peninsular, Lisboa, Edições João Sá da Costa, pp. 11-44

c) Livro:

<APELLIDO em maiúsculas> <virgula> <Nome Próprio> <espaço> <(ano de edição entre parêntesis)> <virgula> <Título do livro> <virgula> <volume> <virgula> <local de edição> <virgula> <editora>.

Nota: Nos livros, o ano indicado reporta-se à edição utilizada. No caso de haver mais do que uma edição pode indicar-se, no fim, entre parêntesis, o local e ano da 1ª edição. Se a obra pertencer a uma colecção, isso poderá ser referido igualmente no final, entre parêntesis.

Ex.: JORGE, Susana Oliveira (1999), Domesticar a Terra. As primeiras comunidades agrárias em território português, Lisboa, Gradiva (Col. «Trajectos Portugueses», 45)

11. Qualquer texto com mais de três autores será citado pelo APELLIDO do primeiro autor, Nome Próprio, seguido da expressão “et alii”.
12. A Bibliografia compreenderá apenas as obras citadas ao longo do artigo, organizadas por ordem alfabética do apelido e nome próprio, e, dentro destes, por ordem cronológica. No caso de haver mais do que uma obra do mesmo autor e ano a distinção será feita pela justaposição de letras (a, b, c...) ao ano de edição.
13. As citações de texto deverão abrir e fechar com aspas. Citações em língua estrangeira ou textos com grafias antigas serão apresentados em itálico.
14. Ao longo do texto utilizar-se-à o negrito ou bold apenas para os títulos e subtítulos. Os primeiros serão grafados em maiúsculas, os segundos em corpo normal.
15. As imagens deverão ser organizadas em dossier, a fim de serem publicadas no final de cada artigo. A PORTVGALIA não publica imagens intercaladas no texto.
16. A PORTVGALIA não publica desdobráveis nem imagens a cores.
17. As imagens devem ser digitalizadas em alta definição (300 dpi), em ficheiros de formato JPEG (Joint Photographic Experts Group) ou TIF (Tagged Image File Format).
18. Todas as ilustrações (desenhos, fotografias) serão designadas por «Fig.». Se dentro da mesma figura coexistirem diferentes ilustrações serão distinguidas por numeração em árabe (p. ex.: Fig.3, 2).
19. O número máximo de imagens por artigo não poderá exceder as 16 páginas de figuras, dependendo esse número da extensão do artigo e da sua relevância para a compreensão do seu conteúdo. Sempre que o entender, a Comissão Redactorial poderá solicitar a redução do número de estampas.

20. Na pasta correspondente aos ficheiros de imagens deverá figurar um documento em word com as legendas das figuras, a fim de serem compostas.
21. Os originais devem ser enviados por correio ao cuidado do Director da revista, para a seguinte morada:
Faculdade de Letras da Universidade do Porto
Via Panorâmica, s/nº
4150-564 PORTO
PORTUGAL
22. Os originais devem ter designações que permitam uma rápida e clara identificação. Juntamente com os originais deve ser fornecido o contacto do autor (ou, no caso de artigo colectivo, do primeiro autor): morada, código postal, telefone e email.
23. A revista não se responsabiliza pela devolução dos originais.
24. Não serão aceites artigos que não cumpram as presentes Normas.
25. Todos os artigos são submetidos, em versão anónima e livres de referências personalizadas, à avaliação por pares (peer review). Os avaliadores deverão preencher a ficha de avaliação que é disponibilizada pela revista, a qual é composta por duas partes: uma destinada à Comissão Editorial da PORTVGALIA; outra destinada ao(s) autor(es).
26. O resultado dessa avaliação é transmitido ao(s) autor(es) de forma igualmente anónima, devendo estes integrar as sugestões dos avaliadores no seu original, remetendo-o à redacção da PORTVGALIA com a maior brevidade possível.
27. A revisão das primeiras provas é feita pelos autores, aos quais é dado um prazo de cinco dias úteis (a contar a partir da data de carimbo do correio) para o fazer. Findo esse prazo, a revista poderá dar andamento ao processo tipográfico.
28. Em fase de revisão de provas não são permitidas alterações de conteúdo. Apenas se aceitam correcções de gralhas tipográficas. Estas deverão ser assinaladas na margem das provas, a vermelho e de maneira clara e inequívoca.
29. A PORTVGALIA oferece um exemplar da revista e 25 separatas por cada artigo de artigo de fundo publicado.

COM O APOIO DE:



ISSN 0871-4290